



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO**

REPRODUCCIÓN DE LA DOMINACIÓN MASCULINA EN LA SUBJETIVACIÓN DEL TRABAJO:

La virilización del cuerpo subjetivo de los varones en la sociedad del rendimiento

Tesis para optar al grado de Doctor en Psicología

PABLO ZULETA PASTOR

Director(a):

Dr. Rodrigo Cornejo

Co-Tutor:

Dr. Horacio Foladori

Comisión Examinadora:

Dra. Adriana Espinoza

Dr. Roberto Fernández

Dra. Jimena Silva

Santiago de Chile, Enero de 2018

“El amor, el trabajo y el conocimiento son la fuente de la vida.
También deberían gobernarla”
Wilhelm Reich

A mis hijos Eloísa y Manuel, porque su llegada al mundo es una permanente invitación
a pensarlo, sentirlo y habitarlo de maneras más creativas y amorosas.

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Resumen	11
Introducción	13
<i>A modo de antecedentes y reconocimiento de la relevancia del estudio</i>	
<i>Declaración de implicación</i>	
<i>Estructuración del texto</i>	
Capítulo primero. <i>Subjetivación como cuerpopriación</i>	27
1. <i>Sobre subjetivación</i>	29
1.1. <i>Subjetivación como cuerpopriación</i>	29
1.2. <i>Cuerpo y psique: pulsión y trabajo de apropiación subjetiva del cuerpo</i>	32
2. <i>Centralidad de la sexualidad: la sexualidad como eje de la subjetivación</i>	37
2.1. <i>Reich: la represión de la sexualidad y la expresión psíquica y corporal del carácter</i>	37
2.2. <i>Dejours: la emergencia del segundo cuerpo y la subversión libidinal</i>	41
3. <i>Centralidad del trabajo y su organización</i>	48
3.1. <i>Del trabajo de cuerpopriación a la cuerpopriación del trabajo</i>	48
3.2. <i>Trabajar como vivir juntos y la cuestión del reconocimiento</i>	53
3.3. <i>Reich y su comprensión de Marx: la función vital del trabajo</i>	58
Capítulo segundo. <i>Cuerpopriación del orden de género</i>	62
1. <i>El género como categoría relacional jerárquica</i>	63
1.1. <i>La diferencia de los sexos y la multiplicación de pares polares jerárquicos</i>	63

1.2.	<i>La diferencia de los sexos: primera y normativa en la constitución subjetiva</i>	67
2.	<i>Sujetos del género: la dominación masculina en clave institucional</i>	71
2.1.	<i>Pensar la institución y lo institucional</i>	71
2.2.	<i>Historicidad y reproducción de la institución dominación masculina</i>	74
3.	<i>Una hipótesis posible sobre la institucionalización de la dominación masculina</i>	76
3.1.	<i>Subversión del orden biológico: el acuerdo de matar y devorar al macho dominante</i>	76
3.2.	<i>La institucionalización de la dominación masculina</i>	80
3.3.	<i>Hacerse hombre: virilización del cuerpo subjetivo o cuerpopriación de la institución dominación masculina</i>	82
Capítulo tercero. Cuerpopriación en y de la organización del trabajo contemporánea		87
1.	<i>Subjetivación de la organización neoliberal del trabajo</i>	89
1.1.	<i>El trabajo como prueba a la subjetividad: subjetivación entre sujeción y subversión</i>	89
1.2.	<i>La empresa flexible neoliberal: la organización del trabajo que se subjetiva</i>	91
1.3.	<i>El sujeto de rendimiento y la empresa como dispositivo de subjetivación neoliberal</i>	96
1.4.	<i>Una mirada a la empresa y la subjetivación neoliberal en Chile</i>	100
2.	<i>Virilización del cuerpo subjetivo en la sociedad neoliberal del rendimiento</i>	
2.1.	<i>Transformaciones del trabajo y género: crisis de la masculinidad y estrategias de recuperación del poder viril en la sociedad del rendimiento</i>	105
2.2.	<i>Organización del trabajo y sufrimiento: virilización como defensa y obstáculo al trabajo vivo</i>	110

Capítulo cuarto. Marco metodológico	114
<i>Pregunta de investigación</i>	115
<i>Objetivo general</i>	115
<i>Objetivos específicos</i>	115
<i>Fundamentación</i>	116
1. <i>El análisis crítico del discurso</i>	116
2. <i>Posicionamiento: la producción discursiva de la identidad</i>	119
<i>Muestra</i>	121
1. <i>Primer tipo de trabajadores</i>	122
2. <i>Segundo tipo de trabajadores</i>	123
<i>Técnica de producción de la información</i>	124
<i>Procedimiento de análisis</i>	125
<i>Consideraciones éticas</i>	127
Capítulo quinto. Análisis	
<i>Reproducción de la dominación masculina en el discurso sobre subjetivación del trabajo del cargador-repartidor de gas</i>	128
1. <i>Análisis de discurso</i>	128
1.1. <i>Eje discursivo central</i>	
<i>Trabajo para hombres: las cosas en su lugar</i>	129

1.2.	<i>Primer eje discursivo derivado.</i>	
	<i>Trabajar haciendo fuerza: aquí no trabaja cualquiera</i>	135
1.3.	<i>Segundo eje discursivo derivado.</i>	144
	<i>Trabajar por las lucas: aguante, viveza, ambición, poder y notoriedad.</i>	
1.4.	<i>Tercer eje discursivo derivado.</i>	152
	<i>Trabajar lejos de casa: el varón como sostenedor y como jefe del hogar</i>	
1.5.	<i>Cuarto eje discursivo derivado.</i>	161
	<i>Trabajar con los cabros: controversias de la convivencia entre varones</i>	

2. Discusión de resultados

Subjetivación del trabajo como subjetivación viril: la virilización del cuerpo subjetivo como estrategia defensiva ante el sufrimiento en el trabajo 170

2.1.	<i>Subjetivación del trabajo: el cuerpo subjetivo entre determinación y subversión</i>	171
2.2.	<i>Hombres fuertes de cuerpo y mente: subjetivación del trabajo como subjetivación viril</i>	173
2.3.	<i>Subjetivación neoliberal: virilidad y autoexplotación</i>	173
2.4.	<i>La virilización del cuerpo subjetivo como estrategia defensiva al sufrimiento en el trabajo y a la caída de la masculinidad</i>	175
2.5.	<i>División sexual del trabajo: la relación trabajo-casa</i>	176
2.6.	<i>La mente sobre el cuerpo: verticalización sexista de la subjetividad</i>	178
2.7.	<i>Subjetivación viril: el empresario y guerrero de sí mismo</i>	180
2.8.	<i>Nuevo espíritu del capitalismo y antiguo espíritu de la virilidad</i>	181

Capítulo sexto. Análisis

Reproducción de la dominación masculina en el discurso sobre subjetivación del trabajo del gerente general 183

1.	<i>Análisis de discurso</i>	184
1.1.	<i>Eje discursivo central</i>	
	<i>La cima es para los hombres: la mujer se embaraza y caga</i>	184

1.2.	<i>Primer eje discursivo derivado</i>	193
	<i>Manejar gente: el salto y la ruptura de la paridad</i>	
1.3.	<i>Segundo eje discursivo derivado</i>	201
	<i>Perder sensibilidad: podérsela siempre, no se puede guatear</i>	
1.4.	<i>Tercer eje discursivo derivado</i>	213
	<i>La relación trabajo-dinero-familia: el gerenciamiento de la vida familiar</i>	

2. *Discusión de resultados*

Subjetivación del trabajo como subjetivación viril: la virilización del cuerpo subjetivo como estrategia defensiva ante el sufrimiento en el trabajo 225

2.1.	<i>Subjetivación del poder: la identificación con y por los poderosos</i>	225
2.2.	<i>Ascenso y verticalidad: la subjetivación del trabajo como erección</i>	228
2.3.	<i>Ascenso y destierro: separación de la sensorialidad y pensamiento desencarnado</i>	
2.4.	<i>Reveses de la familia patriarcal: del padre dueño al sostenedor-jefe</i>	232

Capítulo séptimo. Análisis

Diferencias y continuidades en la operatoria de reproducción de la dominación masculina en los discursos de los cargadores-repartidores de gas y los gerentes generales 235

1.	<i>Trabajo para hombres: coincidencia entre valores del trabajo y valores viriles</i>	
2.	<i>Distinciones de hombría: la inquietud en la paridad</i>	238
3.	<i>La mente sobre el cuerpo y la verticalización sexista de la subjetividad</i>	241
4.	<i>Reproducción de la división sexual del trabajo: la empresa y la casa</i>	244
5.	<i>La trampa de la virilización: férreos determinismos a la subjetivación</i>	248

Capítulo octavo. Conclusiones 250

1.	<i>Síntesis de la problematización teórica a la base de la pregunta de investigación</i>	250
----	---	------------

2. Reproducción de la dominación masculina ante la prueba del trabajo a la subjetividad en la sociedad del rendimiento	255
2.1. <i>Virilización del cuerpo subjetivo como defensa de la identificación con el poder y su contraparte: la auto-explotación</i>	256
2.2. <i>La virilización del cuerpo subjetivo ante la especificidad de las pruebas del trabajo</i>	257
2.3. <i>Virilización del cuerpo subjetivo en tanto verticalización sexista de la subjetividad</i>	258
2.4. <i>La virilización de las relaciones sociofamiliares</i>	260
2.5. <i>La organización del trabajo en la sociedad de rendimiento en clave de dominación masculina</i>	261
2.6. <i>La organización del trabajo en la sociedad del rendimiento como un crimen</i>	262
3. Aportes del estudio	263
4. Límites y proyecciones del estudio	263
4.1. <i>Ampliar la muestra a otros tipos de varones trabajadores</i>	
4.2. <i>Profundizar en la relación entre subjetivación del trabajo y paternidad</i>	264
4.3. <i>Profundizar en la relación entre virilización del cuerpo subjetivo y salud mental</i>	264
4.4. <i>Ampliar la investigación a mujeres</i>	265
Bibliografía	266
Anexo	273

AGRADECIMIENTOS

A mi abuelo, porque aunque murió cuando tenía recién doce años, me enseñó a pensar.

A Eloísa, Manuel y Camila, por batírselas como pudieron con el desvío amoroso que implica embarcarse en la redacción de una tesis.

A mis padres, Valentina y Julio, por su apoyo y amor incondicional.

A mi hermana Marcela y mis amigos Andrés y Felipe, por leerme y ayudarme a redactar mejor muchas de estas páginas.

A Horacio Foladori, mi tutor, por leer y acompañar el desarrollo de esta tesis y sobretodo por compartir abiertamente múltiples asociaciones que este texto le iba produciendo. Por ayudarme a pensar.

A Rodrigo Cornejo, mi tutor; por la confianza y la orientación.

A Liliana Acero, mi formadora en psicoterapia corporal, por animarme a empezar y a sostenerme en este trabajo.

A mi querido grupo Tripalio, por ser generosos co-pensadores en las materias del trabajo y el sufrimiento psíquico asociado a éste. Especialmente a Patricia Guerrero y Marcelo Balboa, por su confianza y su fuerza, particularmente en los últimos pasos de esta tarea.

A mi banda, Sensacionales, no podría haber escrito esto sin el complemento de la batería y las creaciones musicales colectivas.

A Marcelo Robaldo, por ayudarme a pensar desde la problemática de la construcción de masculinidades.

A Marcela Rioseco, por su ayuda fundamental en los pasos finales de este trabajo.

A Conicyt, pues sin el reconocimiento de su beca esta tarea habría sido prácticamente imposible.

RESUMEN

La presente tesis plantea en términos generales que la prueba que para la subjetividad -especialmente para las subjetividades masculinas- implica la experiencia laboral en los marcos de la organización del trabajo contemporánea, post giro neoliberal, reproduce la identificación con los valores de la dominación masculina y que la forma en que esta reproducción opera es a través de lo que denominamos *virilización del cuerpo subjetivo*, consistente básicamente en una des-sensibilización del propio cuerpo, una separación del pensamiento de su base corporal sensible y una puesta en posición vertical del pensamiento sobre la sensibilidad; de la mente sobre el cuerpo, produciéndose de este modo una verticalización sexista de la subjetividad a través de la cual la dominación masculina (Bourdieu, 2000) queda inscrita en las psiquis y los cuerpos de los trabajadores. Proponemos además, que esta estructuración subjetiva constituye una estrategia defensiva con al menos un doble fin: soportar las exigencias del trabajo y sostener la identidad masculina construida. De esta manera, dicha estrategia tiene un importante revés, cual es quedar a merced de la auto-exigencia y la auto-explotación laboral. Poder rendir siempre más, como imperativo de la sociedad del rendimiento (Han, 2014) se asocia entonces con la necesidad permanente de afirmación y demostración de la hombría conseguida (Badinter, 1993; Gilmore, 1994) a través de la escisión y separación de la conciencia de la vulnerabilidad del cuerpo, asociada a la feminidad (Meler, 2000; Schneider, 2003).

El argumento es construido fundamentalmente en virtud del desarrollo de dos grandes partes; una primera que consiste en una problematización teórica que conduce a la formulación de una pregunta de investigación empírica y una segunda en que presentamos tanto el diseño metodológico como los pasos realizados en el abordaje de la pregunta. La opción es por una metodología cualitativa de investigación y más específicamente por el denominado *Análisis de discurso*, a través del cual se buscaron los posicionamientos de sujeto construidos por los enunciantes entrevistados. La muestra quedó conformada por dos grupos -o bien tipos- de trabajadores que ocupan posiciones polares en la división social del trabajo: un

primer grupo de trabajadores manuales, considerados de baja calificación; cargadores-repartidores de gas y un segundo grupo compuesto por gerentes generales de cuatro diferentes rubros: computación, alimentos, servicios financieros y consultoría.

INTRODUCCIÓN

El problema central que aborda la presente investigación es aquel que se pregunta por la subjetivación. Vale decir, por el proceso y el trabajo de construcción de subjetividad, entendida como “la vida fenomenológica absoluta, cuya esencia consiste en el hecho mismo de sentirse o de experimentarse a uno mismo” (Dejours, 2012a: 150). Ahora bien, si entendemos la subjetividad como resultado (siempre siendo, nunca estático) de un trabajo de subjetivación, nos vemos impulsados a preguntarnos por las fuentes de exigencia de un trabajo como éste. En el presente estudio, además de las pulsiones sexuales –entendidas como exigencia de trabajo a la base de la emergencia de lo psíquico y la subjetividad (Freud, 1992a)- optamos por focalizar en otras dos importantes fuentes de exigencia, siendo ambas, fuentes *institucionales* en el sentido kaesiano del término, esto es, estructuras fronterizas entre lo psíquico y lo social, al modo de *otredades constituyentes*, de exterioridades pre-existentes y fundantes del psiquismo, determinadas ordenaciones sociales que permiten la emergencia del sujeto y su posterior inscripción en sus sentidos (Kaës, 1998).

Tales fuentes de exigencia son el género, abordado en esta investigación en tanto categoría relacional y jerárquica, como la *institución de la dominación masculina* (Bourdieu, 2000) y las transformaciones contemporáneas de la organización del trabajo en los marcos del actual modelo de acumulación, asumiendo en consecuencia, a la empresa neoliberal flexible como dispositivo de subjetivación (Périlleux, 2008).

Ahora bien, otra cuestión clave que aborda esta investigación refiere a una cualidad fundamental del proceso de subjetivación, cual es su carácter afectivo (Dejours, 2012a). El trabajo de construcción de subjetividad es entendido desde aquí como un esfuerzo de traducción y apropiación del mundo, mas las formas en que esto se hace consisten básicamente en esfuerzos del cuerpo. Plantea Dejours (2012a), utilizando un concepto de Michel Henry, que la subjetivación es ante todo una *cuerpopropiación*. Es decir, un trabajo de traducción-apropiación del mundo que se realiza con el cuerpo y,

que al mismo tiempo, va re-creando al cuerpo, tornándolo justamente, un *cuerpo subjetivo*, un yo-cuerpo, un cuerpo-historia.

Expuestos los ejes en torno a los cuales se elabora la presente propuesta, vale decir, la pregunta por la subjetivación en el entrecruzamiento del trabajo, el género y el cuerpo; podemos plantear la lógica con la que construimos la pregunta de investigación. Brevemente diremos que iniciamos con la lectura de la psicodinámica del trabajo y la teoría del trabajo vivo de Christophe Dejours, desde la cual se entiende al trabajo y su organización como cuestiones que no resultan neutras para la subjetividad. Es decir, que ésta –en tanto capacidad para sentirse a uno mismo– resulta o bien engrandecida por la experiencia del trabajo o bien magullada por la misma y que el hecho que la balanza se desequilibre para uno u otro lado depende fundamentalmente de la organización social y técnica del trabajo (Dejours, 1998, 2002, 2012a y b). El problema que el mismo autor resalta es que las maneras contemporáneas de organización del trabajo, signadas bajo el rótulo de la empresa, suelen resultar atentatorias contra la subjetividad (Dejours, 2012b), lo que quiere decir de manera sintética, que obligan cierta pérdida de sensibilidad del cuerpo subjetivo.

Leído esto desde el prisma de otro autor clave en la perspectiva teórica de este estudio, Wilhelm Reich (2005), el cuerpo se acoraza como forma de defensa ante el sufrimiento que la experiencia del trabajo contemporáneo implica para el psiquismo.

Hasta aquí, en consecuencia, estamos asumiendo una tesis de entrada para esta investigación, cual es la existencia de una relación entre la organización del trabajo y la producción de subjetividades (laborales). En otras palabras, la noción de que el trabajo es subjetivante, que la organización del trabajo es una exterioridad que exige la apropiación por parte del sujeto, dejando de ser un mero entorno al que los individuos se adaptan para convertirse en parte constituyente del mundo interno y la subjetividad. Diremos entonces, que este estudio se funda en la tesis de la centralidad del trabajo sobre la subjetividad, pero también sobre las relaciones sociales (Dejours,

2012a, b). Desde aquí, la organización del trabajo se comprende como institución productora y reproductora de subjetividades y relaciones sociales.

Entendemos, por su parte, a las relaciones sociales en tanto relaciones marcadas por el poder (Dejours, 2012a) y con Fraisse (1996) y Butler (2006, 2007), a la diferencia de los sexos y al género en clave binaria y jerárquica, tanto como la primera diferencia productora de todas las demás, como el primer límite discursivo y normativo que exige a los cuerpos en aras de la construcción de subjetividades e identidades. Vale decir que consideramos a la institución del género y la dominación masculina como exigencia de base para la subjetivación y la organización de la economía libidinal.

Habiéndose planteado lo anterior, nuestra inquietud enrioló por la pregunta por la construcción de subjetividades masculinas, es decir, por los esfuerzos exigidos – fundamentalmente a los varones- para su inscripción en el polo históricamente reproducido como superior en el binario jerárquico: el polo masculino. La cuestión de hacerse –y probarse toda vez- hombre cobra en consecuencia una particular relevancia para la presente investigación.

Finalmente, nuestra opción fue por interrogarnos respecto del lugar que la organización del trabajo contemporánea tiene en tanto prueba de virilidad. Planteémoslo así: ¿Cuáles son las exigencias de la organización actual del trabajo para el cuerpo subjetivo de los varones trabajadores? ¿Constituyen las pruebas que la organización contemporánea del trabajo exige a la subjetividad de los varones pruebas de hombría? O bien, ¿fuerza la organización del trabajo contemporánea la identificación de los varones con la institución dominación masculina como formas de sostenerse tanto en el trabajo como en el polo superior del binario jerárquico?, y, de ser así, ¿cuáles son las maneras y operaciones de reproducción de la dominación masculina en el marco de la organización neoliberal del trabajo?

Para intentar responder estas preguntas, este estudio es organizado, *grosso modo*, en dos grandes partes. Una primera, que constituye una problematización teórica y una

segunda en la que realizamos una aproximación empírica, en clave cualitativa, discursiva, a la problemática hasta aquí expuesta. Sin embargo, antes de avanzar a la explicitación de la manera en que se estructura este texto, nos parece imprescindible detenernos en algunos puntos. En primer lugar, procuramos elaborar algunas coordenadas que sirvan como antecedentes de la presente investigación, fundamentalmente respecto de los estudios que cruzan las temáticas de trabajo y subjetividad, para focalizar luego en aquellos que atienden especialmente la problemática del género y con ello, poder pronunciarnos y defender la relevancia de esta particular investigación y, en segundo lugar, nos parece del todo relevante detenernos en la explicitación de la implicación de los investigadores en el tema investigado, básicamente por dos motivos principales. Uno, porque es el caso que para este estudio se entrelazan intereses tan personales como sociales y dos, porque nos resulta clave la coherencia con una epistemología de corte feminista que parte del reconocimiento de la condición profundamente situada de los investigadores, por lo que se torna prácticamente un imperativo dar cuenta del ojo que mira, del cuerpo que siente, de la subjetividad desde la cual se dice lo que se dice.

A modo de antecedentes y reconocimiento de la relevancia del estudio

Como planteáramos más arriba, la investigación que aquí se presenta se inscribe en el campo de estudios sobre las relaciones entre trabajo y producción de subjetividades, atendiendo especialmente a las implicancias que en ello tienen las transformaciones de la organización del trabajo contemporánea y las particularidades del modelo capitalista de acumulación en versión neoliberal. Al respecto, y siguiendo la sistematización desarrollada por Antonio Stecher (2014), podemos afirmar que en las últimas décadas se han desarrollado en el mundo, incluida América Latina, múltiples investigaciones, desde diferentes marcos disciplinarios, perspectivas teóricas y aproximaciones metodológicas con el fin de avanzar en la comprensión de las interacciones entre el trabajo y sus exigencias y la producción de subjetividades en la sociedad contemporánea.

Stecher (2014) plantea que son dos las tesis o líneas argumentales centrales sobre las cuales se van erigiendo nuevas investigaciones al respecto. La primera de ellas sostiene, *grosso modo*, que las transformaciones contemporáneas en el mundo del trabajo, especialmente debido a la transitoriedad y precarización de los empleos, han corroído significativamente las potencialidades del trabajo para continuar siendo un soporte para las identidades. Esta primera línea argumentativa enfatiza en la radicalización de los procesos de individualización y la expansión de la cultura del consumo que promueven las nuevas formas de organización social y técnica del trabajo y con ello, el debilitamiento tanto de la ética del trabajo como de la posibilidad de construcción de imaginarios e identidades colectivas. Los individuos parecen estar compelidos a ser ellos mismos los gestores y constructores de sí, exacerbando el valor de la autonomía y la exigencia de (auto)realización personal. Esta tesis plantea que el principal rector contemporáneo de criterios de inclusión/exclusión social lo constituyen tanto el imaginario como las prácticas del consumo, con lo que la identidad del consumidor vendría a reemplazar a la del trabajador.

Por otra parte, una segunda tesis remarca precisamente, cómo estas mismas transformaciones relevadas por la tesis anterior, operan como base a la emergencia de un nuevo perfil de subjetividades laborales propio de los desarrollos actuales del modelo capitalista. Siguiendo a Byung-Chul Han (2014), nuestra propuesta coincide con la noción de un *sujeto neoliberal del rendimiento*, un sujeto que, parafraseando a Thomas Périlleux (2008) está dispuesto a capitalizarse por entero en la medida en que se constituye al modo de su propia empresa, un sujeto en consecuencia, *empresario de sí mismo*.

En este marco, Stecher (2014) da cuenta de diferentes tipos de aproximación a la problemática de las relaciones entre las transformaciones actuales de la organización del trabajo y la producción de subjetividades, dentro de las cuales destacan estudios orientados a comprender los significados del trabajo y su centralidad sobre las identidades; otros que atienden a las modificaciones en la noción de carreras y

trayectorias laborales, focalizando en las carreras flexibles que promueve la actual organización del trabajo; otros, que hacen de las culturas laborales el centro de su indagación; un conjunto de investigaciones bajo el rótulo de estudios críticos del management, que buscan dar cuenta de la operatoria de la empresa en tanto dispositivo de gobierno, disciplinamiento y control; otros que focalizan en las relaciones entre el trabajo, el sufrimiento psíquico y la salud mental y otro grupo importante que releva las relaciones entre género y trabajo, dentro de los cuales destacan aquellos que se interesan en indagar las estrategias de conciliación entre vida familiar-personal y laboral, especialmente en el caso de las mujeres, atendiendo a su masivo y permanente ingreso al mercado laboral en las últimas décadas (Stecher, 2014).

Podemos plantear que el estudio que aquí se presenta se encuentra en una suerte de intersección de varios de estos puntos de interés. Veamos. Primero, se trata de un estudio atento al tema de las relaciones entre el trabajo y la construcción de subjetividades e identidades (o bien, de identificaciones, asumiendo a la identidad en tanto dimensión dinámica). Segundo, el interés particular está puesto sobre la construcción de subjetividades e identidades masculinas o, mejor dicho, identificaciones con ciertas maneras de comprender y de vivir la masculinidad ligadas a la noción de dominación masculina (Bourdieu, 2000); con lo que en buena medida, esta investigación y sus resultados se inscriben también dentro de aquellos estudios atentos a la dimensión del género en relación al trabajo. Tercero; al mismo tiempo se trata de una investigación que encuentra sus bases en la psicodinámica del trabajo, para la cual el tema del sufrimiento psíquico y las estrategias defensivas para hacerle frente ocupa un lugar central.

Visto lo anterior, podemos articular sintéticamente el planteamiento central de la presente investigación de la siguiente manera: las pruebas que para la subjetividad, especialmente la de los varones, entrañan las exigencias implicadas en las transformaciones de la organización contemporánea del trabajo, fuerzan, en tanto estrategias defensivas del equilibrio psíquico de los trabajadores, una identificación

con los valores y las prácticas de la institución de la dominación masculina, promoviendo el proceso que hemos denominado *virilización del cuerpo subjetivo*, el que consiste básicamente en una des-sensibilización del cuerpo y una separación del pensamiento de su base sensible, reproduciéndose la lógica binaria y jerárquica que sitúa al pensamiento por encima de la sensibilidad del cuerpo, quedando este último en posición de subordinación.

Desde aquí, quizá la particularidad de esta investigación y con ello el lugar en que radica su relevancia, es que además de apuntar a la comprensión de las relaciones entre la organización contemporánea del trabajo y la reproducción de un orden de género en clave de dominación masculina, los esfuerzos se orientan a aprehender de qué maneras el género, en tanto categoría relacional y jerárquica, se encarna en los cuerpos singulares de los varones trabajadores. En resumidas cuentas, de qué maneras la organización flexible, neoliberal del trabajo, opera como resorte para la reproducción de una dominación masculina que configura cuerpos subjetivos. Vale decir, en la presente investigación, atendemos a cómo la cuerpoperiación de la organización del trabajo contemporánea reproduce cuerpos subjetivos virilizados, entendiendo la virilización en tanto estrategia defensiva ante el sufrimiento que implica para el psiquismo la experiencia laboral en clave neoliberal. Cabe destacar aquí que dicho proceso de virilización, al implicar para los cuerpos cierta pérdida de sensibilidad, constituye un perjuicio para la subjetividad, toda vez que entendemos a esta última como el *hecho de sentirse a uno mismo*. En otras palabras: el poder de sentirse a uno mismo se ve mermado con la virilización del cuerpo subjetivo.

Diremos en definitiva, que la presente investigación se esfuerza en mostrar cómo, a pesar de la masiva incorporación de mujeres al mercado laboral durante las últimas décadas¹, el trabajo conserva su centralidad en lo que a producción de subjetividades

¹ Aunque en condiciones de desigualdad, expresadas por ejemplo así: “Las remuneraciones promedio de las profesiones descienden a medida que estas se hacen más *femeninas* (en el sentido de que las realizan más mujeres que hombres y en el sentido que son profesiones asociadas a valores y prácticas ligadas a la feminidad). El 20% de profesiones con menor porcentaje de ocupados mujeres tiene asociado un ingreso promedio de \$900000, mientras que el 20% con mayor porcentaje de mujeres paga en promedio \$400000.

e identidades masculinas (y viriles) respecta. Una cosa es clara: la antigua división sexual del trabajo, que repartía de modo automático roles y tareas a hombres y mujeres en virtud del par polar trabajo doméstico/trabajo extradoméstico, se ve modificada en una organización del trabajo con rasgos posfordistas (Godoy, Stecher, Toro y Díaz, 2014). Sin embargo, la lógica de la dominación masculina, sea a nivel de relaciones sociales de género, sea a nivel de producción de subjetividades e identidades, continúa reproduciéndose.

Ahora bien, nos parece relevante observar que dicha articulación defensiva del cuerpo subjetivo en las formas de la virilización como respuesta a las exigencias de la prueba del trabajo contemporáneo sobre la subjetividad marcan profundamente las maneras que –en este caso– los varones trabajadores tienen tanto para experimentarse a sí mismos como para experimentar sus relaciones socioafectivas. Desde esta perspectiva, la renuncia y/o subordinación de parte de la sensibilidad del cuerpo, obligada por el trabajo y su organización, sorteando los límites del espacio laboral permeando otros vínculos y espacios de relación. En esta medida, preguntas tales como ¿cómo afecta la virilización del cuerpo subjetivo de los varones trabajadores el ejercicio de la paternidad, de la vida sexual y de pareja, cómo impacta las relaciones de amistad entre varones? O bien, ¿tiene impactos y, de ser así, cuáles, la virilización del cuerpo subjetivo sobre la salud mental de los varones trabajadores? Son preguntas que la presente investigación llama a poner en relieve.

Declaración de implicación

Escribe Foladori: “los institucionalistas hablan de implicación para poder dar cuenta de los diversos niveles de articulación y determinación que las instituciones tienen sobre las personas, instituciones que limitan de diversos modos la observación y lectura que se realiza de lo que se recorta como discurso” (Foladori, 2008: 17). Desde

Entre las primeras se cuentan las ingenierías civiles y forestal, geología y construcción civil; entre las segundas destacan educación diferencial, educación parvularia, psicopedagogía, nutrición y otras similares” (PNUD. Desarrollo Humano en Chile. Género: los desafíos de la igualdad, 2010)

aquí, defendemos la idea de que el trabajo investigativo no puede si no estar atravesado por las instituciones que configuran el psiquismo y la subjetividad de los investigadores y es el caso que en la presente investigación se entrelazan estrechamente problemáticas sociales y biográficas. En consecuencia, vale explicitar, o al menos animarse a pensar que las raíces de esta investigación se hunden en el propio malestar del autor (quien habla, salvo ahora, a lo largo de este texto en primera persona plural) en tanto varón en la organización contemporánea del trabajo. Soy nieto de un obrero y campesino anarquista que en buena medida me enseñó a pensar. Esto es, en nuestros paseos por Barrancas y el puerto de San Antonio, más que instruirme sobre las cosas del mundo me invitaba a sentir y pensar qué me iba pasando con ellas y de este modo, quizá sin él saberlo, a reconocer en mi cuerpo las bases de la inteligencia. Soy hijo de madre y padre profesores, formados en aquellos tiempos en los que realmente la educación era importante si lo que se quería era aportar a la transformación de lo social. Ambos, profesionales para los que no fue fácil la conciliación de la vida familiar con la profesional-laboral y política; pues nací en 1972, muy poco antes del golpe militar en Chile. Soy padre, de una niña y un niño, con quienes me vinculo, lo quiera o no, con mayor o menor consciencia, a través de las claves comprensivas del género y la organización del trabajo y la producción de la época en que vivimos. Soy psicólogo y para formarme como tal elegí primero la Universidad de Chile, luego la escuela de psicología grupal y análisis institucional Enrique Pichon Rivière y posteriormente me formé como psicoterapeuta corporal imbuyéndome en las ideas y propuestas de Wilhelm Reich, quien, vale la pena decirlo, terminó sus días en calidad de preso político como consecuencia de seguir las investigaciones que lo llevaron a afirmar con toda sus fuerzas que las funciones amorosas, para él naturales, biológicas del ser humano, eran destruidas y enajenadas por un ordenamiento social represivo, fundamentalmente de la sexualidad, y cuyo anclaje no es otro que el sistema de producción capitalista y patriarcal (Reich, 2005)

Hacemos esta breve explicitación con la intención de dar somera cuenta de la subjetividad detrás de esta investigación y con ello, de algunas de las instituciones que me atraviesan y a través de las cuales me sitúo en el mundo. Los recortes y los

resultados de esta investigación no pueden, en consecuencia, ser leídos fuera de este reconocimiento. Parafraseando a Donna Haraway (1995), declaramos nuestra implicación con la intención de hacer visible al ojo que mira y no caer en la tentación de presentar los resultados de la investigación desde una perspectiva con pretensión universalista, vale decir, con la intención de evitar el truco del ojo de dios que mira sin ser visto.

Estructuración del texto

En términos generales, organizamos este texto en dos grandes partes. Una primera que se corresponde con una problematización teórica conducente a la construcción tanto del problema como de la pregunta de investigación empírica, que comprende tres capítulos en los que si bien se trabajan problemas de orden psicológico, su abordaje es más bien transdisciplinario y, una segunda, en la que se inicia con la explicitación de un marco metodológico que incluye la pregunta y los objetivos de la investigación y se continúa con los análisis de discurso de dos tipos de varones trabajadores. Para finalizar, se presentan las conclusiones y proyecciones del estudio. Pasamos ahora a detallar.

El capítulo primero, que lleva por título *Subjetivación como cuerpopropiación. Sexualidad y trabajo como ejes en la subjetivación del mundo: el argumento de la doble centralidad*, se articula en virtud de una propuesta de diálogo entre las actuales tesis de la psicodinámica del trabajo y el trabajo vivo de Christophe Dejours (2002, 2012a y b) y las antiguas, pero interesantes tesis de Wilhelm Reich (2005) respecto del análisis del carácter y la identidad funcional cuerpo-mente. El diálogo propuesto tiene como pivote, por cierto, algunas ideas basales de la metapsicología freudiana.

En síntesis, en primer lugar entendemos la subjetivación en tanto trabajo de traducción y apropiación del mundo por parte de un individuo, el que al hacerlo, justamente, se subjetiva y en segundo lugar, destacamos las formas en que dicha

traducción-apropiación tiene lugar, cual es en tanto esfuerzo afectivo, en tanto trabajo del cuerpo. Desde ahí, utilizando un concepto que Christophe Dejours (2012a) toma del filósofo francés Michel Henry, comprendemos la subjetivación como una *cuerpopropiación*. Vale decir, en tanto un trabajo de apropiación del mundo que se realiza *con* el cuerpo y, que al mismo tiempo, hace *al* cuerpo, tornándolo precisamente, un *cuerpo subjetivo*. Sostener esta tesis obliga a indagar y a desarrollar argumentos que permitan dotar al cuerpo de un lugar y un estatus en la teoría psicológica que no necesariamente ha tenido a lo largo de la historia de la disciplina. Sin ir más lejos, para Freud (1992a), si bien el cuerpo es la fuente de la pulsión, es esta última, la que en tanto representación representante de la excitación del cuerpo, es capaz de alcanzar el estatus de psíquico. Para Freud (1992a), es en la pulsión, en tanto concepto frontera entre cuerpo y psique, el lugar en que lo psicológico comienza, quedando el cuerpo relegado al dominio de lo biológico. A su vez, Freud (1992a) define a las pulsiones, particularmente a las sexuales como *exigencia de trabajo* para la psique. Este punto pasa a ser uno crucial para la presente investigación, pues la emergencia del psiquismo y la subjetividad quedan significadas como resultados de un trabajo, de un trabajo psíquico que el fundador del psicoanálisis definió como trabajo *Arbeit*, como trabajo de producción de sí. Es en este punto que sexualidad y trabajo quedan estrechamente ligados en el proceso de subjetivación.

Ahora bien, Dejours (2012b) continúa y plantea que si bien Freud destacó una dimensión fundamental del trabajo, olvidada por la mayoría de las disciplinas que lo abordan, cual es la dimensión *Arbeit*, en tanto trabajo de producción de sí mismo, también olvidó o no consideró al trabajo ordinario de producción en el mundo como una fuente de exigencia para el desarrollo subjetivo. De este modo, plantea el autor que el trabajo psíquico de elaboración suele ser un retoño del trabajo ordinario generado por el sufrimiento que implica la prueba del trabajo para la subjetividad. Desde esta perspectiva, las exigencias del trabajo cotidiano se constituyen en fuentes de exigencia de trabajo para la psique que pueden movilizar desarrollos subjetivos. Se va configurando en consecuencia la tesis de la doble centralidad, de la sexualidad y el trabajo sobre la subjetivación, idea clave del desarrollo del capítulo uno que se va

desarrollando en función del diálogo antes enunciado entre Dejours y Reich, especialmente en atención al lugar del cuerpo en dicho proceso.

En el capítulo segundo: *Cuerpopriación del orden de género. El género como categoría relacional jerárquica, la institución de la dominación masculina y la virilización del cuerpo subjetivo*, avanzamos hacia la problemática de la subjetivación del orden simbólico del género. Entendemos en consecuencia, que el mundo a ser traducido y apropiado por los seres humanos es un mundo ordenado por el lenguaje y consideramos a la diferencia de los sexos (Fraisse, 1996; Butler, 2006, 2007) como el primer límite discursivo en aras de la construcción de subjetividades. Junto a lo anterior, comprendemos que la diferencia de los sexos, en tanto primera diferencia y productora de todas las demás (Fraisse, 1996), ha estado cargada históricamente, desde los albores de la civilización (Engels, 2012), por la jerarquía que marca una y otra vez con el signo de lo superior a lo considerado y construido como masculino, mientras que con el signo de lo inferior a lo que se asocia a lo femenino. De este modo, la dominación masculina (Bourdieu, 2000) aparece en calidad de invariante antropológica, vestida con trajes de naturaleza cuando en rigor es una producción histórica, una institución que al borrar la violencia implicada en su origen (Kaës, 1998; Lourau, 2008), se presenta como a-histórica y en tanto, difícil de problematizar e incluso de pensar.

Pensamos entonces la noción de dominación masculina de Bourdieu en las claves en que René Kaës concibe lo institucional. La institución, dice Kaës (1998) no solo pre-existe a los individuos, sino que al inscribirlos en sus sentidos los torna sujetos. Lo institucional viene a ser entonces una suerte de sí mismo descentrado, aquella externalidad que constituye justamente el mundo interno. Desde esta perspectiva, el género, al modo en que lo concibe Judith Butler: “Los términos que configuran el propio género se hallan, desde el inicio, fuera de uno mismo, más allá de uno mismo, en una socialidad que no tiene un solo autor” (Butler, 2006: 13-14); puede ser considerado una institución al modo en que la entiende Kaës (1998).

Una subjetividad generizada es entonces fruto de una interiorización, traducción, cuerpopriación de un orden de género que nos pre-existe. Para el caso de esta investigación y en particular del capítulo segundo de este texto, una cuestión central será indagar en torno a la producción de subjetividades generizadas masculinas y es en esta búsqueda que se propone el concepto de *virilización del cuerpo subjetivo*, entendida, *grosso modo*, como la cuerpopriación, como la encarnación en el cuerpo de los varones de las lógicas y prácticas inscritas en la dominación masculina.

Luego, es en el capítulo tercero: *Cuerpopriación de y en la organización del trabajo contemporánea. La virilización del cuerpo subjetivo en la sociedad del rendimiento*; que comienza a dibujarse con mayor claridad el problema de investigación que estamos construyendo con esta problematización teórica, pues abordamos la pregunta por las maneras en que las exigencias que para la subjetividad, especialmente de los varones, presenta la prueba del trabajo en clave neoliberal flexible, favorecen la reproducción de la dominación masculina y sus sujetos en la forma de la virilización del cuerpo subjetivo. Asumimos que, si bien las transformaciones de la organización del trabajo y el movimiento hacia los denominados posfordismos cuestionan y ponen en jaque la vieja y tradicional división sexual del trabajo, es decir, ya no se reparten de manera automática roles y funciones articulados según los binarios trabajo doméstico-mujeres/trabajo extradoméstico-varones, o bien, trabajo reproductivo-mujeres/trabajo productivo-varones; la institución de la dominación masculina continúa reproduciéndose.

Algunos de los conceptos clave a los que recurrimos para comprender esta cuestión son los de *sociedad de rendimiento* de Byung-Chul Han (2014), quien comprende que los sujetos contemporáneos ya no son sólo sujetos de obediencia, sujetos de la sociedad disciplinaria foucaultiana, sino que son además, sujetos empresarios de sí mismos, sujetos de rendimiento, en los que la subordinación cobra la forma de la autoexplotación (laboral), pues a la lógica del deber se le articula la del poder, por lo que el sujeto de rendimiento *debe poder* siempre más; y el de *desmesura laboral*, acuñado por Araujo y Martuccelli (2012), quienes proponen que la prueba del trabajo

para la subjetividad en el Chile contemporáneo es vivida en base a una percepción de sobreexigencia y de presión que redundan en un incesante empuje a la acción que con mucha frecuencia se experimenta como una transgresión a los propios límites.

Si bien es claro que estas cuestiones afectan la vida de hombres a mujeres, el interés del capítulo es la pregunta por las maneras en que se ven afectados los varones en la producción y mantención de subjetividades masculinas. En definitiva, lo que el capítulo busca mostrar es que la prueba del trabajo constituye al mismo tiempo –al menos para los varones- una prueba de virilidad, por lo que en buena medida se ven forzadas identificaciones con la institución dominación masculina y con ello, la virilización del cuerpo subjetivo, que es entendida en tanto estrategia defensiva, tanto de la masculinidad lograda con tanto esfuerzo como del sufrimiento que la experiencia laboral implica para cuerpos y psiques.

Una vez desarrollada la problematización teórica, en el capítulo cuarto, desarrollamos lo que comúnmente se entiende por el marco metodológico de la investigación. En síntesis, esto significa lo siguiente: en primer lugar, que presentamos la pregunta de investigación y sus objetivos y en segundo, que damos cuenta de la metodología para responder la pregunta y dar cuenta de los objetivos, lo que implica básicamente la justificación de una aproximación cualitativa y sus técnicas, ya para la producción de información, ya para su análisis. Diremos por lo pronto que se trata de un abordaje discursivo del problema y que la técnica de producción de información utilizada fue la entrevista (individual y grupal) y que el análisis constituye un análisis de discurso, pues el interés más que estar en los contenidos referidos por los enunciados está en sus efectos, en tanto construcción de posiciones de sujeto y de objetos sociales (Davies y Harré, 2007). Vale decir, que lo que interesa es más bien lo que los enunciados hacen con lo que dicen y no tanto respecto de aquello que saben, piensan o sienten respecto de un tema.

Junto a estas justificaciones, presentamos además la muestra, constituida por varones trabajadores que se desempeñan en dos tipos de trabajo que se diferencian

fundamentalmente por sus posiciones en la estructura de la división social del trabajo. El primer tipo de trabajadores está constituido por personal de baja calificación, trabajadores manuales, específicamente cargadores-repartidores de gas que se desempeñan bajo la figura de *comisionistas*, es decir, en condiciones de flexibilización laboral de diferentes órdenes: salarial, temporal, de contrato; y el segundo, por profesionales altamente calificados que se desempeñan como gerentes generales de grandes empresas, en atención al supuesto de que este sujeto de habla encarna los valores rectores de la organización del trabajo contemporánea bajo el rótulo de la empresa.

Finalmente, damos cuenta del plan y los procedimientos a través de los cuales se realizó el análisis.

Los capítulos quinto y sexto constituyen sendos análisis de discurso. El quinto está dedicado a los cargadores-repartidores de gas y el sexto a los gerentes generales. A través de un análisis, preferencialmente de posicionamientos de sujetos (Davies y Harré, 2007) en virtud del análisis de metáforas y otros varios recursos retóricos, se construyen ejes discursivos que van dando cuenta de cómo el discurso producido genera identificaciones con la institución dominación masculina y como ello va repercutiendo en procesos de virilización del cuerpo subjetivo en tanto estrategias defensivas al sufrimiento psicofísico que implica la experiencia laboral. Ambos capítulos se organizan en función de dos apartados, uno primero en que se desarrollan en extenso los análisis de discurso desde una perspectiva inmanente, vale decir, cerrada y lo más fiel posible al discurso textual y uno segundo en que se leen las producciones discursivas desde algunos de los conceptos centrales elaborados en la problematización teórica.

El capítulo séptimo está dedicado a un ejercicio comparativo entre los discursos de ambos tipos de trabajadores, identificándose sus continuidades y sus puntos de diferencia principales, para finalmente, en el capítulo octavo exponer las conclusiones del estudio en un esfuerzo por responder la pregunta de investigación, al mismo

tiempo que de relevar los aportes y los límites de la misma, en virtud de lo cual se reconocen también sus posibilidades de proyección, pero en fin, los detalles podrán ser leídos en cada capítulo.

CAPÍTULO PRIMERO

SUBJETIVACIÓN COMO CUERPOPRIACIÓN

Sexualidad y trabajo como ejes en la subjetivación del mundo: el argumento de la doble centralidad

En este primer capítulo tomamos la idea que Christophe Dejours (2012a, b, 2014) propone como doble centralidad sobre la subjetivación. Vale decir: la centralidad de la sexualidad sobre la emergencia de la subjetividad en tanto experiencia de sentirse a uno mismo, como la centralidad del trabajo sobre el desarrollo subjetivo y la transformación de sí. Pretendemos además dar cuenta del lugar que el cuerpo ocupa en ello y su participación en una posible superación de lo paradójico de una “doble centralidad”. Si bien, elaboramos el texto siguiendo el hilo teórico propuesto por Dejours (2012a y b), se procura también un diálogo con las propuestas que hiciera Wilhelm Reich (2005) durante la primera mitad del siglo pasado, ya sea atendiendo al lugar que se le otorga al cuerpo en la teoría psicológica, como a la centralidad de la sexualidad y el trabajo en la vida psíquica y social. Destacamos en consecuencia los puntos que a nuestro entender constituyen encuentros sin pretender omitir las importantes diferencias en los planteamientos de ambos autores.

1. Sobre subjetivación

1.1. Subjetivación como cuerpoperiación

Comprenderemos, en primera instancia, el proceso de subjetivación al modo en que lo propone Dejours (2012a); esto es, en tanto *trabajo de apropiación del mundo*. De este modo, al hablar de subjetivación, el autor remite a lo siguiente: “por una parte, a las *condiciones* gracias a las cuales el mundo puede ser apropiado por un sujeto; por la otra, a las variedades bajo las cuales se hace esa apropiación (como experiencia afectiva del cuerpo y no como representación cognitiva)” (Dejours, 2012a: 26).

Desde esta perspectiva se desprende una cuestión epistemológica básica: no es posible el acceso directo al mundo ni a la objetividad, la realidad existe solo en tanto realidad psíquica, por lo que es siempre subjetiva. Plantea Dejours, siguiendo a Laplanche: “por realidad psíquica debe entenderse la realidad en tanto le llega al sujeto como un mensaje a descifrar, a traducir y no bajo forma de una objetividad inmediata” (Dejours, 2012a: 27).

Si bien podemos decir que se trata de una proposición no muy novedosa y que se encuentra ampliamente aceptada y justificada, es posible distinguir dos cuestiones con las que la comprensión de Dejours (2012a), basado en Laplanche y Henry principalmente, enriquece esta idea. Primero: el objeto se presenta, parafraseando a Freud (1992a), como una *exigencia de trabajo para el sujeto*, por lo que la objetividad no es incorporada directamente al modo de una *in-yección* -en tanto objetos que se *arrojan adentro*- ni tampoco al modo de una re-presentación mental -en tanto copia de las cosas del mundo en la mente-, sino que ante todo: *obliga una traducción*, obliga una acción, *exige un trabajo* por parte del sujeto, trabajo que, justamente, lo subjetiva. En síntesis: la subjetivación es posible a través de un trabajo de traducción y apropiación del mundo. Mas, cabe destacar que nunca la traducción es absoluta, quedan asuntos sin traducir que escapan a la intelección del sujeto y que de acuerdo con Laplanche van participando de la constitución de lo inconsciente: “Parte de estos mensajes serán simbolizados, pero siempre quedará un resto no metabolizable, indescifrable que va constituyendo el inconsciente. Es este resto desconocido el que pulsionará desde las representaciones reprimidas del inconsciente originario” (Goldschmidt, 2010: 32).

Segundo: la realidad ofrece una resistencia a la acción de apropiación del mundo por parte del sujeto y éste lo enfrenta desde un principio, no con la palabra, no con discursos contruidos, sino más bien en un cuerpo a cuerpo: *la subjetivación tiene lugar en un cuerpo a cuerpo entre sujeto y mundo*. La subjetivación es, en principio, una cuerpoperiación y en tanto, una experiencia afectiva. La primacía de lo afectivo es aquí

crucial, cuestión que –como quedó planteada en la introducción- nos remite a Reich, quien planteara que la función intelectual es ante todo una función afectiva que le debe al cuerpo su existencia (Reich, 2005; Dejours, 2012a)

Al respecto Dejours, siguiendo a Michel Henry plantea: “pienso que la subjetivación del mundo, que pasa primero y antes que nada por una cuerpopriación del mundo, es condición *sine qua non* de todo conocimiento (...) es por la cuerpopriación del mundo, que este puede revelarse, manifestarse como fenómeno” (Dejours, 2012a: 27). El cuerpo; su sensibilidad e inteligencia, es decir, su capacidad para hacer el mundo inteligible, para traducirlo y apropiárselo, es lo que está a la base de cualquier conocimiento, por lo que la realidad se nos presenta siempre y primariamente de manera afectiva. De aquí proviene una consideración que para este estudio será gravitante: *la subjetivación y el desarrollo subjetivo consecuente, dependerán siempre de las capacidades afectivas y sensitivas del cuerpo para arreglárselas con la realidad y apropiarse del mundo.*

Entonces, vuelta a la vinculación teórica con Reich –a nuestro juicio- un pionero en el estudio de las relaciones entre psique y cuerpo. En un trabajo que presentara en el 13º congreso de psicoanálisis en 1934 -y que le valiera, entre otras cosas, la marginación de la institución psicoanalítica- Reich planteó: “la función intelectual es en sí misma una actividad vegetativa²; la función intelectual puede tener una carga afectiva no menos intensa que cualquier reacción puramente afectiva (sin embargo)³ la actividad intelectual presenta a menudo una estructura y dirección tales que impresiona como un aparato en extremo hábil para evitar los hechos, como una actividad que realmente nos aparta de la realidad” (Reich, 2005: 329). *La función intelectual en consecuencia, muchas veces opera de manera defensiva respecto de la realidad y su manera de hacerlo es a través de la des-afectación y el distanciamiento.*

² Vale decir: del cuerpo y del dominio de lo involuntario

³ El paréntesis es nuestro

Esta observación reichiana –que como veremos tiene su paralelo en Dejours- ocupará también un lugar preponderante en este estudio, pues, es justamente la capacidad para batirse cuerpo a cuerpo con la realidad -y en esta medida lo opuesto a su desafección y distanciamiento- lo que constituirá un punto nuclear para la subjetivación y el crecimiento subjetivo. *El desarrollo subjetivo se ve obstruido en la evitación de la realidad.*

Desde Dejours (2012a) y también desde Reich (2005), el contacto con la realidad y el mundo junto con la posibilidad de apropiación de éste, radican en el cuerpo y su afectividad. Es el cuerpo el que experimenta la realidad del mundo y es en virtud de su capacidad de afectación que podrá tener lugar el proceso de subjetivación. El intelecto, por su parte y muchas veces, cumple una función defensiva, y como tal, separa de la realidad, opera sobre ella procurando atenuar su capacidad de afectación sobre el cuerpo (Dejours y Gernet, 2014).

Seguir esta senda conduce necesariamente al desafío de pronunciarse respecto de las relaciones entre cuerpo y psique y con ello, respecto del lugar o el estatus del cuerpo en la teoría psicológica. Para encarar esta tarea, Dejours (2012a) va proponiendo al cuerpo al modo de una intersección que convoca y articula dos fuentes teóricas sobre el sujeto: el psicoanálisis y las ciencias del trabajo, y con ello, dos dimensiones cruciales sobre el proceso de subjetivación: la centralidad de la sexualidad relevada por el psicoanálisis (y nunca abandonada por Reich) y la centralidad del trabajo relevada por la psicodinámica del trabajo (y también por Reich). Ambas, atravesadas por lo que el autor denomina *los poderes del cuerpo* (Dejours, 2012a).

1.2. *Cuerpo y psique: pulsión y trabajo de apropiación subjetiva del cuerpo*

Habrá que animarse, siguiendo la lectura de Dejours, a pensar ¿por qué el cuerpo en el medio? ¿Cuál es el lugar del cuerpo en relación a la sexualidad y el trabajo? En aras de responder –buscando el lugar del cuerpo en la metapsicología freudiana- el autor

conduce a la revisión de la teoría psicoanalítica de la pulsión y respecto a ello, en sus propias palabras plantea: “¡Allí donde buscábamos el cuerpo (teoría de la pulsión y específicamente de la pulsión sexual)⁴ lo que de hecho descubrimos es el trabajo!” (Dejours, 2012a: 39).

“¡Encontrar el trabajo!”, vale decir, hallar referencias al trabajo en la teoría psicoanalítica y específicamente en la revisión conceptual de la pulsión, concepto orientado ni más ni menos que a la comprensión de la sexualidad humana y en tanto, concepto clave de la metapsicología freudiana, constituye un hallazgo que conduce, según Dejours (2012a), a confrontar la antropología psicoanalítica y con ello la centralidad de la sexualidad en la vida y el desarrollo psíquico, con la antropología del trabajo, que propone por cierto, la centralidad del trabajo respecto de la identidad, la subjetividad y la salud mental; así como de las relaciones sociales humanas. A esto llama Dejours (2012a, 2014) la *paradoja de la doble centralidad*.

Veamos qué pasa, ¿cuál es el hallazgo del trabajo cuando se busca al cuerpo en la teoría de la pulsión? Freud (1992a) define la pulsión como un “concepto-frontera”, utiliza, digamos, una metáfora geográfico-política, situando al concepto pulsión en una suerte de zona demarcatoria y por cierto, también de intercambio; aludiendo a una tónica en la que dos confines se encuentran al mismo tiempo que resulta imperioso deslindarlos. Todo indica que dicha frontera marca el límite y el comercio entre psicología y biología: más acá de la pulsión, hacia el lado del cuerpo, la biología y más allá, donde el cuerpo termina, la psicología.

Siguiendo a Dejours, eso sería en rigor un concepto-frontera; pues la demarcación y el intercambio es entre dos dominios conceptuales: lo anímico y lo somático (Dejours, 2012a). Plantea Freud: “la pulsión nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia

⁴ El paréntesis es nuestro

de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud, 1992a : 117).

Entonces la pulsión, en tanto concepto-frontera, es un *representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo*, con lo que va quedando investida de cualidades de orden psíquico y en consecuencia, del lado psíquico de la frontera. La pulsión, como concepto, estaría marcando el comienzo de la psicología ubicándose un poco más allá del cuerpo (que si bien es su fuente; recordemos que es el *representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo*) que queda –para Freud– fuera de la psicología, dispuesto como objeto de estudio de la biología.

Se desprende de aquí que para *alcanzar el alma*, lo anímico, lo psíquico; el cuerpo ha de valerse de un *representante*, cuerpo y alma no tendrían comunicación directa, precisan de la pulsión en tanto concepto-frontera. Ahora bien, lo valioso de la lectura de Dejours (2012a) y donde radica el “hallazgo del trabajo” en la metapsicología freudiana, es el poner de relieve la manera en que la pulsión ejerce su misión de representante, a saber: *como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal*. Del cuerpo mana para la psique en consecuencia, una exigencia de trabajo, representada cuantitativamente –en tanto medida– por la pulsión. Podríamos decir que la pulsión –en tanto representante– trae mensajes, o bien, constituye mensajes a descifrar de parte del cuerpo, enigmas, inquietud, pues es, en buena medida, representante de la excitabilidad y de la excitación del cuerpo, expresada en la cita como *estímulos*. Estímulos que exigen ser tratados, ser ojalá neutralizados mediante un *trabajo*. Un trabajo de la psique a través del que lo psíquico mismo se produce y se transforma. Un trabajo *arbeit*, entendido como trabajo de elaboración psíquica.

Freud procura caracterizar al estímulo pulsional y en tanto, su exigencia de trabajo para la psique. Plantea: “En primer lugar: el estímulo pulsional no proviene del mundo exterior, sino del interior del propio organismo. Por eso también opera diversamente sobre el alma y se requieren diferentes acciones para eliminarlo” (Freud, 1992a: 114).

Eliminarlo es pues el objetivo, neutralizar el estímulo, reducir a cero la excitación parece ser la exigencia de trabajo, objetivo que por las características de la pulsión será irrealizable en vida. Freud agrega: “Todo lo esencial del estímulo está dicho si suponemos que opera de un solo golpe; por tanto, se lo puede despachar mediante una única acción adecuada cuyo tipo ha de discernirse en la huida motriz ante la fuente de estímulo” (Freud, 1992a: 114). Pero, ¿cómo huir de la fuente del estímulo cuando ésta proviene del interior del organismo? Simple: del estímulo pulsional no hay huida posible, por lo que es otro el trabajo requerido. “La pulsión no actúa como una fuerza de choque momentánea, sino siempre como una fuerza constante” (Freud, 1992a: 114).

¿Qué hacer entonces ante una fuerza constante que no permite la huida como respuesta efectiva? ¿A qué actividades conduce? Freud propone una lectura que parte del lado biológico de la frontera: “(la pulsión) plantea exigencias mucho más elevadas al sistema nervioso y lo mueven a actividades complejas (...) sobre todo lo obligan a renunciar a su propósito ideal de mantener alejados los estímulos” (Freud, 1992a: 116). Cabe destacar que la exigencia de trabajo que representa la pulsión aquí es para el sistema nervioso; es el sistema nervioso el que se ve obligado a trabajar ante el fracaso de su cometido principal: mantener a raya a los estímulos. ¿Será que en esta suerte de rebasamiento del sistema nervioso (en tanto aparato biológico) la pulsión se vuelve medida de exigencia de trabajo para la psique?

Al no poder oponer a la pulsión ni una distancia ni una neutralización, el sistema nervioso –en tanto parte del cuerpo-biológico- ha de *hacer otra cosa* con tales estímulos y sería en ese hacer que la sustancia viva se ve obligada a modificarse, muchas veces en el sentido del progreso (Freud, 1992a). Esto explica que para Freud, las pulsiones sean el motor del desarrollo psicológico. Son el tipo de estímulos, *representantes psíquicos*, que si bien tienen su fuente en el cuerpo son capaces de *alcanzar el alma*. Al parecer el alma se alcanza solo si se franquea la barrera biológica del sistema nervioso, si se lo obliga a un trabajo conducente a transformar la sustancia viva. Podríamos decir como corolario: *que el nivel de exigencia de la pulsión sobre el*

sistema nervioso, su insistencia e irreductibilidad, obligan a un trabajo conducente a la producción del psiquismo. Pero si así fuera; las pulsiones, más que alcanzar un alma o un psiquismo que las preexiste, serían su condición de producción.

Lo anterior, en buena medida, obliga a profundizar en el concepto fronterizo. Al respecto: toda pulsión –dice Freud (1992a)- tiene un *motor* que constituye su esfuerzo, o su medida de fuerza, una cuestión de orden cuantitativo; una *meta*, cuya satisfacción es únicamente cancelar la excitación en la *fuerza* de la pulsión (el cuerpo o bien, una parte del cuerpo) y un *objeto*. El objeto es aquello en o por lo cual la pulsión puede alcanzar su meta y puede ser un objeto externo como una parte del propio cuerpo, de la pulsión es lo más variable. La fuerza es siempre un proceso somático, un asunto del cuerpo, químico o mecánico. Lo relevante para Freud y su metapsicología es que: “El estudio de las fuentes pulsionales ya no compete a la psicología aunque para la pulsión lo absolutamente decisivo es su origen en la fuerza somática” (Freud, 1992a: 119).

Para Freud, en psicología entonces, las pulsiones pueden inferirse sólo por sus metas. El autor se pregunta en consecuencia ¿qué y cuántas pulsiones pueden establecerse? A lo que responde: “Nada puede objetarse si alguien usa el concepto de pulsión de juego, de pulsión de destrucción, de pulsión de socialidad” (Freud, 1992a: 119) Todas, manifestaciones que dan cuenta de las pulsiones. Sin embargo, al momento del desarrollo teórico freudiano que estamos aquí revisando, distinguió dos tipos de *pulsiones primordiales*: las de autoconservación y las sexuales. Propone esta distinción valiéndose de la hipótesis de que a la base de las afecciones psíquicas por él estudiadas se encuentra la confrontación entre ellas: *un conflicto entre los reclamos de la sexualidad y los del yo y su autoconservación.*

Una relación primaria entre ellas es lo que Freud (1992b), en *Tres ensayos de teoría sexual*, definió como *apuntalamiento*. Plantea que en su primera aparición, las pulsiones sexuales se *apuntalan* en las de conservación. Es sobre algún órgano a través del que el organismo satisface una necesidad que la pulsión sexual se apuntala,

pues suelen seguir también al objeto de las pulsiones yoicas. Un ejemplo claro de esto es la boca: a través de ella se come y se satisface la necesidad vital de alimentarse. Sin embargo, el *chupeteo*, pronto logra desdoblarse la función alimentaria y se convierte en una acción en vías de procurarse placer. Digámoslo así: una acción movida por el deseo más que por la necesidad. El órgano –en este caso la boca- sobre el cual se apuntala la pulsión sexual es ahora también zona erógena. En consecuencia –por traer algún ejemplo- el sabor de una comida y lo que ésta evoque subjetivamente ya no tendrá que ver tanto con la boca-órgano, como con la boca-erógena-subjetiva.

Freud (1992a) plantea que habría una parte de la pulsión de conservación que queda asociada por siempre a la pulsión sexual. Por ello, las funciones de órgano siempre estarían dotadas de componentes libidinales, los que en situaciones “normales” pueden pasar inadvertidos, pero que en situaciones de enfermedad suelen salir a la luz. De esta manera, Freud enlaza la vida y el desarrollo psíquico con la sexualidad, constituyéndose el psicoanálisis en teoría de la sexualidad. Una sexualidad que arranca mucho antes de la adolescencia, una sexualidad que arranca en la infancia y que se encuentra en el origen y el desarrollo del psiquismo. *Una sexualidad vivida como exigencia de trabajo para la psique.*

2. Centralidad de la sexualidad: la sexualidad como eje de la subjetivación

2.1. Reich: la represión de la sexualidad y la expresión psíquica y corporal del carácter

La excitación proveniente del cuerpo, de la cual son las pulsiones su *representante psíquico*, exigen al aparato psíquico un trabajo, obligan una traducción, en rigor, un trabajo de elaboración de manera que tales mensajes alcancen el alma (o la produzcan). Desde este punto de vista, las pulsiones sexuales constituyen el motor del desarrollo al exigir *hacer algo* con ellas. Ahora bien, las pulsiones buscan su satisfacción, disminuir con ello la excitación y obtener, en función de eso, placer (Freud, 1992a; Reich, 2005).

En esta línea, cuatro son los destinos principales que distingue Freud (1992a) para las pulsiones sexuales: el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la persona propia, la represión y la sublimación. Centraremos ahora el foco del análisis en la represión.

Si la meta de la satisfacción pulsional es el placer, Freud se pregunta: “¿Por qué una moción pulsional habría de ser víctima de semejante destino?” (Freud, 1992c: 141): la represión. A lo que responde: “Para ello, evidentemente, debe llenarse la condición de que el logro de la meta pulsional deplazca en lugar de placer. Pero este caso no se concibe bien. Pulsiones así no existen, una satisfacción pulsional es siempre placentera. Deberían suponerse constelaciones particulares, algún proceso por el cual el placer de satisfacción se mudara en displacer” (Freud, 1992c: 141).

Trataremos de seguir a Freud en el esfuerzo por pesquisar cuál es esa “constelación particular”, pues el autor propone que la represión sería posible si la satisfacción de la moción pulsional –siempre placentera en sí misma- entra en tensión inconciliable con otro tipo de exigencias. El placer propio que entraña la satisfacción de la moción pulsional es acompañado entonces por el displacer que genera lo inconciliable de su satisfacción con este otro designio. La pregunta inevitable entonces es por ¿cuál o cuáles serán tales designios?

Al respecto, plantea Reich: “Deberé recordar en primer lugar las opiniones psicoanalíticas *más antiguas*, que constituyen el punto de partida de mi propia labor. Sin conocer este punto de partida, es imposible comprender los resultados de la investigación carácter-analítica: los conceptos psicoanalíticos más tempranos derivaron del conflicto entre *instinto y mundo exterior*” (Reich, 2005: 313). Siguiendo esta pista, la represión se explica del siguiente modo: el placer obtenido por el hecho de satisfacerse una moción pulsional solo puede mudarse en displacer si al mismo tiempo esta satisfacción es inconciliable con los designios impuestos por el mundo exterior. Tales designios conllevan una consecuencia displacentera si la moción pulsional –placentera en su satisfacción- alcanza su meta. Por ello, para Reich (2005),

la represión es al mismo tiempo un concepto psíquico como socio-político. Para el autor, quizá siguiendo aún el pensamiento freudiano, la pregunta central es por el *yo*, en tanto estructura psíquica a cargo de arreglárselas ya con los *instintos* ya con los designios del mundo externo, particularmente el social.

Es posible pensar que la denominación *instinto* que da Reich (2005) a las pulsiones no sea casual y entenderlo como una problematización de la frontera entre biología y psicología y sus intercambios, pues según el autor “la solución del problema psicológico está fuera del dominio de la psicología” (Reich, 2005: 322). Resulta clave recurrir tanto a la biología como a la sociología. Desde esta perspectiva Reich atiende al cuerpo y al *yo*. “El problema teórico más importante a este respecto, es entonces el que se refiere a la estructura, función y génesis del *yo* del cual surge la defensa (...) Aquí, el problema del análisis del carácter coincide con el que ha ocupado al pensamiento psicoanalítico durante unos catorce años: *¿cómo trabaja el yo?*”⁵ (Reich, 2005: 321-322). En consecuencia, también en Reich, volvemos a encontrar la centralidad del trabajo, un trabajo que realiza el *yo* en aras de arreglárselas con la sexualidad, tanto en su fuente biológica, como respecto de los designios sociales. Desde esta perspectiva, Reich entiende que el llamado de Freud (1992d) a mover el foco del análisis al estudio del *yo*, es en tanto a comprender el origen de la represión y la estructura de la defensa *yoica*. El autor propone que los obstáculos para la intelección del *yo* radicarían en que para ésta, la psicología no basta (Reich, 2005).

Esta línea de pensamiento conduce nuevamente a poner el acento en el denominado por Reich “conflicto básico” entre el impulso y el mundo exterior. En términos gruesos se trataría de impulsos, tanto auto-dirigidos como dirigidos hacia los objetos del mundo y la prohibición impuesta a estos por esos mismos objetos del mundo (Reich, 2005). Sin embargo, tal prohibición impuesta por el mundo –tal cual se vio más arriba– no es una simple introyección. Para Reich, la presión del mundo y la prohibición van

⁵ El destacado es nuestro

creando una estasis de energía libidinal desde la cual el yo extraería la energía para generar la prohibición. Lo ejemplifica de la siguiente manera:

Cuando un niño se masturba con fantasías de incesto, por ejemplo, su amor a sí mismo y su amor de objeto se orientan en la misma dirección, no se contradicen. La prohibición de masturbarse, impuesta por la madre, frustra la tendencia de la libido objetal y amenaza a la integridad narcisista con el castigo de la castración. Pero en cuanto la frustración externa cobra actividad, el impulso narcisista de autoconservación forma una antítesis del impulso masturbatorio de la libido de objeto (Reich, 2005: 324).

De esta manera, la prohibición conduce a la disociación del impulso, primariamente unitario de amor a sí mismo y al objeto, pues la necesidad de autoconservación, expresada aquí en la necesidad de cuidar el vínculo con la madre y el temor a perder su amor al satisfacer su impulso sexual, conduce a que esta parte del impulso disociado (libido de objeto) se oponga a la otra (amor de sí). Esta energía, para Reich, antitética, ofrece la fuerza a la prohibición proveniente del exterior para ejercer su influencia creando la defensa yoica, útil al mismo tiempo para defenderse del impulso interno como del mundo externo y sus amenazas.

Es decir, el mismo impulso primariamente unitario y ahora, secundariamente disociado, es capaz de cumplir dos funciones opuestas: ya sea como impulso objetal ya sea como impulso defensivo del yo. Lo central aquí es la represión psíquica y social de la sexualidad, pues lo que del impulso disociado se suprime es su carga y su contenido sexual. La defensa yoica –en este ejemplo ofrecido por Reich- consiste justamente en reprimir el contenido incestuoso de la fantasía del niño y hacer aparecer en su lugar impulsos orientados a la conservación de la relación objetal con la madre en aras de evitar el displacer asociado al castigo y la amenaza de castración por un lado y la pérdida del amor materno por otro. Ahora bien, junto con la fantasía incestuosa muy probablemente se reprime también la acción masturbatoria. La represión en consecuencia, actúa al mismo tiempo sobre psique y cuerpo: sobre fantasía y movimiento.

El cómo se las arregla el yo con la sexualidad es en consecuencia un asunto clave en la configuración subjetiva que Reich entendió como caracterológica: “el tercer gran descubrimiento de Freud fue que la sexualidad infantil, de la que también forma parte lo esencial de las relaciones padre-hijo, es generalmente reprimida (...) de esta manera la sexualidad queda apartada de la acción y borrada de la memoria” (Reich, 1973: 16). Tal represión, insistimos, para el autor tan social como psíquica, funda la estructura defensiva que entendió como caracterológica y que con el andar de sus indagaciones relacionó estrechamente con su configuración corpórea en tanto coraza muscular y visceral (Reich, 2005).

A modo de síntesis: para Reich, el *trabajo del yo* y el desarrollo de sus defensas consiste principalmente en arreglárselas con los impulsos sexuales provenientes del cuerpo al tiempo que con las respuestas que a éstos ofrece el mundo social. El resultado es la configuración del carácter, entendido en tanto expresión psíquica de la estructura defensiva neurótica que organiza la economía libidinal desde los comienzos de la vida (Reich, 2005). Sin embargo, otro aporte fundamental del autor, es la relación que esta estructura caracterológica tiene con la corporalidad, pues la economía libidinal se organiza necesariamente a nivel somático, la supresión del impulso y la represión de su carga sexual, obedece necesariamente a un trabajo que ejercen los músculos y las vísceras concretas. Son la expresión del cuerpo, su motilidad, su sensibilidad y en tanto, su excitabilidad, las que son afectadas al enfrentarse a la resolución del conflicto básico entre impulsos y mundo exterior. En otras palabras, el bloqueo del impulso hacia la consecución de su meta opera necesariamente sobre la fuente del mismo, sobre el cuerpo. Esto llevó a Reich a incluir al cuerpo en el camino a la cura, pues la única manera de modificar una organización libidinal neurótica implica una re-organización a nivel psíquico y corporal.

2.2. *Dejours: la emergencia del segundo cuerpo y la subversión libidinal*

Así como para Reich el cuerpo constituye necesariamente un cuerpo-historia, un yo-cuerpo resultado de un *trabajo del yo* sobre la sexualidad, ya sea sobre sus impulsos internos como sobre las respuestas del mundo externo a sus manifestaciones, también lo es para Dejours. Para ambos autores, la historia del cuerpo es una historia relacional, una que se da, desde un principio, entre el niño o niña y el mundo adulto y cuyo eje es la sexualidad.

En efecto, para Dejours, siguiendo a Laplanche, el psicoanálisis es ante todo una teoría de la sexualidad, una teoría que constituye una antropología: “Al menos la obra de Laplanche se dedica a investigar y a demostrar esa centralidad de la sexualidad (...) sigue la vía abierta por el primer Freud, el que descubre el lugar que le toca a lo sexual en todas las producciones humanas” (Dejours, 2012a: 77). Como veremos, siguiendo a Laplanche, Dejours sitúa el origen de lo inconsciente sexual ya no en la represión de una “sexualidad biológica y naturalmente placentera” que choca con los designios del mundo externo –como lo hiciera, grosso modo, Reich- sino en la *seducción generalizada* de la que es objeto el niño por parte de sus adultos cuidadores. *La sexualidad infantil advendría desde el mundo adulto.*

En consecuencia, desde otro punto de vista, Dejours (2012a) hace el mismo relevamiento que hace Reich (2005) respecto del descubrimiento freudiano de la sexualidad infantil. Sin embargo, el autor, al verse invitado a pensar la sexualidad desde antes de la madurez requerida para la función reproductora -“No solamente se inicia antes de la madurez de las glándulas endocrinas. Además empieza a manifestarse antes de la adquisición del lenguaje” (Dejours, 2012a: 78)- se anima a proponer que la sexualidad no es de orden biológico y con ello a preguntarse ¿de dónde viene entonces la sexualidad infantil? Respondiéndolo de la siguiente manera: “La sexualidad le llega al niño a través de la seducción ejercida sobre él por el adulto” (Dejours, 2012a: 79).

Desde este entendido, esa sexualidad, esa erogeneidad que para Reich es del orden de lo biológico, de lo “natural”, de lo instintivo, no lo es para Dejours.

La sexualidad infantil, desde esta perspectiva, *llega al niño*, no es traída por éste, no sería innata, llega a través de la seducción ejercida sobre el niño por parte del adulto (Dejours, 2012a). Plantea el autor que no necesariamente se trata de una seducción que raye en el ultraje, sino una seducción que se juega en los cuidados cotidianos, en los gestos más banales que implican los cuidados que se dan al cuerpo del niño. Al respecto el autor es categórico al plantear: “Nos detendremos aquí un poco para subrayar que si por una parte la sexualidad infantil nada le debe a la biología (de la reproducción), y si por la otra es esencialmente de naturaleza fantasmática, eso no significa que la sexualidad se despliegue fuera del cuerpo. Muy por el contrario, implica constantemente al cuerpo del niño, al mismo tiempo que le revela al niño mismo la erogeneidad de su cuerpo” (Dejours, 2012a: 79).

Siguiendo a Dejours entonces, cabe preguntarse: ¿*llega* la sexualidad desde afuera, o esta sexualidad adulta, externa -a través de sus manifestaciones y acciones sobre el cuerpo del niño- viene a *revelar* una erogeneidad pre-existente en el cuerpo? Dice el autor: “En el inicio de la excitación de ese cuerpo (el infantil) se encuentran los gestos del adulto sobre el cuerpo del niño. Es por el cuerpo que lo sexual adulto se implanta en el niño” (Dejours, 2012a: 79). *Se propone en consecuencia, una distinción entre erogeneidad y sexualidad.*

Dicho esto, ¿qué lugar le cabe entonces a la pulsión -entendido como el concepto más biológico de la metapsicología- en tanto representante psíquico de la excitabilidad del cuerpo? Queremos decir, la pregunta aquí es relevante: ¿adviene la sexualidad al cuerpo humano -digámoslo así- desde adentro, movilizadora en un estímulo constante y ante el cual la acción de huida no es posible (la pulsión sexual apuntalada en el órgano) o bien, desde afuera, desde los gestos y el inconsciente sexual del adulto que actúa sobre el niño en las tareas de cuidado? En otras palabras: ¿es la sexualidad infantil fruto de un trabajo de traducción de impulsos sexuales que vienen del cuerpo o que llegan a él?

Continuemos entonces atendiendo los planteamientos de Dejours (2012a). Siguiendo a Laplanche, dirá que lo que se moviliza en las tareas de cuidado es el inconsciente sexual del adulto, por lo que este último finalmente, no sabe, no tiene noticia de aquello sexual que implanta en el cuerpo del infante que cuida, de aquello que, en definitiva, excita al niño. Aquí es menester detenerse en otra idea del todo interesante, pues esto que se “implanta” no opera, en estricto rigor, al modo de un implante, sino al modo de un mensaje, de una suerte de enigma que el niño ha de descifrar con el fin de apropiárselo, siguiendo con el neologismo de Henry: de cuerpoárselo. Un mensaje lleno de sexualidad inconsciente adulta que inevitablemente resulta excitante para el niño. “Lo quiera o no, el adulto es siempre un seductor y lleva al niño, siempre seducido, a entrar a su vez en la sexualidad humana, es decir en la dimensión fantasmática de la sexualidad, lo que le concede su dimensión propiamente erótica, mientras que la implicación del cuerpo del niño le aporta su dimensión sensual” (Dejours, 2012a: 80).

Al respecto, Laplanche enfatiza en la “seducción generalizada”, entendida como una seducción propia de las tareas de cuidado (a diferencia de una seducción restringida, concepto susceptible de ser asociado a distintos tipos y grados de abuso sexual) y explica así cómo lo inconsciente sexual adulto se instala en el niño: “la relación de autoconservación llama a la seducción, y de múltiples maneras. En primer lugar, la autoconservación está abierta sobre el otro, ella implica al otro (...) Es en la interacción de la ternura donde se desliza, donde viene a insinuarse la acción inconsciente del otro, la cara sexual inconsciente del mensaje del otro” (Laplanche, 1993: 85). Con esto, el autor sitúa al adulto en el origen de lo inconsciente sexual en los niños: “lo esencial de lo sexual en el niño viene del otro” (Laplanche, 1993: 85).

La sexualidad vista desde esta perspectiva es de orden relacional y comunicacional y tiene su centro en un mensaje inconsciente, es decir, un mensaje cuyo emisor no tiene clara noticia que emite, mismo mensaje que debe ser descifrado por el niño, quien para hacerlo no tiene más armas que su propio cuerpo. El mensaje constituye entonces para el niño una *exigencia de trabajo*, de un trabajo de traducción (Dejours,

2012a). Ahora bien, diremos que en toda traducción hay una pérdida, algún resto, algo que no resulta susceptible de ser traducido. Dejours (2012a) propone, siguiendo a Laplanche, que tales remanentes no traducidos, al igual que lo hacen las pulsiones, no dejan de insistir, no dejan de retornar y que en virtud de ello se convierten en fuentes de excitación autónoma, a las que Laplanche habría denominado *objeto-fuente de la pulsión*, “para recordar que antes de convertirse en fuente, en su origen, han sido traídos del exterior por el adulto. El inconsciente sexual del adulto, que compromete al mensaje, da nacimiento a fuentes pulsionales que participan de la formación del inconsciente del niño” (Dejours, 2012a: 81). En este sentido, ciertas inscripciones de la sexualidad inconsciente del adulto en el cuerpo del niño, debido a su resistencia al trabajo de traducción que este le opone, advienen fuentes pulsionales. En el decir de Silvia Bleichmar (2011): no es posible que surja la sexualidad infantil sin la inscripción libidinal adulta.

Esta perspectiva se construye en tensión con la propuesta original freudiana y en consecuencia con el hilo teórico-clínico seguido por Reich. En efecto Laplanche comprende la búsqueda de Freud como un extravío (Laplanche, 1993). Sin embargo, cabe recordar que para Freud (1992a), la pulsión es el *representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo*, no desde fuera de él.

Desde esta mirada, la separación entre preconscious e inconsciente tendría su origen en aquellos restos del mensaje sexual adulto que se tornan irreductibles al esfuerzo traductor del niño. Entonces, ¿implica esto desplazar, reemplazar o bien traducir a esta lógica el concepto de represión originaria?

Siguiendo a Laplanche, Dejours (2012a) problematiza la concepción del apuntalamiento en la medida que remite a un origen endémico, biológico, de la sexualidad en Freud. En este caso, el centro no es la biología, es la relación entre el niño y el adulto que lo cuida. Lo inconsciente del niño encuentra su origen en los restos no traducidos del mensaje sexual inconsciente del adulto, por lo que no constituye una “copia” incorporada de manera directa. Es más, *lo que el niño se ve*

exigido a traducir es el efecto del mensaje sobre su cuerpo, la excitación de su cuerpo producto de una relación cuerpo a cuerpo con el adulto seductor: “De algún modo, el cuerpo del niño tomaría el relevo del mensaje y el pensamiento del niño se esmeraría en traducir el estado de su cuerpo en tanto es afectado por la intervención erotizante del adulto (al igual que por su abstención o incluso su rechazo, por otra parte, que también genera el mensaje)”. (Dejours, 2012a: 83) De esta manera, Dejours devuelve la fuente de la pulsión al cuerpo, aunque ahora no un cuerpo movilizado erógenamente desde sí mismo, desde su configuración biológica, movido por una libido interna, sino desde su ser un cuerpo en relación.

En consecuencia, Dejours (2012a) va a (re)comprender el apuntalamiento como el proceso a través del que la sexualidad subvierte el orden fisiológico. El autor comprende los instintos, al contrario de Reich, como una dictadura de la cual habría que liberarse. Esta libertad se entendería al modo en que se instala una primacía del deseo por sobre la necesidad, una libertad respecto del registro de la necesidad. En virtud de esta liberación de un cuerpo fisiológico, orgánico, se edificaría el cuerpo erótico. De este modo, la sexualidad logra incluso, pasar por alto ritmos endocrino-metabólicos. Un ejemplo importante de esto sería, en la mujer, la separación de la sexualidad del período menstrual, una sexualidad separada de la función biológica de la reproducción de la especie.

Nos resulta del todo interesante esta perspectiva y su, al menos aparente, contradicción total con la postura reichiana. Dejours plantea: “La edificación del cuerpo erótico probablemente sea una potencialidad inscripta en el patrimonio genético humano. Entre esa potencialidad y su realización, sin embargo, hay una distancia que no puede ser salvada más que gracias a los vínculos que establece el niño con el adulto. El desarrollo del cuerpo erótico es el resultado de un diálogo en torno del cuerpo y de sus funciones, que se apoya sobre los cuidados corporales prodigados por el adulto y cuyas etapas principales tienen lugar en los primeros años de vida” (Dejours, 2012a: 85). Por su parte, y como adelantáramos en el apartado anterior, Reich (2005) otorga al adulto una relevancia igualmente significativa en el

desarrollo psicofísico humano. Sin embargo, para él la función que cumple por lo general el adulto, en tanto encarnación de la cultura, es, muchas veces, oponerse y/o abusar de la erogeneidad, de la sexualidad que el autor considera, siguiendo a Freud, biológica e innata en el niño. Ante esta respuesta del adulto, el niño tendrá que arreglárselas con su sexualidad, recurriendo a estrategias tan psíquicas como corporales para lograr una administración adaptativa de su energía libidinal al mundo social. Desde aquí, lo instintivo de lo que Dejours aboga por liberarse, es el destino al que Reich propone regresar.

Ahora bien, sea para Reich como para Dejours, la ontogénesis de este cuerpo subjetivo tiene necesariamente lugar en la relación con el otro, mas no con cualquier otro, sino con otro adulto, en una relación profundamente asimétrica, desigual, de dependencia, en la que el niño, sobretodo en los primeros momentos de la vida, no tiene para hacerle frente más que su cuerpo y su sensibilidad. Para Dejours, en virtud de este vínculo niño-adulto se irá edificando el cuerpo erótico-subjetivo, con toda su sensibilidad e inteligencia, aunque con sus torpezas también: “si la inteligencia del cuerpo está en el principio de la ingeniosidad, también lo está, a contrario, de una cierta cantidad de inhabilidades, desaciertos, torpezas e ineptitudes. Ciertos defectos en la formación del segundo cuerpo –el cuerpo erótico- están involucrados en la falta de intuición y de ingenio” (Dejours, 2012a: 67). En consecuencia, Dejours también hace hincapié en los accidentes en el proceso de edificación del cuerpo-erótico. Para Reich (2005), el vínculo entre niño y adulto tiene también un lugar central. Sin embargo, su énfasis en la función de las tareas de cuidado –en virtud de entender a ese adulto como un adulto muchas veces neurotizado- estuvo puesto en las maneras en que éste obliga a los niños a readecuar sus impulsos biológicos naturales en pro de adaptarse a su entorno socio-afectivo. Para ello, necesariamente, el cuerpo del niño ha de acorazarse, ha de organizarse de manera tal que los impulsos sexuales no lo pongan en peligro. Desde aquí para el autor, el cuerpo -músculos y vísceras-, será el anclaje del carácter y las estructuras defensivas del yo.

3. Centralidad del trabajo y su organización

3.1. Del trabajo de cuerpopriación a la cuerpopriación del trabajo

Podríamos plantear que hasta aquí hemos tratado sobre un tipo de trabajo: el trabajo de producción de subjetividad, el trabajo de subjetivación en tanto cuerpopriación; un trabajo que especialmente para Dejours (2012a y b), aunque también para Reich (2005), resulta primordialmente una exigencia de la sexualidad, de la erogeneidad del cuerpo: “si se puede distinguir un yo, no debe omitirse que el yo nunca es otra cosa que aquello por lo cual el cuerpo se hace presente a sí mismo” (Dejours, 2012a: 60).

Desde aquí, la subjetividad será entendida entonces como “la vida fenomenológica absoluta cuya esencia consiste en el hecho mismo de sentirse o de experimentarse a uno mismo” (Dejours, 2012a: 150). Con ello, se defiende la centralidad del trabajo en el sentido de que es a través de éste que un sujeto puede tener la experiencia de sentirse a sí mismo. Se trata en consecuencia, de un trabajo de producción de sí. Es lo que Dejours asocia con el *trabajo-arbeit* freudiano (especialmente respecto del trabajo de elaboración y el trabajo del sueño), ese trabajo que la subjetividad opera sobre sí misma. Plantea el autor: “Freud despejó una dimensión laboral fundamental, menospreciada por las ciencias del trabajo: la que consiste en el trabajo sobre uno mismo, el trabajo de la subjetividad sobre sí misma o la exigencia de trabajo impuesta al psiquismo (o al yo) por las mociones que llegan desde el inconsciente (...) Todas estas formas del trabajo psíquico tienen sin embargo en común el hecho de conducir a modificaciones, a “progresos” o a un “desarrollo” psíquico, de “tratar” la excitación o la angustia que proviene de conflictos intrapsíquicos, de producir nuevas ligazones psíquicas” (Dejours, 2012b: 7).

Sin embargo, según lo advierte el propio autor, es el trabajo ordinario o *trabajo-poiesis*, de producción en el mundo material, lo que queda fuera de los intereses manifiestos de la metapsicología psicoanalítica de Freud y con ello, las formas en que esta experiencia impacta la subjetividad: “Freud no se dio cuenta de que el trabajo

psíquico –la elaboración- era a menudo un retoño del trabajo ordinario generado a través de la tensión o incluso el sufrimiento engendrado en el yo por la prueba subjetiva que el trabajo, entendido esta vez como trabajo de producción (poiesis), implica” (Dejours, 2012b: 8). Toca ahora en consecuencia, atender la relación existente entre *trabajo-poiesis* y *trabajo-arbeit*, atender a las maneras en las que el trabajo común es cuerpopropiado y con ello, subjetivado. Atender, quizá al aporte del trabajo ordinario a la dinámica de la sublimación, atender a lo que el autor nomina como doble centralidad, pues, hasta aquí revisamos la centralidad de la sexualidad en la producción de subjetividad, quedándonos aún revisar la centralidad del trabajo en su desarrollo.

Para lo anterior será preciso, sin embargo, adentrarnos en una re-definición del trabajo. Siguiendo a Dejours diremos que “a partir de una mirada clínica, para nosotros el trabajo es lo que implica desde el punto de vista humano el hecho de trabajar: gestos, conocimientos técnicos, un compromiso del cuerpo, la movilización de la inteligencia, la capacidad de reflexionar, de interpretar y de reaccionar ante situaciones; es el poder de sentir, de pensar, de inventar (...) una cierta forma de compromiso de la personalidad para enfrentar una tarea enmarcada por restricciones materiales y sociales” (Dejours, 2012b: 16). El hecho de trabajar, desde esta perspectiva, no puede prescindir del sujeto, de su inteligencia y de su sensibilidad, de su capacidad interpretativa, su subjetividad y en consecuencia, no sería posible hablar de trabajo de “mera ejecución”. El trabajo sería, por definición, creativo. Dicho de otra forma: el trabajo requiere de la subjetividad, mas, también, como esperamos mostrar aquí, la subjetividad requiere del trabajo.

La creatividad, la subjetividad, el sujeto mismo en situación de trabajo, encuentra su lugar en el espacio que deja el desfasaje entre el trabajo prescrito y el trabajo que efectivamente se realiza: “Trabajar es colmar la brecha entre lo prescrito y lo efectivo. Ahora bien, lo que hay que poner en práctica para colmar esa brecha no puede ser previsto de antemano. El camino a recorrer entre lo prescrito y lo efectivo debe ser inventado o descubierto cada vez por el sujeto que trabaja” (Dejours, 2012b: 16).

En este sentido, el autor entiende el trabajo como aquel esfuerzo que debe realizarse fruto del encuentro del ser humano con lo *real del trabajo*, comprendiendo esto último como aquello que se da a conocer al trabajador por su resistencia al conocimiento y a la pericia técnica, aquello que no está prescrito y que obliga la puesta en movimiento de la inteligencia y la subjetividad toda de quien trabaja para ofrecer una respuesta. Trabajar implica entonces el desafío de sobreponerse a lo real, implica seguir buscando y en lo posible encontrar una solución, o bien, inventarla. Con ello, el trabajo se beneficia de la subjetividad y ésta, al mismo tiempo, podría salir engrandecida también (Dejours, 2012a y b).

Para la psicodinámica del trabajo la experiencia de lo real es vivida afectivamente, es ante todo una experiencia del cuerpo que cobra la forma del *sufrimiento*: “el desarrollo de la subjetividad pasa por la relación entre el sufrimiento y lo real” (Dejours, 2012b: 24). Desde este punto de vista, la subjetividad -esa experiencia de sentirse a uno mismo, de hacerse uno presente a uno mismo- se ubica precisamente en el desfase entre el trabajo prescrito y el trabajo efectivamente realizado, en el esfuerzo subjetivo por colmar la brecha. En consecuencia, la experiencia afectiva del sufrimiento es consustancial al trabajo, mas no como un puro punto de llegada, sino por el contrario, como un punto de partida, “el sufrimiento no es sólo una consecuencia final de la relación con lo real, es al mismo tiempo protensión de la subjetividad hacia el mundo, en busca de medios de acción sobre el mundo para transformar ese sufrimiento encontrando la manera de superar la resistencia de lo real” (Dejours, 2012b: 17). De este modo, el sufrimiento será al mismo tiempo que una impresión subjetiva del mundo, el impulso necesario para ir en aras de su apropiación, de una subjetivación activa, de un trabajo de corpopropiación, pues es el cuerpo lo primero que se implica en esta relación. En esta línea, el trabajo es vivido ante todo como una experiencia afectiva del cuerpo y es “el cuerpo entero, y no sólo el cerebro, la sede de la inteligencia y de la habilidad laboral” (Dejours, 2012b: 18). De este modo, a medida que quien trabaja gana habilidades laborales, exigidas a su cuerpo por la relación constante con la tarea, desarrolla también su sensibilidad y su subjetividad. En ello, el

trabajo se va haciendo cuerpo -sufrimiento mediante- movilizándolo la personalidad completa. Desde esta mirada, el trabajo desborda los límites del tiempo y el espacio de la actividad laboral, se va quedando en nosotros exigiendo reajustes de orden psíquico y corporal, en definitiva, exigiendo ajustes de la economía libidinal.

Dicho lo anterior podemos entender que Dejours defiende la tesis según la cual “Trabajar no es solamente producir, sino también transformarse a uno mismo y, en el mejor de los casos, una ocasión que se le ofrece a la subjetividad de probarse a sí misma o incluso de realizarse” (Dejours, 2012b: 24). Tal es la relación entre el *trabajo-poiesis* y sus exigencias y el *trabajo-arbeit*. El esfuerzo por colmar la brecha entre lo prescrito y lo efectivo constituye una exigencia de trabajo para la psique y con ello, la posibilidad de un incremento, de un “desarrollo subjetivo”. Sin embargo, esta relación no es automática, es decir, no necesariamente siempre el trabajo productivo es capaz de retornar y retribuir a la subjetividad en la línea del crecimiento. Para que ello ocurra, plantea el autor, es menester franquear al menos dos importantes fuentes de dificultad: *lo real del inconsciente* y *lo real de las relaciones de dominación* (Dejours, 2012a y b).

Digámoslo así: si la primera condición para el hecho de trabajar fue el enfrentamiento con lo denominado *real del trabajo*, nos encontramos ahora una segunda condición: el enfrentamiento entre el ser humano y su propio inconsciente, el enfrentamiento con *lo real del inconsciente* y sus resistencias: “La subjetividad, quiérase o no, no es sólo la experiencia del regocijo al sentirse evolucionar, a veces también es la de la incapacidad de operar sobre uno mismo” (Dejours, 2012a: 151). Se nos presenta el trabajar entonces ya como una ocasión de subvertir nuestras propias determinaciones históricas, particularmente aquellas provenientes de la infancia y las vicisitudes de la sexualidad infantil –llamémoslas acorazamiento caracterológico con Reich (2005) o accidentes en la edificación del cuerpo erógeno con Dejours (2012a y b)- ya como la posibilidad de ser derrotados en la batalla contra nuestras propias resistencias y estereotipias inconscientes.

Tomado esto en serio, aceptar el desafío de trabajar -y de movilizar inteligencia, sensibilidad, inventiva en el enfrentamiento con lo real del trabajo- implica en buena medida animarse a la transformación de la propia dinámica y economía psíquica: “la psicodinámica del trabajo aboga a favor de la hipótesis según la cual el trabajo no es reductible a una actividad de producción en el mundo objetivo. El trabajo es siempre una puesta a prueba de la subjetividad, de la que esta sale incrementada o magullada” (Dejours, 2012b: 24). De esta manera entiende el autor la *subversión poiética*, es decir, la manera en que el trabajo ordinario de producción material se convierte en fuente de exigencia de otro trabajo, un trabajo *arbeit*.

Justamente en estas relaciones radica lo que Dejours (2012a y b, 2014) denomina *paradoja de la doble centralidad* de la sexualidad y del trabajo sobre la subjetividad: las relaciones entre pulsión y sufrimiento por un lado y entre inconsciente y real del mundo por otro. Tanto las *pulsiones* sexuales, como la experiencia afectiva del *sufrimiento* en el enfrentamiento con lo real del *trabajo-poiesis*, pueden ser entendidas en tanto *exigencias de trabajo para la psique* y ambas encuentran su fundamento en la trabazón con el cuerpo, ambas constituyen, en el decir de Michel Henry, un trabajo de *cuerpopropiación*.

Sin embargo, aún queda franquear una tercera condición, pues el hecho de trabajar está lejos de reducirse a una relación de uno consigo mismo: “El trabajo no es solamente una actividad, es también una relación social, es decir que se despliega en un mundo humano caracterizado por relaciones de desigualdad, de poder y de dominación” (Dejours, 2012b: 26). Se trata de un mundo social ordenado y jerarquizado que ofrece también resistencias al despliegue de la subjetividad. Trabajar implica también enfrentar *lo real del mundo social* (Dejours, 2012b), lo que nos sitúa en un cuerpo a cuerpo con los problemas de la intersubjetividad y el trabajo colectivo por un lado y la organización social del trabajo por otro, cuestiones que revisaremos en los capítulos dos y tres.

3.2. Trabajar como vivir juntos y la cuestión del reconocimiento

Hasta aquí, con Dejours, definimos el trabajar como colmar la brecha entre lo prescrito y lo efectivamente realizado. Esa brecha es colmada necesariamente con la movilización y el despliegue de la inteligencia y la subjetividad toda de quien trabaja. Diremos que tal puesta en juego de la subjetividad es tributaria de las capacidades individuales que cada quien tenga, primero, para tolerar la experiencia afectiva y corporal del sufrimiento en el encuentro con lo real del trabajo y segundo, de las habilidades de ese cuerpo erógeno para buscar y aplicar soluciones. Sin embargo, como anunciamos más arriba, no se trabaja solo, lo que exige en buena medida poner en común esas estrategias individuales desplegadas en el trabajar de cada quien.

Ahora bien, en el entendido que tal puesta en juego de la inteligencia supone ir más allá de lo prescrito, implica muchas veces la necesidad de infringir las normas explícitas de la organización del trabajo. *Grosso modo*, esto puede conducir a dos situaciones polares; o bien esa inteligencia es reconocida como tal, o bien, es vista simplemente como infracción y en tanto, censurada y perseguida. Ambas alternativas dependen de la organización del trabajo: habrá organizaciones más dadas al reconocimiento y otras no. Retomaremos esto en un capítulo posterior.

Sea cual sea la forma de organización del trabajo, Dejours (2012b) plantea que la necesidad de coordinar esas inteligencias individuales es un desafío clave de los trabajadores si lo que se quiere es sacar adelante la faena: “si los trabajadores respetaran escrupulosamente las directivas de los ingenieros de métodos y de los gerentes, ninguna producción sería posible (...) Para que el proceso de trabajo funcione hay que ajustar las prescripciones y poner a punto la organización del trabajo *efectivo*, distinta de la organización *prescripta*” (Dejours, 2012b: 27). En consecuencia, no se trata sólo de la prescripción de la actividad versus la actividad efectivamente realizada, sino también de una organización del trabajo prescrita versus una organización del trabajo efectiva, al modo de una interpretación colectiva, de una suerte de apropiación colectiva de la prescripción.

Dejours (2012b) plantea que la inteligencia requerida por el trabajo es de corte inventivo y básicamente individual, entraña la singularidad de cada persona que trabaja, de manera que cada inteligencia se las arregla de manera singular y busca sus caminos para dar solución a las resistencias de lo real del trabajo: “En un primer tiempo, para el trabajo colectivo, el riesgo resulta en que esos caminos singulares no muestran ninguna tendencia espontánea a ponerse de acuerdo unos con otros” (Dejours, 2012b: 68). La pregunta del autor es entonces por las formas de articular tales singularidades. Al respecto propone que la manera prescrita de llamar al orden y a la organización de las individualidades se denomina *coordinación*, mientras que la manera efectiva de hacerlo en el enfrentamiento con lo real del trabajo es la *cooperación*.

En virtud de que para Dejours lo esencial del trabajo es invisible -es un trabajo de la subjetividad- el primer requisito para la cooperación es tornarlo visible y para ello, el camino propuesto es encontrar la retórica, la puesta en vista y comunicación del *modus operandi* de cada cual, cuestión que como es de suponer es nada fácil, pues implica riesgos: hacer visibles las trampas a las que cada uno recurre por ejemplo, las transgresiones a la prescripción, las argucias empleadas e incluso -no pocas veces- dejar ver cierta falta de pericia, entre otras cosas. Desde aquí se desprende que la cooperación descansa necesariamente en la confianza, cuestión de orden ético y por cierto, imprescriptible (Dejours, 2012b).

Con el fin de sacar adelante la tarea, los trabajadores se ven necesitados de poner en común, de intercambiar argumentos en torno al quehacer, de deliberar y definir las mejores formas de realizar la tarea. Sin embargo, se trata de una discusión que trasciende lo puramente técnico: “también hay que apoyarse en la referencia a valores que atañen a la confianza, a la lealtad, al respeto por las reglas, a la disciplina. Se pueden también defender ciertos métodos de trabajo o diversos *modus operandi* por razones morales o políticas, relativas a la edad, al género, a la salud, etc.” (Dejours, 2012b: 72). De esta manera la deliberación y la construcción colectiva de reglas de trabajo es una cuestión tan técnica como socio-política pues implica al *convivir*.

“Trabajar, no es solamente producir, es también convivir” (Dejours, 2012b: 74). La centralidad del trabajo se desdobra: así como es central para la subjetividad (y la salud mental) lo es para la vida y las relaciones sociales. Desde la perspectiva del trabajo vivo dejouriano, el trabajo tiene el poder de hacer posible la concordia de intereses individuales y con ello conjurar la violencia entre los seres humanos, esto es, el poder de crear lazos de civilidad y en vista de que estos lazos dependerán en buena medida de la organización del trabajo, el autor propone considerarla como un asunto propio de la política (Dejours, 2012b).

La clínica del trabajo en la línea de la psicodinámica propuesta por Dejours, insiste no obstante, en la primacía del robustecimiento de la identidad y la subjetividad de los trabajadores para poder luego entregarse a la construcción de la convivencia en el trabajo y para ello, el lugar del reconocimiento es clave. Se pregunta el autor: “¿Cuáles son las condiciones para que los hombres se comprometan en la dinámica de construcción y de evolución de la organización del trabajo?” (Dejours, 2012b: 90). Como hemos visto hasta aquí, la realización de cualquier tarea exigirá del trabajador su propia movilización subjetiva, exige en consecuencia, su singular contribución. Ese aporte que el sujeto hace a la organización del trabajo y a la realización de la tarea espera entonces una retribución. La investigación en psicodinámica del trabajo muestra que esa retribución es por lo general de carácter simbólico, es el *reconocimiento* (Dejours, 1998, 2012b).

El reconocimiento, primero, en términos de *constatación*, esto es, reconocer la importancia que la movilización subjetiva y la implicación personal en la búsqueda e ideación de soluciones creativas tiene para el hecho de que la tarea pueda ser realizada. Esto es difícil pues presenta un revés: hay que reconocer que la organización prescrita del trabajo falla, que no es completa, que no garantiza el logro del cometido, que siempre por sobre ella, es la inteligencia y el celo de los trabajadores en su quehacer lo que permite sacar la faena adelante. Lo que muestra la investigación (Dejours, 2012b) es que esta constatación es particularmente difícil para aquellos trabajadores en posición de jefatura, para los ejecutivos, pues en buena

medida devela o podría develar ciertas imperfecciones en su propio trabajo y reconocer que los logros descansan sobre el esfuerzo de los trabajadores subordinados. Una vez hecha esta constatación, segundo: el reconocimiento es entendido en el sentido de la gratitud, vale decir, de reconocer el aporte de la movilización subjetiva de los trabajadores a la organización del trabajo.

Ahora bien, el reconocimiento -ya como constatación, ya como gratitud- se pone en circulación vehiculizado en juicios rigurosos que diferentes actores en el escenario de las relaciones socio-laborales construyen y comunican respecto del trabajo realizado por otro/s. La psicodinámica del trabajo (Dejours, 1998, 2012b) reconoce al menos dos grandes tipos de juicios dependiendo de quien o quienes sean los actores que los pronuncian. Al primero de ellos se le denomina *juicio de utilidad* y se corresponde por lo general con juicios traídos por sujetos en relación de verticalidad con el trabajador, ya sean jefaturas o clientes por ejemplo. Al segundo de ellos se lo denomina *juicio de belleza* y se corresponde con pronunciamientos hechos en la línea horizontal, por compañeros de trabajo, por pares con quienes se comparten las reglas del oficio. Lo central y distintivo de este tipo de juicios es que son pronunciados respecto del trabajo hecho y no sobre las personas que lo hacen. En este punto Dejours (1998, 2012b) es categórico: es primero el juicio sobre el hacer y segundo la inscripción de ese juicio sobre la identidad: “reconocimiento del hacer en primer lugar, gratificación identitaria luego” (Dejours, 2012b: 93). Es decir, la relación de un sujeto particular con lo social (un colectivo de trabajo por ejemplo) está siempre mediada por lo real (en este caso lo real del trabajo). En otras palabras: a lo que da sentido el reconocimiento de los otros respecto del “trabajo bien hecho” es al *sufrimiento* que el trabajador toleró y superó con la movilización de su inteligencia en el enfrentamiento cuerpo a cuerpo con lo real del trabajo. El reconocimiento -a través de los juicios emitidos de utilidad y/o belleza- al trabajo realizado permite, de acuerdo a la psicodinámica del trabajo, transformar el sufrimiento (consustancial al trabajo) en placer.

Cuando todo este ciclo es permitido por la organización del trabajo podemos hablar de trabajo vivo. Recapitulando, el ciclo consiste en tres grandes pasos. Primero: la capacidad individual de tolerar el fracaso y el sufrimiento consustancial al encuentro entre ser humano y real del trabajo. Segundo: la movilización de la subjetividad toda de quien trabaja en aras de conseguir una solución o al menos aportar en esa dirección y tercero: que esa movilización de la subjetividad sea reconocida por los demás a través de juicios de utilidad y/o belleza sobre el trabajo realizado (Dejours y Gernet, 2014).

En las organizaciones del trabajo en que esto es posible será más probable que los trabajadores se desarrollen subjetivamente y que su salud mental se encuentre mejor. Sin embargo, uno de los mayores problemas encontrados por la investigación en psicodinámica del trabajo radica justamente en bloqueos a la dinámica del reconocimiento: “Los juicios de belleza y de utilidad son de hecho mensajes dirigidos por los otros en el teatro de las relaciones sociales de trabajo. Sólo que para que esos mensajes puedan formularse y ser enviados hacen falta condiciones sociales y organizacionales idóneas” (Dejours, 2012b: 98). La temática de las transformaciones en el mundo del trabajo y su organización será atendida en el capítulo tres, mas por ahora es importante constatar, con Dejours, que “La evolución contemporánea de las formas de organización del trabajo, de gestión y de dirección de empresa se apoya, después del giro neoliberal, sobre principios que precisamente sugieren sacrificar la subjetividad en nombre de la rentabilidad y de la competitividad” (Dejours, 2012b: 32). El autor destaca dos de esos principios: primero; el recurso sistemático a la evaluación cuantitativa y objetiva del trabajo, pero como lo esencial del trabajar corresponde a la subjetividad, lo esencial del trabajar no es mensurable. Aquello susceptible de ser medido no corresponde, efectivamente, al trabajo, de lo que se deduce que la utilidad de la evaluación es otra, no valorar el trabajo, sino producir y mantener relaciones de dominación. El segundo principio es la individualización y la convocatoria a una competencia encarnizada entre trabajadores, equipos, servicios, etc.: “Los contratos por objetivos, la evaluación individualizada del desempeño, la competencia generalizada entre los agentes y la precarización de las formas de

empleo llevan al desarrollo de conductas desleales entre pares y a destruir la solidaridad” (Dejours, 2012b: 33). Si bien, estos principios rectores de la organización del trabajo contemporáneo conducen a incrementos de la productividad y la riqueza, asimismo conducen a la erosión de la subjetividad y de la convivencia en el trabajo y con ello, a patología mental.

3.3. Reich y su comprensión de Marx: la función vital del trabajo

Con el fin de continuar el ejercicio propuesto en este capítulo, esto es, promover un diálogo teórico entre Dejours y Reich, tratando de atender tanto a las convergencias como a las diferencias, nos detendremos en un ensayo que Reich escribió en 1936 y que tituló *La fuerza productiva viviente*, en el que reconoce el interés que produjo en él el concepto marxiano de *plusvalía* y su relación con lo que entiende por lo vivo en el trabajo, o bien, la función vital del trabajo. Plantea el autor que la economía pre-marxiana o no marxiana, intentaba explicar la ganancia a partir del “valor natural” de la materia inerte, esto es, sin considerar la central importancia del *trabajo vivo*. Así es como los economistas anteriores a Marx habían sostenido que el valor de las mercancías estaba determinado por la ley de la oferta y la demanda. Sin embargo, “Marx probó que esta ley no provoca más que ligeras fluctuaciones de los precios y que el valor de una mercancía está determinado por la “fuerza de trabajo” humano que la inviste” (Reich, 1936: 8). Reich sugiere en consecuencia, una distinción entre el precio de una mercancía y su valor y el valor depende directamente de la fuerza viviente de trabajo que se haya puesto en la producción. Desde esta perspectiva, tiene un valor sólo aquello que ha sido transformado por la fuerza de trabajo humana. Visto desde la perspectiva dejouriana, podríamos decir que tiene valor sólo aquello en lo que los trabajadores han movilizado su subjetividad, aquellos objetos en los que lo que fue agregado es justamente lo subjetivo.

Sin ir más lejos, el dinero desde la lectura reichiana de Marx, no tiene más valor que el que le otorga la fuerza de trabajo empleada para la fabricación de billetes o monedas. Sin embargo, cobra otro valor en la medida en que representa la posibilidad de

comprar ciertas mercancías. Para Reich, el problema del capitalismo inicia cuando ese dinero puede usarse para comprar, como mercancía, la fuerza de trabajo viva, pues cuando un trabajador vende su fuerza de trabajo ésta deja de pertenecerle, pertenece ahora al comprador quien puede discernir qué hacer y cómo hacer con ella (Reich, 1936).

Aquí radica la comprensión reichiana del capitalismo: “Marx ha definido científicamente el concepto de "capitalista". Un capitalista no es, como se cree comúnmente, un hombre que posee mucho dinero, sino un hombre que, apoyándose en las leyes de la economía de mercado, puede -con su dinero- comprar y utilizar la fuerza de trabajo de otras personas” (Reich, 1936: 9). El mérito que lee Reich en Marx es el haber develado la principal característica de la *mercancía fuerza viviente de trabajo*, vale decir que el *valor de uso* de esta mercancía radica justamente en la posibilidad de producir otras mercancías y que este valor de uso en la economía de mercado, es siempre menor al *valor de cambio*. En otras palabras: a los trabajadores se les paga menos (valor de cambio) que el valor de uso que explota el capitalista y por cierto, es este último el que acapara la diferencia. La producción de un trabajador en una empresa por ejemplo, implica un retorno en dinero siempre mayor al capitalista respecto del precio que paga a los trabajadores por emplear su fuerza de trabajo.

Subraya Reich, que en el marco de la legalidad de la economía de mercado esto no es un robo: “Todo hombre que compra el valor de cambio de esa mercancía que es la fuerza de trabajo, y explota su valor de uso, aprovechando la diferencia entre el valor de cambio y el valor de uso de la fuerza de trabajo viviente, es un capitalista en el sentido marxista del término” (Reich, 1936: 13). El problema entonces, no es que en una economía socialista no se produzca plusvalía, sino cómo se reparte esa ganancia: el trabajo vivo, vale decir: la fuerza viviente del trabajo, siempre, sea cual sea la economía en la que nos encontremos, generará plusvalía, agregará valor al objeto. Ese valor agregado, podemos pensarlo desde Dejours (2012a), es el agregado de la subjetividad que el trabajador moviliza y dispone en su tarea.

Tenemos aquí, en consecuencia, un nuevo punto de encuentro –y diferencia también-

entre Reich y Dejours, respecto de lo que a lo largo de este capítulo hemos llamado (con Dejours) centralidad del trabajo y la necesidad de un diálogo entre el psicoanálisis y las ciencias del trabajo; en este caso la economía marxista. Al respecto, dice Reich:

Las dos funciones biológicas objetivas que están en la base de la materia viviente, el trabajo y la sexualidad, eran estudiados separadamente a comienzos del siglo XX por dos sistemas científicos independientes: la sociología de Marx por una parte, y la psicología de Freud por la otra. En el sistema de Marx, la función sexual era reducida a su mínima expresión bajo una rúbrica falaz: la historia de la familia.

El proceso de trabajo, por otra parte, sufría la misma suerte en la psicología de Freud, bajo las rúbricas de sublimación o pasiones del Yo. Lejos de ser fundamentalmente opuestos, los dos sistemas científicos se encontraban, al contrario -sin que sus fundadores fueran conscientes de ello-, en la base biológica de la materia viviente, es decir la energía biológica de todos los organismos vivos, cuya actividad se escinde, según nuestro método de pensamiento energético funcional, por una parte en trabajo y por la otra en sexualidad (Reich, 1936: 33-34).

Otra vez la convergencia tiene que ver con la centralidad que dan ambos autores tanto a la sexualidad como al trabajo en la vida psíquica y social, mientras que la diferencia radica, por decirlo de algún modo, en la forma en que comprenden esa centralidad: para Reich el fundamento es biológico; la sexualidad y el trabajo son las dos funciones principales de lo vivo, es decir, por una parte la tendencia, para Reich natural, al placer y la evitación del displacer y por otra, la tendencia al progreso y al desarrollo, quizá las mismas cuestiones con las que Dejours articula su pensamiento, aunque en una dirección contraria, la dirección de la subversión respecto de la biología. Ahora bien, para ambos autores, como hemos visto hasta acá, el lugar del cuerpo es el principal pivote para elaborar sus propuestas.

Sintéticamente, esa es la idea principal que hemos procurado desarrollar en este capítulo: el argumento de la doble centralidad sobre la subjetividad. La centralidad de la sexualidad con respecto a la subjetivación, a la producción de subjetividad a través de un trabajo de apropiación del mundo y del propio cuerpo y la centralidad del trabajo para el desarrollo y el engrandecimiento subjetivo, reconociendo al mismo tiempo al cuerpo y sus poderes como el principal resorte para estos procesos: la erogeneidad del cuerpo y las *pulsiones* a la base de la subjetivación y el *sufrimiento* -en tanto experiencia afectiva del cuerpo- que implica el enfrentamiento con lo real del

trabajo como el motor del crecimiento subjetivo.

Finalmente, diremos que tanto Reich como Dejours, enfatizan en que las posibilidades de crecimiento subjetivo están siempre marcadas y constreñidas por la organización social, especialmente la organización social del trabajo. Para el primero un concepto fundamental será el de *democracia del trabajo* (Reich, 1936), modelo según el cual la repartición de la ganancia, la repartición de la plusvalía, es necesariamente colectiva, entre los trabajadores producto de un proceso deliberativo entre ellos, cuestión que marca la diferencia con la economía capitalista, en la que la ganancia es, justamente, capitalizada de manera individual; ya sea por el capitalista, ya sea por el Estado (por eso para Reich el modelo soviético no fue realmente socialista, sino una economía de mercado de carácter estatista). Para el segundo, conceptos cruciales serán el de *cooperación* (Dejours, 2012b) y la interpretación-apropiación colectiva de la organización del trabajo prescrita junto con el de *reconocimiento*, proceso a través del cual, los juicios de utilidad y belleza pronunciados sobre el trabajo realizado pueden – en un segundo momento- inscribirse en el registro de la identidad y repercutir en desarrollo subjetivo.

CAPÍTULO SEGUNDO

CUERPOPRIACIÓN DEL ORDEN DE GÉNERO

El género como categoría relacional jerárquica, la institución de la dominación masculina y la virilización del cuerpo subjetivo

Hasta aquí, siguiendo lo desarrollado en el capítulo primero: *Subjetivación como cuerpopriación*, entendimos la subjetivación como *trabajo de apropiación del mundo*. Ahora bien, diremos que se trata de la apropiación de un mundo humano, social, de un mundo ordenado simbólicamente y con ello, organizado de manera jerárquica. Diremos que se trata de un mundo regido por la dominación puesto que las relaciones sociales constituyen relaciones de dominación, dentro de las cuales, las relaciones de género y con ello la dominación masculina son fundamentales.

En este entendido, argumentaremos que dicho ordenamiento del mundo se construye en base a lo que Geneviève Fraisse considera la primera diferencia: “La diferencia de los sexos es la primera de las diferencias, aquella a partir de la cual se fabrican y expresan todas las demás” (Fraisse, 1996: 61). De este modo, para la autora, la diferencia de los sexos, antes de constituir un objeto para el pensamiento filosófico es la base del conocimiento, el lugar desde el cual se piensa y se conoce el mundo. Ahora bien, tal relación entre dos términos: hombre/mujer, tiene además la principal característica de ser una relación vertical, jerárquica (Aresti, 2006)

Si con Dejours (2012a y b) y con Reich (2005) entendimos al cuerpo y su erogeneidad como condición del conocimiento y la apropiación del mundo, nos enfrentamos ahora ante el problema de la cuerpopriación según la marca sexual de origen de los cuerpos y con ello a la pregunta por la cuerpopriación del orden de género, a la diferencia de los mensajes o enigmas a descifrar, a la exigencia de trabajo diferencial que se presenta a niños y niñas para su particular apropiación del mundo en virtud de la diferencia sexual anatómica. Desde aquí, emerge como problema central del presente estudio la cuestión de hacerse hombre y la consiguiente fabricación de la virilidad

como un permanente esfuerzo y -muchas veces- obligación de los varones por inscribirse en el lado “superior” del binario jerárquico. Esto es: *a-parecer* hombres en el escenario social, ya sea en el sentido de advenir y emerger hombre, o bien al menos, en el de parecerlo.

Para enfrentar el desafío que esto implica, nuestra opción pasa necesariamente por comprender el orden de género en tanto categoría relacional jerárquica, de lo que se desprende la posibilidad de atender la dominación masculina (Bourdieu, 2000) en clave de institución al modo en que lo propone el psicoanalista e institucionalista francés René Kaës (1989). Para ello, tendremos que revisar el concepto de institución y levantar alguna hipótesis respecto de la *institucionalización* de la dominación masculina, para finalmente erigir una propuesta de lo que entendemos por virilización del cuerpo subjetivo.

Tales cuestiones constituyen la médula de lo que se pretende abordar en este capítulo.

1. El género como categoría relacional jerárquica

1.1. La diferencia de los sexos y la multiplicación de pares polares jerárquicos

Aresti, en una revisión de la categoría de género en la obra de la historiadora feminista Joan Scott, es explícita al destacar que esta autora “rescataba los aspectos más productivos del concepto género, particularmente su carácter relacional, social e histórico frente a visiones esencialistas” (Aresti, 2006: 224).

Desde aquí, el desafío -no sólo para la historia sino para las ciencias sociales en general- es abordar las problemáticas relativas a las mujeres, mas no *en cuanto tales*, sino *en relación con los varones* y con el lugar que generalmente ocupan en las más diversas sociedades del mundo: el lugar del privilegio social. Esto es, abordar la historia y las problemáticas de las mujeres atendiendo a la dominación masculina

(Bourdieu, 2000): “Planteando el carácter relacional del género, Scott subrayó que el estudio separado de la historia de las mujeres podía servir para confirmar su relación marginal con respecto al sujeto establecido como dominante, es decir, el masculino” (Aresti, 2006: 225).

Recurriendo a Fraisse (1996), tomaremos la idea de que la diferencia de los sexos antes de ser un objeto de estudio para el pensamiento filosófico occidental, constituye su punto de partida, su condición de posibilidad y que opera entonces al modo de un instrumento epistemológico. Diremos que este instrumento, además de operar de modo binario (hombre/mujer), opera jerárquicamente forzando interpretaciones del mundo desde el prisma de la dominación. Esto es lo que entendemos por el concepto de *violencia simbólica* aportado por Bourdieu (2000): la imposición de conocer el mundo desde el punto de vista de la dominación. “La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador y por consiguiente, a la dominación” (Bourdieu, 2000: 51). Al ser el único instrumento susceptible de utilizar, la relación de dominación aparece como natural cuando es obligada y en estricto rigor: violenta. Siguiendo a Foladori, diremos que “la violencia es de otro orden: es un fenómeno de la cultura. Ya Aristóteles distinguía los movimientos naturales y los movimientos violentos (...) para Aristóteles el movimiento violento es introducido en el orden de las cosas, en lo natural. El movimiento violento atenta contra la legislación natural. Lo violento es del orden de lo social” (Foladori, 2008: 203).

En este sentido, la violencia simbólica -en tanto instrumento obligado de conocimiento- es también una construcción social e histórica. La noción de violencia simbólica implica que la relación de dominación, más que ser un objeto a pensar y problematizar, se impone como el instrumento para interpretar el mundo y por tanto, ver y justificar la dominación en todas partes: “La división de las cosas y las actividades (sexuales o no) de acuerdo con la oposición entre lo masculino y lo femenino recibe su necesidad objetiva y subjetiva de su inserción en un sistema de

relaciones homólogas, alto/bajo, arriba/abajo, delante/detrás, derecha/izquierda, recto/curvo (y oblicuo) (y pérfido), etc.” (Bourdieu, 2000: 20).

De este modo, la matriz binario-jerárquica de pensamiento entrañada en la diferencia de los sexos va promoviendo la multiplicación de muchos otros pares jerárquicos: el par polar hombre/mujer se va desdoblado en “las polaridades sujeto/objeto, activo/pasivo, fálico/castrado, cultura/naturaleza, racional/irracional que fueron homologadas en el curso de la historia de la cultura y de las ideas, a lo masculino y lo femenino” (Glocer, 2001: 15). Todas, distinciones binarias entrañadas e interpretadas en los marcos jerárquicos de la dominación.

Ahora bien, tanto Fraisse (1996) como Bourdieu (2000), así como la gran mayoría de las estudiosas del género, hacen hincapié en la noción de historicidad. Es decir, en la construcción socio-histórica de la categoría relacional jerárquica género. Al respecto, Bourdieu es enfático al plantear que “hay que preguntarse, en efecto, cuáles son los mecanismos *históricos* responsables de la *deshistorización* y de la *eternización relativas* de las estructuras de la división sexual” (Bourdieu, 2000: 8). La pregunta del autor, en consecuencia, se orienta a develar aquellos mecanismos de producción y reproducción social que hacen aparecer a la dominación masculina como una invariante antropológica.

Fraisse (1996) también se lo pregunta: si bien a lo largo de la historia la relación entre hombres y mujeres ha mostrado variaciones, la jerarquía, la estructura de la dominación masculina, no cambia. Considerando esta constatación y desde una perspectiva filosófica, la autora plantea una tensión entre historia e historicidad: “La historia no es prueba de historicidad. Puesto que, a fin de cuentas, la permanencia de la dominación en estos veinticinco siglos de historia se parece a una invariante antropológica, y la diferencia como asimetría se impone sobre toda variación de la relación entre los sexos” (Fraisse, 1996: 89). La relación entre los sexos sin duda ha variado, mas tiende a eternizarse la asimetría jerárquica entre hombre y mujer, entre masculino y femenino.

Desde las ciencias sociales se han buscado diferentes claves de interpretación. Al respecto, por ejemplo, la antropología feminista –en la voz de Henrietta Moore (1991)- se preguntó a partir del estudio del simbolismo cultural ¿qué tienen en común las culturas para que, sin excepción, valoren menos a la mujer que al hombre? A lo que responde como sigue: “todas las culturas relacionan a la mujer con algo que todas las culturas subestiman” (Moore, 1991: 28): la naturaleza. Y continúa: “La cultura trata de controlar y dominar la naturaleza para que se pliegue a sus designios. La cultura es, por tanto, superior al mundo natural y pretende delimitar o socializar la naturaleza, con objeto de regular y supervisar las relaciones entre la sociedad y las fuerzas y condiciones del medio ambiente” (Moore, 1991: 28).

Sin pretender una equiparación lineal entre hombre y cultura y/o entre mujer y naturaleza, lo que se desprende de la idea es cierta noción de *necesidad* de la dominación masculina, de su justificación en aras de imponer un orden civilizatorio, cuestión que también es abordada por Engels (2012) en su estudio sobre el origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, momento en el que sitúa la caída del orden de derecho materno en función de la apropiación por parte de los hombres, del *pater familia*, de los medios de producción y de la organización social del trabajo para asegurar así la herencia paterna de la propiedad privada, cuestión que merece ser abordada más a fondo en un próximo apartado de este mismo capítulo. Vale decir: ¿es la dominación masculina condición necesaria de la civilización, o bien su origen, todo lo contrario a lo natural, es violento, es institucionalizado? Esperamos aportar a una posible respuesta en el apartado tercero de este capítulo.

Ahora, volviendo a Moore (1991), la autora explica la emergencia del par polar naturaleza-cultura en función de la “creatividad natural” de las mujeres, de la capacidad de pro-creación, en contraposición a la creatividad necesariamente cultural del hombre. Desde aquí se comienza a dibujar un nuevo par polar: la división sexual del trabajo, pues, si la procreación es la creatividad natural de las mujeres, el cuidado de las crías y las tareas domésticas vendrían por añadidura, mientras que en virtud del carácter cultural de la creatividad masculina, a los hombres correspondería el trabajo en el espacio de lo público: “en la sociedad occidental, la familia, el hogar, lo

doméstico se conciben en yuxtaposición a la esfera pública del trabajo, los negocios y la política; en otras palabras, a las relaciones de mercado del capitalismo. El sistema de mercado engloba relaciones de competencia, de negociación y contractuales que la sociedad occidental contrapone a las relaciones de intimidad y crianza asociadas con la familia y el hogar” (Moore, 1991: 38). Con esto, otra vez, el binario emerge bajo la forma de la exclusión mutua entre sus polos y se desdobra en nuevos binarismos, como vimos: trabajo doméstico/trabajo extra-doméstico, dominio íntimo-privado/dominio político-público. Ambas, cuestiones que aluden, favorecen y justifican una mayor cercanía de los hombres con el dinero y el poder, lo que la autora argentina Clara Coria (1996) conceptualizó como dinero grande y dinero chico; otorgándole al primero un carácter público-ostentoso, propiedad del hombre o del jefe (se usaría para decisiones extra-ordinarias como inversiones o vacaciones por ejemplo) y al segundo, un carácter privado-invisible propiedad de la mujer o del trabajador subordinado (se usaría en el consumo diario, en decisiones cotidianas, teniendo que rendirse rigurosamente).

Dicho lo anterior, es un mundo ordenado en estas claves binario-jerárquicas, de dominación, en el que los seres humanos estamos conminados a subjetivarnos, es un mundo construido desde y atravesado por la diferencia de los sexos el que debe ser cuerpo apropiado por cada cual. Si bien, la apropiación del mundo es un trabajo que realiza cada quien, es un trabajo que se hace en los marcos constrictivos del género y la dominación masculina. En consecuencia, el tema del siguiente apartado es precisamente el de la construcción generizada de subjetividades.

1.2. La diferencia de los sexos: primera y normativa en la constitución subjetiva

Si con Geneviève Fraisse (1996) consideramos a la diferencia de los sexos como la primera diferencia en virtud de la cual se desarrollan todas las demás, para Judith Butler (2006, 2007) es esta una diferencia de carácter normativo. La diferencia sexual, articulada en la dicotomía hombre/mujer, constituye una de las primeras claves de

inteligibilidad de los seres humanos, entendida esta “como aquello que se produce como consecuencia del reconocimiento de acuerdo con las normas sociales vigentes” (Butler, 2006: 15). Como lo plantea Boccardi, “el sexo es el primer límite discursivo que condiciona la inteligibilidad del cuerpo en el establecimiento de la identidad” (Boccardi, 2013: 87). Tomado esto en serio: el sexo es desde ya género.

Sexo e identidad quedan así estrechamente vinculados pues, la legitimidad, comprensibilidad e incluso, la viabilidad de la identidad queda en primera instancia marcada y condicionada por la normatividad implicada en el sexo. De acuerdo con Badinter, “el recién nacido es inscrito como niño o niña en el registro civil e inmediatamente identificado como tal por su entorno más inmediato” (Badinter, 1993: 59). La identidad viene marcada por una *identificación* hecha por otros sobre el cuerpo recién nacido y tiene como principal resorte al sexo organizado en clave binaria.

Entenderemos dicha identificación en el sentido de la acción de hacer idéntico, de reconocer e interpretar a un otro como semejante, o al menos asimilable a alguna categoría de legibilidad, legitimidad y pertenencia (en este caso al colectivo de los hombres o al colectivo de las mujeres) y que constituye un pilar de lo que vivenciamos como propia identidad. La misma Badinter dirá, “entre los humanos existe una tendencia irreprimible a etiquetar sexualmente a los demás, especialmente a los bebés, tendencia que se acompaña de comportamientos diversos según sea el sexo asignado” (Badinter, 1993: 59). Entonces: la diferencia es fundamentalmente diferenciadora, pues la identificación es seguida de un trato diferencial y diferenciante. De este modo, siguiendo a Fraisse (1996) la diferencia de los sexos comienza desde ya a organizar y producir otras diferencias.

Con Laplanche y su teoría de la seducción generalizada, revisada por Dejours (2012a) y desarrollada en el capítulo anterior, podríamos pensar que lo inconsciente sexual se comunica generizadamente por cada adulto-cuidador según la marca sexual de proveniencia del recién nacido al que cuida y que tal comunicación tiene efectos diferenciadores. Como hipótesis podríamos decir: la identificación hecha por el adulto

sobre el cuerpo del niño o la niña en virtud de la diferencia sexual anatómica, moviliza la sexualidad inconsciente del adulto de manera también diferencial, por lo que los mensajes enviados al recién nacido serán diferentes en virtud del sexo; ya por lo que un sexo u otro moviliza, especialmente en términos afectivos –consciente y sobre todo inconscientemente- en el adulto cuidador, ya por las expectativas y normas sociales – también conscientes e inconscientes- arraigadas en las definiciones culturales del género.

En consecuencia, los cuerpos de niños y niñas recibirán *tratos-mensajes* diferenciados de acuerdo al sexo, con lo que se va configurando desde muy temprana edad una identidad de género, es más, una *subjetividad generizada*, pues desde estas ideas podemos plantear que la manera de experimentarse, *de sentirse cada cual a sí mismo*, estará impregnada desde un principio por la identificación realizada desde el entorno socio-cultural, vehiculizada en el vínculo primario entre niño y cuidador.

Siguiendo esta idea y retomando las primeras nociones de asignación de género aportadas por Robert Stoller -según las cuales la biología ocuparía un lugar importante en la identidad sexual, mas como una *condición previa* que siguiendo el atajo de la anatomía permite la asignación de sexo a través del reconocimiento y la identificación del otro (Faure-Oppenheimer, 1986)- podemos plantear aquí que dicha asignación, en estricto rigor, constituye una *cuerpopropiación*, es decir, un trabajo de apropiación que el recién nacido comienza a realizar en virtud de una relación cuerpo a cuerpo con el adulto que lo identifica y le asigna un género. La subjetivación genérica constituye una *cuerpopropiación*, en la que la carga simbólica del género es comunicada incluso sin palabras y va quedando inscrita en la profundidad del cuerpo, o mejor aún, en los fundamentos de la historia del cuerpo.

Sin embargo y justamente, el hecho de que constituya una *cuerpopropiación*, una apropiación que cada cual hace del orden relacional jerárquico del género, da lugar a la resistencia y a la subjetividad. El orden de género no es una cuestión que sencillamente se *in-yecte* en el recién nacido, por lo que la identidad de género no es una cosa fija, insuflada de una vez y para siempre en el cuerpo, sino que, una

permanente tensión, una permanente construcción que tiene lugar en la relación entre el sujeto y las constricciones de un mundo organizado en las claves del género.

Por otra parte, para Reich y algunos de sus seguidores -destacamos a William Cornell (1996) y Liliana Acero (2015)- la identificación-asignación de género hecha por los adultos redonda en una *orientación cultural masiva* de la “erogeneidad natural” de los cuerpos humanos. En otras palabras, los adultos cuidadores con sus conductas de cuidado y socialización –consciente e inconscientemente- prescriben y proscriben ciertas manifestaciones pulsionales de los niños de acuerdo a la diferencia sexual identificada y tales prescripciones y proscripciones son experimentadas psico-corporalmente al menos en un doble movimiento: el primero y más básico se constituye en la experimentación afectiva y corporal de las conductas-mensaje de cuidado diferenciadas y segundo, en la adaptación psico-física que comienzan a realizar los niños en función de lo que van traduciendo (sin palabras) respecto de lo que se espera de ellos según sea el sexo. En síntesis: la subjetividad generizada, o bien, la generización de la subjetividad, en el sentido de sentirse y experimentarse a uno mismo según las claves del género, tiene su asiento en una relación de total dependencia del niño respecto del adulto, una relación cuerpo a cuerpo en la que la sexualidad ocupa un lugar central.

Al respecto, la psicoanalista argentina y estudiosa del género Irene Meler propone: “En términos generales, se acepta que los agrupamientos sociales humanos han elaborado regulaciones que prescriben los desempeños de género sobre la base de los indicadores que provienen de la diferencia sexual anatómica. Estos aspectos incluyen emociones, fantasías y actitudes así como el desarrollo diferencial de habilidades, mientras proscriben otros comportamientos y asignan roles específicos por cada sexo” (Meler, 2000a: 71). Vale decir que en función de la diferencia sexual anatómica se van construyendo subjetividades sexuadas diferenciadas en virtud de un efecto mancomunado entre erogeneidad y poder que tiene su primer escenario en el encuentro cuerpo a cuerpo entre niño y adulto y con ello, son los destinos pulsionales, las modalidades defensivas (como hemos visto hasta aquí tan psíquicas como corporales), los ideales del yo como las sanciones morales que emanan desde el

superyó, las que comienzan a organizarse diferencialmente de acuerdo al orden vertical del género (Meler, 2000b).

Lo que tratamos de decir en consecuencia es que los seres humanos somos sujetos del género, subjetividades generizadas. Atendiendo a esto, nos detendremos en un esfuerzo por tratar de esclarecer el asunto de la institucionalización del género y la dominación masculina, primero, a través de una conceptualización de lo institucional, apoyándonos principalmente en los aportes teóricos de René Kaës (1989) y segundo, procurando una hipótesis respecto del origen de la institución a través de un esfuerzo de integración de los aportes freudianos, básicamente de su texto *Tótem y tabú* (2008) y los planteamientos de Engels (2012) respecto del *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

2. Sujetos del género: la dominación masculina en clave institucional

2.1. Pensar la institución y lo institucional

Kaës (1989) es enfático a la hora de plantear las dificultades que entraña pensar la institución y lo institucional, pues de buena manera implica *pensar lo que nos piensa*, pensar la matriz desde la cual nuestro pensar es posible y desde la que la subjetividad es posible. En concordancia con lo que hemos planteado hasta aquí, una institución organizada a partir de la diferencia de los sexos (Fraisie, 1996) y la violencia simbólica de la dominación masculina (Bourdieu, 2000).

Plantea Kaës (1989) que la institución no solo nos pre-existe sino que también nos origina en tanto sujetos: “la institución nos precede, nos sitúa y nos inscribe en sus vínculos y sus discursos” (Kaës, 1989:16). Desde este punto de vista, es la institución la que nos habla y la subjetividad se encuentra, justamente, sujeta a esa habla. Del mismo modo, los vínculos en los que nos constituimos y de los que formamos parte

están pre-estructurados por la institución. Lo institucional está de fondo, al modo de un escenario y de una narración que nos trasciende y en la que no nos queda más que inscribirnos. En consecuencia, la normalidad; es decir, la posibilidad de mantenernos a raya de la locura y/o de la marginalidad, parece jugarse en ello, en la capacidad y el trabajo que cada cual realiza para incorporarse y sostenerse en la trama institucional. Quedar fuera de esta trama es quedar fuera del sentido y de la norma. Intentaremos mostrar aquí cómo el género -en clave de dominación masculina- opera como institución, otorgando cierto estatus de legalidad o no a nuestras vidas y a las maneras de vivirla, como lo planteara Butler (2006) respecto de la normatividad del género. Agrega la autora que el género no se hace en soledad: “Los términos que configuran el propio género se hallan, desde el inicio, fuera de uno mismo, más allá de uno mismo, en una socialidad que no tiene un solo autor” (Butler, 2006: 13-14). Es esa socialidad la que nos interesa interpretar desde las claves propuestas por Kaës.

De este modo y parafraseando a Kaës (1989): el pedestal de nuestro sí mismo está fuera de sí. Nuestra “propia identidad” no es tan propia, hay una otredad sobre la que se sostiene y contra la cual se erige. Esto nos vuelve a conducir a Freud cuando plantea que en la vida psíquica del sujeto singular el Otro interviene muy regularmente como modelo, sostén y adversario, con lo que justifica que la psicología individual es, simultáneamente y desde el comienzo, una psicología social en sentido amplio (Freud, 1992e). Para Kaës (1989) el psiquismo individual y lo subjetivo en consecuencia, advienen desde un trasfondo de orden social en el que lo institucional ocupa un lugar intermedio, al modo de una *otredad constituyente*, lo que requiere la aceptación de que una parte de nosotros no nos pertenece en propiedad, por más que donde la institución estaba pueda advenir *yo*. Desde esta perspectiva, lo psíquico es posible y se explica en virtud de lo no psíquico, de lo social. La institución sostiene nuestra identidad, posibilita nuestra estructuración subjetiva al modo de un núcleo des-centrado sin el cual la vida psíquica no se organizaría.

En consecuencia, lo institucional es entendido aquí como uno de los componentes del inconsciente que forman el trasfondo irreductible a partir del cual se organiza la vida

psíquica: “La posición tópica y funcional de este espacio psíquico institucional interno-externo es comparable a la de la pulsión. Se trata de dos conceptos-límites que articulan, por vía de apuntalamiento, el espacio psíquico a sus dos bordes heterogéneos: el borde biológico, que la experiencia corporal actualiza, y el borde social, actualizado por la experiencia institucional” (Kaës, 1989: 17). El lugar de la pulsión y el problema de la frontera entre psicología y biología fue abordado en el capítulo uno, mismo lugar en que quedó planteada la problemática del límite entre lo psíquico y lo social que abordamos ahora.

En consecuencia, si el espacio que ocupa lo institucional de acuerdo a la tesis de Kaës (1989) es símil al de la pulsión (en tanto concepto-frontera entre cuerpo y psique), lo institucional sería un concepto-frontera entre lo social y lo psíquico; es decir, no sería ni social ni psíquico, sino una suerte de representación representante de lo social para la psique; una –como definió Freud (1992a) a la pulsión- exigencia de trabajo para el aparato psíquico. Lo institucional obligaría un trabajo de elaboración y organización psíquica, con Dejours (2012a) un trabajo de traducción.

Podemos plantear entonces que la identidad adviene propia identidad sólo en la medida en que es apropiada -subjetivada, *cuerpopriada*- la identificación que de cada cual hace la institución con sus claves de inteligibilidad. Tarea primordial para el psiquismo entonces es adueñarse de la identificación hecha por otros sobre el propio cuerpo. Tal proceso, digamos, de *cuerpopriación de una identidad de género*, implica un trabajo, no es una simple implantación de lo social en la psique, la apropiación requiere traducción, un trabajo de elaboración que realiza cada cual (Dejours, 2015) por lo que la “propia identidad” no constituye una copia de la identificación social, sino por el contrario, una elaboración creativa de cada cual; parafraseando a Butler (2006), la puesta en escena del género consiste siempre en una *improvisación en un contexto constrictivo*.

Con lo planteado hasta acá, pensamos que es posible comprender la categoría relacional jerárquica del género, esto es, la dominación masculina, en tanto

Institución, en tanto *otredad constituyente del psiquismo*. Ahora bien, siguiendo a Lourau (2008), a Fraisse (1996) y a Bourdieu (2000) entre otros, una cuestión irrenunciable es la pregunta por la historicidad de esta institucionalidad y con ello, tratar de dilucidar las condiciones socio-históricas que favorecieron su institucionalización. Pensar así al género y la dominación masculina es pensarlo fuera del orden de lo natural, es animarse a pensarlo instituido a través del ejercicio de la violencia, cuestión que trataremos de profundizar en el siguiente apartado.

2.2. *Historicidad y reproducción de la institución dominación masculina*

La explicitación de tal pregunta nos pone en la pista de René Lourau cuando plantea que “la institucionalización representa la génesis inconfesable, trucada, disimulada: el cadáver que se oculta en el armario” (Lourau, 2008: 99). El origen de la institución supone en consecuencia al menos un muerto, cuyo cadáver se oculta, se niega. El origen de la institución siempre es violento y el ocultamiento de la violencia es clave para disfrazar de naturaleza lo instituido. Sin embargo, “instituida por la divinidad o por los hombres, la institución se opone a lo establecido por la naturaleza. La institución es el conjunto de las formas y las estructuras sociales instituidas por la ley y la costumbre: regula nuestras relaciones, nos pre-existe y se impone a nosotros: se inscribe en la permanencia” (Kaës, 1989: 22). Al menos dos cosas interesantes que retomar de lo visto con antelación en este capítulo: uno, se trata de una permanencia no natural, lo que supone, en palabras de Bourdieu (2000), un trabajo de eternización, una permanente reproducción de lo instituido. Dos, con Foladori (2008) y su recurso a Aristóteles, si la institución se opone al orden natural, es necesariamente violenta.

Con Lourau (2008), lo institucional, especialmente en su carácter de instituido, se nos aparece con aires de naturaleza, con aires de permanencia en virtud de “la vergonzosa necesidad de ocultar su génesis, de olvidar a cualquier precio, eso es lo que (re) produce la naturalidad de lo instituido” (Lourau, 2008: 97). Tal característica: lo instituido socialmente aparentando naturalidad y permanencia, es una característica principal que Bourdieu (2000) le otorga a la dominación masculina y que define con el

nombre de *eternización de lo arbitrario*, por lo que nos invita a “recordar que lo que, en la historia, aparece como eterno sólo es el producto de un trabajo de eternización que incumbe a unas instituciones (interconectadas) tales como la Familia, la Iglesia, el Estado, la Escuela” (Bourdieu, 2000: 8). Nos animamos a proponer aquí que el verticalismo jerárquico del género en la clave de la dominación masculina es una Institución –sino la principal- que se reproduce a sí misma naturalizándose a través de su vehiculización en las instituciones que resalta Bourdieu (2000), agregando, comprendiendo y otorgando centralidad también a la organización del trabajo como institución reproductora.

Lo que se eterniza es una relación de dominación, en la que la mujer y lo femenino ocupan el lugar subordinado. Lo complejo, y que por cierto, es susceptible de ser pensado con Kaës (1989), es que “hemos incorporado, como esquemas inconscientes de percepción y de apreciación, las estructuras históricas del orden masculino; corremos el peligro, por tanto, de recurrir, para concebir la dominación masculina, a unos modos de pensamiento que ya son el producto de la dominación” (Bourdieu, 2000: 17). En otras palabras: el desafío es pensar lo que nos piensa y estructura. Con Kaës (1989): pensar la institución. “El otro, la institución precede al individuo singular y lo introduce en el orden de la subjetividad, predisponiendo las estructuras de la simbolización: mediante la presentación de la ley, mediante la introducción al lenguaje articulado, mediante la disposición y los procedimientos de adquisición de los puntos de referencia identificatorios” (Kaës, 1989: 27). Es a través de la institución, de su manera de organizar simbólicamente el mundo, que comprendemos la realidad y que nos integramos en ella.

Proponemos en consecuencia aquí una suerte de encuentro –una asociación posible- entre la lectura de lo institucional que realiza Kaës (1989) y la noción de violencia simbólica propuesta por Bourdieu (2000): es sólo a través de la matriz de la dominación masculina que tanto dominados como supuestos dominadores comprendemos y nos movemos en el mundo (Bourdieu, 2000). Desde esta perspectiva, nos animamos a pensar la dominación masculina como Institución,

quedando nosotros mismos en calidad de sujetos del género y la dominación masculina: “la institución es también el espacio extrayectado de una parte de la psique: es a la vez afuera y adentro, en la doble condición psíquica de lo incorporado y del depósito; es el trasfondo del proceso, pero no podría ser indiferente al proceso mismo. Por estos dos procedimientos es como el sujeto es sujeto de la institución” (Kaës, 1989: 28). Proponemos: por estos procedimientos es que somos sujetos del género y la dominación masculina.

3. Una hipótesis posible sobre la institucionalización de la dominación masculina

3.1. Subversión del orden biológico: el acuerdo de matar y devorar al macho dominante

Si seguimos la idea de Engels, que “para salir de la animalidad, para realizar el mayor progreso que presenta la naturaleza, era preciso un elemento nuevo, hacía falta reemplazar la carencia de poder defensivo del hombre aislado, por la unión de fuerzas y la acción común de la horda” (Engels, 2012:38). La imagen trae consigo cierta emergencia de horizontalidad, pues salir del aislamiento en que radica la carencia de poder defensivo implica salir también de la verticalidad de la relación respecto de aquello de lo que hay que defenderse. La salida de la animalidad en Engels (2012) y con ello, para él, un importante salto hacia la humanidad, la constituye el grupo y su actuar mancomunado, la relación cooperativa entre pares, esto es, pasar de cierta discontinuidad y fragmentación a una continuidad articulada en base a algún acuerdo. Esta propuesta, leída desde un prisma dejouriano, puede ser comprendida como una suerte de subversión del orden biológico a partir de una exigencia de trabajo proveniente del entorno. Lo real de la sobrevivencia obliga una nueva organización subjetiva e intersubjetiva, obliga el trabajo conjunto, mas para que este trabajo conjunto y los acuerdos sobre los que se sostiene sean posibles es necesario un eslabón intermedio: el lenguaje como instrumento de construcción de acuerdos, de

planeación, lo que a su vez exige una noción del tiempo, la capacidad para conjugar distintos tiempos verbales (Foladori, 2016)⁶.

Volviendo a la tesis de Engels (2012), múltiples pueden ser las fuentes de amenaza contra las cuales resultaba imprescindible actuar mancomunadamente. Sin embargo, interesa aquí detenernos en una: el verticalismo del *macho dominante*. En Freud: el padre, dominante –entre otras cosas- en tanto dueño de todas las hembras del grupo. El padre asesinado por la horda primitiva que revela el psicoanálisis al estudiar el banquete totémico.

Freud plantea: “desde luego, la horda primordial darwiniana no deja espacio alguno para los comienzos del totemismo. Hay ahí un padre violento, celoso, que se reserva todas las hembras para sí y expulsa a los hijos varones cuando crecen (...) Un día, los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna” (Freud, 2008: 143). Nos animamos a pensar que la horda darwiniana – en el decir de Freud- incapaz del totemismo, lo es en la medida en que aún no logra subvertir un orden biológico: el orden del macho que se impone por la fuerza (que no necesariamente es sinónimo de violencia) hasta que es derrotado por otro que repite la ecuación.

Freud (2008) desliza entre paréntesis que para cortar la repetición, es decir, para evitar que uno de los hermanos al crecer desafiara individual y verticalmente al padre para reemplazarlo (una vez más) y ponerse en su lugar; estos debieron operar *un arma, posiblemente fruto de un progreso cultural*, que Foladori (2014)⁷ se anima a entender como el lenguaje, que, conducente al pensamiento y a la posibilidad de construir acuerdos; hiciera posible lo que hasta entonces, funcionando de manera individual, había sido simplemente imposible: unir las fuerzas, actuar en conjunto y matar al padre.

⁶ Conversaciones en asesoría al proceso de producción de esta tesis

⁷ Apuntes de clases, 2014. Curso: Subjetividad y poder. FACS, Universidad de Chile.

Ahora bien, el acto de darle muerte fue proseguido por el de devorarlo y a través de ello “consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. El banquete totémico, acaso la primera fiesta de la humanidad, sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable” (Freud, 2008: 144) en la que se satisfizo el odio al macho dominante al darle muerte y al mismo tiempo el deseo de identificarse con él al devorarlo. Sin embargo, tal satisfacción e identificación se cobra en sentimientos de culpa y arrepentimiento y con ello, “lo que antes él había impedido con su existencia, ellos mismos se lo prohibieron ahora” (Freud, 2008: 145).

Así comprende Freud la emergencia de los dos únicos crímenes reconocidos por las sociedades primitivas expresados en los dos tabúes totémicos. El primero, dice Freud, basado en un sentimiento: el respeto al animal totémico que sucede al padre y el segundo, basado en una cuestión más bien práctica: el tabú del incesto, pues de no regularlo y normarlo claramente, los hermanos se convertían automáticamente en rivales, pues, después de todo, ¿por qué mataron al padre, sino principalmente porque el macho dominante era el dueño exclusivo de las hembras que ellos deseaban para sí? Acordar prohibírselas constituyó la única posibilidad de sostener la emergente estructura social. Concluye Freud, “quizá fue esta situación la que constituyó el germen de las instituciones del derecho materno, discernidas por Bachofen (1861), hasta que fue relevado por el régimen de la familia patriarcal” (Freud, 2008: 146).

Por su parte Engels (2012), basado también en Bachofen, propone que son “la tolerancia recíproca entre machos adultos y la falta de celos, las primeras condiciones necesarias para formarse esos grupos extensos y duraderos en el seno de los cuales únicamente es donde ha podido realizarse la evolución de la animalidad hacia la humanidad” (Engels, 2012:38). Desde aquí, se podría llegar a postular que el paso propuesto por Engels de la animalidad a la humanidad encuentra su fundamento en la derrota del *macho dominante* –tanto en términos psíquicos como sociales- y su vinculación vertical, y con ello, la instauración de lazos horizontales de apoyo mutuo entre los hermanos. Ahora bien, ¿implica esta situación una suerte de subversión -o al

menos de supresión- de un *machismo primitivo*? ¿Adviene la humanidad de la derrota de una suerte de *machismo biológico* fundado en el ejercicio de la fuerza bruta, en la dominación del cuerpo del otro por la fuerza?

Quizá podría pensarse así. Freud (2008) ya propuso situar el *germen del derecho materno* en el acto de matar y devorar al padre y la familia patriarcal como un advenimiento posterior. Por otro lado, también a partir de Engels (2012) parece una idea plausible, pues para este autor, la emergencia de la familia patriarcal monogámica, fundada en la dominación masculina, no ocurre hasta los albores de las sociedades civilizadas, al modo de un invento posterior, pues no es propia de los pueblos salvajes en los que se dan otras formas de organización tanto del comercio sexual como del trabajo y en tanto, la mujer puede encarnar una posición social no necesariamente marcada por la relación de dominación/subordinación: “la señora de la civilización, rodeada de falsos homenajes, extraña a todo trabajo efectivo, tiene una posición social muy inferior a la de la mujer de la barbarie, que trabaja de firme y se ve en su pueblo conceptuada como una verdadera *dama* y que lo es también por su carácter” (Engels, 2012:55). Es interesante resaltar aquí la noción del trabajo como subjetivante, pues de acuerdo a esta lectura de Engels, es el trabajo el que le da a la mujer el estatus de *sujeto* en las sociedades e instituciones primitivas.

Podríamos pensar desde aquí, que organizaciones previas a la civilizada no necesitaron retornar, de manera natural, al verticalismo del *macho dominante* derrotado por la horda primitiva freudiana, sino por el contrario, para subsistir tuvieron que sostener relaciones de corte horizontal y con ello, constituir y sostener una institucionalidad fundada en el acuerdo y no el dominio. Podríamos decir que la violencia instituyente en el acto de matar y devorar al padre-macho-dominante dio pie a una institucionalidad horizontal, basada en el acuerdo y no en la imposición de la fuerza y quizá, el rito totémico, en tanto rito conmemorativo de una fundación, de una institución, no busca ocultar el origen, sino por el contrario, recordarlo, invitarlo a la consciencia.

Nos animamos a proponer en consecuencia, que la dominación masculina emerge como institución en otro momento, cuestión que pasamos a revisar a continuación.

3.2. *La institucionalización de la dominación masculina*

Muy posteriormente, la familia patriarcal monogámica, que funda y se funda sobre la institución de la dominación masculina, emerge no como una cuestión históricamente necesaria, sino al contrario, al modo en que Lourau (2008) conceptualiza la emergencia del Estado: de manera ilegítima, ligado justamente a la generación y defensa de una propiedad privada. Engels (2012) enfatiza que el concepto romano *famulus* alude justamente a esclavos, a esclavos domésticos que pertenecen al hombre, quien tiene bajo su poder a esposa(s), hijos y demás esclavos. En virtud de un criterio económico, la dominación masculina se impone de manera ilegítima, violenta, esclavizando a todos aquellos que no son el hombre-dueño bajo el manto de la familia monogámica disfrazada de progreso necesario para el desarrollo de la humanidad.

Proponemos, sin embargo, que la familia monogámica patriarcal se instituye al modo de una regresión al *macho-animal dominante* que hubiera sido derrotado por la horda primitiva freudiana, en lo que entendimos como subversión del orden biológico y que según Engels (2012) sería un paso clave a la humanidad. La familia monogámica patriarcal aparece como un salto regresivo a través del cual se vuelve a concentrar el poder en las manos del *macho dominante*, ahora capaz de decidir sobre la organización y la división socio-sexual del trabajo, pues se adueña ilegítimamente de los medios de producción y de la fuerza de trabajo: los hijos de antaño, que sólo podían reconocerse en función de un linaje materno sin pretensiones de apropiación, sino simplemente como *gente* de la tribu (Engels, 2012) -lo que implica entre otras cosas: iguales, pertenecientes al grupo, puestos en posición horizontal- son ahora, en virtud de la institución familia monogámica, propiedad del padre, le pertenecen y se deben a su autoridad, que en rigor es aquí autoritarismo, puesto que se impone, no se concede (Foladori, 2012). La fuerza bruta que sostuviera la dominación del macho

antaño es reemplazada por el poder económico que da la propiedad. Al modo en que lo sugiere Engels (2012): Estado, familia y propiedad se configuran como piezas fundamentales del ensamblaje de la dominación, y con esto, lejos de ser instituciones que obedecen a la necesidad histórica, se develan como trampas en tanto entrañan la injusticia y la ilegitimidad. El machismo animal del padre de la horda darwiniana es trocado, con la emergencia del Estado, la propiedad privada y la familia monogámica por un machismo instituido, por la dominación masculina ilícitamente instituida.

La familia monogámica, junto a la emergencia del Estado y la propiedad privada, instituyen entonces la verticalidad de la dominación masculina. “La monogamia entra en la escena como una forma de esclavizamiento de un sexo por el otro (...) La primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer para la procreación de hijos. Y hoy puedo añadir: el primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia; y la primera opresión de clases, con la del sexo femenino por el sexo masculino” (Engels, 2012:72-73).

La época inaugurada por la monogamia no es otra que la de la dominación masculina, es la institucionalización de una ética que signa, una y otra vez a lo considerado masculino como positivo y a lo considerado femenino como negativo, una ética vertical en la que lo masculino es superior y lo femenino es inferior. Lo esencial: una ética vertical en la que el poder se concentra en el padre, quien ejerce la dominación en nombre de la protección. Una concentración del poder que se instituye: el Estado, el Estado de la dominación masculina que campea social y psico-corporalmente.

Para cerrar este acápite haremos un guiño al argumento de la doble centralidad de la sexualidad y el trabajo en la subjetivación desarrollado en el capítulo primero, ahora visto desde otro prisma, desde el prisma de la dominación masculina y sus vinculaciones con la sexualidad y la organización del trabajo y la producción; por un lado, un machismo-animal-primitivo fundado en la propiedad sexual de las hembras por parte del más fuerte de la horda y por otro, un machismo-instituido-civilizado

fundado en la potestad sobre la organización social del trabajo y la apropiación ilegítima de la fuerza viviente de trabajo.

A continuación, considerando la dominación masculina como institución, intentaremos desarrollar la idea de lo que significa hacerse hombre en tales marcos constrictivos.

3.3. *Hacerse hombre: virilización del cuerpo subjetivo o cuerpopriación de la institución dominación masculina*

La diferencia de los sexos es primera y normativa. Sin embargo, parece no ser suficiente. Es decir, si bien el sexo, en tanto distinción anatómica normativamente binaria, es asignado a los niños incluso desde antes de su nacimiento, la hombría -*la de verdad*- parece no venir garantizada por la anatomía, sino, por el contrario, hay que fabricarla e *instituir*la: hay que *hacerse hombre* (Badinter, 1993; Gilmore, 1994; Bourdieu, 2000). De este modo, se adviene hombre, no se trataría de una condición dada. Parafraseando a Simone de Beauvoir (1990), *no se nace hombre, llega uno a serlo*. En consecuencia, la masculinidad en tanto identidad masculina y viril ha de ser producida y expuesta (Gilmore, 1994)

En su investigación multicultural titulada *Hacerse hombre*, David Gilmore (1994) si bien no pudo demostrar la universalidad de la masculinidad, si pudo dar cuenta de una repetida tensión en las más diversas culturas y en diferentes partes del mundo por la cuestión de hacerse y exponerse hombre. A su vez, Badinter sostiene que en los marcos que ofrece el género en tanto categoría relacional jerárquica, “los hombres han utilizado diferentes métodos para conseguir que los niños se convirtieran en hombres, en verdaderos hombres (...) En los alrededores de la pre-adolescencia, el chico tiene que salirse de la infancia indiferenciada (...) A diferencia de la mujer que es, el hombre ha de *hacerse*” (Badinter, 1993: 92)

El varón, para constituirse como tal, para optar a la virilidad, se ve obligado a zafar de la –denominada por Laplanche- *situación antropológica fundamental*, ha de salir de ella y negar su posición de dependencia primaria. Para Meler (2000b), la masculinidad estaría fundada en la escisión de la feminidad en tanto infancia y vulnerabilidad, esto es, en la separación de la consciencia de la situación originaria de dependencia materna. Desde aquí se desprende un problema de nunca resolver, pues la feminidad escindida no cesará en su afán de retornar a la consciencia y ante la amenaza de feminización y con ello, de inminente pérdida del estatus viril conseguido, el varón tendrá que defenderse: “la advertencia amenazadora acerca de las sanciones sociales que esperan a quienes no merezcan permanecer en el colectivo dominante se puede comprender si pensamos que la masculinidad y la feminidad se han construido a partir de un proceso colectivo de escisión entre las tendencias infantiles y las adultas, la vulnerabilidad y la fuerza” (Meler, 2000b: 151).

Con esto, vamos delineando una perspectiva interesante para comprender la masculinidad y la virilidad, cual es su carácter defensivo y con ello, una importante problematización de su estatus, pues lo masculino advendría de una suerte de feminidad originaria. Al respecto, la psicoanalista francesa Monique Schneider (2003) en su *Genealogía de lo masculino*, se vale de Freud para plantear: “Al niño le complace expresar la relación de objeto por medio de la identificación: yo soy el objeto. El tener es la relación ulterior (...) el pecho es un pedazo de mí, yo soy el pecho. Sólo más tarde: lo tengo, es decir, no lo soy (...) Yo=ella” (Freud en Schneider, 2003: 29).

Como consecuencia, la separación de la madre, su asesinato simbólico, resulta clave para postular a la masculinidad y la virilidad. Al respecto, Badinter recurre a Shakespeare: *el hijo de la mujer es la sombra del hombre*, aún no lo es, y debe mediar su acción y la de terceros para llegar a serlo. Un requisito fundamental para avanzar hacia la masculinización es entonces, sacarse a la madre de encima, a modo de

descontaminación⁸. En muchas culturas en que prima el orden relacional jerárquico del género “reina la idea según la cual si no se arranca los hijos a las madres nunca podrán convertirse en hombres adultos” (Badinter, 1993: 94). El vínculo con la madre, en consecuencia, siempre pone en riesgo a la virilidad y su preocupación por mostrarse fuerte, independiente, capaz de conquistar mujeres, entre otras cosas que comprende la imagen de lo viril.

Al respecto, Gilmore (1994) y también Bourdieu (2000), muestran como la masculinidad y con ello, la dominación masculina son producciones y reproducciones sociales. Ambos autores dan cuenta de *ritos de institucionalización masculinizante* en diversas culturas que por lo general operan sobre el cuerpo, especialmente en virtud de su capacidad de resistencia, supresión, o bien, negación del dolor: circuncisiones sin ningún tipo de anestesia y sin ningún permiso para expresar dolor, golpizas y sangrías con la intención de sacar del cuerpo cualquier tipo de fluido que constituya un resabio femenino, e incluso, ingesta de semen para *in-corporar* una nueva leche, una masculina que reemplace a la materna y que, en palabras de Bleichmar (2006), resulta paradójicamente virilizante⁹. No ser la madre, no ser la mujer; emerge entonces como negación fundante de la masculinidad. Todo lo anterior, en aras de la institucionalización de cuerpos puramente masculinos.

Hasta aquí, la virilidad se va erigiendo al modo de una defensa, siendo la escisión y la negación de la vulnerabilidad asociada a lo femenino sus principales mecanismos. Para Monique Schneider (2003) –así como también para Dejours (2006)- la virilidad muestra más bien una faceta defensiva: en contraposición al pene erecto en tanto espada y señal de ataque, la invulnerabilización del cuerpo en tanto escudo en señal de defensa, conseguida a través de la negación de todo aquello asociado a lo femenino en el cuerpo del varón y a la negación de la posibilidad de la castración, ambas situaciones que entrañan riesgos de caída de la masculinidad conseguida. Una

⁸ Henriette Moore muestra en su libro *Antropología y feminismo* como lo femenino es asociado en diferentes culturas con aquello que resulta contaminante.

⁹ Se trata de prácticas que a la luz de una mirada etnocéntrica podrían entenderse fácilmente como homosexuales.

masculinidad, que aún más, no se consigue de una vez y para siempre, sino todo lo contrario, que hay que defenderla de manera permanente, pues se encuentra toda vez a prueba.

Ahora bien, esta defensa por negación de la vulnerabilidad a la base de la identidad viril siempre frágil, siempre a prueba, ¿implica una negación del cuerpo mismo del varón en tanto lugar en que reside dicha vulnerabilidad? Schneider (2003) se anima a plantear que sí, que esta expulsión de *lo femenino* del cuerpo del varón se extrema en la negación de su propio cuerpo, salvo del “pedazo”, del pene, ¡ni siquiera las pelotas!, dice. La erección es vista al modo del ascenso, pero también de la huida de la sensibilidad y la corporalidad hacia el reino de la intelectualidad y la espiritualidad por considerarse de mayor valor (Schneider, 2003). Como corolario: la intelectualidad se separa del cuerpo en la virilización al tiempo que el cuerpo se des-sensibiliza.

Reich (2005) ya había connotado la extrema habilidad del intelecto para operar negando la realidad, a pesar de considerar a la actividad intelectual como primeramente afectiva, corporal. La negación encuentra su base en una suerte de escisión entre sensibilidad e intelectualidad. Dejours (2012a) por su parte, propone que es esta una propiedad de la virilidad y da cuenta de lo que denomina “pensamiento desencarnado”, que serían todos aquellos pensamientos que son expresados de manera desafectada, *como si el cuerpo no estuviera ahí*, dice.

En consecuencia, nos inclinamos a proponer un proceso de virilización del cuerpo subjetivo en los términos de una des-sensibilización del cuerpo y una suerte de des-afectación del pensamiento, defensas psico-corporales que estarían a la base del ejercicio vertical del poder, de la dominación y la sumisión.

Nos animamos de este modo a pensar –retomando ideas del capítulo anterior- que el cuerpo des-afectado, con menor capacidad de sensibilidad, de erogeneidad; el cuerpo virilizado, es menos capaz de ofrecer a la psique una exigencia de trabajo para transformarse, la excitación del cuerpo es neutralizada, congelada en el músculo o en

las vísceras plantearía Reich (2005), con lo que se trabarían la transformación y el desarrollo subjetivo. Mas, si bien la hombría, la de cada cual, se construye en, con y en contra de una hombría instituida, no se corresponde exactamente con ella, sino que constituye una particular interpretación de ésta, una traducción de la institución producto de un trabajo de elaboración que puede incluir, por cierto, esfuerzos de subversión y/o resistencia (Dejours, 2015). Una traducción, que como hemos visto hasta aquí se apuntala en lo que Kaës (1989) entiende como los dos bordes heterogéneos de lo psíquico: la pulsión y su relación con el cuerpo y la institución y su relación con lo social.

CAPÍTULO TERCERO

CUERPOPRIACIÓN EN Y DE LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO CONTEMPORÁNEA

La virilización del cuerpo subjetivo en la sociedad de rendimiento

Cuerpopriación, como ya ha sido visto en los dos capítulos anteriores, refiere a un *trabajo de subjetivación*, a un trabajo de apropiación del mundo que deriva en la posibilidad de sentirse y de experimentarse a uno mismo, un trabajo de construcción de subjetividad. Refiere, al mismo tiempo, a una apropiación particular que tiene al cuerpo como herramienta principal, hablar de cuerpoperiación es eso: hablar de un trabajo de subjetivación que se realiza en un cuerpo a cuerpo con el mundo, que depende de lo que Dejours (2012a y b) denomina los poderes del cuerpo. Ahora bien, cuando decimos *cuerpopriación de la organización del trabajo*, estamos diciendo que el trabajo, más que ser un entorno, un clima, un espacio determinado, es un objeto del mundo susceptible de subjetivar, es decir, de hacer propio, de *in-corporar* en virtud de una relación cuerpo a cuerpo. Queremos decir, que fruto del encuentro persistente entre el ser humano, su tarea y la organización social y técnica de ésta, cuerpo y psique, el cuerpo erótico del trabajador, se van re-constituyendo (Dejours, 2012b). En otras palabras: que el trabajo y su organización social constituyen pruebas a la subjetividad (Périlleux, 2008) y a la economía libidinal de los trabajadores.

Por otra parte, cuando decimos, recurriendo a una expresión de Byung-Chul Han (2012), “sociedad de rendimiento”, queremos hacer manifiesta la idea que el modo actual de organización del trabajo y del sistema productivo es uno específico; el de la sociedad neoliberal, que en buena medida conmina a sus sujetos a convertirse en emprendedores y empresarios de sí, en sus propios jefes, desplazando la dinámica de la lucha de clases desde un escenario social entre capitalistas y asalariados a uno intrapsíquico que supone una auto-explotación (Han, 2012, 2014). De acuerdo con Aubert y de Gaulejac (1993), se trata de una organización del trabajo y la vida en general que mueve a los sujetos a la excelencia y con ello, a creer que *siempre pueden más*, responsabilizándolos individualmente por su rendimiento y más aún, como lo plantea el filósofo coreano-alemán, haciendo pasar esto por libertad, una libertad

paradojal basada en la sensación subjetiva de *poder siempre más* que, sin embargo, no logra subvertir la lógica del deber, constituyéndose en un *deber poder*.

Entonces, ¿qué tiene que ver la virilidad o la virilización del cuerpo subjetivo con esto? Es esa precisamente la pregunta que se va dibujando para esta investigación: ¿cómo las exigencias de una organización neoliberal del trabajo –flexible y precarizante– promueven identificaciones con la institución de la dominación masculina y la virilización como estrategia para poder seguir rindiendo? O bien a la inversa: ¿cómo la identificación con la dominación masculina a través de la virilización del cuerpo subjetivo presta soportes psíquicos y sociales a la organización neoliberal del trabajo? De acuerdo a la problematización teórica desarrollada hasta ahora podríamos plantear que la subjetivación de la organización del trabajo contemporánea –neoliberal– exige de sus sujetos (de hombres a mujeres) la identificación con los valores de la virilidad y sus *ideologías del aguante*. O viceversa: la identificación con la dominación masculina opera como soporte social y psíquico para tolerar las exigencias de la organización neoliberal del trabajo. En definitiva: para mantenerse en competencia, para mantenerse rindiendo, resulta imperiosa tal identificación pues a través de ella se sostiene la identificación con el *poder*.

Lo que interesará luego, en una aproximación empírica al problema, será identificar las formas discursivas a través de las que se construyen tales identificaciones. Por lo pronto, lo que intentaremos desarrollar en el presente capítulo, es cómo, para enfrentar la organización flexible, neoliberal del trabajo, es necesario echar mano a estrategias defensivas (Dejours, 2001, 2014) de virilización, entendiendo con este último autor a la virilidad, fundamentalmente, como un *mecanismo de negación del sufrimiento* y en este caso específico, del sufrimiento que es consustancial a la experiencia del trabajo y requisito fundamental para el desarrollo subjetivo. La idea medular aquí es la siguiente: la cancelación del sufrimiento, vía negación a través de la virilización del cuerpo subjetivo, cancela al mismo tiempo la posibilidad de subvertirlo, bloquea en consecuencia las posibilidades de transformarlo en placer y con ello conseguir un crecimiento subjetivo, conseguir efectos favorables a nivel

identitario. La negación del sufrimiento apenas alcanza para soportarlo, mas lejos está de subvertirlo.

Tales son las ideas que pretendemos articular en el presente capítulo, último en el esfuerzo de problematización teórica del objeto de investigación del presente trabajo.

Subjetivación de la organización neoliberal del trabajo

1.1. El trabajo como prueba a la subjetividad: subjetivación entre sujeción y subversión

En el capítulo primero comenzamos a abordar el tema de la subjetivación del trabajo, es decir, a tratar de discernir las maneras en que el trabajo, y estrictamente, lo que conceptualizamos con Dejours (2012a y b) como “hecho de trabajar”, implica para la subjetividad, vale decir, la idea de que el trabajo, más que ser un entorno, un espacio al que se entra y se sale, se constituye como un espacio interno, formando parte del psiquismo y la subjetividad.

Entonces, si bien la producción y el trabajo se deben a la subjetividad y a la movilización de la inteligencia y la sensibilidad de los trabajadores, también la subjetividad le debe al trabajo buenas posibilidades de desarrollo (o bien de daño o estancamiento). Dejours plantea: “Freud no se dio cuenta de que el trabajo psíquico – la elaboración- era a menudo un retoño del trabajo ordinario generado a través de la tensión o incluso el sufrimiento engendrado en el yo por la prueba subjetiva que el trabajo, entendido esta vez como trabajo de producción (poiesis), implica” (Dejours, 2012b: 8). Es decir, los desafíos que plantea lo real del trabajo, aquello que el trabajador debe resolver echando mano a su propia inteligencia, o bien, desarrollándola, constituyen desafíos, exigencias, pruebas para la subjetividad. El autor lo ilustra especialmente con el “trabajo del sueño”; soñar con el trabajo sería

justamente seguir trabajando, elaborando, tratando de resolver la prueba que el trabajo ordinario, poiesis, nos puso (Dejours, 2012b).

Una idea parecida plantea el sociólogo y clínico del trabajo belga Thomas Périlleux, quien define la subjetivación como “el trabajo mediante el cual un individuo llega a *probar y a acrecentar los poderes de la vida en él*” (Périlleux, 2008: 138). El autor, basado en Henry y en Ricoeur, refiere tres poderes de la vida: el de sentirse afectado u oprimido por ella, el poder de hablar y el poder de hacer o actuar. Tales son los poderes puestos a prueba por el trabajo y en cuyo desarrollo se juega la subjetivación.

Périlleux (2008), en consecuencia, más que hablar de subjetividad habla de subjetivación, pues da cuenta de un proceso, de un trabajo e incluso un logro: no se nace sujeto, se llega a serlo, plantea, en buena medida parafraseando a Simone de Beauvoir (1990). Más aún, insiste el autor, se llega a ser sujeto en un marco vital relacional en el que la subjetivación no depende exclusivamente de cada cual, ni menos de la voluntad o del control individual. La subjetivación tiene que ver en definitiva con un *esfuerzo de toma de posición* en las relaciones de poder que nos constituyen (Périlleux, 2008) y refiere, al mismo tiempo, a un esfuerzo por hacer emerger lo singular entre las constricciones de múltiples determinaciones. Pensándolo con Butler (2006) –idea que trabajamos en el capítulo anterior– la subjetivación constituiría una improvisación en el marco de un escenario siempre constrictivo.

De esta manera, Périlleux (2008), inspirado precisamente en Butler, plantea que el proceso de subjetivación tiene dos vertientes, a saber: la del sometimiento o subordinación y la de la subversión. La primera refiere a que necesariamente el trabajo de subjetivación se hace en los marcos restrictivos de diferentes instituciones sociales; *el ser humano se constituye en relación de sujeción a* diferentes determinaciones. Una muy importante, presentada en el capítulo anterior como principal, es la que desarrollamos bajo la noción de “sujetos del género” y otra, es la que releva el autor belga bajo el rótulo de “sujeto económico”, aludiendo a las

restricciones y condiciones que implica el sistema productivo tanto para el trabajo de subjetivación como para la construcción de relaciones sociales. La segunda sería la vertiente de la subversión, que refiere a las capacidades del sujeto para reaccionar a las determinaciones que lo constituyen y hacer con ellas un trabajo singular (Périlleux, 2008), una construcción más o menos creativa.

Justamente, atender a esta doble vertiente permite pensar, como lo propone Antonio Stecher (2014), fuera de marcos puramente estructuralistas o puramente psicologicistas y animarse a pensar los procesos de construcción subjetiva en tanto procesos sociohistóricos. Plantea Stecher: “Se busca, así, aprehender el carácter procesual, discursivo, tensional, relacional, dinámico, históricamente situado y contextualmente arraigado de los procesos de construcción de subjetividades laborales” (Stecher, 2014: 33). Desde esta perspectiva se torna posible anudar y poner en tensión la vertiente de la *sujeción* a restricciones institucionales o discursos hegemónicos que condicionan la construcción de subjetividades y la vertiente de la *subversión* y las posibilidades de resistencia y creación de sentido por parte de sujetos individuales o colectivos (Stecher, 2014).

En consecuencia, reconocer y asumir que el trabajo, su organización social y el sistema productivo en que se inserta tienen centralidad sobre la configuración subjetiva y las relaciones sociales en que participan los trabajadores obliga a prestar atención a los cambios que ha experimentado el sistema de producción en los últimos años. Por ello, Stecher (2014) propone un análisis de los procesos de subjetivación en el contexto capitalista neoliberal actual, atendiendo especialmente a una cualidad central de las últimas transformaciones de la organización del trabajo y la producción: la *flexibilidad*, en virtud de que las pruebas que presenta a los trabajadores una organización flexible del trabajo y la producción son diferentes y con ello, podrían implicar la emergencia de un nuevo tipo de sujeto, cuestiones que esperamos abordar en los apartados siguientes.

1.2. *La empresa flexible neoliberal: la organización del trabajo que se subjetiva*

No es intención de este apartado ni del capítulo dar cabal cuenta de las actuales transformaciones en la organización del trabajo en el marco del llamado capitalismo flexible o neoliberal, mas sí poner el acento en algunas de sus características principales y las implicancias de estas sobre la subjetividad. Plantea Dejours: “la victoria del capitalismo a escala del planeta entero se plasma en la primacía teórica y práctica concedida a la empresa” (Dejours, 2012a: 10) y por cierto, a las nuevas maneras de gerenciarlas o dirigirlas, atendiendo aquí a la noción de empresa como una forma de organización del trabajo centrada fundamentalmente en mejorar sus condiciones para competir en un mercado –valga la redundancia- cada vez más competitivo y desregulado y por cierto, obtener la mayor rentabilidad posible. Al respecto, el mismo autor plantea: “la evolución contemporánea de las formas de organización del trabajo, de gestión y de dirección de empresas se apoya, después del giro neoliberal, sobre principios que precisamente sugieren *sacrificar la subjetividad* en nombre de la rentabilidad y de la competitividad” (Dejours, 2012b: 32).

Tendremos que intentar comprender en consecuencia, qué significa este *sacrificio de la subjetividad* referido por el autor, por lo demás, tan paradójal en tiempos en que lo que se valora primordialmente son las capacidades de emprendimiento individual, la capacidad de convertirnos en empresarios de nosotros mismos, en palabras de Han (2012), en *sujetos de rendimiento*, de rendimiento individual. ¿Se trata entonces de una suerte de subjetividad movilizada para la empresa y el emprendimiento de sí? ¿El sacrificio de la subjetividad referido por Dejours supone entonces una subjetivación enquistada en la vertiente del sometimiento? Trataremos de responder estas preguntas a lo largo del presente capítulo y de los siguientes.

Ahora bien, para dar cuenta de las actuales transformaciones en la organización del trabajo, Stecher (2014), basado en Neffa, se vale del concepto “paradigma productivo” y para ilustrar al “paradigma flexible” actual (más bien al modo de un tipo ideal, pues en rigor, y especialmente en Chile y el contexto latinoamericano, no existe

necesariamente un modelo flexible posfordista al modo de los países con desarrollo avanzado) recurre a los siguientes ejes:

- a. *Modelo de organización y gerenciamiento de la empresa*: la organización neoliberal opera de manera descentralizada, en red, estableciendo alianzas estratégicas con otras empresas, orientando su atención especialmente al entorno y a los clientes, al mismo tiempo que hacia su interior, procura ser cada vez más liviana y para ello, funciona con un mínimo de personal contratado de manera estable.
- b. *Organización de la producción*: destaca su orientación a la demanda lo que exige una producción versátil que valora la innovación y la calidad, la que se promueve a través del estímulo a la competencia interna entre unidades de producción.
- c. *Gestión de la mano de obra*: destacan los valores de la flexibilidad y la polivalencia en un marco que procura integrar tareas de concepción y ejecución, para lo que se requiere equipos con altos niveles de autocontrol que se identifiquen significativamente con la empresa y sean susceptibles de someter a políticas de flexibilidad salarial (sueldo variable de acuerdo a productividad individual) y temporal (contratos que no protegen la continuidad del empleo)
- d. *Relaciones laborales*: se caracterizan por empleos flexibles que muchas veces, suponen procesos de precarización en los que se pierden derechos y protecciones fundamentales de estabilidad y remuneración. Esto se acompaña de fuertes procesos de individualización y pérdida de colectivización primando una relación mercantilizada entre el empleado, tomado como individuo, en soledad (Ugarte, 2008) y el empleador, lo que produce trayectorias laborales más móviles a nivel individual, y a nivel colectivo un importante debilitamiento de las organizaciones sindicales.

En un apartado posterior (1.4) veremos cómo estos ejes han sido puestos en juego en la realidad de la “empresa chilena”. Por ahora diremos que tales características del sistema productivo parecen dar cuenta de lo que observaban en Francia, a un nivel subjetivo, Aubert y de Gaulejac (1993) cuando escribían su texto ya clásico “El coste de la excelencia”, en el que, para caracterizar a los “excelentes”, a aquellos capaces de desarrollar las adecuaciones personales necesarias para mantenerse rindiendo en el marco de los cambios en el sistema de producción, describían lo siguiente:

Los principales atributos que caracterizaban a los «excelentes»; haber apostado por la acción, escuchar a los clientes, favorecer la autonomía y el espíritu innovador, asentar la productividad en función de la motivación del personal y, sobre todo, movilizar a este personal en torno a un valor clave, una filosofía de empresa y un proyecto concreto con el que todos pudieran identificarse (...) La voluntad de alcanzar la excelencia, la búsqueda de la calidad total, el logro del «cero defectos» (*zero default*), la puesta en marcha de los círculos de calidad, la elaboración de proyectos de empresa o de planes de productividad han ido, poco a poco, dando nuevo contenido a todas las prácticas de la gestión... Del «cero defectos» al «cero respiros», la carrera por lograr una mayor productividad se convierte en una obsesión, y la lógica managerial, nacida en el sector privado, acaba por imponerse en todos los terrenos, incluidos el sector público y los colectivos de ámbito local, hasta convertirse en el modelo de referencia de la organización eficaz y bien gestionada (pp. 15-16).

La gestión managerial y su discurso, basado en nociones de calidad total y satisfacción del cliente y recalando atributos de creatividad, autonomía, flexibilidad y auto-realización en sus trabajadores, va enarbolando las banderas de la productividad y la rentabilidad que muchas veces son puestas como sinónimos del éxito, un éxito que implica la mantención de las empresas compitiendo en un mercado cada vez más desregulado e incierto. Ahora bien, Boltanski y Chiapello (2002) fueron claros al explicitar que el capitalismo en tanto tal, en tanto máquina para producir mayor y mayor acumulación de capital es un quehacer amoral, que se trata de un empeño vacío en sí mismo y es por ello que necesita de marcos justificatorios que atraigan a las personas y que operen dándole –al capitalismo- un sentido que no puede encontrar en sí. Tal aparataje ideológico es lo que los autores denominan “espíritu del capitalismo”, que es extraído de otras partes pues el capitalismo mismo carece de él. Ese espíritu es reproducido y desarrollado a nivel de cada empresa, constituye el discurso que cada empresa inventa para justificar su afán por rentar y se juega en el

marketing como un modo, además, de aumentar el precio -más no necesariamente el valor- a sus productos. Es el espíritu con el que se pretende conquistar a los clientes al tiempo que convencer a los trabajadores de la importancia de su quehacer y de las nuevas exigencias de su implicación con la tarea.

Esto último, el problema del nuevo vínculo subjetivo exigido por la organización flexible del trabajo y la producción, es clave para el presente estudio y es lo que entendemos recalca Périlleux cuando refiere el concepto de *prescripción subjetiva*: “la flexibilidad pone a las personas a prueba en nuevos imperativos de producción, exigiendo de cada asalariado una implicación subjetiva cada vez más intensa, a tal punto que algunos no dudan en afirmar que un nuevo modelo de subjetivación se propaga entre las empresas capitalistas” (Périlleux, 2008: 137). Tenderemos en consecuencia, que examinar cuáles son tales pruebas, cuáles son las exigencias del trabajo de subjetivación implicadas en esta nueva organización del trabajo, y en tanto, qué tipo de sujeto ayuda a producir. Por lo pronto, con el mismo autor podemos decir: “el modelo de un sujeto empresario, autónomo y responsable de su actividad” (Périlleux, 2008: 139).

Cabe entonces volver a la propuesta de Boltanski y Chiapello (2002), pues los autores proponen que para sostenerse con vida, el capitalismo ha de renovar su *espíritu*, es decir, el aparataje ideológico que lo justifica, y para ello se vale precisamente de la apropiación de sus críticas. En este sentido, el neoliberalismo flexible se apropia principalmente de la crítica que los autores denominaron “artista”, que apuntaba al trabajo taylorizado y burocrático en el que la inteligencia del trabajador no importaba y su tarea se orientaba a un tipo de producción en serie en la que la innovación y la creatividad no tenían lugar. La flexibilidad neoliberal y sus valores entonces, constituye una manera de responder a tales críticas, exigiendo de los asalariados nuevas formas de movilización subjetiva, ofreciendo *nuevas razones para movilizarse para la empresa* (Périlleux, 2008) y de este modo atender y adaptarse a una demanda cada vez más exigente y divergente de parte del entorno: “el término flexibilidad se volvió uno de los elementos clave del discurso del management contemporáneo. Para la empresa capitalista, la flexibilidad es la capacidad de adaptarse a las diversas

formas de la demanda y a las fluctuaciones del mercado” (Périlleux, 2008: 140).

Aquí radica quizá el nudo problemático central de la empresa flexible y sus exigencias para la subjetivación, pues, por un lado justifica que la empresa, para mantenerse competitiva, opere en sí un aligeramiento general que implica necesariamente la precarización del trabajo (empleos flexibles son necesariamente empleos menos seguros) y la promoción de la individualización de la responsabilidad por las tareas y las remuneraciones (se remunera de acuerdo a productividad y rendimiento individual), mientras que por otro lado, fuerza a los trabajadores a desarrollar un nuevo y más intenso vínculo subjetivo con el trabajo bajo la promesa del desarrollo de autonomía, creatividad y realización de sí. En síntesis: al tiempo que la empresa se torna más liviana y competitiva vía precarización de la condición laboral de sus trabajadores, conmina a estos últimos a desafiarse a sí mismos y convertirse en emprendedores de sí, “vendiendo” esto como un importante valor contemporáneo. De esta manera la empresa neoliberal hace suya la “crítica artista” en tanto aporta a la satisfacción de una clientela cada vez más exigente de calidad e innovación, al mismo tiempo que a la construcción de un sujeto laboral creativo, auto-responsable, supuestamente autónomo y que se auto-realiza en su trabajo que, en palabras de Han (2014), no hace más que convertirse en empresario de sí y, como parte de esto, en su propio explotador, cuestión que revisaremos en el apartado siguiente.

1.3. El sujeto de rendimiento y la empresa como dispositivo de subjetivación neoliberal

Byung-Chul Han (2012) se esfuerza en mostrar como la sociedad disciplinaria tan bien descrita por Foucault, centrada en hospitales, psiquiátricos, cárceles y fábricas ha ido quedando atrás y siendo reemplazada por otra centrada en gimnasios, grandes centros comerciales y torres de oficinas, la primacía de la empresa y de un nuevo e implacable panóptico, el big data, en el cual los vigilados se encargan por sí mismos de comunicar y de disponer voluntariamente la información, una sociedad en la que

“creemos que no somos un sujeto sometido, si no un proyecto libre que constantemente se replantea y se reinventa” (Han, 2014: 11). Un sujeto que se piensa a sí mismo desde la vertiente de la subversión y que al negar o no ver su sumisión parece acrecentarla.

Con esto, plantea el autor: “la sociedad del siglo XXI ya no es disciplinaria, sino una sociedad de rendimiento. Tampoco sus habitantes se llaman ya sujetos de obediencia, sino sujetos de rendimiento” (Han, 2012: 25). La diferencia central que propone el autor entre un tipo de sociedad y otro es que la primera, la disciplinaria, estaría definida por la *negatividad de la prohibición*, por el “no poder”, por una supremacía del deber y la obligación; mientras que la segunda, la sociedad de rendimiento, estaría definida por lo contrario, su verbo central es justamente *poder* y es más, poder sin límites; así, al modo en que lo propone la empresa Adidas: *Impossible is nothing*. De este modo, como fue planteado en el apartado anterior, la iniciativa, los proyectos y la motivación reemplazarían a la prohibición y al control jerárquico externo.

Tal cambio, sin embargo, se produce en el contexto de una continuidad que se corresponde con una característica central de la empresa capitalista: *el afán de maximizar la producción*: “Con el fin de aumentar la productividad se sustituye el paradigma disciplinario por el de rendimiento, por el esquema positivo del poder hacer, pues a partir de un nivel determinado de producción, la negatividad de la prohibición tiene un efecto bloqueante e impide un crecimiento ulterior” (Han, 2012: 27). En definitiva, lo que plantea el autor es que desde el *inconsciente social del deber*, propio de la sociedad disciplinaria y digamos también, del paradigma productivo taylorista-fordista, se promueve el paso al *inconsciente social del poder*, pues el sujeto de rendimiento es más rápido y productivo que el de obediencia. No obstante, plantea el autor: *no se logra superar y dejar atrás al deber*: “el sujeto de rendimiento sigue disciplinado” (Han, 2012: 28). En lo concerniente a producir no habría ruptura entre el sujeto de obediencia y el de rendimiento, sino pura continuidad. Sigue siendo un trabajo de subjetivación en aras de encontrar lugar en una institucionalidad capitalista, mas ahora se trataría de una empresa en transformación, en mutación neoliberal. Se trata del paso de un modelo disciplinario de gestión de la conducta que

otorgaba restrictivamente sus papeles a los sexos y a las clases sociales a un modelo que promueve la iniciativa personal, que fuerza el emprendimiento de sí mismo y con ello, que fuerza a dar el ancho valiéndose de recursos individuales. Es desde aquí, que Han (2012) devela la violencia sistémica de la sociedad de rendimiento y su protensión a generar “infartos psíquicos” debidos a la presión por rendir y por cierto, siempre poder más. Plantea el autor que lo medular de lo patógeno en la sociedad de rendimiento no es tanto el exceso de responsabilidad e iniciativa como el “imperativo del rendimiento como nuevo mandato de la sociedad del trabajo tardomoderna” (Han, 2012: 29). Va quedando clara la idea de la continuidad e incluso de una suerte de adición de paradigmas, pues el modelo del poder no supera al del deber sino que se articula en un *deber poder*, en un *mandato de rendimiento ilimitado*.

Ahora bien, lo que complejiza más esta situación es la suerte de coincidencia que vive el sujeto de rendimiento, en su propio cuerpo y psique, entre libertad y coacción. El aplanamiento jerárquico del que se vanagloria la empresa neoliberal y su promesa de auto-realización a los asalariados en el marco de un trabajo flexible y creativo se deja ver como trampa: “La supresión de un dominio externo no conduce hacia la libertad; más bien hace que libertad y coacción coincidan. Así, el sujeto de rendimiento se abandona a la libertad obligada o a la libre obligación de maximizar el rendimiento” (Han, 2012: 31-32). Lo que advierte el filósofo es que el exceso de trabajo y rendimiento se convierte, en estos marcos, en autoexplotación, por lo demás, mucho más eficaz que la explotación a cargo de terceros, pues conlleva esta extraña sensación de libertad y poder, agregando que “las enfermedades psíquicas de la sociedad de rendimiento constituyen precisamente las manifestaciones patológicas de esta libertad paradójica” (Han, 2012: 32).

En síntesis, la *coacción al deber hacer* –propia de la sociedad disciplinaria y de la organización del trabajo taylorista-fordista- tiene un límite y por lo demás, es susceptible de convertirse en objeto al que resistir; ante el deber es posible rebelarse. Sin embargo, la *coacción al poder hacer* adviene ilimitada y en vista que es auto-ejercida, uno mismo constituye el enemigo ante el cual rebelarse, al cual agredir. Por eso plantea Han (2012, 2014) que el sujeto de rendimiento se deprime

individualmente en lugar de rebelarse colectiva y políticamente, pues se vive el fracaso como responsabilidad y culpa propias. Tal es la paradoja de una libertad que genera coacciones. “El sujeto del rendimiento, que se pretende libre, es en realidad un esclavo. Es un esclavo absoluto, en la medida en que sin amo alguno se explota a sí mismo de forma voluntaria (Más aún) El sujeto neoliberal como empresario de sí mismo no es capaz de establecer con los otros relaciones que sean libres de cualquier finalidad. Entre empresarios no surge una amistad sin fin alguno” (Han, 2014: 12-13). Sin embargo, no hay libertad si no es en una coexistencia satisfactoria, libre de cálculos y finalidades.

Desde esta perspectiva, *el régimen neoliberal conduce al aislamiento a través de la explotación de la libertad*, la empresa capitalista en fase neoliberal lo hace, como lo propone Périlleux (2008), a través de la noción de “uso de sí”, movilizado en la intensificación del vínculo subjetivo con el trabajo. “Este sujeto empresario de sí mismo (en buena medida producto de una política de subjetivación propia de la empresa neoliberal)¹⁰ está *llamado a ser activo, calculador y competitivo* –más que pasivo y dependiente- ya que debe constituirse en empresa que debe hacerse crecer y fructificar” (Périlleux, 2008: 142). Se trata de un sujeto paradójicamente libre para negociarse, para capitalizar el sentido todo de su existencia. Todas las dimensiones de su vida se tornan capitales a ser invertidos: sus recursos financieros, pero también la salud, las relaciones personales, la inteligencia, los recursos afectivos y emocionales e incluso la apariencia física son capitales preciosos a los que sacar partido. “La forma empresa que moviliza al sujeto, basada en un conjunto de normas de vida como la energía, la iniciativa, la ambición o el dinamismo, se generaliza a todas las formas de su conducta y a todas las esferas de su existencia” (Périlleux, 2008: 142-143). El sujeto neoliberal de rendimiento va quedando aislado, prisionero de su autogestión, de la mejora continua de su empleabilidad y rentabilidad individuales, falto de vínculos libres de cálculo y finalidad, sometido a procesos de auto-capitalización ya sea como empresa en sí mismo, ya sea movilizado para una empresa o su proyecto. De esta manera vamos comprendiendo lo que Dejours (2012b) entendió como *sacrificio de la*

¹⁰ El paréntesis es nuestro

subjetividad.

1.4. *Una mirada a la empresa y la subjetivación neoliberal en Chile*

Hasta acá, de manera intencional no hemos hablado de posfordismo, menos como sinónimo de organización del trabajo neoliberal. Esto debido a que en el caso de Chile, si bien es posible hablar de una organización flexible-neoliberal no es tan fácil hablar de posfordismo. Se trata en consecuencia, de una organización del trabajo neoliberal *sui generis*, que, siguiendo la propuesta de Kathy Araujo (2016), no logra desprenderse de su carácter autoritario y paternalista, un neoliberalismo en el que se flexibiliza y aligera la empresa, pero que al mismo tiempo preserva los sostenes para el ejercicio jerárquico y vertical de la autoridad bloqueando la participación activa de los trabajadores, un neoliberalismo que no necesariamente supera la crítica artista destacada por Boltanski y Chiapello (2002). En los términos en que lo propone Ramos, (2014) un *posfordismo con huellas autoritarias*.

Para entender la modernización de la empresa chilena, Ramos (2014) es claro al decir que los denominados posfordismos van tomando características particulares en los diferentes países en los que se instala y para el caso de Chile lo contextualiza en un marco determinado por la ruptura introducida en la empresa chilena por los cambios desarrollados durante la dictadura militar (Ossandón y Tironi, 2012), explicitando que importantes cambios comenzaron a implementarse en ese período, “quedándoles, en algún grado, una marca de nacimiento, el *imprinting* del autoritarismo” (Ramos, 2014: 80). Al respecto, Ugarte va más lejos y señala: “Las reglas del juego en materia de relaciones laborales siguen siendo las mismas que diseñara el gobierno de Pinochet” (Ugarte, 2014: 107), con lo que las *marcas de nacimiento* destacadas por Ramos sostienen su fuerza aún en la adultez (ya van más de cuarenta años).

Tales reglas del juego fueron respaldadas por los economistas de la Pontificia Universidad Católica que regresaban de Chicago y que Ugarte (2014) caracteriza de

acuerdo a los siguientes cuatro puntos:

- a. Las reglas de trabajo se rigen de acuerdo al *contrato individual de trabajo*.
- b. Ni la negociación colectiva ni la acción sindical son relevantes en las relaciones laborales.
- c. Prohibición, casi absoluta, de la huelga.
- d. La protección de los trabajadores no depende de ellos mismos ni de ningún sindicato sino del Estado a través de la Inspección del Trabajo.

Como corolario: los trabajadores no participan ni en el diseño ni en la puesta en práctica del modelo de relaciones laborales, que por legalista que sea, no logra por ninguna parte proteger los derechos de los trabajadores chilenos, pues la fiscalización del Estado apenas alcanza para un 10% de las empresas del país, lo que se condice con la opinión de los trabajadores que muestra el Segundo Barómetro de Abuso de Poder en Servicios Básicos y Trabajo, Genera, 2010 (Ugarte, 2014), en que lo central es la sensación de absoluta desprotección.

Es en este marco de relaciones laborales, reñido con los estándares de derechos humanos, pues prohíbe la huelga y la negociación colectiva, dejando al trabajador en total soledad (Ugarte, 2014) que tiene lugar el proceso de modernización de la empresa chilena, que para Ramos (2014) “no se ha tratado de meros cambios en las empresas, sino que más se trata de cambios en configuraciones sociales, económicas y tecnológicas, que incluyen reestructuración productiva, diferenciación en los mercados de consumo, cambios en la forma de regulación política –en instituciones y normas-, cambios en la organización global de los espacios, cambios tecnológicos y, complementariamente, cambios en la producción de sujetos” (Ramos, 2014: 79-80).

En lo que respecta a las empresas, la investigación de Ramos, que abarcó a 200 medianas y grandes empresas de los rubros manufacturero y de servicios, da cuenta de ciertos cambios en la dirección posfordista y de otros aspectos en los que se observan importantes huellas de un pasado autoritario, lo que puede ser útil para pensar una posible configuración de “empresa chilena”. Veamos algunas claves: se

enfatisa en el desarrollo de una adaptabilidad estratégica en que las empresas giran su foco de atención hacia el entorno competitivo enfatizando sus capacidades de comercialización. Se trata, de esta manera, de una empresa que funciona desde afuera hacia adentro, pues esta preocupación por la adaptación a un entorno competitivo exige importantes transformaciones internas, especialmente en la línea del adelgazamiento y la flexibilidad, siendo esta última un valor principal para los nuevos empresarios chilenos. Dicha flexibilidad, se expresa entre otras cosas en importantes efectos sobre las condiciones laborales de los trabajadores. Destacaremos las siguientes: “La polivalencia es una práctica que está muy extendida en nuestro país y es uno de los factores que facilitan que las empresas realicen sus operaciones con dotaciones ajustadas sin perder efectividad” (Ramos, 2014: 84). La flexibilidad de la empresa y la mantención de su productividad y competitividad en el mercado se sostiene en buena medida en esta exigencia a los trabajadores, para quienes el puesto de trabajo se desperfila y pierde la claridad de sus límites. A esto se agrega la subcontratación de trabajadores cuando la contingencia así lo requiere, con lo que a la flexibilidad del trabajo mismo se suma la flexibilidad contractual que implica trabajadores contratados por períodos de tiempo determinados o bien, personal a contrata o por proyectos, con lo que la seguridad y la continuidad de los empleos queda sujeta a los vaivenes de la competencia en el mercado. Como si esto fuera poco, la “nueva empresa chilena” recurre habitualmente a la flexibilidad de remuneraciones, lo que implica pagas no asociadas a un puesto, sino que también se vuelven contingentes y marcadamente individuales. La introducción de estos cambios redundan –entre otras cosas y como no es difícil concluir- en un vínculo inestable e inseguro de los trabajadores con su fuente laboral que exige la intensificación del vínculo subjetivo con el trabajo, pues la idea que se refuerza es que la empleabilidad depende en gran medida del desarrollo de las competencias individuales del trabajador y su particular capacidad de rendimiento, esto, vale explicitarlo, cuando el trabajador no cuenta con relaciones privilegiadas (principalmente sociofamiliares y/o políticas) que le otorguen mayor seguridad en el empleo (Araujo, 2014, 2016). Dicho esto, emerge un sujeto laboral desprotegido con fuertes necesidades de auto-valencia y capacidades de agresiva competencia con pares.

Lo anterior, sin embargo y a diferencia de los posfordismos de países más avanzados, no va de la mano de un aplanamiento jerárquico que promueva la movilización de la participación y la creatividad de los trabajadores, pues la investigación de Ramos (2014) muestra que los mayores desarrollos de reflexividad organizacional cuentan con una predominante participación de ejecutivos y profesionales en desmedro de la gran mayoría de los trabajadores (Ramos, 2014: 89).

En síntesis, si bien se observan avances hacia el denominado posfordismo, en el caso chileno “siguen primando, al interior de la empresa, las relaciones verticalistas, en muchos casos de tipo paternalista y con escasa bidireccionalidad en la comunicación” (Ramos, 2014: 93), lo que permite que en el posfordismo a la chilena, aún prevalezca la distinción entre trabajo de concepción y de ejecución, quedando la primera a cargo de ejecutivos y profesionales y dificultando las posibilidades de desarrollo laboral y humano a importantes capas de trabajadores que ven precarizado su trabajo al tiempo que experimentan su intensificación: “se trabaja más aceleradamente, se tiene que realizar una mayor cantidad de tareas, se asignan más responsabilidades a cada trabajador” (Ramos, 2014: 95). Lo anterior debido a una menor contratación de personal al tiempo que aumentan las operaciones.

En este marco, Kathya Araujo (2014, 2016) basada en distintos autores chilenos (Ramos, 2005; Soto, 2009; Henríquez y Riquelme, 2006; Todaro y Yáñez, entre otros) propone que en el caso de Chile es necesario ponderar estos cambios en el contexto de un país poco industrializado, que ha sufrido cambios económicos e institucionales desde hace alrededor de cuatro décadas asociados a la desregulación de los mercados y la reducción del papel del Estado, al fortalecimiento de las empresas para definir las relaciones laborales y a un quiebre de la capacidad colectiva de negociación. La expansión de la flexibilización, el aumento de la externalización y la subcontratación, la expansión de los empleos temporales, trayectorias laborales más móviles y la diversificación de las modalidades y condiciones de contratación, junto con la implementación de variados dispositivos del management (dentro de ellos las evaluaciones individuales del desempeño destacadas por Dejours (2012b, 2014) como abiertamente deletéreas para la salud mental de los trabajadores) que irrumpen en la

relación entre seres humanos y trabajo. A eso, bien vale sumar la masiva incorporación de mujeres al mercado laboral y la centralidad que van tomando los trabajos de servicio (Godoy, Stecher, Toro y Díaz, 2014); que de acuerdo a la lectura de Pérez Franco (2016) exigen a los trabajadores desde un punto de vista emocional, implicando nuevos riesgos para la salud mental.

Al igual que muchos autores revisados en este texto (Stecher, Ramos, Périlleux, entre otros), especial atención presta la autora a los procesos de flexibilización que, como ya hemos anticipado, han sido desarrollados en Chile principalmente como un mecanismo de reducción de costos para las empresas asociado al factor trabajo, lo que trae como consecuencias la precarización y el aumento de la desprotección de los trabajadores; la intensificación de las tareas, que aumentan en el mismo sentido en que la cantidad de empleados estables se reduce y el incremento de las presiones asociadas al aceleramiento del ritmo de los procesos de producción, lo que conlleva a la extensión de las jornadas laborales (Araujo, 2014).

Tal panorama es lo que conduce a la autora a plantear que en Chile la principal característica de la prueba del trabajo para la subjetividad es su *desmesura* (Araujo 2014, 2016). “La *desmesura laboral* refiere al carácter de las demandas estructuralmente determinadas de esta esfera –las que se expresan a nivel de los individuos en una generalizada percepción de sobreexigencia y de presión-, aparecen como un incesante empuje a la acción y son vividas, con mucha frecuencia, como una transgresión a los límites propios” (Araujo, 2014: 281). La desmesura laboral, entendida en tanto mandato a poder trabajar y rendir cada vez más se asocia por cierto a las abrumadoras exigencias de consumo que van haciendo de la remuneración un importante –si no el más- indicador de reconocimiento. De este modo, la rentabilidad que cada cual saque de sí y de su trabajo, muchas veces –especialmente en sectores acomodados- se prefiere a la seguridad y la estabilidad, lo mismo que a la pertenencia, pues parece haber perdido peso la identificación con una empresa, un trabajo en particular o un colectivo de trabajadores, reemplazándose por la pertenencia a un sistema más globalizado y por cierto, con el emprendimiento de uno mismo a través del desarrollo de carreras fuertemente individuales y las más de las

veces construidas en oposición o en férrea competencia con otros que, dada la movilidad existente, se constituyen en potenciales sustitutos, en amenaza.

Vistos los acápites hasta aquí desarrollados, va cobrando fuerza la pregunta por cómo estas transformaciones en la organización del trabajo y la producción que van forzando la emergencia de un nuevo tipo de sujeto, uno que denominamos con Byung-Chul Han (2012) sujeto de rendimiento, se van relacionando con la construcción de masculinidades y el lugar que en ello ocupa la virilización del cuerpo subjetivo en tanto estrategia defensiva. Si en el capítulo segundo atendimos al proceso de virilización en virtud de la centralidad de la sexualidad, cabe ahora indagar en torno a este proceso en relación a la centralidad del trabajo, del trabajo en el marco neoliberal, lo que trataremos de desarrollar a continuación.

2. Virilización del cuerpo subjetivo en la sociedad neoliberal del rendimiento

Cabe explicitar que llegando a este apartado vamos concluyendo el ejercicio de problematización teórica del presente estudio y que, debido a ello, se retomarán algunas de las principales ideas que, de alguna manera, han sido trabajadas en éste y en los capítulos anteriores.

2.1. Transformaciones del trabajo y género: crisis de la masculinidad y estrategias de recuperación del poder viril en la sociedad del rendimiento

Tendríamos que partir diciendo que el modelo taylorista-fordista se caracterizó en lo que a género respecta, “por la vigencia de un orden de género basado en una fuerte división del trabajo productivo (varones) y reproductivo (mujeres)” (Godoy, Stecher, Toro y Díaz, 2014: 239), y que los cambios descritos en los acápites anteriores, han repercutido de manera significativa en esta materia. Al respecto, Araujo y Rogers proponen lo siguiente: “La discusión científico social parece estar de acuerdo en que los tiempos en los que vivimos se caracterizan, entre otras cosas, por una profunda

crisis de la masculinidad, la que se encuentra relacionada con una pérdida de espacios de poder masculino, ahora disputados por las mujeres; y con un menor acceso a los medios que permitían que los hombres respondieran a las exigencias ideales que el orden del género les imponía, entre los que resaltan el control sexual de las mujeres, el trabajo y la función de provisión” (Araujo y Rogers, 2000: 60). Lo destacable aquí es que a la base de esta crisis se encuentran las dificultades para sostener la identificación entre masculinidad y poder, vale decir, la identificación de los varones con la institución de la dominación masculina (Bourdieu, 2000). Esto supone el reconocimiento del carácter histórico y siempre tensional (Stecher, 2014) que tiene el proceso de construcción de subjetividades, en este caso el de masculinidades y con ello, el reconocimiento de la historicidad de la dominación masculina y su estructura de privilegios (Bourdieu, 2000), lo que nos desafía a examinar las condiciones de su reproducción en los marcos de una sociedad que hemos nominado –con Han (2012, 2014)- como sociedad del rendimiento.

La dominación masculina, que de acuerdo a Bourdieu (2000) se manifiesta permanentemente en formas de dominio y ataque de hombres sobre mujeres, de hombres sobre otros hombres y hoy, en los marcos de la auto-explotación, de hombres sobre sí mismos, se ha observado histórica y preferentemente en “la división sexual del trabajo, que se instituyó de modo claramente demarcatorio a partir de la modernidad en occidente y ha producido subjetividades diferenciadas genéricamente, en las que la masculinidad quedó asociada al rol productivo y la feminidad al rol reproductivo” (Burín, 2007: 87). Sin embargo, con el actual y creciente ejercicio del rol productivo por parte de las mujeres el escenario laboral ya no constituye un *vórtice* de masculinidad, en tanto garante de producción de “verdaderos hombres” (Connell, 2009). No obstante, la renuncia al poder y a la dominación masculina no es automática y en el caso de Chile, la dominación masculina en el trabajo se reproduce y se hace evidente al analizar algunas condiciones de desigualdad entre hombres y mujeres, por ejemplo: “las remuneraciones promedio de las profesiones descienden a medida que estas se hacen más *femeninas*. El 20% de profesiones con menor porcentaje de ocupados mujeres tiene asociado un ingreso promedio de \$900000, mientras que el

20% con mayor porcentaje de mujeres paga en promedio \$400000. Entre las primeras se cuentan las ingenierías civiles y forestal, geología y construcción civil; entre las segundas destacan educación diferencial, educación parvularia, psicopedagogía, nutrición y otras similares” (PNUD, 2010: 140). Además, es posible agregar el dato que muchas veces a igual empleo y responsabilidades individuales, la remuneración puede llegar a ser ostensiblemente mayor para los varones (PNUD, 2010). Dicho lo anterior, una cosa es clara: el escenario laboral ya no es territorio exclusivo de varones y esto problematiza la relación directa entre sexo y rol productivo o reproductivo; entre sexo y trabajo público y doméstico (Moore, 1991; Saltzman, 1992; Coria, 1996, entre otras). Lo que no es tan claro es que problematice la dominación masculina, la que va encontrando nuevas, y muchas veces más sutiles maneras de reafirmarse (Álvarez, 2009).

En consecuencia, la crisis de la masculinidad referida entre otros por Araujo y Rogers (2000), muchas veces obliga a los varones a redoblar los esfuerzos por sostener el privilegio que supone la posición de dominio: “todos los hombres, tanto en lo más alto como en lo más bajo de la escala social, encuentran que los cambios en la condición femenina amenazan su virilidad y las relaciones de poder entre los géneros” (Burín, 2007: 90). Esto fuerza estrategias de re-posicionamiento viril, entendidas como estrategias de recuperación de un poder perdido o de defensa ante la amenaza de perderlo y, bien vale decir, que muchos de estos cambios en la situación de las mujeres y el desequilibrio de poder que suponen, tienen que ver con los cambios en el mundo del trabajo y la producción (Burín, 2007; Dejourn, 2012a).

En este marco, las amenazas al poder y la dominación masculina en los actuales escenarios laborales colaboran a generar diferentes tipos de sufrimiento y estrés, especialmente masculino. En las claves del management contemporáneo, un desafío central para la virilidad es el *rendimiento en clave de potencia*. No rendir es vivido en clave de impotencia y “quien fracasa en la sociedad neoliberal del rendimiento se hace a sí mismo responsable y se avergüenza” (Han, 2014: 18). En tales circunstancias, no hay acción política posible y como contracara lo que queda es rendir individualmente a toda costa. Si bien, esto corre tanto para hombres como para mujeres, la “costa

femenina” parece ofrecer límites más estrechos que la masculina al rendimiento y la rentabilidad. Veamos: las posibilidades de permanecer en la organización del trabajo neoliberal, aguantando sus exigencias y con ello consiguiendo mayor rendimiento y rentabilidad posicionan mejor a los varones, las mujeres pueden participar – quizá, virilizándose hasta donde puedan- sin embargo, enfrentan límites prácticamente infranqueables: “si las mujeres pueden personalizar algo del paquete de masculinidad hegemónica, entonces pueden funcionar en la máquina, pero sin el paquete completo es difícil que lleguen a la cima. En nuestro estudio, Judy pudo sobrevivir, durante un tiempo, en el ambiente hipermasculino de la sala de transacción bursátil a pesar de la anomalía de su cuerpo femenino. Pero el lugar no pudo contenerla en tanto madre” (Connell, 2009: 32-33). Como corolario: *el pico, la cima, es cosa de hombres*. Al respecto, la conclusión de Connell (2009) en un estudio en el trabajo del capital financiero es elocuente: “trabajar de manera exitosa en esta máquina, y por ende elevarse hacia el poder empresarial real, es difícil para cualquiera que no tenga una esposa que subordine su propia vida laboral y se haga cargo del hogar” (Connell, 2009: 30). En otras palabras: el éxito en la máquina es para aquel que se viriliza y ejerce la dominación masculina, pues, para hacerse *del pico*, para llegar a la cima, el triunfador requiere la subordinación –invisibilizada por naturalizada o racionalizada de alguna forma- de otro puesto en posición femenina; la mayoría de las veces (su) mujer.

Por otra parte, tanto para Dejours (2012b), como también para Aubert y de Gaulejac (1993), un dispositivo clave de la organización del trabajo tras el giro neoliberal es la evaluación individualizada del rendimiento y a su vez, éste es medido en virtud del lucro que es capaz de generar, su rentabilidad. Olavarría lo expone de la siguiente manera en el análisis de las masculinidades de elite en nuestro país: “cada trabajador es tratado como si estuviese orientado al mercado; se espera de él que maximice el lucro en las actividades que participa; si le va bien a la empresa, le va bien a él, y en eso se sostienen sus derechos (...) cualquier instancia que limite la orientación al mercado y al lucro –sea esta institucional, legal o de los propios ejecutivos-, es considerada una rigidez que debe flexibilizarse” (Olavarría, 2009: 43). Empresa y

trabajador parecen quedar fundidos en esta obsesión flexibilizadora por el rendimiento y la rentabilidad a toda costa y, considerando lo anterior, nos animamos a plantear dos cosas. Primero; tomándonos de la propuesta de Han (2014): que el neoliberalismo elimina la clase trabajadora, convirtiendo al trabajador en empresario-explotador de sí mismo; y segundo: que dicho empresario de sí se explota principalmente en pro del lucro, de su capitalización y su capacidad de “hacer dinero”; el que, desde una perspectiva psicoanalítica es un objeto atravesado por la sexualidad, en el que la medida del dinero “ganado” se convierte en medida de virilidad individual (Sahovaler, 2008). De este modo, la evaluación individual del rendimiento y la rentabilidad parecen operar al modo de pruebas de virilidad, por lo que la virilización -de cuerpo y mente- parece ser condición necesaria para el éxito.

Al respecto, una cita de Connell es elocuente: “se trataba de un banco extrayendo una nueva capa de utilidades de las familias de clase trabajadora en un momento en que estaban particularmente vulnerables. A Ciaran esto le pareció sólo un problema técnico que él resolvió con gran eficiencia” (Connell, 2009:). Como adelantamos en el capítulo segundo, se trata de un cuerpo insensibilizado, capaz de rendir a pesar del sufrimiento que tal rendimiento puede infligir a otros, de un pensamiento descorporizado, incapaz de inteligencia, pero con gran capacidad de cálculo y que ante todo niega el sufrimiento, especialmente aquel de orden ético: “Problemas éticos no hay. Es el trabajo y punto. Un trabajo como cualquier otro” (Dejours, 2006: 90). Tal es el cuerpo y el pensamiento virilizado en la sociedad neoliberal del rendimiento y tales las exigencias para la subjetivación de la organización del trabajo contemporánea, especialmente para los varones, quienes para sostener o bien re-reproducir sus identificaciones con la institución de la dominación masculina y su estructura de poder y privilegios requieren, muchas veces, para seguir siendo reconocidos como parte del colectivo de varones, extender, intensificar o al menos hacer gala de su potencia en las claves del rendimiento y la rentabilidad, haciendo vista gorda ya sea del propio sufrimiento, ya sea del sufrimiento infligido a otros con sus acciones orientadas principalmente al lucro.

Finalmente, lo que se va configurando es una conceptualización del poder viril y de la

virilización de cuerpo y psique como fenómenos eminentemente defensivos que operan al menos en dos frentes. En el primero, como estrategias de defensa ante la pérdida inminente de poder o al menos de su amenaza y en el segundo, ante el sufrimiento generado por la organización del trabajo. Debido a esto nos parece pertinente volver a las claves conceptuales ofrecidas por la psicodinámica del trabajo de Christophe Dejours, desde las que la noción de estrategias defensivas cobra una precisión particular.

2.2. *Organización del trabajo y sufrimiento: virilización como defensa y obstáculo al trabajo vivo*

Cuando Dejours (1998) pasa de la psicopatología a la psicodinámica del trabajo y a la teoría del trabajo vivo lo hace en virtud de relevar al menos dos cosas. Primero, que los trabajadores no son pasivos ni víctimas indefensas de la organización del trabajo, por el contrario, articulan estrategias defensivas, las que de alguna manera salvaguardan la salud mental, aunque no sin costos importantes. De ahí la necesidad de girar desde la noción de enfermedad mental a la de sufrimiento en el trabajo. Segundo, que el trabajo constituye una acción subjetivante, esto es, que es apropiado, corporeizado por el sujeto, por lo que el trabajo deja de ser un entorno, una exterioridad; el trabajo se hace cuerpo y forma cuerpo, se hace subjetividad y forma subjetividad (Dejours, 1998, 2012a, b). Dice el autor: “El trabajo se presenta como un mediador irremplazable entre inconsciente y campo social, porque brinda al sujeto la posibilidad de subvertir los determinismos que pesan sobre su identidad” (Dejours y Gernet, 2014: 10).

Lo anterior llama necesariamente a referir una vez más los términos en los que el autor concibe el trabajo y que fueron revisados en el capítulo primero: “a partir de una mirada clínica, para nosotros el trabajo es lo que implica desde el punto de vista humano el *hecho de trabajar* (...) es el poder de sentir, de pensar, de inventar. En otras palabras, para el terapeuta el trabajo no es en primera instancia la relación salarial o

el empleo, es el “trabajar”, es decir una cierta forma de compromiso de la personalidad para enfrentar una tarea enmarcada por restricciones” (Dejours, 2012b: 16). El trabajo es todo aquello que aporta el trabajador para sacar adelante una tarea más allá de las instrucciones y las prescripciones, trabajar es colmar la brecha entre el trabajo prescrito y el trabajo efectivo (Dejours, 2012b). Continúa: “la psicodinámica del trabajo aboga a favor de la hipótesis según la cual el trabajo no es reductible a una actividad de producción en el mundo objetivo. El trabajo es siempre una puesta a prueba de la subjetividad, de la que esta sale incrementada o magullada (...) Trabajar no es solamente producir, sino también es transformarse a uno mismo” (Dejours, 2012b: 24). Tal es la subversión poética: “el trabajo, en tanto es una fuente de enigmas a traducir, puede inscribirse en la neogénesis del cuerpo erótico y de la sexualidad” (Dejours, 2012a: 33). Trabajar, en consecuencia, entraña la posibilidad de re-conectar el pensamiento con su base sensible, con el cuerpo. Tal es la noción de trabajo vivo, en el que la subjetividad toda tiene ocasión de desplegarse en la realización de una tarea, que además, se hace con otros.

Agregaré en consecuencia el autor: “el trabajo no es solamente una actividad, es también una relación social, es decir que se despliega en un mundo humano caracterizado por relaciones de desigualdad, de poder y de dominación” (Dejours, 2012b: 26). Trabajar implica en consecuencia encarar tres fuentes de resistencia y “exigencia de trabajo”: lo inconsciente en la (re)producción-transformación de sí, lo real de la tarea en la producción del mundo objetivo y lo real del mundo social en la producción de convivencia humana. De estos enfrentamientos la subjetividad sale engrandecida o maltrecha. La relación con el trabajo no es neutra (Dejours, 2002). Ahora bien, en la imperiosa necesidad de enfrentar tales resistencias, Dejours sitúa al sufrimiento en el trabajo. Desde esta perspectiva, el sufrimiento no constituye necesariamente una fatalidad, al contrario, entraña la posibilidad del desarrollo de la inteligencia y de la subjetividad toda.

El punto crucial entonces es cómo se enfrenta y por cierto, cuáles son las condiciones sociales para que el sufrimiento en el trabajo pueda ser encarado con éxito y en este entendido la organización del trabajo, en tanto ordenamientos técnicos y sociales para

la realización de la tarea, cobra un lugar central; toda vez que en los marcos del management contemporáneo y como ya hemos visto más arriba, resulta nada promisorio: “la evolución contemporánea de las formas de organización del trabajo, de gestión y de dirección de empresas se apoya, después del giro neoliberal, sobre principios que precisamente sugieren *sacrificar la subjetividad* en nombre de la rentabilidad y de la competitividad” (Dejours, 2012b: 32). Tal sacrificio sería resultado de los obstáculos que la organización del trabajo pone y dispone al trabajo vivo (transformación del sufrimiento en placer y ganancias en el registro de la identidad), que en un marco de flexibilización y de intensificación del vínculo subjetivo con el quehacer en el que la competencia ocupa un sitio primordial se expresa fundamentalmente en una *crisis del reconocimiento* (Dejours, 1998; 2012, a, b; Dejours y Gernet, 2014) y con ello en amenazas a la construcción de identidades en los trabajadores, quienes para mantener a raya la descompensación psíquica deben fortalecer sus defensas contra el sufrimiento al costo de perder posibilidades de transformarlo.

Proponemos que puestas así las cosas, las ideologías del aguante, bien mostradas en diversos estudios sobre masculinidades comienzan a operar (De Keijzer, 2001; Garriga Zucal, 2008; Sepúlveda, 2010; entre otros). La ideología del aguante es entendida como el arte de no escapar, de soportar lo que venga, una suerte de sacrificio no exento de dolor que sirve de sostén a la imagen y al honor viril (Abarca y Sepúlveda, 2005). En tales circunstancias, la virilidad en tanto estrategia defensiva gana terreno, pues “la virilidad social es un poderoso aliado de la renegación de lo real” (Molinier, 1998: 224). Es el pensamiento virilizado desprovisto de afecto el que en lugar de enfrentar el sufrimiento y lo real del trabajo promoviendo así desarrollos subjetivos (y colectivos), se limita a negarlo o soportarlo sin ofrecer posibilidades para transformarlo. La *virtus* viril aguanta el sufrimiento y permite seguir rindiendo.

Proponemos que al promover *rendir sin rendirse*, la virilidad opera como aliada del giro neoliberal de la organización del trabajo actual, como aliada en la construcción del sujeto neoliberal como empresario de sí, paradójicamente libre para poder poder siempre más (Han, 2014). Diremos en consecuencia que la virilidad encuentra un pilar

para su reproducción en el actual escenario laboral neoliberal, pues sosteniendo y exhibiendo en la escena sociolaboral el mandato de *poder continuar rindiendo*, especialmente los hombres que se precian de serlo, evitan feminizarse y con ello, desvalorizarse. De este modo, la antiquísima virilidad se actualiza en una relación de profunda reciprocidad con la sociedad neoliberal del rendimiento.

Lo viril entra en escena en su faceta defensiva. En palabras de Dejours: “la virilidad está lejos de ser original (...) es cualquier cosa menos una virtud y de ninguna manera está situada en la prolongación de la pulsión del individuo de sexo masculino, sino que, por el contrario, es una defensa” (Dejours, 2006: 84). Como defensa en el trabajo, la virilidad (tan social como íntima) resguarda ante una amenaza aterradora: la feminización; sosteniendo y configurando en el cuerpo subjetivo la escisión, la negación y/o la proyección de lo femenino, reproduciendo la dominación masculina tanto en las relaciones sociales como en el cuerpo propio. La relación es circular: la organización del trabajo tras el giro neoliberal reproduce la virilidad y ésta, al mismo tiempo, es uno de sus resortes principales.

Para cerrar destacaremos dos cosas. La primera ya fue dicha: si el trabajo constituye una prueba a la subjetividad en tanto *probar y acrecentar los poderes de la vida* (Périlleux, 2008), la virilización, en tanto negación del sufrimiento y lo real, se orienta a obstruir el primero y principal: la capacidad de sentirse afectado por la vida, pues implica necesariamente un acorazamiento defensivo (Reich, 2005). La segunda constituye un avance de lo que analizaremos en los capítulos de trabajo empírico y se expresa en una cita textual de un trabajador entrevistado que a nuestro juicio sintetiza lo visto hasta acá: “(nosotros los hombres) tenemos la libertad de estar disponibles para la empresa el tiempo que sea necesario, soportamos la pega, desarrollamos nuestras propias formas y métodos de trabajo y aguantamos” (varón, 45 años, cargador-repartidor de gas devenido jefe de sucursal).

CAPÍTULO CUARTO: MARCO METODOLÓGICO

LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DE POSICIONAMIENTOS SUBJETIVOS. COINCIDENCIAS ENTRE SUBJETIVACIÓN DEL TRABAJO Y SUBJETIVACIÓN VIRIL EN LA SOCIEDAD DEL RENDIMIENTO

Diremos que los tres primeros capítulos de esta investigación se orientaron básicamente a dos cosas. La primera, a la construcción de preguntas –más bien amplias, teóricas- (Araujo, 2013); a saber, ¿coinciden la subjetivación-cuerpopropiación de la virilidad con la subjetivación-cuerpopropiación del trabajo en la sociedad del rendimiento? De ser así, ¿en qué? ¿Se reproduce la lógica de la dominación masculina en la subjetivación-cuerpopropiación del trabajo en la sociedad del rendimiento? De ser así, ¿cómo? ¿Presta la violencia simbólica de la dominación masculina soportes psíquicos y sociales a la (auto)explotación propia del momento neoliberal del desarrollo del capitalismo? De ser así, ¿cuáles? Y la segunda, a un intento por darles respuesta recurriendo a múltiples autores y disciplinas teóricas, quizá como lo proponen Vincent de Gaulejac y la sociología clínica, al modo de una *indisciplina* teórica.

Tales preguntas y la elaboración teórica que esta moviliza constituyen el eje articulador del presente estudio en su totalidad y en este sentido, constituyen el principal impulso para avanzar hacia la construcción de otra pregunta, una pregunta de investigación empírica, cuyo intento de respuesta, a su vez, sea útil a la profundización y/o problematización de la construcción teórica (Araujo, 2013). Lo anterior se sostiene en la idea de que sin teoría no existe un método capaz de organizar los datos producidos en el campo y por cierto, de orientarlos hacia la elaboración de alguna respuesta –ojalá coherente- a la pregunta formulada (Calzado, 2013).

Siguiendo esta línea, nos enfrentamos en el presente capítulo a aquellas tareas cuya elaboración configura lo que habitualmente se denomina el marco metodológico de la

investigación. Tales tareas son: la construcción de la pregunta y los objetivos de la investigación como la definición de una metodología de abordaje que incluya, tanto las decisiones orientadas a la selección de una muestra, como las técnicas de producción y análisis de la información y, por supuesto, la exposición de los argumentos que justifican tales decisiones.

Pregunta de investigación

¿Cómo se reproduce la *dominación masculina* en el discurso sobre la *subjetivación del trabajo* en dos tipos diferentes de trabajadores (uno considerado de baja calificación y otro considerado de alta calificación) y cuáles son las relaciones que construye con la *virilización del cuerpo subjetivo* en el marco de la *sociedad del rendimiento*?

Objetivo general

Comprender las operaciones de reproducción de la *dominación masculina* en el discurso sobre la *subjetivación del trabajo* en dos tipos diferentes de varones trabajadores (uno considerado de baja calificación y otro considerado de alta calificación) y las relaciones que el mismo discurso construye con la *virilización del cuerpo subjetivo* en el marco de la *sociedad del rendimiento*

Objetivos específicos

1. Identificar operaciones a través de las cuales se reproduce la institución *dominación masculina* en el discurso sobre la *subjetivación del trabajo* de varones trabajadores considerados de baja calificación y sus relaciones con la *virilización del cuerpo subjetivo* en el marco de la *sociedad del rendimiento*
2. Comprender las operaciones identificadas a través de las cuales se reproduce la institución *dominación masculina* en el discurso sobre la *subjetivación del trabajo* de varones trabajadores considerados de baja calificación y sus

relaciones con la virilización del cuerpo subjetivo en el marco de la sociedad del rendimiento

3. Identificar operaciones a través de las cuales se reproduce la institución dominación masculina en el discurso sobre la subjetivación del trabajo de varones trabajadores considerados de alta calificación y sus relaciones con la virilización del cuerpo subjetivo en el marco de la sociedad del rendimiento
4. Comprender las operaciones identificadas a través de las cuales se reproduce la institución dominación masculina en el discurso sobre la subjetivación del trabajo de varones trabajadores considerados de alta calificación y sus relaciones con la virilización del cuerpo subjetivo en el marco de la sociedad del rendimiento
5. Identificar diferencias y continuidades en la operatoria de la reproducción de la dominación masculina en el discurso sobre la subjetivación del trabajo de ambos tipos de varones trabajadores y sus relaciones con la virilización del cuerpo subjetivo en la sociedad del rendimiento
6. Comprender las diferencias y continuidades en la operatoria de la reproducción de la dominación masculina en el discurso sobre la subjetivación del trabajo de ambos tipos de trabajadores y sus relaciones con la virilización del cuerpo subjetivo en la sociedad del rendimiento

Fundamentación

1. El análisis crítico del discurso

En el capítulo dos de esta investigación definimos, con Kaës, a la dominación masculina como una institución y en el decir del autor, la institución no solo nos pre-existe sino que también nos origina en tanto sujetos: “la institución nos precede, nos

sitúa y nos inscribe en sus vínculos y sus discursos” (Kaës, 1989:16). Desde este punto de vista, es la institución la que nos habla y la subjetividad se encuentra, justamente, sujeta a esa habla. En este sentido –y en el marco de esta investigación-, podemos proponer que a través del habla de los sujetos (individuales o colectivos) se expresa y reproduce la institución de la dominación masculina.

Nos referimos aquí en consecuencia, a la vertiente que para el proceso de subjetivación Périlleux (2008) definiera como vertiente de la sujeción o de la subordinación. Desde este punto de vista, el sujeto es sujetado por (su) discurso. Un discurso que en rigor no le es tan propio, sino que más bien se trataría de un sujeto hablado por (su) discurso y cuyos enunciados tendrían un carácter fundamentalmente histórico. Al respecto Montero, en su presentación de los desarrollos realizados por el denominado “análisis francés del discurso”, plantea que “uno de los gestos fundamentales del análisis del discurso es el rechazo a colocar en la fuente del enunciado a un sujeto individual que sería *señor en su propia casa* (y continúa) Ese cuestionamiento a la soberanía del sujeto hablante pone en el centro de la problemática teórica del análisis del discurso la noción de *interdiscurso*, que, según se dirá, tiene primacía sobre el discurso” (Montero, 2013: 249).

Atendiendo a lo anterior, cuando situamos en el centro de la pregunta de nuestra investigación a las operaciones (discursivas) a través de las cuales se reproduce la institución dominación masculina, estaríamos de alguna manera comprendiéndola en tanto *interdiscurso*, hablado y hablando a través y por el discurso de los sujetos que enuncian. Desde esta perspectiva, el enunciante es concebido como un “sujeto inserto en una topografía social que define lugares de enunciación que son fundamentalmente posiciones de subjetividad” (Montero, 2013: 249). Volviendo a Kaës (1989), como una forma de construir coherencias con la problematización teórica elaborada, se trataría de un sujeto inscrito en los vínculos y los discursos de la institución. De esta manera, pensamos, es posible tender puentes entre las nociones de institución -propuesta por el psicoanálisis institucionalista representado aquí por René Kaës- y la de dominación masculina -especialmente cuando Pierre Bourdieu (2000) la entiende en tanto

violencia simbólica- con la aproximación empírica a éstas a través del análisis de discurso.

Por otra parte, siguiendo a Martín Rojo, explicitamos que al decir *análisis crítico del discurso*, decimos que “desde esta perspectiva, tanto los discursos como la propia tarea del analista son considerados socialmente situados y se les atribuye un papel en la (re)construcción y reproducción recursiva y recurrente de las estructuras y la organización social. De manera que los discursos, pero también los análisis que de ellos se hacen, son considerados prácticas sociales” (Martín Rojo, 2011: 157). En este entendido, el análisis crítico de discurso emerge como una práctica orientada a problematizar fenómenos y problemas sociales, que de no ser cuestionados, muchas veces pasan por supuestos, dándose por obvios; reproduciéndose justamente en virtud de su obviedad o transparencia (Wodak y Ferreiro, 2013)

De esta manera, podemos interpretar que la acción del análisis crítico de discurso se orienta a la posibilidad de pensar e incluso develar *aquello que nos piensa y nos habla*: “lo propio de toda formación discursiva es disimular, bajo la transparencia del sentido que allí se conforma, la objetividad material del interdiscurso, que determina esa formación discursiva en tanto tal, objetividad material que reside en el hecho de que *eso habla siempre antes, afuera e independientemente*” (Pêcheux, 1990 en Montero, 2013: 250). Desde esta perspectiva, consideramos que el análisis crítico del discurso nos será de utilidad para identificar *eso que habla* (y se reproduce, se actualiza) en el discurso de los sujetos individuales que entrevistamos.

Evaluamos también su pertinencia para nuestro estudio en virtud de lo que plantean Wodak y Ferreiro: “lo que une al análisis crítico de discurso y sus analistas no es una metodología restrictiva y dogmática, ni menos una ortodoxia teórica, sino, más bien, grandes objetivos comunes, radicados en la crítica y los cuestionamientos de los discursos hegemónicos, textos y géneros discursivos que reproducen desigualdades, injusticias, mistificación y opresión en las sociedades contemporáneas” (Wodak y Ferreiro, 2013: 192). Como hemos planteado, tanto en los capítulos de

problematización teórica como en la pregunta de investigación, una preocupación principal que guía este estudio es justamente la reproducción de la violencia simbólica de la dominación masculina en los marcos de la subjetivación del trabajo en la que denominamos –con Han (2014)- sociedad del rendimiento. Vale decir, atender a las *relaciones de mutua reproducción* entre la dominación masculina (Bourdieu, 2000) y lo que Boltanski y Chiapello (2002) nombraron como el nuevo espíritu del capitalismo.

Finalmente, es importante destacar también que la opción por hacer un análisis crítico del discurso implica asumir las intenciones sociopolíticas de los investigadores, “la intención de hacer la propia posición, los intereses de investigación y los valores explícitos (y con ello) los propios criterios, lo más transparentes posibles” (Van Leeuwen, 2006 en Wodak y Ferreiro, 2013: 194). Como consecuencia de esto y, siguiendo a los mismos autores, “los procedimientos y significados de los análisis cualitativos se mantienen intersubjetivos y, por lo mismo, también pueden ser sometidos a cuestionamientos” (Wodak y Ferreiro, 2013: 190). No se pretende en tanto, ninguna objetividad, lo que es coherente a su vez con la epistemología feminista. Recordemos que Donna Haraway critica la objetividad en tanto *obscenidad masculinista*, proponiendo contra la política del *truco divino* (ver todo desde ninguna parte, ocultando la posición del que observa) políticas del posicionamiento, con énfasis en la parcialidad, radicalmente históricas y críticas, incluso para ver y cuestionar las propias tecnologías de producción de significados (Haraway, 1995).

2. *Posicionamiento: la producción discursiva de la identidad*

Ahora bien, lo que nos interesa en esta investigación es comprender cómo la institución dominación masculina se reproduce a través de procesos de subjetivación del trabajo. Esto es, a través de la apropiación-cuerpopropiación que los trabajadores –varones en este caso- hacen de la organización de su trabajo. En este entendido, la opción metodológica del presente estudio es aproximarse a tales procesos de subjetivación a través de las prácticas discursivas de los trabajadores.

Este punto es particularmente sensible, pues supone al menos un doble movimiento. La subjetivación, plantea Périlleux (2008) supone dos grandes vertientes, una primera de subordinación, que supone que la subjetivación se hace en los marcos restrictivos de diferentes instituciones sociales; *el ser humano se constituye en relación de sujeción a diferentes determinaciones*, que entenderemos aquí como discursos, o en estricto rigor, como interdiscurso y, una segunda vertiente, que el autor belga entiende como de *subversión*, que refiere a las capacidades del sujeto para reaccionar a las determinaciones que lo constituyen y hacer con ellas un trabajo singular, una construcción más o menos creativa, que en el contexto de esta investigación nos interesa llamar *posicionamiento subjetivo*. En este entendido, los sujetos de habla son tanto producidos como productores y/o reproductores de discursos.

Respecto del posicionamiento, Davies y Harré (2007), lo definen como un fenómeno conversacional, como una interacción social capaz de generar productos sociales. Dentro de estos productos destacan las relaciones interpersonales, pues el posicionamiento subjetivo implica al mismo tiempo el posicionamiento de otros sujetos y objetos sociales. A través del posicionamiento en consecuencia, se generan o (re)generan ordenamientos sociales. Desde esta perspectiva se entiende la conversación como un conjunto de *actos de habla*, es decir, se trata de dichos con cierta fuerza social, con fuerza ilocutiva, es decir, capaces de producir efectos sociales.

Para Davies y Harré (2007), el posicionamiento es de alguna manera una forma de construir versiones de la realidad. Al respecto, citan a Frazer: “la comprensión y experiencia de los actores con respecto a su identidad social, el mundo social y su lugar en el mismo, se construye discursivamente. La experiencia de género, raza y clase, es decir, la identidad personal-social, puede solo expresarse y entenderse a través de las categorías disponibles (para los actores) en el discurso” (Frazer en Davies y Harré, 2007: 244).

La comprensión de Frazer, expuesta por Davies y Harré (2007) nos parece del todo coherente con la idea planteada por Montero respecto del sujeto que enuncia: “la enunciación es la puesta en funcionamiento de la lengua por un acto individual de utilización” (Benveniste, 1974, en Montero, 2013: 254). Entenderemos aquí tal acto individual de utilización, como una suerte de esfuerzo por construir subjetividad desde la vertiente de la subversión (Périlleux, 2008), pero siempre en relación al interdiscurso que lo determina. Plantea Montero: “de allí que las teorías enunciativas tengan como principal interés el estudio de los modos de aparición de la subjetividad en el enunciado” (Montero, 2013: 254). Siguiendo esta idea, si bien, el enunciador no se encuentra en el origen del sentido de (su) enunciado, si es portavoz de una interpretación-actualización-singular del interdiscurso al cual se encuentra sujeto. Con esto, nos animamos a plantear que los enunciados constituyen esa síntesis entre las dos vertientes del proceso de subjetivación referidos por Périlleux (2008), en el que se produce subjetividad y singularidad en los marcos de las determinaciones de discursos anteriores y externos al sujeto que enuncia.

Desde lo anteriormente expuesto planteamos que el esfuerzo de análisis que se expondrá en los capítulos posteriores de esta investigación apunta justamente a esto: a la comprensión de los posicionamientos subjetivos construidos por los sujetos enunciantes asumiendo que estos se encuentran inscritos en discursos más amplios e históricos. Al respecto, la intención explícita de los investigadores es procurar (de)mostrar que los esfuerzos individuales y colectivos de subjetivación del trabajo en la sociedad del rendimiento se encuentran inscritos en la institución, o bien, en el interdiscurso de la dominación masculina y que en buena medida, los enunciados colaboran con su reproducción social.

Muestra

Como se viene planteando desde la construcción de la pregunta de investigación, la muestra está compuesta por dos tipos diferentes de trabajadores. La diferencia consiste, principalmente, en la posición que ambos grupos ocupan en la división social

del trabajo. Los primeros, comprendidos como trabajadores manuales de baja calificación, ubicados muy lejos de las decisiones y de los dueños de los medios de producción y los segundos, por el contrario, trabajadores considerados de alta calificación y con una mayor cercanía a los dueños de los medios de producción y que tienen a su cargo importantes tomas de decisiones respecto del proceso productivo y sus efectos.

1. Primer tipo de trabajadores

El primer tipo de trabajadores seleccionados se desempeña como *cargadores-repartidores de gas*. Como vimos, en primer término, se opta por este tipo de trabajadores por su condición de “poco calificados”. Se trata de un quehacer que tiene como atributo principal el uso de la fuerza física.

Un segundo criterio para la selección es la organización de su trabajo, signada por ellos mismos como *comisionista*, lo que refiere en buena medida a un trabajo altamente flexibilizado. Flexible en términos de remuneración: los trabajadores ganan un sueldo base -el estipulado como mínimo- y sobre éste, su sueldo final depende de la *propia capacidad de venta*. Dicha propia capacidad de venta se encuentra estrechamente vinculada con la disposición de los trabajadores para desempeñarse en un marco de flexibilidad horaria. En términos coloquiales: mientras más se trabaja, más dinero se puede ganar y esa parece ser una decisión administrada por el propio trabajador, quien queda puesto en posición de *empresario de sí* (Han, 2014; Périlleux, 2008). En este contexto, se trata además de un empleo que cuenta con flexibilidad en los tipos de contratación.

Otra característica importante es que estamos ante un trabajo de temporada. Si bien, el trabajo se extiende en términos generales por todo el año, es durante la temporada de invierno que los trabajadores se ven expuestos a importantes intensificaciones de su quehacer. Por ello, un tercer criterio para participar en la muestra fue que hubieran tenido la experiencia de trabajo al menos en una temporada de invierno.

Dentro de la muestra se hacen, no obstante, ciertas distinciones. Se logró entrevistar a 13 trabajadores de diferentes edades, desde 27 hasta 68 años, algunos con pareja estable y otros no, la mayoría con hijos.

La fórmula para llegar a ellos fue absolutamente artesanal. Los investigadores se presentaron en diferentes distribuidoras de gas, principalmente de la zona oriente de Santiago y propusieron la participación en la investigación. En muchas de las distribuidoras la respuesta fue abiertamente negativa, mientras que en otras, fue posible acceder y entrevistar a los trabajadores. Una hipótesis –muy aventurada por lo demás- para intentar explicar la diferencia en la respuesta, pasa por la explicitación de la profesión de los entrevistadores. Al menos en una entrevista, el trabajador lo explicitó y justificó el hecho de acceder a la investigación en base a tener una “conversación gratis con un psicólogo”.

2. *Segundo tipo de trabajadores*

El segundo tipo de trabajadores que configuran la muestra está constituido por *gerentes generales de grandes empresas*. Optamos por este tipo de trabajadores –como vimos- por su posición alta en la división social del trabajo. La intención de focalizar en este grupo radica en el supuesto que este sujeto de habla encarna los sentidos y los valores rectores de la organización del trabajo contemporánea bajo el rótulo de la empresa. Como viéramos en el capítulo tres, plantea Dejours: “la victoria del capitalismo a escala del planeta entero se plasma en la primacía teórica y práctica concedida a la empresa” (Dejours, 2012a: 10). Tal primacía teórica y práctica es sostenida en el día a día por el trabajo de los gerentes generales y desde ahí, interesa investigar algunos elementos de su proceso de subjetivación del trabajo y por cierto, sus relaciones con la virilización del cuerpo subjetivo y las identificaciones que este produce con la dominación masculina.

Fue el caso que el acceso a los gerentes generales y con ello la posibilidad de entrevistarlos, resultó una tarea altamente dificultosa. En muchas ocasiones, al llegar a la explicitación de algunos de los contenidos de las entrevistas, los actores solicitados se excusaban de participar, aludiendo como razón principal la falta de tiempo para poder llevar adelante los encuentros. Como forma de enfrentar la dificultad, indagamos la posibilidad de analizar entrevistas ya hechas y publicadas en diferentes documentos. Sin embargo, en dichos documentos resultó muy difícil acceder a enunciados que refirieran –digámoslo así- a *lo que les pasa a los gerentes generales cuando hacen su trabajo*.

Por lo demás, evaluamos que para poder someter a comparación los enunciados de ambos tipos de trabajadores, lo mejor era que las técnicas de producción de la información fueran similares.

En virtud de lo anterior, la muestra quedó conformada solo por cuatro gerentes generales. Uno, gerente general de una empresa cuyo rubro es justamente la asesoría a otros gerentes generales. Otro, gerente general de una gran empresa del rubro de la computación. El tercero, gerente general de una gran empresa del rubro alimentario y finalmente, un gerente general de una empresa del rubro financiero.

Las edades de los sujetos entrevistados variaron entre los 43 y los 60 años. Los cuatro casados y “padres de familia”.

Técnica de producción de la información

En vista, principalmente de que los posicionamientos de sujeto son fenómenos conversacionales (Davies y Harré, 2007), optamos por la técnica de la entrevista. “La entrevista es una técnica en la que una persona (entrevistador) solicita información de otra o de un grupo (entrevistados, informantes) para obtener datos sobre un problema determinado. Presupone pues, la existencia al menos de dos personas y la posibilidad de interacción verbal” (Gil Flores, 1999 en Gaínza, 2006: 223). Nos

interesó particularmente la posibilidad de producir entrevistas individuales y grupales. Sin embargo, las segundas fueron solo posibles en el caso de los cargadores-repartidores de gas y no así en el caso de los gerentes generales, pues, por la condición de su trabajo, hay uno solo en cada empresa y no mostraron disponibilidad -al menos en términos manifiestos aludiendo al tiempo- para participar en encuentros grupales.

Por lo demás, si bien la entrevista se orienta hacia la producción de un texto, la situación dialógica implica necesariamente también la puesta en escena de la corporalidad de los participantes, por lo que la entrevista “opera como técnica de producción de información de doble tipo” (Gaínza, 2006: 220): verbal oral y gestual corporal.

Cabe mencionar que las entrevistas se centraron en ítemes y preguntas en torno a la experiencia laboral de los entrevistados y no respecto de sus opiniones, creencias o posiciones sobre lo que significa ser hombre o las relaciones sociales de género.

Procedimiento de análisis

La totalidad de las entrevistas fueron grabadas en audio y posteriormente transcritas. Una vez hechas las transcripciones se procedió a su lectura, concentrando primero la atención en el primer grupo, cargadores-repartidores de gas y luego en el segundo, gerentes generales.

La primera acción en orden a analizar fue leer las entrevistas a medida que se iban haciendo, como forma de evaluar la necesidad de modificar o de incluir nuevas preguntas en las siguientes entrevistas con miras a profundizar algunos tópicos, lo que constituyó una fase que podríamos denominar de pre-análisis.

Luego, podemos decir, parafraseando a Araujo (2013), que la lectura y análisis -por grupo- se dividió en tres momentos principales: uno *asistemático*, otro *sistemático* y un tercero de *síntesis*. El primero se caracterizó por una lectura libre, abierta a las

impresiones que producía el texto y que generó un primer nivel de anotaciones sin necesariamente apuntar a la distinción de lo que posteriormente llamamos *ejes discursivos*. Por su parte, la lectura siguiente y de las anotaciones hechas, contribuyó a la elaboración de algunas imágenes principales y a la formulación de algunas preguntas orientadas a la construcción de los ejes discursivos.

El segundo momento fue organizado de una manera más sistemática. La primera pregunta que orientó este segundo nivel de lectura fue -de acuerdo a la pregunta de investigación y al marco metodológico que estábamos (re)construyendo en paralelo- ¿en qué extractos de las entrevistas podían identificarse posicionamientos de sujeto y cuáles son? Es decir, más importante que el contenido de lo narrado fueron las posiciones subjetivas que la lectura de los textos iba haciendo emerger. Para ello prestamos especial atención tanto a la lógica de la construcción del discurso como a su estilo y el uso de figuras retóricas y metafóricas. El ejercicio arriba explicitado permitió la formulación de nuevas anotaciones en las que ya podían identificarse -siempre desde la perspectiva de los investigadores- ciertos ejes discursivos.

Vale decir que en este momento realizamos un esfuerzo por suspender la construcción teórica que había orientado la formulación de la pregunta de investigación y que este nivel del análisis tuvo más bien un carácter inmanente, es decir, cerrado, acotado al mismo texto. De este modo, para los dos grupos de entrevistas, procedimos a la identificación de un eje discursivo central, que como se profundizará más adelante, situaba a los sujetos enunciantes en un trabajo, en un quehacer, comprendido por ellos mismos como exclusivo para varones. Una vez avanzado el análisis en función de este eje discursivo central, orientamos la tarea a su cualificación en virtud de la identificación y comprensión de ejes discursivos nominados en esta investigación como derivados o complementarios. Una vez armado el esquema general continuamos con el desarrollo en profundidad de cada uno de los ejes relevados y sus relaciones entre sí.

Una vez hecho esto, el paso siguiente fue promover un diálogo, una discusión, entre los ejes discursivos relevados y los principales conceptos trabajados en la problematización teórica. En el caso del primer grupo, cargadores-repartidores de gas, este procedimiento se orientó a intentar dar respuesta a los objetivos específicos uno y dos de la investigación, mientras que un proceder similar con el segundo grupo, apuntó a dar cuenta de los objetivos específicos tres y cuatro de la misma.

El tercer momento, que nominamos de *síntesis*, apuntó a la lectura conjunta de ambos análisis realizados con miras a identificar y comprender las continuidades y diferencias (porque emergen más diferencias que rupturas) entre los dos grupos entrevistados y con ello, procurar dar cuenta de los objetivos específicos cinco y seis de esta investigación.

Finalmente, recurrimos a una lectura global del material producido –con base en la teoría y el material empírico producido- para orientar el desarrollo de las conclusiones con las que se procura dar cuenta del objetivo general y con ello, aportar ideas para responder la pregunta de investigación.

Consideraciones éticas

Todas las entrevistas se realizaron bajo el encuadre de la confidencialidad y el anonimato. Tanto el registro en audio como el escrito fueron siempre guardados con nombres de fantasía con el fin de resguardar la identidad de los enunciantes.

Junto a esto, se presentó en cada entrevista la declaración de consentimiento informado con el formato de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, como se muestra en el Anexo número 1.

CAPÍTULO QUINTO: ANÁLISIS

REPRODUCCIÓN DE LA DOMINACIÓN MASCULINA EN EL DISCURSO SOBRE SUBJETIVACIÓN DEL TRABAJO DEL CARGADOR-REPARTIDOR DE GAS

El primer colectivo de trabajadores al que nos aproximamos en este estudio es el de los cargadores-repartidores de gas. La opción se debe fundamentalmente a que en la definición que los propios trabajadores hacen de su quehacer una de las principales características es que se trata de un “trabajo para hombres”. Se trata de una labor para la que el principal requisito es la fuerza y el aguante físico. Desde la psicodinámica del trabajo, en palabras de Marie Pierre Guiho Bailly (1998), podríamos conceptualizar el trabajo del cargador-repartidor de gas como uno de carácter pre-industrial, al modo de un reducto en el que los *valores viriles* siguen coincidiendo con los valores del trabajo. Interesa aquí estudiar las formas de esta coincidencia y sus particularidades en lo que se ha definido en un capítulo anterior como sociedad neoliberal del rendimiento.

El capítulo está organizado en función de dos apartados. En el primero se desarrolla en extenso un análisis del discurso producido, atendiendo fundamentalmente a los *posicionamientos de sujeto* (Davies y Harré, 2007) que el discurso sobre el trabajo construye y en el segundo se propone una discusión con la problematización teórica expuesta entre los capítulos primero y tercero.

A través de lo que se expone en el presente capítulo, se espera dar cuenta de los objetivos específicos uno y dos de esta investigación.

1. Análisis de discurso

Presentamos los resultados del análisis articulados en torno a un eje discursivo central que lleva el nombre de *Trabajo para hombres*, desde el cual se desprenden cuatro ejes que en buena medida lo cualifican. Tales ejes derivados, expuestos aquí en

las mismas palabras en que los enuncia el discurso, son los siguientes: *Trabajar haciendo fuerza, Trabajar por las lucas, Trabajar lejos de casa y Trabajar con los cabros*. En el abordaje de cada uno de estos se vuelve permanentemente a los argumentos planteados en el eje discursivo central con el fin de profundizarlo.

1.1. Eje discursivo central

Trabajo para hombres: las cosas en su lugar

El discurso de este colectivo de trabajadores parece al mismo tiempo sostenerse y sostener la noción de la división sexual del trabajo como una verdad encarnada, como una cuestión de *esqueleto*, de cuerpo, profundamente arraigada en la diferencia sexual. Desde aquí, el trabajo de cargador-repartidor de gas aparece como exclusivo para hombres: *“para una mujer, no; es que tendría que ser una mujer de secretaria, cumplir esa función nada más (...) una mujer no puede, se le caen las tetas al suelo”* (extracto de entrevista grupal).

En primer lugar entonces, las mujeres quedan excluidas, inhabilitadas para realizar el trabajo a no ser de transgredir su propio cuerpo. La metáfora *se le caen las tetas al suelo* sugiere de alguna manera la debacle de un importante atributo femenino. Al respecto, es interesante relevar la siguiente cita que expone, entre otras cosas, una razón importante que hace agradable este trabajo: *“me gusta igual hacerlo (el trabajo porque) en los departamentos, salen las medias señoras, salen medias pechugas”* (cargador-repartidor de gas, 40 años). Aquí *pechugas* opera como sinónimo de *señora*, de mujer. Entonces, en el discurso analizado, para ellas, trabajar en esto, so riesgo de que se caigan *las tetas al suelo* es significado como una renuncia a ser mujer, o a lo menos, como exponerse a que se desinfe y desmorone *buena parte* de la feminidad, que el discurso hace aquí radicar en los senos.

Un trabajo apropiado para ellas, esto es, que mantenga *las cosas* (sean las tetas, sea el orden de género) en su lugar, será el de secretaria; *cumplir esa función nada más*, “ellas

atienden el teléfono nomáh” (cargador-repartidor de gas, 27 años). Con esto, se las sitúa desempeñando una tarea considerada inferior, o por lo menos de menor esfuerzo; manifiesto en las expresiones *nomáh* y *nada más*, pues la expresión *ellas atienden el teléfono* cambia cualitativamente cuando se le articula la voz *nomáh*, así como la voz *cumplir esa función* también cambia ostensiblemente al agregársele el *nada más*. Con esto queda, si bien implícita, bastante clara la idea de que lo central o lo verdaderamente importante, todo el reverso del *nada más*, al menos en este trabajo, lo realizan los varones, con lo que el discurso los sitúa en posición de superioridad. La diferencia es puesta en clave jerárquica a través de esta operación discursiva produciendo una identificación con la institución de la dominación masculina.

En el caso específico del trabajo abordado aquí, el que las cosas estén en su lugar alude también a que la *mujer-secretaria* realiza su quehacer *adentro*, en la oficina, mientras que el varón-cargador-repartidor es el que *va afuera*, el que sale a la calle; “*yo siempre he trabajado en la calle de repartidor, (un tiempo) estuve en el condominio, era el conserje, pero es un trabajo tan aburrido (...) es que me estaba volviendo loco el encierro, es que no soy para estar encerrado, a mi me gusta la calle, no me gustaría estar en una oficina todo el día encerrado*” (extracto de entrevista grupal). Estar *adentro*, en un trabajo que se contraponga con la posibilidad de estar *afuera, en la calle*, aparece aquí no simplemente como algo aburrido, sino que *tan aburrido*, como una cuestión difícil de soportar, que se tolera por un tiempo corto. Estar *adentro* es tan poco atractivo como desafiante, trabajar como conserje parece no implicar ninguna novedad, ninguna diversión, mas lo que se torna intolerable es el encierro, pues aquí estar *adentro* equivale a encierro y con ello, se corre incluso el riesgo de enloquecer. Reiteramos la cita: *es que me estaba volviendo loco el encierro, es que no soy para estar encerrado, a mi me gusta la calle, no me gustaría estar en una oficina todo el día encerrado*. La cuestión es enfática: tres veces en tres líneas se alude al encierro que implica estar *adentro* y al disgusto que esto produce, incluso como generador de locura, de perturbación de la salud, como una cuestión anti-natural expuesta en la expresión *no soy para estar encerrado* o en la oficina.

Por el contrario, el lugar que se construye como grato y propio es *afuera*, es la calle; “*trabajai más, pero al final estai acompañaao, podís echar la talla, no sé poh, vai por la calle, veís una mina linda, le echai un piropo o cualquier cosa, ¿cachai?, ya por lo menos recreai la vista*” (cargador-repartidor de gas, 41 años). Estando afuera, importa menos el volumen de trabajo, ese no parece ser el problema central, lo que importa es la posibilidad de ir acompañado, por cierto, de otro varón, *al final estai acompañado*, con un par, con un semejante con el que se puede *echar la talla*, con quien se comparte el sentido (del humor) y en conjunto, se dan ánimos para piropear alguna *mina linda*, con la que *recrean* la vista, pues al parecer ella, la otra, la *mina linda*, está ahí dispuesta, objetivada para ellos, para su deleite y recreación. De esta manera el discurso continúa situando al varón en posición de dominio, de sujeto que, en este caso, se *re-crea* mirando y piropoando su objeto recreativo. Jugamos aquí con la noción de recreo, en tanto diversión, y de *re-creación*, en tanto la posibilidad de volver a crear(se) y con ello a (re)subjetivarse o posicionarse como varón viril. El sujeto creativo, en el sentido de que *re-crea* su vista aquí es el varón, mientras que el objeto recreativo aquí es la mina linda que en tanto así como es, linda, sirve para recrearse y *re-crearse* y de este modo reafirmarse como hombre.

El espacio del afuera, la calle, como lo contrario al encierro, es discursivamente producido como el espacio natural para los varones, pues de lo contrario, sencillamente enloquecen, dejan de estar en sus cabales. Ahora bien, si el espacio del *afuera* pertenece a los hombres *por naturaleza*, entonces, ¿hay alguien que por naturaleza esté hecho (más bien hecha), o bien, *sea para* estar en ese *adentro* significado como encierro intolerable? Si, la mujer. La distinción *adentro/afuera* que conlleva al par encierro/libertad se relaciona con la antigua tensión entre trabajo doméstico y extra-doméstico, asociándose una supuesta libertad al segundo tipo de trabajo, que, justamente, permite liberarse del primero: “*es una cultura machista que la mujer se hace cargo de la casa, del aseo, todo ese tipo de cosas y como tu estás fuera todo el día y te levantas oscuro y llegas al último minuto y no tenís tiempo de hacer aseo, de echar a lavar, de planchar una camiseta y menos de hablar de los críos, que se bañen, vayan al doctor, que le compren un remedio*” (cargador-repartidor de gas, 45 años). Nos animamos a decir, que

en la lógica de este discurso, la libertad (entendida como estar *fuera del encierro*) es otorgada a los varones por la *cultura machista*, una entidad bastante difícil de demarcar y que por lo tanto aparece como una suerte de matriz inamovible y al modo del aire que inevitablemente respiramos. Decimos esto en el entendido que el discurso se limita a constatarla sin la más mínima problematización: *es una cultura machista*, eso es lo que hay, eso es lo que es. El machismo es construido como un dato de la causa, como una institución social sobre la cual parecen no haber responsabilidades ni individuales ni colectivas, como una cuestión que simplemente *es* y que nos trasciende: al modo de una institución. Ahora bien, ¿de qué libera, específicamente aquí, la cultura machista a los varones? Apegándonos a la letra, diremos que de los quehaceres domésticos; la casa y los hijos, pues ¿cómo hacerlos si se está fuera todo el día? Parece no haber tiempo objetivo para las tareas del hogar ni el cuidado de los hijos, pero tampoco espacio psíquico para siquiera *hablar de los críos* (esta misma cita es retomada posteriormente en el eje *trabajar lejos de casa*).

La expresión *no soy para estar encerrado* opera posicionando a otro sujeto en el lugar de si ser para estar adentro del encierro. En lo particular del trabajo, a la secretaria en la oficina *contestando el teléfono nomáh* y a un nivel más amplio, a las mujeres en la casa. La casa es para las mujeres como la calle es para los hombres es una construcción que este discurso tiende a sostener como una cuestión de orden natural, por mucho que se hagan guiños a lo cultural, pues lo cultural aparece aquí como una suerte de contexto inamovible, como una cuestión que simplemente *es*.

Con esto, al menos en la esfera del trabajo, el varón es situado en franca oposición a la mujer; el hombre no hace lo que sí hace la mujer al interior de la casa (donde él prácticamente no está) ni tampoco hace lo que la mujer hace al exterior ni *lejos* de ésta, en el lugar de trabajo, lugar en que parecen situarse las principales ocupaciones y preocupaciones del varón; *“estoy más cómodo acá, peleándome con los cabros, haciendo fuerzas, descargando camiones y viendo las lucas y de esas lucas algo te va a llegar a ti y es que estoy fuera de la casa porque hay un factor de convivencia que es muchas veces es más grato estar lejos de la casa que más tiempo en la casa”* (cargador-repartidor de gas, 45 años).

Otra vez, la comodidad se sitúa *acá*, afuera, en el trabajo, *lejos de la casa* y por cierto, *con los cabros*, con otros varones también supuestamente liberados del encierro doméstico y además, en el fragor de una pelea, porque con *los cabros* se está en acción, ya sea peleando, *haciendo fuerzas*, *descargando camiones* y esa es la convivencia manifiestamente considerada grata; la convivencia entre hombres en acción, en desmedro de la convivencia doméstica que el discurso construye de algún modo como expulsor, como razón por la cual alejarse de la casa temporal y espacialmente. Mas no es simplemente estar en acción lo que reporta comodidad o bienestar, sino la especificidad de la misma; hacer fuerzas y descargar camiones es muy diferente a lavar o planchar o a cuidar de los *críos*. Diferente por varias cosas, por las habilidades que se ponen en juego y el despliegue de la fuerza por ejemplo, pero sobretodo, porque las acciones que se realizan fuera de la casa permiten estar cerca del dinero, al menos como para verlo circular, *viendo las lucas*, cerciorándose que existen y que al menos algo tocará. Entonces, la preferencia por estar lejos de casa y menos tiempo en ella, muestra también la preferencia por estar cerca de otras cosas. Como vimos: principalmente cerca de otros hombres, haciendo fuerzas y en contacto con el dinero, lo que constituye una situación que no tiene lugar en la casa, que se encuentra lejos de ella, pero que de alguna manera aporta a que el vínculo con esta se mantenga, posicionando al sujeto varón en el escenario socio-laboral en que se siente acomodado, al mismo tiempo que relegando a la mujer al escenario y los quehaceres domésticos que le resultan al varón tan difíciles de soportar.

Ahora bien, *liberados* de lo doméstico y sus quehaceres, posicionados los hombres en el espacio socio-laboral extra-doméstico; *“tenemos la libertad de estar disponibles para la empresa el tiempo que sea necesario, soportamos la pega, desarrollamos nuestras propias formas y métodos de trabajo y aguantamos”* (cargador-repartidor de gas, 45 años). Se trata en consecuencia, de una libertad radicalmente paradójica, pues condiciona comprometiendo al varón con una disponibilidad sin límites de tiempo para la empresa. En consecuencia, liberados de los quehaceres domésticos por efecto de la *cultura machista* que nos trasciende, los varones, en el caso de los cargadores-

repartidores de gas entrevistados, parecen quedar en deuda con el libertador, el cual exige *estar disponibles para la empresa el tiempo que sea necesario*. Mantenerse lejos de la esfera doméstica y con ello, de sus múltiples quehaceres asociados a lo femenino (hacer aseo, echar a lavar, planchar, hablar de los críos, llevarlos al médico, darles los remedios, etc.) parece una cuestión prioritaria para estos varones a la hora de posicionarse. Tal logro, tal liberación de una situación que se asume como intolerable, manifiesta en la asociación antes expuesta de encierro con locura, permite a este colectivo de varones destinar su tiempo y su energía a otra institución; pasar, en *cuerpo y alma*, de la casa a la empresa. La empresa emerge como un escenario susceptible de aguantar; *soportamos la pega, desarrollamos nuestras propias formas y métodos de trabajo y aguantamos*. Se atribuye al escenario empresa la posibilidad de desarrollar las *propias formas y métodos de trabajo*, lo que lo torna soportable, aguantable, posibilidad que no aparece vinculada al trabajo doméstico, que a su vez queda construido como *in-apropiable*, como espacio en que no es posible generar las *propias formas*. Esto parece relevante, pues plantea un emergente crucial: la manera de soportar el trabajo y sus exigencias; sin ir más lejos, la disponibilidad absoluta del tiempo del trabajador, lo constituye la posibilidad de enfrentar creativamente el trabajo, esto es, poner en juego las *propias formas y métodos*. Pero entonces, esto parece implicar que tal posibilidad no la otorga el vivido como *encierro doméstico*, o bien, que el escenario casa no es construido por este discurso como espacio socio-laboral, no se trataría de un lugar de trabajo por *mucha pega* que implique. ¿Qué lo diferencia? Hasta el momento al menos lo siguiente: los quehaceres domésticos no se realizan en compañía de otros varones ni mucho menos significan cercanía con la consecución de dinero.

Desde aquí, parece ser que la *empresa*, en radical oposición a la *casa*, se constituye como escenario en el que es posible el despliegue de una performance particular conducente a la construcción de identidades masculinas, de identificaciones con la institución de la dominación. *La libertad de estar disponibles para la empresa el tiempo que sea necesario* junto con la capacidad de arreglárselas con esto, generando, en este caso, en conjunto con otros varones estrategias particulares para enfrentar el

quehacer y con ello aguantar el trabajo y acceder al dinero, emerge aquí como una clave discursiva fundamental para distinguir al varón de la mujer. El sujeto varón, queda situado en el escenario socio-laboral en el que se siente acomodado, la mujer queda situada en la esfera doméstica o en tareas menos importantes en la escena laboral de los cargadores-repartidores de gas: la dominación masculina se perpetúa, las cosas están en su lugar.

1.2. Primer eje discursivo derivado.

Trabajar haciendo fuerza: aquí no trabaja cualquiera

Si bien el trabajo de cargador-repartidor de gas queda en primera instancia construido por el discurso de los propios trabajadores como exclusivo para hombres, tampoco lo es para cualquiera, está reservado para los *duros*; *“hay uno que anda acá y es flaco y tu le ves la espalda y la dureza y es otra cosa (...) mira como tiene la espalda y las manos y es que yo aquí aguantaré un poco, no puedo estar aquí como ellos porque tengo el esqueleto pequeño y me rompo si me tiro aquí dos años, me rompo”* (cargador-repartidor de gas, 40 años). El cuerpo, referido aquí fundamentalmente en la espalda y las manos, ha de ser duro, de una dureza que le haga resistente, ojalá irrompible en el ejercicio de una tarea que ciertamente lo expone a ese riesgo, porque *me rompo si me tiro aquí dos años, me rompo*. La idea de romperse aquí es enfática y todo indica que no alude a una metáfora, habla de romperse en realidad. Ejercer este trabajo implica un riesgo para el trabajador, una amenaza para su integridad, a no ser que se presenten al menos dos condiciones: uno, que sea capaz y tenga la posibilidad de limitarlo en el tiempo y/o, dos: que posea ciertas cualidades que son cuestiones de fortaleza de orden físico, corporal, de *esqueleto* y en tanto, saltan a la vista: *mira como tiene la espalda y las manos*, se trata de una cuestión objetiva. La operación discursiva parece ser esta: en este trabajo permanecen los fuertes, los débiles no y eso es *cuestión de esqueleto*, como un asunto de naturaleza profunda, estructural.

Profundicemos: *“(Entrevistador): ¿por qué algunos no aguantan? (Trabajador): ¿Por qué no aguanta? Uno, el peso, ¿cachai?, mucha gente más que nada por el peso y dice no, la pega es muy*

dura, no soy pa esta pega” (varón, 41 años). Otra vez la idea: no cualquiera es para este trabajo, y no solo eso: es *mucha gente* la que no aguanta y esto tiene que ver con su carácter pesado. Si son muchos los que no aguantan, son pocos los que sí lo hacen. Esos pocos (nosotros) consiguen algo que esos muchos (los otros) no. El discurso traza aquí una línea divisoria: hay algunos que *no son* para este trabajo y otros que *sí son* y la frontera principal, marcada con la voz *uno*, es aguantar el peso. En este trabajo permanecen los que soportan el peso. En consecuencia, se trata de un trabajo duro que demanda hombres fuertes; *“con fuerza así, es que ya no sé como que trabajas en otro lado que todo es livianito, aquí hay que hacer fuerza”* (cargador-repartidor de gas, 36 años). La principal particularidad del trabajo de cargador-repartidor de gas es que se trata de cargar y descargar objetos pesados; *“un galón de estos que son 80 kilos”* (cargador-repartidor de gas, 34 años), no como *en otro lado que todo es livianito, aquí hay que hacer fuerza*. Una cuestión central para desempeñarse como tal tiene el uso de la fuerza, pues el trabajo implica necesariamente ejercerla. Primero; hay que tener fuerza y segundo; hay que estar dispuesto a usarla en el trabajo como atributo definitorio del quehacer: *aquí hay que hacer fuerza*. Aquí alude a un lugar específico: la distribuidora de gas en la que se trabaja. Entonces, si se está en este lugar no hay más remedio que *hacer fuerza*.

Resulta interesante indagar en torno a las significaciones que el discurso atribuye a esta noción, pues la idea de *hacer fuerza* no parece limitarse al hecho de hacer en tanto ejercer, sino también, de literalmente hacerla, crearla, desarrollarla. El discurso se complejiza, pues lo que llamamos antes *cuestión de esqueleto*, no necesariamente supone un esqueleto biológicamente determinado, sino un esqueleto con historia, en este caso, con un historial ligado al ejercicio laboral:

“T: No todos nacimos para esto y es que tu vas con una persona más delicada a hacer este trabajo y por ejemplo, que se haiga criado más bien y sé que no lo va a hacer.

E: ¿Cómo que se haya criado más bien?

T: *No sé, que no haya trabajado por ejemplo, estudiado nomáh, ¿cachai?, y que tu traigas un cabro que haya estudiado no te aguanta, cuando tu vas bueno, según lo que tu empezaste a hacer de chico, yo creo que así es”* (cargador-repartidor de gas, 40 años).

El posicionamiento subjetivo habla aquí de un varón con experiencia de trabajo desde temprana edad y con ello, la resistencia o no a un trabajo duro o pesado, como el de cargador-repartidor de gas, es construida discursivamente como una cuestión que no es de orden natural, no es una cuestión dada, sino por el contrario: es hecha y viene marcada por lo que *nos tocó hacer*, viene marcada *según lo que tu empezaste a hacer de chico*. Una de las condiciones fundamentales para desempeñarse en este trabajo ya siendo un adulto es construida aquí en consecuencia como una condición adquirida en un trayecto que se inicia *de chico*. De alguna manera, el trabajo que se realiza de adulto estaría aquí marcado por la experiencia infantil, de una experiencia infantil que tiene que ver con el *hacer*, y en este caso específico, con el *hacer fuerza trabajando*.

La expresión *no todos nacimos para esto* marca un sentido de pertenencia, y con él, un criterio de exclusión: algunos, nosotros, a los que nuestro hacer nos fue tornando duros, *nacimos* para esto; los otros, los que se criaron *más bien*, los *delicados*, no. El ser o no ser para este trabajo no depende de condicionamientos puramente biológicos, sino más bien sociales, económicos e históricos. Desde aquí, la expresión *nacido* no remite exclusivamente a carga genética, sino a cierta posición social desde la que la historia personal se va encarnando, se va *tornando esqueleto*. El nacimiento marca el comienzo de una historia profundamente contextualizada que luego es posible observar en la cualidad de los cuerpos, de su fuerza, de su resistencia; esto es, de sus particularidades. En este sentido, el eje que marca y diferencia la historia respecto de los *delicados* es el trabajo; *no sé, que no haya trabajado, por ejemplo, estudiado nomáh*. Aquí el *nomáh* es crucial, porque cualifica la diferencia: la cualidad *nomáh* denota que algo le falta a algo o a alguien y en este caso, lo que le falta es la experiencia de trabajo al que sólo ha estudiado. La experiencia laboral es significada, relevada, como un *plus*, al menos para desempeñarse como cargador-repartidor de gas. Con esto, el discurso plantea una controversia interesante, pues de alguna manera liga el que algunos se

haigan criado más bien con una carencia experiencial que los torna *delicados*, que de alguna manera los priva o limita en la posibilidad de hacer, en el sentido de desarrollar, fuerza. La operación discursiva apunta a valorizar la experiencia laboral más o menos temprana y a posicionar al *trabajador fuerte* en un lugar superior respecto del *estudiante delicado*¹¹. El primero aguanta, el segundo *no te aguanta* este tipo de trabajo y esa es una cuestión sobre la que no cabe duda: *sé que no lo va a hacer*. La distinción es categórica y de alguna manera se cierra a la posibilidad de problematización; *yo creo que es así*. Y entonces, ¿cómo contravenir esa creencia? Parece decir, puede que usted crea otra cosa, pero mi posición es ésta: el delicado, el que sólo estudió y carece de una experiencia laboral temprana en la que haya hecho fuerza no aguanta -y esto es sin lugar a dudas- un trabajo como este. Aquí los que se han *criado más bien* no califican. El discurso, si bien no de manera explícita, construye posiciones de clase social, ordenadas sin embargo, de acuerdo a un criterio distinto: el par *fuertes/delicados*, que podría pensarse opera al modo de un contrapeso al par trabajador desde niño/estudiante acomodado.

La fuerza es construida discursivamente como una cuestión que se forja *desde chico*, que se va ganando en la crianza y que se educa fuera de la escuela; *“yo salía del colegio y a amarrar la yunta de bueyes y a mi papá lo esperaba en el colegio y ya, cuña y póngale, todo el día”* (cargador-repartidor de gas, 34 años). Especialmente en el caso de los trabajadores que han migrado desde el campo, en aquellos que su historia personal se inicia en la ruralidad, la experiencia de *ponerle* se localiza fuera de la escuela, se sitúa más bien en el trabajo -muchas veces pesado- que se ejerce con los padres. Es más, la escuela y los estudios tienen una relevancia muy por debajo de la experiencia laboral: *“nosotros agarrábamos, puta, en la mañana el cuaderno cuando tenía prueba, porque cabriado yo, ¿qué sacaba yo estudiar acostado después de comer? En la mañana yo agarraba, y ¿qué podía aprender? Si pa no sacarme un rojo nomáh, una custión así”* (cargador-repartidor de gas, 27 años). La educación formal aparece aquí como eso, como una cuestión formal que hay

¹¹ Pensamos que es aquí importante considerar que este discurso es producido en el contexto de una relación entre *trabajadores fuertes* y un *estudiante delicado* que en esta relación encarno yo; de un *estudiante delicado* mostrando interés por el *trabajador fuerte*.

que cumplir. Estudiar *pa no sacarme un rojo nomáh* implica que el verdadero esfuerzo no se concentra en el estudio, el objetivo aquí es el mínimo *nomáh*. Por el contrario, donde había que *ponerle* de verdad era en el trabajo. El discurso hace aquí una jerarquización: el esfuerzo y la exigencia principal ha de hacerse en el trabajo, no en la escuela. Estudiar aparece como una actividad que se posterga, que sólo encuentra un lugar *después de comer*, al final del día, emerge discursivamente como una actividad para la que no quedan ni tiempo ni energía, a la que sólo queda enfrentarse cuando ya se está *cabriado*, cuando no se saca nada con el intento, cuando aprender se vuelve una posibilidad remota, si *¿qué podía aprender?* Esta situación no puede ser atribuible a cuestiones de intereses o capacidades personales, la pregunta por *¿qué podía aprender?* no alude a condiciones necesariamente cognitivas, sino, a una no centralidad de la educación formal en la experiencia de vida del grupo de trabajadores entrevistados y, como marcamos anteriormente, especialmente del grupo que migró del campo. Lo central en la experiencia y en el forjamiento del *trabajador fuerte* entonces es el trabajo desde temprano en la vida.

Esto es relevado por el discurso como un *plus*, sin embargo, al mismo tiempo, el hecho de trabajar a temprana edad no constituye un ejercicio necesariamente voluntario, sino necesario *“(empecé a trabajar a los) 16 años, llegué hasta séptimo, si no llegué a octavo yo, es que antes estaba mala la cosa porque no teníamos qué comer y tuve que salir a trabajar, salía con mi papi y ahí él me enseñó y es que me decía, P, esto tienes que hacerlo así y acá y cachai, todo como había que hacerlo, por ejemplo, en la forestal”* (cargador-repartidor de gas, 40 años). Fue necesario salir a trabajar, mas al parecer surtió efecto, porque *antes estaba mala la cosa*. La retórica con que se plantea la frase hace suponer que después mejoró; y que el cambio parece haber operado en virtud de una experiencia y un aprendizaje significativo, en este caso enseñado por el papá, en rigor por el *papi*, expresión que alude a un vínculo de enseñanza-aprendizaje atravesado por lo afectivo. Es el papá el que enseña lo importante, a trabajar, y, siguiendo con el argumento antes presentado, a desarrollar la fuerza para resolver las cuestiones más básicas e importantes de la vida: *no teníamos qué comer*. Salir a trabajar temprano en la vida, antes comprendido como un *plus*, es una experiencia que se complejiza, pues

emerge también como una imposición, como una situación en la que no hubo alternativa: *tuve que salir a trabajar*.

La situación *salir a trabajar de chico* es discursivamente configurada como una experiencia compleja, en el sentido que emerge al mismo tiempo como una suerte de obligación, impuesta por necesidades de orden básico como comer; que opera como solución, esto es, que logra efectivamente mejorar las cosas, básicamente en un sentido de aporte económico; que constituye una experiencia de aprendizaje, pero que tiene lugar al margen de la escuela, que troca una relación de enseñanza-aprendizaje formal por otra, de carácter informal, en la que la figura que enseña es el padre y en la que se enseña y se aprende en el hacer conjunto al modo de un traspaso de saber *in situ, trabajando*. Con esto, otra vez la escuela pierde centralidad, pues a pesar que la voz marca el hecho de no haber completado la educación básica, que se detiene a explicitarlo, *si no llegué a octavo yo*, como mostrando una falta, el cambio de la situación, el hecho de transformar ese *antes estaba mala la cosa* en una situación más favorable pasa necesariamente por el ejercicio laboral que incluye la salida de la escuela. En consecuencia, la situación *salir a trabajar de chico*, que permite forjar la fuerza y la resistencia constitutivas de un *trabajador fuerte* y con ello, encarnar dicha posición de sujeto es construida como una suerte de acción que permite convertir en *plus* una necesidad y es la centralidad del trabajo sobre la subjetivación la que se pone en juego.

Siguiendo con la idea, la fuerza que se forja trabajando es diferente de otras fuerzas, *“siii, aquí hay que tener fuerza, o sea la fuerza, o sea no sé. Mira, nosotros hemos medido fuerza con compadres que hacen físico-culturismo y de repente nosotros y no son nada al lado de nosotros cachai”* (cargador-repartidor de gas, 41 años). El discurso parece plantear lo siguiente: la nuestra es la *verdadera* fuerza, no la que se hace con el mero ejercicio deportivo y esa es una cuestión objetiva; *hemos medido fuerza*, hemos comparado nuestra fuerza con la de otros sujetos que se supone son fuertes, *con compadres que hacen físico-culturismo*, que se dedican deportivamente a levantar peso, pero *no son nada al lado de nosotros*. La voz *nada* es aquí importante, pues

produce un efecto de invalidación del otro y como contrapartida, de valoración del nosotros en función de una cuestión fundamental para los trabajadores de este rubro: su fuerza y la cualidad de su fuerza que se forja y se sostiene en el ejercicio laboral.

Desde aquí, se va configurando una práctica laboral exclusiva para hombres fuertes dispuestos a que su propio cuerpo sea su principal herramienta de trabajo, pues se trata de un empleo en el que *“no ha habido innovación, no hay renovación, no hay tecnología aplicada en la manipulación de carga y descarga de un vehículo”* (cargador-repartidor de gas, 45 años). Se trata de un trabajo que se sigue haciendo a mano, a cuerpo, de alguna manera, se presenta como un trabajo de otra época. Seguramente de una época en la que la fuerza física ocupaba un lugar más central en el trabajo, antes incluso que la industria. Esto tiene que ver con que sea una labor, a la que hasta el día de hoy, no se incorporan mujeres, que constituye una suerte de bastión de la exclusividad masculina en el trabajo. Esta condición, que ubica a la fuerza física en el centro del quehacer, si bien reporta elementos identitarios importantes a los trabajadores del rubro, *“como que tu te creís el fortachón porque tenís más fuerza, en las otras pegas no hacís lo mismo”* (cargador-repartidor de gas, 54 años), los sitúa al mismo tiempo cercanos a la brutalidad; *“en esta pega, como te digo yo, hay que tener ñeque, hay que tener fuerza para todo esto y es que uno se coloca bruto”* (cargador-repartidor de gas, 54 años). El ejercicio de la fuerza bruta trae el riesgo de tornar bruto al trabajador, que antes del trabajo, eso parece quedar claro en la expresión *uno se coloca bruto*, no lo era. La fuerza y su ejercicio no implica necesariamente brutalidad; es el trabajo bruto el que expone al trabajador a esta conversión. La brutalidad parece tener que ver con un uso desmedido de la fuerza, con una suerte de abuso de ésta y de un cierto engruimiento que consiste en que *tu te creís el fortachón*. De todas formas, son el trabajo y su forma, su organización, las cuestiones que se ubican en el centro de esta configuración subjetiva, de esta *cuerpopriación*.

Ahora bien, no es recomendable trabajar haciendo fuerza sin ningún tipo de límite:

“Trabajador 1: Nosotros teníamos un compadre aquí, ¿te acordai el F?, tenía 17 años y ese compadre...

Trabajador 2: Y la contextura física de usté más o menos así (refiriéndose al –flaco-entrevistador)

Trabajador 1: Y tiraba tarros llenos de 15 a cuarta (se refieren a la cuarta línea de balones sobre el camión), los tiraba así (hacen un gesto de facilidad) de a dos

Trabajador 3: Y qué pasó, que ese cabro se pasó tanto de la cuenta que ahora lo operaron de la espalda y no puede trabajar” (extracto de entrevistan grupal).

Veamos. La primera idea, *nosotros teníamos un compadre*, habla básicamente de alguien a quien ya no tienen, que de alguna manera perdieron o que dejó de pertenecer a su categoría de sujeto. El discurso construye esa pérdida en virtud de que el *joven caído se pasó tanto de la cuenta* que parece haber ido más allá de los límites permitidos por su contextura, por su *esqueleto*, por su cuerpo. *Ese cabro*, lo que señala al menos dos cosas: que es varón y que es joven; se *rompió*, y de manera irreversible pues quedó inválido, o bien, invalidado para continuar ejerciendo el trabajo. El discurso construye una voz de alerta: no pasarse de la cuenta, regular el ejercicio de la fuerza, con lo que se va construyendo una nueva complejidad respecto de las significaciones de un quehacer que aparentemente puede impresionar como simplemente bruto:

“T1: Si al final esta pega, tu vai a decir, yo voy a agarrar esta pega de tirar tarros (se dice con voz y gestualidad complaciente, como bajándole el perfil), venís, y si aguantai una hora...

T2: Va a decir, si es fácil pescar un tarro y tirarlo

T1: Y va a decir, no, esta pega no es tan fácil

E: Ya, y entonces, ¿qué se necesita pa hacer esta pega?

T1: Mentalidad no más

T3: Mentalidad positiva y mentalidad de surgir, de ganar algo de resistencia, un poco de, yo cacho que un poco de todo compadre, ¿cachai?, fuerza mental, fuerza física, no sé, ganas de ganar lucas, de surgir y eso”

El discurso alerta: este trabajo puede parecer sencillo, simple, incluso bruto; *si es fácil pescar un tarro y tirarlo*; pero en la cancha se ven los gallos: *va a decir, no, esta pega no es tan fácil*. Si bien se trata de un trabajo en el que el empleo de la fuerza y la resistencia físicas son centrales, éstas no sirven de nada si no están acompañadas, o bien, comandadas por la *fuerza mental*. En definitiva, la fuerza física no garantiza el que un trabajador soporte el trabajo, pues la fuerza física ha de estar subordinada a la *mentalidad*, pues se necesitaría *mentalidad no más* para desempeñarse como cargador-repartidor de gas. Soportar o no el trabajo, en definitiva, es cuestión de *mentalidad*.

Aquí el discurso opera complejizando el quehacer (y con ello el trabajo de subjetivación que implica), el que si bien requiere de fuerza y resistencia física, exige también mentes fuertes; *“obvio, es que si tu no ponís parte mental a tu esfuerzo hueón, no vai a resistir, te vai a cansar y te vai a echarte a morir, si lo que te da fuerza es, yo creo, que lo que te maneja a ti es la mente”* (cargador-repartidor de gas, 41 años). El cuerpo queda bajo el dominio de la mente, la que queda configurada como el verdadero capitán del buque: *la que te maneja a ti es la mente*. Es la mente la que permite salir del dolor y el cansancio, la que permite dar sentido al esfuerzo. Es la *parte mental* del esfuerzo la que rescata de la misma muerte física, corporal; sin su poder, *no vai a resistir, te vai a cansar y te vai a echarte a morir*. La mente emerge como el dispositivo de control del sufrimiento, del cansancio, de aquellas amenazas que podrían incluso matar. El cuerpo sin subordinarse a la mente aquí no sobrevive. El posicionamiento del varón es de hombre fuerte, de cuerpo y mente.

La mente lidera al cuerpo cuando se trata de resistir el esfuerzo exigido por el trabajo; *“bueno, lo físico viene de mental, ¿cachai?, tu te mentalizai en que tenís que superarte, o sea, no, tenís que aguantar si todo lo que empieza tiene que terminar compadre, vamos no más”* (cargador-repartidor de gas, 41 años). La mente comanda, lidera en una senda de superación, la mente alienta al cuerpo, lo mantiene respirando, *vamos no más*. La mente impulsa hacia el que parece construirse como el único camino, nada más importa que ir: *vamos no más*. Aguantar emerge al modo de una orden interna, mental,

tenís que aguantar, parece decir la mente al cuerpo, es por un rato, *si todo lo que empieza tiene que terminar compadre*, continúa esta suerte de diálogo interno que nos animamos a pensar como un diálogo mente-cuerpo, mas como un diálogo en vertical, pues es la mente la que manda, quedando explotador y explotado configurados en la misma persona.

Es la mentalidad la que da el sentido, propone objetivos que permiten soportar el cansancio que se pueda sentir en un determinado momento, esa es la *mentalidad positiva*, la *mentalidad de surgir* que se asocia íntimamente a las *ganancias de ganar lucas*. La mente puesta en el dinero favorece que el cuerpo soporte el dolor y el cansancio y, es justamente el tema del dinero el que constituye el siguiente eje de análisis.

1.3. Segundo eje discursivo derivado.

Trabajar por las lucas: aguante, viveza, ambición, poder y notoriedad

Puestas así las cosas, cabe preguntarse ¿cuál es el norte hacia el que apunta la mente-explotadora al comandar al cuerpo-explotado en su resistencia? *“Y ese es el tema, nosotros aguantamos esta pega por las lucas más que nada”* (cargador-repartidor de gas, 41 años). El discurso es elocuente, la expresión *y ese es el tema*, significa la cuestión del dinero como primordial. Dice, de alguna manera, no hay otros temas, o si los hay, son secundarios, lo que importa es que *nosotros aguantamos esta pega por las lucas*; el objetivo principal del esfuerzo es el dinero, eso lo aclara la expresión *más que nada*, pues sitúa al dinero en el tope de una suerte de escala de prioridades, *“a mi lo que más me, lo que más me... son las moneas, tienen una importancia así güena poh, las moneas”* (cargador-repartidor de gas, 27 años). Es curioso como el discurso en esta cita, al menos en primera instancia, no logra explicitar aquello que *más me...* ¿Más me qué? De todas formas, en segunda instancia queda explícito, *son las moneas, tienen una importancia así güena poh, las moneas*. Otra vez el discurso construye al dinero como algo al tope en la escala de lo importante. Llama la atención la expresión *poh*, pues sugiere algo así como un *obvio que es así*, suena como una suerte de recurso retórico para plantear lo evidente del asunto, lo evidente de la centralidad de *las moneas*.

Aguantar el trabajo está estrechamente ligado al tema del dinero, pues el discurso es claro al explicitar que se trata de un trabajo en que a mayor trabajo, mayores posibilidades de ganar dinero:

"T: En invierno la pega crece bastante, porque la demanda de gas es más, ¿cachai? La gente con el frío pide más gas, uno trabaja más, eh bueno, uno puede decir que las leyes piden cumplir un horario..."

E: Claro

T: Ciertas horas semanales... lo de nosotros es totalmente aparte, porque nosotros somos comisionistas

E: ¿Qué es ser comisionista?

T: Tú ganas por lo vendido

E: Por lo vendido

T: Aparte de tener un sueldo fijo. Nosotros hacemos sueldo fijo más comisión por venta, entonces, mientras más trabajamos, más ganamos, ese es el tema, ¿cachai?" (extracto de entrevista grupal)

Se plantea una directa relación entre cantidad de trabajo y posibilidades de ganar dinero; *mientras más trabajamos, más ganamos*, construyéndose esta como una de las características distintivas del trabajo, que lo ponen en lugar de especialidad: *lo de nosotros es totalmente aparte*. ¿Totalmente aparte de qué? Posiblemente de otros trabajos. Sin embargo, el discurso construye el trabajo de cargador-repartidor de gas, manifiesto en la expresión *lo de nosotros*, como una suerte de práctica *totalmente aparte* de la ley; *uno puede decir que las leyes piden cumplir un horario...* No obstante, aquí, en este trabajo, eso no se hace. Se trabaja, especialmente en invierno, fuera de los marcos regulatorios del trabajo y eso se explica *porque nosotros somos comisionistas*. Con este recurso, el discurso produce un efecto normalizador; estamos aparte de la ley, pero es normal, *somos comisionistas*, así funciona la cosa, *aparte*. En este trabajo el dinero equivale a lo que se vende. El problema de los tiempos, de los horarios de trabajo *no es el tema*, especialmente en temporada de invierno.

Trabajar *aparte* (de la ley) bajo la figura de comisionista parece ser construido discursivamente como una oportunidad. Una oportunidad, que sin embargo, tiene costos: *“el que es vivaracho, el que tiene cierta expertiz y que se sabe manejar bien, gana plata, gana plata. Por ejemplo, un peoneta que trabaje casi los 30 días, porque probablemente trabaje los 28 de los 30 días, podría llegar a ser, a recibir cuando las condiciones están muy buenas 700 lucas, es como un jornal que gana 700 lucas, pero estamos 12 o 13 horas diarias, con frío, hambre, con las ganas de ir al baño y que no tienes donde parar”* (cargador-repartidor de gas, 45 años). La figura de comisionista entonces, en primera instancia, parece no garantizar el hecho de ganar *buen dinero*, es construida aquí como una oportunidad para hacerlo, pero para conseguirlo se requiere ser *vivaracho*, estar permanentemente atento, no dejar pasar ninguna oportunidad y eso se alcanza con *cierta expertiz*. Esto es, no se trata simplemente de trabajar harto para ganar más dinero, sino de saber hacerlo, *el que se sabe manejar bien, gana plata, gana plata*. El que se sabe manejar, el que se administra bien a sí mismo es el que gana en este juego, lo que se afirma y reafirma con el recurso retórico de duplicar la voz *gana plata*. Ahora bien, saber manejarse parece ser sinónimo de aguante; *un peoneta que trabaje casi los 30 días, porque probablemente trabaje los 28 de los 30 días, podría llegar a ser, a recibir cuando las condiciones están muy buenas 700 lucas, es como un jornal que gana 700 lucas*. Manejarse bien en este trabajo es construido como *saber trabajar harto*, expresado en la idea de 28 días en un mes de 30, lo que les permitiría ganar un sueldo similar al de un jornal en la construcción. Manejarse bien se asocia también a tolerar ciertas situaciones, tales como trabajar *12 o 13 horas diarias, con frío, hambre, con las ganas de ir al baño y que no tienes donde parar*. Especialmente en invierno, el trabajo es discursivamente construido como incesante, que no da tiempo ni para comer ni para ir al baño. Lo tremendamente paradójico de esto es que el discurso enuncia estas situaciones asociándolas a *cuando las condiciones están muy buenas*. En consecuencia, lo bueno o malo de las condiciones de trabajo radican en el dinero que te permite ganar, y no, justamente, en las condiciones materiales y humanas en que ese trabajo se desarrolla. Las *condiciones están muy buenas* cuando no queda ningún espacio disponible, cuando el trabajo rebalsa las horas del día, pues de esta manera, es posible

acceder a lo que se denomina aquí *ganar plata*. En definitiva, el que se sabe manejar parece ser aquel que sabe administrar su sufrimiento, que logra soportarlo capitalizando su dolor y resistencia física.

Aguante y expertiz, aguante y viveza parece ser la fórmula que este discurso construye para lograr el objetivo de ganar plata. En otras palabras; resistencia física y rapidez mental. Dos atributos que emergen como claves discursivas para comprender el posicionamiento del varón cargador-repartidor de gas como sujeto capaz de generar dinero; “yo trabajo en la calle, a mi no me da cosa si tu me pides gas, o sea, depende, porque yo no voy a ir a La Florida donde sé que les cuesta juntar las lucas pa comprar el gas y traernos un tarro lleno, no, yo le digo a la señora, oiga, no, es que está lleno, es el otro el que hay que sacar. Claro, entonces yo voy aquí a una casa en que hay 5 autos, ¿cachai?, y sale una cabra chica con la nana y me dicen vamos a cambiar el gas y si hay uno o dos llenos, yo los saco y los vuelvo a entrar y los dejo ahí mismo y ya me gana 50 lucas por tarro, son 100 lucas” (cargador-repartidor de gas, 41 años). Otra vez aparece la noción de trabajar *totalmente aparte* (de la ley). Trabajar *en la calle* parece ser una cuestión que legitima el moverse de acuerdo a una ley diferente, justamente, la de la calle, *la del vivo*. Sin embargo, trabajar al margen de la ley no implica necesariamente trabajar al margen de lo ético. El discurso construye aquí un cierto marco valorativo, pone límites a la viveza; pues a la señora a la que sé que le cuesta juntar las lucas pa comprar el gas no se le engaña, mientras que al que reconozco como alguien al que supuestamente no le cuesta juntar las lucas para comprar el gas, lo que se aprecia en indicadores tales como *una casa en la que hay 5 autos, ¿cachai? (...) con nana*, a ese sí lo engaño. Nos animamos a proponer que discursivamente, el sujeto se sitúa respecto de posiciones de clase y que no es a la nana a la que engaño, sino al patrón, al dueño de los 5 autos. La expresión *¿cachai?* resulta interesante, pues en la entrevista opera como una interpelación directa al entrevistador, como una pregunta compleja, que por un lado interpela la comprensión cognitiva, del tipo *¿entiendes lo que digo?* y por otro, apela a una comprensión de otro nivel, del tipo *¿te parece lo que hago?* Sin embargo, esa pregunta es más bien formal, pues el discurso parece dejar claro que al enunciante sí le parece correcto. El discurso hace una aseveración que implica un posicionamiento ético y de clase.

Al aguante y la viveza se agrega un tercer componente: la ambición, si lo que se quiere es ganar dinero:

E: ¿Y qué pasa si de repente andan con dolencias físicas y eso, qué hacen?

T1: Ya si es mucho ya, a la mutual no más poh, vamos al hospital y si te dan licencia, licencia

T2: Claro, pero tu veís si te la tomái o no

T1: Esa es cosa de uno

E: ¿Por qué?

T2: Dejai de producir, o sea, vai a ganar tu sueldo, pero no vai a ganar tu comisión y que son lucas también. Eso es más la ambición personal más que nada, y yo creo que aquí están quedando los que somos más ambiciosos no más” (extracto de entrevista grupal)

La figura de la licencia como *cosa de uno* parece volver a situar el trabajo *aparte* de la ley o al menos de las regulaciones laborales y médicas. La decisión es propia y se toma en virtud de un criterio único: el dinero. El discurso inicia apenas permitiendo ver la posibilidad de cesar en el trabajo, mas con una condición clara: *ya si es mucho ya*. No se para por cualquier cosa, sólo si *ya es mucho ya*, donde la voz *ya*, repetida en dos ocasiones, parece enfatizar el nivel de la dolencia que aunque parece un esfuerzo por trazar un límite, no queda claramente delimitada; el *mucho* es una voz que alude a lo subjetivo, a lo que cada cual pueda significar como tal, en definitiva, a lo que cada cual sea capaz de soportar y no al informe médico.

Cuando es así, cuando *ya es mucho ya* el dolor, la única alternativa que queda es *la mutual*. La expresión *a la mutual no más poh* parece decir: no queda otra que ir a la mutual. Sin embargo, el discurso continúa planteando que a pesar de que sea *mucho* el dolor, y lo que puedan decir en la mutual, ante la posibilidad de una licencia; es el trabajador el que decide, el soberano administrador de sí. Hasta aquí el discurso plantea la siguiente interrogante: ¿qué se construye como más doloroso para el soberano administrador de sí mismo: la dolencia física o la pérdida de posibles ganancias en términos de dinero?

Al parecer la segunda alternativa, pues dejar de ganar dinero se asocia a la voz *dejai de producir*. A su vez, la producción aparece emparentada con la comisión. Esto es, si se cesa en el trabajo se deja de producir y, como corolario: *ya no se es comisionista*, en virtud de que *vai a ganar tu sueldo, pero no vai a ganar tu comisión*. El discurso construye al comisionista como un trabajador que en rigor, no puede cesar en su trabajo, en este caso, a pesar de posibles dolencias físicas. La comisión depende exclusivamente de cada trabajador. El cese, en este caso específico debido a una licencia médica, implica la caída de la *identidad comisionista*, plantea una contrariedad al posicionamiento del sujeto, quien queda privado de la posibilidad de *producir*, en el sentido restringido de ganar dinero y la identificación expresada en la frase *somos comisionistas* corre el riesgo de irse al suelo. Sostener la identidad es responsabilidad exclusiva del trabajador, profundamente individual.

Resulta interesante que al comando de esta situación, esto es, a la hora de tomar la decisión por cesar o no en el trabajo, el discurso sitúe a la ambición. *Eso es más la ambición personal más que nada*. Dos veces, como para que no queden dudas, lo que *es más*, lo que pesa más a la hora de decidir es *la ambición personal* y en tanto *personal*, la decisión queda al arbitrio y la responsabilidad de cada cual. Sin embargo, se trata de una decisión que sella la pertenencia o no al grupo y con ello, una decisión que no tiene alternativa. En rigor, opera como una obligación: *yo creo que aquí están quedando los que son más ambiciosos no más*. En corto: *aquí*, en este trabajo, los que no son ambiciosos no quedan, se van. El sujeto del discurso continúa complejizando su posición: el que aguanta, el *vivaracho* y el *ambicioso* emergen como atributos subjetivos o identitarios del cargador-repartidor de gas-comisionista.

El dinero, conseguido hasta aquí en base a resistencia, viveza y ambición, permite al sujeto del discurso acceder a bienes de consumo que son significados como progreso, y con ello, se permite cierto acceso al bienestar; *“si poh, obvio, obvio, obvio, porque es parte del cambio, es parte del progreso, es parte de, de, de, del bienestar de uno ¿cachai? Yo, a mí, claro, las lucas me hacen muy feliz”* (cargador-repartidor de gas, 41 años). El dinero hace

posible algunos cambios que se asocian con una ganancia en el plano de la felicidad, *las lucas me hacen muy feliz*, y eso forma parte de lo obvio, cuestión que el discurso se encarga de enfatizar al triplicar la voz: *obvio, obvio, obvio*. El progreso traería bienestar. El progreso, eso que cambió para mejor, es expresado fundamentalmente en virtud de que ahora hay algo que antes no había y que ahora son posibles cosas que antes no lo eran: *“tener mi vehículo, yo quiero salir, pesco mi auto y me voy y salgo y tengo mis lucas pa gastar, quiero ir a invitar a una mina a un motel o quiero invitarla a tomarse unos tragos, a bailar y puedo hacerlo, eso pa mí me pone feliz y, y, ¿cómo lo hago?, trabajando, ¿cómo hacís plata?, trabajando poh”* (cargador-repartidor de gas, 41 años). Lo que antes no se tenía cobra aquí las formas de un vehículo, *mi vehículo* y dinero para disponer; *mis lucas pa gastar*, y *pa gastar* en asuntos que no son la mera reproducción de la vida - que podría interpretarse era lo que se tenía antes del progreso- sino que ahora, el dinero permite hacer otras cosas, ligadas aquí con la sexualidad y el tiempo libre: *quiero ir a invitar a una mina a un motel o quiero invitarla a tomarse unos tragos, a bailar y puedo hacerlo*. La expresión *y puedo hacerlo* es de gran relevancia, pues alude al poder, al menos en una doble significación: primero, al poder en el sentido de tornar algo posible, algo que antes no podía hacer ahora sí y segundo, a un poder que se ejerce sobre otro, en este caso sobre la mujer. El dinero permite otra relación con (o sobre) la mujer. Traemos a colación, para marcar mejor esta idea, la siguiente cita: *“encuentros casuales, furtivos o pagados, se da, cuando traes las lucas de por medio te das tus lujos”* (cargador-repartidor de gas, 45 años). La mujer es construida aquí como un lujo que el varón *se da*, un lujo que el dinero hace posible, porque *cuando traes las lucas de por medio te das tus lujos*. *Se da* que la mujer es puesta en posición de objeto, puesto como algo que ocurre, *que brota*. Se naturaliza el poner a la mujer en posición de objeto, por mucho que esté cualificado aquí como lujoso; la mujer es construida como objeto de consumo del varón-sujeto-consumidor. Tal sensación de poder es la que finalmente parece traer sensaciones de felicidad: *eso pa mí, me pone feliz*. Dinero y poder se ligan estrechamente en esta construcción discursiva y al varón, sujeto de enunciación, esto lo *pone feliz*. El cierre de este fragmento es por lo menos categórico: el trabajo es el medio para acceder a las cosas que lo *ponen feliz*, las que son, por cierto, otras cosas que el trabajo. El trabajo es el medio de cambio por felicidad; *¿cómo*

lo hago?, trabajando, ¿cómo hacís plata?, trabajando poh. ¿Cómo lo hago?, leemos aquí: ¿cómo hago posible lo que antes no lo era? Trabajando. ¿Cómo hacís plata?, leemos aquí, el medio para hacer posible lo que antes no lo era: trabajando; trabajando poh, marcando, otra vez, que el asunto es obvio. Trabajo, dinero y poder están aquí, obviamente entrelazados.

El poder y el dinero se asocian además con la idea de destacar, permiten al varón cobrar relieve respecto del montón, marcar diferencias; especialmente el poder adquisitivo, o al menos su puesta en escena *“genera más notoriedad, porque uno se da gustos de salir a comer con su familia o con quien salga a consumir algo o tiene el vehículo o una moto, o tiene vehículo y moto y se compra un camión y presta servicios externos y es que no sólo tienes un sueldo, cuando eres externo recibes una comisión no más y esa comisión es diferente, es más que el sueldo y la comisión de un trabajador de planta”* (cargador-repartidor de gas, 45 años). Se reitera la idea de producir dinero más allá de la producción básica de la vida, expresado ahora claramente en la figura de darse *gustos*, asociados finalmente a *consumir algo*, no importa qué, *algo*, cualquier cosa, dar cuenta de poder de consumo es lo que cobra aquí relevancia. Darse gustos se construye como sinónimo de consumo y además, se trata de un poder de consumo que ha de ser exhibido, pues es la forma de *generar notoriedad*. Otra vez el vehículo emerge como símbolo de notoriedad, de poder adquisitivo, *tiene el vehículo o una moto*, o lo que es mejor, *tiene vehículo y moto*. El discurso incorpora aquí un nuevo matiz en la figura del camión; *se compra un camión y presta servicios externos*. Al parecer, un máximo de notoriedad se alcanza cuando la diferencia con el resto es radical, la que nos gusta comprender con la noción de convertirse en jefe, en el propio jefe, lo que permite superar el sueldo y las comisiones de quienes fueron compañeros, pares. Romper la paridad es lo que *genera*, de acuerdo a esta operación discursiva, *notoriedad*.

En síntesis: en este eje discursivo, la masculinidad, entendida aquí como el posicionamiento que discursivamente va construyendo el sujeto enunciante, es configurada en función de varias aristas clave: el *aguante*, la *viveza*, la ambición. Tales atributos van configurándose como cierta ganancia en el registro del poder,

significado al menos de manera doble: poder en el sentido de potencia, de poder hacer cosas que antes no podía y poder en el sentido de ejercer dominio sobre otros. La virilidad y la identificación con la dominación masculina se juega en la exposición de dicho poder, en su performance, en su escenificación. El poder ha de ser visto por otros, para de esta manera alcanzar *notoriedad* y su canal de expresión predilecto emerge aquí como el poder de consumo.

1.4. Tercer eje discursivo derivado.
Trabajar lejos de casa: el varón como sostenedor y como jefe del hogar

Articulando con el eje desarrollado anteriormente, es precisamente el dinero el actor que el discurso sitúa como principal articulador de las relaciones entre el espacio laboral y el doméstico-familiar. Tales relaciones sitúan al varón en este último espacio en una posición paradójica; en una suerte de estar sin estar, en la que es justamente su ausencia –principalmente física– la que permite visualizar su presencia en la casa-familia.

Respecto de la casa-familia, el discurso construye al menos dos posiciones para el sujeto varón trabajador: una respecto de la casa en tanto espacio material producido por el trabajo y otra respecto de las relaciones con los miembros de la familia. Para la primera la metáfora es la del *sostenedor*, que apoya, que sirve de estructura y sostén material de la casa, sin formar necesariamente parte activa del espacio. Para la segunda, la metáfora es la del *jefe*, que a pesar de su ausencia en términos corporales concretos, mantiene su autoridad sobre los demás miembros de la familia, se trata en consecuencia, de una dimensión relacional. En virtud de lo anterior, este eje analítico se estructura en función de ambos posicionamientos.

a. La posición de sostenedor

La posición de sostenedor es puesta en un lugar central de la vida; *“yo toda mi vida he aportado para la casa con mi sueldo y el sueldo se me va ahí (...) digamos el día domingo, yo me voy el día domingo para la casa”* (cargador-repartidor de gas, 68 años). La expresión *yo toda mi vida* opera aquí totalizando una experiencia, haciéndola colmar la vida y extendiéndola como una cuestión invariable de principio a fin. Ahora bien, ¿qué es lo que el discurso refiere que se ha hecho toda la vida?: *(toda mi vida) he aportado para la casa con mi sueldo*. El sujeto aparece posicionándose como un aporte permanente para la casa y con ello, la casa emerge como algo que nunca en la vida ha sido olvidado o abandonado, a pesar que se esté en ella sólo el *día domingo*. La casa es construida como un espacio al que se aporta con el sueldo, con el producto directo del trabajo realizado, al parecer también, toda la vida. El discurso pareciera remontar la vida misma a la experiencia del trabajo y la provisión, pues la acción que se releva y que se construye colmando la vida es la de aportar con el sueldo a casa.

Retóricamente, el discurso marca una distinción entre lo significado como propio; *mi vida, mi sueldo*, y lo que no; *la casa a la que he aportado*, construyendo la casa como un lugar de no pertenencia. De alguna manera lo que aquí se construye es una relación fundamentalmente monetaria con la casa, articulada sobre la acción del paso del sueldo, manifiesto en la expresión *y el sueldo se me va ahí*, en la que la voz *se me va* da cuenta de la experiencia de perder algo en la que el sujeto es puesto como una suerte de víctima de una fuerza capaz de sustraerle el fruto de su trabajo, que se lo lleva. Se configura la casa como una suerte de fuerza misteriosa que se lleva el sueldo, que de alguna manera lo enajena, pues deja de pertenecerle a su generador. Parece relevante mencionar el cambio en la posición subjetiva que marca esta cita. Desde el *he aportado*, donde el sujeto tiene un rol activo al *se me va ahí* donde el sujeto es discursivamente puesto en un lugar pasivo. La casa emerge al modo de una caja negra para el sujeto, que él posibilita con su dinero, pero de la que otros se hacen cargo y que es habitada por otros. Este posicionamiento se continúa cuando el discurso explicita lo siguiente: *digamos el día domingo, yo me voy el día domingo para la casa*, expresión en la que la casa es configurada como un lugar al que se acude a la manera

de una visita, pero una visita particular, la que la hace posible al modo de una estructura externa que le da sostén.

Por otra parte, el *día domingo* no es difícil de asociar con el descanso, con el *merecido descanso* al que se accede después de trabajar, el *día domingo* parece aludir al séptimo día bíblico, el de descanso después de trabajar en o para la creación de un mundo y en este marco, opera también acotando y normando el descanso, situándolo entre seis días de trabajo, construyéndolo como experiencia que encuentra su asiento en la casa y que resulta necesario delimitar claramente, pues de extenderse puede ser incluso perjudicial:

T: ...estos tres meses que estuve en la casa medio enfermo, yo estaba medio loco encerrado en la casa, el trabajo como que lo tira pa arriba y lo contrario de lo que me dijo el doctor, porque cuando me vio las radiografías de la columna, me dijo: no, si a usted le dan 65 años para jubilar, para descansar.

E: ¿Usted tiene 65?

T: No, yo cumpla 68 ahora en octubre, porque esto es lo que a mí me mantiene: el trabajo, para serle franco" (cargador-repartidor de gas, 68 años).

La operación discursiva continúa construyendo una separación de espacios entre el trabajo y la casa. El primero es constituido como un lugar propio y apropiado para el hombre, en el que prima la actividad y la sanidad física y mental: *el trabajo como que lo tira pa arriba*. El trabajo emerge aquí como *actor*, en el sentido en que es capaz de ejercer una acción concreta: *tirar pa arriba* a un sujeto que en su ausencia parece estar abajo, a un sujeto que sin él pareciera quedar *des-animado*, incapaz de ir arriba por su propio impulso, incapaz de organizar sus fuerzas. El trabajo se construye al modo de un impulso que te saca de abajo, de un *animus*, de una fuente de vida. Ahora bien, ¿qué es ese abajo desde el que el trabajo logra sacar al sujeto tirándolo para arriba, al modo de un rescate desde tierras movedizas?: la casa, *yo estaba medio loco encerrado en la casa*. La casa emerge discursivamente al modo de un pantano que lo atrapa, que lo traga, como el *malvado* del que necesita ser rescatado, liberado por el

superhéroe trabajo. El sujeto queda a merced del *superhéroe* trabajo y del malvado casa. Paradójicamente en ambos escenarios va quedando sin agencia: el trabajo lo *tira pa arriba*, la casa lo encierra y lo enloquece; ambos operan sobre él de maneras radicalmente antagónicas y fuertemente marcadas desde una perspectiva valórica: lo que se asocia a salud y a un relativo bienestar es el trabajo y a enfermedad y a un no tan relativo malestar es la casa. La casa no es el lugar para sanar a pesar que las radiografías y el discurso médico lo promuevan así, pues es el trabajo *lo que a mí me mantiene*. Otra vez, en esta ocasión la expresión *a mí*, parece cumplir una función totalizante; el trabajo parece mantener al *mismísimo sujeto* que enuncia el discurso y, con la expresión *para serle franco*; el discurso parece cerrar la discusión; un descanso ilimitado, como el que propone el médico y la jubilación, equivale simplemente a encierro y locura, al derrumbe del sujeto en tanto se le priva de aquello que lo *mantiene*, y esta situación y su franqueza van constituyendo una verdad del sujeto, van constituyendo un *sujeto del trabajo*.

Nos animamos a proponer que este sujeto que va siendo configurado por el discurso en tanto mantenido por el trabajo, configura al mismo tiempo una posición de hombre construida en oposición a ser mujer; pues es la mujer la que se hace cargo de la casa y esto obedece a una cuestión determinada culturalmente: *“porque no sé si decirlo sociológicamente, o machista, es una cultura machista que la mujer se hace cargo de la casa, del aseo, todo ese tipo de cosas y como tú estás fuera todo el día y te levantas oscuro y llegas al último minuto y no tienes tiempo de hacer aseo, de echar a lavar, de planchar una camiseta y menos de hablar de los críos, que se bañen, vayan al doctor, que le compren un remedio y entonces, sociológicamente es la cultura propia es machista”* (cargador-repartidor de gas, 45 años). El discurso aquí construye la casa como un deber de la mujer: *la mujer se hace cargo de la casa*, y como contrapartida; el hombre no. Es la mujer la que *se hace cargo* de esto, la que con mayor propiedad tendrá que soportar esta carga. El hombre *aparece* hecho para otra cosa, para soportar otra carga, una que se encuentra fuera de la casa, donde se pasa *todo el día*. Al hombre no le queda ni tiempo objetivo para los quehaceres del hogar, signados peyorativamente como *ese tipo de cosas: de hacer aseo, echar a lavar, planchar una camiseta*, ni espacio psíquico siquiera para hablar de los

críos, de los hijos, que mediante el truco retórico de *los críos*, parecen ser puestos un poco más lejos, configurados no necesariamente como humanos, contribuyendo a performar la crianza como tarea exclusiva de una animalidad ligada a la mujer. Esta operación discursiva parece funcionar asociando el machismo a la cultura al tiempo que la crianza, a cargo de la mujer, es configurada como cuestión de orden natural.

Si bien el discurso pareciera hacer un guiño al reconocimiento de una situación injusta al denotar la *cultura machista*, ya que podríamos suponer que la palabra *machista* se encuentra culturalmente cargada de cierta valoración negativa; no pasa de ser enunciada, sin anunciarse ningún posicionamiento crítico respecto de ésta. Por el contrario, el discurso más bien opera constatando el machismo, levantándolo como algo dado de facto, como una suerte de ley, que aunque *sociológicamente*, opera al modo de lo natural, inmodificable. La frase *no sé si decirlo sociológicamente o machista*, construye una suerte de ilusión de alternativa, decirlo de una forma u otra diferente, que sin embargo operan discursivamente como sinónimos: *es sociológicamente la cultura nuestra es machista*, donde el recurrir a lo sociológico deviene en ubicar al machismo como una relación social de orden cultural que trasciende al sujeto: el machismo está determinado culturalmente; somos sujetos del machismo.

En síntesis, desde la posición del varón como sostenedor se construyen dos mundos: el laboral y el doméstico, articulados por el dinero. Son a su vez, promovidos tanto como objetos sobre los cuales se opera, tanto como actores que operan sobre el sostenedor. El espacio laboral emerge como un sitio dedicado a la producción, como el lugar que sostiene y legitima al sostenedor, pues es ahí donde se hace el esfuerzo que le permite obtener su sueldo, su dinero, con el cual mantiene su posición social y la de aquellos que dependen de él, configurándolos como sostenidos.

b. La posición de jefe

La segunda posición construida alude, como se vio anteriormente, a una dimensión relacional, en la que por cierto se pone en juego el poder. Es una posición que no

requiere presencia física y que opera con independencia del espacio concreto en que las relaciones familiares tengan lugar. La posición de jefe es discursivamente afirmada en el rol de sostenedor, lo que conlleva ciertos beneficios, que sin embargo, parecen asumirse con cierta dosis de incomodidad:

"T: (En la casa) se te aliviana la pega, llegas choreado y es que se da esta cosa ambigua que estoy consciente que tengo que hacer esta cosa, pero estoy tan chato y no lo hago y me doy el lujo muchas veces de no hacerlo y me hago el gil, el tonto y dejo que la cosa pase y si reclama (la mujer) me hago el hueón y coopero un poco más. Pero en la mayoría es disfrutar. En lo personal yo escogí y elegí esta pega porque me tenía mucho tiempo fuera de la casa y aparte me genera lucas

E: Entonces, ¿tu encuentras que hay dos beneficios: las lucas y estar lejos de la casa?

T: Así de vaca

E: ¿Por qué vaca?

T: Porque claro, en el fuero interno, sé que tengo que cooperar con la casa, responsabilidades como papá, como jefe de hogar, colocar una tabla, pintar, pero estoy más cómodo acá, peleándome con los cabros, haciendo fuerzas, descargando camiones y viendo las lucas y de esas lucas algo te va a llegar a ti y es que estoy fuera de la casa porque hay un factor de convivencia que es muchas veces es más grato estar lejos de la casa que más tiempo en la casa" (cargador-repartidor de gas, 45 años)

La casa se construye como un espacio en el que preferentemente él no trabaja, a pesar de la consciencia de tener ciertas obligaciones, pues la posición de varón permite darse *el lujo* de no hacerlas en razón del esfuerzo que hizo fuera de casa, trabajando, y que lo trae a casa *choreado, chato*. Al parecer, llegar *choreado*, que en primera instancia opera al modo de una excusa para no participar de las tareas de casa, opera también como privilegio, en virtud del cual el varón logra darse *el lujo* de desligarse de los quehaceres domésticos. Con suerte (o bien justo cuando esta falta) se *coopera un poco*, se cumple con alguna labor, pero de todas formas, con labores diferentes a las de la mujer: no se lava, no se plancha, el discurso construye la experiencia de un varón que al parecer no se involucra en tareas cotidianas, invisibles, de esas que se ven más bien cuando no se hacen, en definitiva, *en ese tipo de cosas*, sino en acciones como

colocar una tabla, pintar. ¿Qué más visible que la pintura? Son este tipo de acciones las que se asocian a responsabilidades como papá, como jefe de hogar.

La casa se construye como un espacio social en el que el varón es puesto en posición de *jefe*. La estructura laboral y la familiar parecen fundirse en esta palabra: *jefe*, permitiendo, quizá, al varón, acomodarse en el espacio doméstico. El jefe define las reglas y define que en la casa él *disfruta*, no trabaja. La mujer es puesta en posición de subalterno y en consecuencia, ella trabaja. Como efecto discursivo, el trabajo doméstico es infravalorado.

El *jefe de hogar* pasa mucho tiempo lejos de casa y el discurso lo sitúa en posición de optar por estar en otra parte; *en lo personal yo escogí y elegí esta pega porque me tenía mucho tiempo fuera de la casa y aparte me genera lucas*. En este fragmento, *en lo personal yo*, aparece como una expresión que enfatiza la diferenciación del individuo y, subjetivado desde ese lugar: *escogí y elegí*, operando aquí una duplicación de la afirmación del ejercicio de su voluntad individual, *esta pega*. La opción por el trabajo, tan enfatizada, se sustenta sin embargo en algo que no es necesariamente un trabajo específico; la voz *esta pega* implica que puede ser esta como cualquier otra, lo que el discurso releva son otras dos cosas: que se puede estar *mucho tiempo lejos de la casa* y que *genera lucas*. El *jefe de hogar* se construye como jefe desde la ausencia y la lejanía; el *jefe* trabaja en otra parte: en esa en que se genera dinero. Ese dinero, que como apuntáramos más arriba, constituye un pilar fundamental del vínculo con la casa al modo de un puente que permite transitar la lejanía y que lo valida como el *jefe del hogar*.

Ahora bien, el discurso hace un significativo alcance al presentar la jefatura del hogar al modo de una *performance* consciente, de un acto, de una actuación, que requiere de un *vaca* por actor. Lo *vaca* aparece en una tensión discursiva: por una parte el discurso que legitima al varón como *jefe de hogar* en tanto *genera lucas* y por otra, el discurso que *reclama*, que demanda al varón como un cooperador efectivo en las tareas de la casa. Lo *vaca* emerge cuando la consciencia del deber, *sé que tengo que*

cooperar, es superada por lo *chato*, lo *choreado* y en consecuencia, no se trabaja en casa, el varón se da *el lujo* de *hacerse el hueón*. El lujo radica en la condición de hombre-adulto-proveedor. Un *vaca* en la medida en que tiene consciencia de su trampa, que más allá (o más acá) de lo que aparenta hacia el mundo externo; *en el fuero interno*, cuando el actor se despoja de su personaje, (*sabe*) *que tiene que cooperar con la casa* y, que para poder desligarse de estas tareas, le queda encarnar un personaje, o por lo menos, *hacerse* (actuar como) *el gil, el tonto, el hueón*, esto es, hacerse el desentendido cuando algún quehacer se le *reclama*. Tener que *hacerse el tonto*, implica que uno necesariamente no lo es y en tanto, ha de simularlo. No obstante, nos parece importante atender a esta repetición: *tonto, gil, hueón*, que parece referir a una situación de permanente tensión, de un constante reclamo puesto en la figura de la mujer, de hacerse cargo de ciertas tareas hogareñas, que como *vaca*, el varón se empeña en resistir.

El efecto discursivo procura ser la legitimación de la casa como lugar para *disfrutar*, construye las labores de la casa como cuestión propia de la mujer y la demanda de ésta por una incorporación a las tareas domésticas como algo, por impropio, eludible, ante lo que el varón puede hacerse *el gil* y con ello, las pretensiones de mayor equidad respecto de los quehaceres del hogar son construidas como una demanda puramente femenina, sin sentido para el varón. El discurso construye la insistencia, el *reclamo* de la mujer como algo que incomoda y que lo lleva a tomar la decisión de salir. El discurso pone al varón en una posición cómoda cuando se está *lejos de la casa* y de las demandas de la mujer. El espacio laboral es reivindicado como el lugar más propio e incluso placentero. La convivencia que se prefiere es la que se da en el espacio laboral: con otros varones, realizando trabajos de fuerza, próximo al dinero, no la doméstica-familiar. El discurso lo plantea como una cuestión de elección consciente, evaluada, deliberada: *estoy más cómodo acá*. La operación discursiva ofrece la alternativa del trabajo cuando la convivencia en casa se torna incómoda y con ello, justifica su evasión. En la posición de jefe la casa se disfruta, cuando el rol se interpela, *es muchas veces es más grato estar lejos de la casa que más tiempo en la casa*.

La comodidad de estar lejos de casa se expresa en un vínculo del varón con el espacio doméstico en que, paradójicamente, brilla por su ausencia: *“yo no tomé vacaciones, me las pagaron igual, pero todo igual, son sacrificios, yo igual salí a la playa, pesqué a mi vieja, a la mamá de la Kathy, a la Kathy, a mis hijos y me los llevé a todos pa la playa, ¿cachai? Los dejé en la playa y yo me vine a trabajar y después los fui a buscar, ¿cachai?, esos son sacrificios que a uno, entre comillas sacrificio, porque uno se siente bien haciendo esas cosas”* (cargador-repartidor de gas, 41 años). Esta operación discursiva deja al varón en posición de *buen hombre*, articulando las posiciones de sostenedor y jefe. El trabajo y el dinero que se obtiene con éste permite al sujeto del discurso una vinculación con la familia en la que ocupa un lugar de decisión y poder sobre ésta; *pesqué a mi vieja, a la mamá de la Kathy, a la Kathy, a mis hijos y me los llevé a todos pa la playa. Pescando a los miembros de la familia, cual balones de gas, el varón hace posibles las vacaciones* (posición de sostenedor) y al mismo tiempo, actúa y decide con protagonismo (posición de jefe). Esta operación es posible en virtud de una renuncia, o bien de un intercambio de tiempo por dinero; *yo no tomé vacaciones, me las pagaron igual*. En primera instancia, el discurso construye esta acción con la figura del *sacrificio*, una renuncia personal que se convierte en un *dar* a otros; en este caso, las vacaciones. Sin embargo, el mismo discurso, en segunda instancia, le pone comillas al *sacrificio*, connotándolo de otra manera, ya que la renuncia no implica necesariamente dolor, por el contrario, *uno se siente bien haciendo esas cosas*. Aquí hay un juego discursivo: el sacrificio sin comillas sitúa al varón en posición sostenedora, haciendo el esfuerzo de producir un espacio de convivencia familiar del que el varón se margina, mientras que el sacrificio entre comillas lo pone en posición de jefe, en tanto decide y, a pesar de su ausencia física, no pierde protagonismo.

El bienestar *haciendo esas cosas* parece radicar en la posibilidad de situarse en una posición de poder respecto de su familia, la que se consigue y mantiene en virtud de no estar corporalmente presente; evitando la demanda por la incorporación en los quehaceres domésticos: *los dejé en la playa y yo me vine a trabajar*. La posibilidad de mantenerse al margen de la convivencia familiar y sus quehaceres se justifica aquí con el trabajo, podríamos decir con el trabajo *de verdad, de hombre*, trabajo que a su vez,

permitió la *donación* de las vacaciones a la familia. El vínculo con la familia está articulado por el trabajo; así como el vínculo con el trabajo está articulado por la familia, siendo el intermediario principal el dinero.

Finalmente, cabe detenerse a analizar la utilización retórica de la voz *¿cachai?*, pues, implica al menos dos funciones: primero, dar relevancia a lo que se está diciendo al modo de un esfuerzo comunicativo en el sentido de *¿te das cuenta?*, y al mismo tiempo instala la idea de que hay algo que puede ser necesario explicar, que no queda claro, que puede significar otra cosa: el sacrificio, en verdad, no es tal, *¿cachai?* El sacrificio se devela como alivio: no estar donde no quiero estar.

En síntesis, esta articulación discursiva sitúa al sujeto varón como protagonista de la escena productiva, es el hombre el que emerge capaz de producir y sostener un mundo, en este caso, el espacio doméstico, del que muchas veces ni idea tiene, aunque en términos vinculares, en lo que refiere al plano de las relaciones entre los miembros que habitan ese espacio doméstico, se ubica como jefe.

1.5. Cuarto eje discursivo derivado.

Trabajar con los cabros: controversias de la convivencia entre varones

El jefe del hogar entonces, ejerce su jefatura desde el trabajo, desde ese espacio de sociabilidad y convivencia donde el discurso reporta mayor comodidad, desde el espacio socio-laboral, que curiosamente es palabreado, significado como familia:

“T1: Nosotros (refiriéndose a los compañeros de trabajo) somos todos así y tenemos una convivencia tan buena que, si de repente igual tenemos sus alegatos, pero los alegatos son por ratos y después ya no, y entonces, nosotros aquí vivimos como familia

T2: Esa es la convivencia buena que tenemos nosotros y por eso, es más por eso que también está uno aquí, porque al final nos conocimos todos y aquí ya es como una familia

E: Es que ustedes dicen que son como una familia, pero hay familias en las que ni se puede hablar...

T1: Si *poh* y también pasa aquí *poh*. A veces también hay discusiones y ya no te pesco y la hueá, ¿cachai? Y después hablamos igual

E: ¿Cómo rompen el hielo, cómo rompen el hielo?

T1: Con preguntas, con preguntas necesarias, como por ejemplo, oye A, ¿de dónde saco plata pal petróleo?

T3: Y si éste no le responde ná

T1: ¿Te imaginai?" (extracto entrevista grupal)

Veamos. *Nosotros somos todos así*. El discurso no cualifica el *así*, no se detiene a construir el *cómo así*, mas no parece relevante. Lo que el discurso construye es una situación de paridad, todos *nosotros* compartimos eso *así* que somos. Somos pares y eso hace que nuestra convivencia sea *tan buena*. Lo tan bueno parece aludir a cierta incondicionalidad, a cierta confianza que permite saber que si en un momento se pelean o discuten, sólo será un momento, pues los enojos son pasajeros, no constituyen la base de la relación. La *buena convivencia* con los compañeros es construida como una importante razón para permanecer en el trabajo; *es más por eso que también está uno aquí*. No es la única razón, la voz *también*, implica que es una razón que acompaña a otra(s), pero es situada en un lugar importante al articularle la expresión *es más por eso*.

La buena convivencia es signada con la voz *familia*: *al final nos conocimos todos y aquí ya es como una familia*. Una familia, que sin embargo, no está garantizada por un origen sanguíneo -aunque si de condiciones de género y clase- alude además a una comprensión de lo familiar como proceso de conocimiento mutuo, como construcción. La expresión *ya es como una familia* implica al menos dos cosas importantes; la primera es que antes esto no era una familia, llego a serlo en virtud de la convivencia y el trabajo compartido y la segunda, es que en rigor tampoco *es una familia*, es *como una familia*. Lo familiar se asocia a lo conocido, pues *al final nos conocimos todos*.

Es el trabajo, el quehacer cotidiano, la tarea conjunta, la que finalmente constituye la base que da continuidad a la relación. Los conflictos, las peleas, los roces, de los que la buena convivencia no está exenta -*si poh y también pasa aquí poh. A veces también hay discusiones y ya no te pesco y la hueá-* se resuelven trabajando: (*volvemos a hablar*) con preguntas necesarias, por ejemplo, *¿de dónde saco plata pal petróleo?* Resulta prácticamente inimaginable el que los trabajadores no se hablen: *¿Te imaginai?*, porque lo que está a la base son las coordinaciones mínimas para seguir trabajando. El trabajo colectivo, la resolución conjunta de los desafíos que implica la tarea, parecen mantener a salvo la *buena convivencia*. Cabe preguntarse si esta particularidad es clave en que la relación no sea exactamente familiar, sino sólo *como una familia*. Nos animamos a proponer que sí, en virtud que en el eje discursivo anteriormente desarrollado el varón en la familia es puesto en posición de jefe, no de par. En la familia no *todos somos así*, hay jerarquías que rompen la horizontalidad que si es posible experimentar en la convivencia laboral con los compañeros, al modo de una relación fraternal y por lo demás, entre hombres.

Ahora bien, entre hombres *“también hay roces entre los compañeros de trabajo, de ira, de manejar la frustración, pero es que andan arrastrándose el poncho, desafiándote, tirándote pachotadas”* (cargador-repartidor de gas, 45 años). La *buena convivencia* entre varones parece conllevar cierto grado de desafío mutuo. La metáfora manifiesta aquí: *andan arrastrándose el pocho*, alude a eso, a estar permanentemente buscando pelea, buscando medirse. Es interesante que esta permanente búsqueda de pelea y desafío se construya aquí en tanto estrategia para *manejar la frustración*. Pareciera que la necesidad de medirse con otros viniera a apaciguar cierta sensación de impotencia, pues la frustración es fruto de un *no poder*, de una suerte de obstrucción a la propia voluntad. *Arrastrar el poncho* en consecuencia, puede entenderse aquí como estrategia para volver a contactar cierta sensación de poder. La agresividad, manifiesta también en la *pachotada*, viene a constituirse en un elemento clave de la relación entre hombres en este trabajo.

La convivencia en consecuencia va problematizándose, volviéndose más compleja a medida en que se analizan los discursos, pues parecen operar sobre ella fuerzas distintas y en ocasiones contradictorias; *“ponte tu, todos sufrimos las mismas penas, pero si hablas de organización laboral, los hueones se asustan, si por ejemplo, habláramos de formar un sindicato, no entienden que es para beneficio o ven algo así como algo comunitario, es decir, yo te cuido a ti, tu me cuidas a mí (...) hay mucho individualismo, porque la gente, no, como está hoy día es que cada uno ve por su santo y cada uno protege su metro cuadrado”* (cargador-repartidor de gas, 45 años). Aquí parece haber un nosotros que se fragmenta. Nosotros *todos sufrimos las mismas penas*, volviendo a marcarse lo que se comparte, lo que es común, lo que los hace pares: *las penas*, y que bien podría bastar para promover cierto nivel de organización que sin embargo no tiene cabida. *Los hueones se asustan* constituye una voz en la que el sujeto que enuncia se diferencia de sus pares, *ellos* son los hueones que se asustan. La figura del sindicato es construida como amenaza, *no entienden que es para beneficio*. Justamente, es esta falta de entendimiento lo que construye a los otros como *hueones*. La protección que supuestamente podría brindar la organización sindical se transforma en amenaza, en riesgo potencial. Hasta aquí, el discurso no se detiene a reflexionar más en esto, lo constata y lo explica en función de una falta de entendimiento de los trabajadores, casi como una cuestión de limitación cognitiva; no lo relaciona con la estructura ni con la organización del trabajo definida institucionalmente y bien vale preguntarse: ¿es posible un sindicato de comisionistas? Resulta difícil concebirlo, pues la organización del trabajo exige a los trabajadores un gerenciamiento y una capitalización individual de sí.

De una u otra forma, lo que el discurso plantea es que esas mismas penas que todos sufrimos, las vivimos sin embargo, de manera individual. Cada cual sufre y se salva solo; *hay mucho individualismo*; un individualismo construido discursivamente como resultado de cierto proceso histórico, esto se aprecia en la voz *como está hoy día*, que marca una diferencia con como estaba ayer (o estará mañana), en otro momento histórico que sin embargo, el discurso no explicita, que presenta al modo de una reminiscencia de un pasado mejor y quizá idealizado. El individualismo es construido

como una característica de los tiempos actuales, no como una cuestión a-histórica, queda configurado como cuestión propia de la época contemporánea, mas no logra asociarse a la organización del trabajo y la producción. Por otra parte, la comunidad, es decir, aquello que se tiene en común y desde lo cual sería posible pensar en cierta organización colectiva aparece aquí fragmentada, cuadrículada y restringida: *cada uno protege su metro cuadrado*, y además beatificada: *cada uno ve por su santo*. Hasta los santos son de propiedad privada y exclusiva, de cada cual. Parece ser *el santo* el que protege, no la colectividad. Se nos ocurre pensar: ante el aislamiento, el desamparo y la desprotección laboral lo que va quedando es rezar, *cada uno pa` su santo*.

La grupalidad masculina parece concentrarse en otros menesteres que, de una manera u otra, tornan más llevadero el trabajo; *“nosotros aguantamos esta pega por las lucas más que nada y por la convivencia, porque a las finales yo no tengo otra cosa que hacer, o sea, aparte de, yo voy los fines de semana a ver a mi hijo, aparte que ellos me llaman o yo los llamo todos los días”* (cargador-repartidor de gas, 41 años). Como ya revisamos anteriormente, son *las lucas* las que están en el tope de la jerarquía argumentativa que el discurso construye para explicar el aguante y la permanencia en el trabajo; *aguantamos esta pega por las lucas más que nada*. Sin embargo, inmediatamente, quizá en un segundo lugar de dicha jerarquización, emerge la convivencia. Una convivencia emparentada con lo familiar; *y por la convivencia, porque a las finales yo no tengo otra cosa que hacer, o sea, aparte de, yo voy los fines de semana a ver a mi hijo, aparte que ellos me llaman o yo los llamo todos los días*. El discurso parece decir: la convivencia laboral reemplaza en cierta medida a la familiar, al menos durante la semana laborable. Resulta particularmente interesante toda vez que en el análisis del eje discursivo que denominamos *trabajar lejos de casa*, los vínculos familiares aparecen signados con nomenclatura laboral: el jefe y, los vínculos laborales aparecen ahora signados con nomenclatura familiar; *aquí ya es como una familia*.

Quizá sea esta forma de significar y construir las relaciones laborales en términos familiares un obstáculo para la organización sindical; *“porque el jefe tiene su manera, por el hecho de ser yo aquí tantos años, era así el patrón que tengo como papá de él y es que cuando*

*se murió el papá me dijo: ahora, tu vas a ser el papá ahora; así me dijo (...) toda la vida he trabajado con la familia M” (cargador-repartidor de gas, 68 años). Daremos un poco de contexto para una mayor inteligibilidad de esta cita: el sujeto enunciante es un varón de 68 años que ha trabajado en la empresa durante cerca de 40 años. La empresa era del señor M, quien al morir la heredó a su hijo. Sin embargo, a quién nombra como *papá* es a este trabajador, quien asume una suerte de jefatura. Lo interesante es cómo la figura de jefe se funde y con-funde con la de papá. Proponemos aquí que la operación de construir al jefe como el padre tiene efectos importantes sobre la organización del trabajo y que la familiarización de las relaciones socio-laborales atenta contra la sindicalización. Hasta aquí, la operación discursiva es a lo menos curiosa: se familiarizan los vínculos laborales al tiempo que se laboralizan los vínculos familiares.*

La convivencia encuentra su sello en el espacio de encuentro que trasciende lo estrictamente laboral, quizá, justamente ahí donde se familiariza; en la figura de la juerga:

“T1: Hay veces que el jefe llega, oh, tengo unas ganas de tomarme una cervecita, o hagamos un asaíto y nos ponimos a tomar y estamos, por ejemplo, un día miércoles hasta las 4 de la mañana y ahí, al día siguiente, en la mañana, estamos todos ahí

T2: A las 9 de la mañana estamos ahí, como tabla seca

T1: Unos vomitando, jajaja, pero ahí, todos en pie” (extracto de entrevista grupal)

La fiesta parece colarse en el espacio laboral, es propuesta y dispuesta por el jefe, de alguna manera obedece a sus propias ganas, aunque quizá interpretando también las ganas de los trabajadores; *tengo unas ganas de tomarme una cervecita*. De todas formas, lo que el discurso releva aquí es que el *asaíto*, por muy *regado* que esté, por mucho que se beba alcohol hasta tarde; *nos ponimos a tomar y estamos, por ejemplo, un día miércoles hasta las 4 de la mañana*, no es obstáculo para las responsabilidades laborales, pues *al día siguiente, en la mañana, estamos todos ahí*. Estar ahí significa, entre otras cosas, cumplir, poner el cuerpo; *como tabla seca*, metáfora que alude a

firmeza, a dureza y por cierto también a cierta insensibilidad, sin espacio a la queja, *unos vomitando, jajaja, pero ahí, todos en pie*. El sufrimiento es motivo de risa, o bien, el reírse de él permite estar *ahí, todos en pie*. Sugiere una imagen militar, del tipo todos cuadrados con el trabajo. La bacanal se configura en relación al trabajo, es la relación laboral la que la hace posible y el quehacer lo que la limita. Se acaba la fiesta y se vuelve al trabajo así, de golpe. El vómito parece ser la imagen que les da continuidad, termina una: la fiesta, empieza otra: el trabajo. La organización grupal en este contexto *laboro-familiar* parece cobrar su forma en el espacio festivo; *“de repente nos damos el tiempo de hacer algo así, compartir, juntamos sus moneas así y uno va a comprar sus carnes, su cerveza, su vino y listo y esa es, esa es la vida de nosotros”* (cargador-repartidor de gas, 27 años). La fiesta es *de repente*, no se planifica, parece no ser anticipable, más bien irrumpe y *nos damos el tiempo*, leemos: permitimos la irrupción, le abrimos espacio, le damos cabida. Lo que parece relevante es que es este espacio que se abre, esta irrupción que viene *de repente*, es lo que el discurso consigna aquí como la vida; *y esa es, esa es la vida de nosotros*. La vida aparece construida discursivamente como ese *darse el tiempo*, la vida, la propia vida, *la vida de nosotros* parece emerger cuando se le quita tiempo a la rutina laboral, cuando se comparte la comida y la bebida, que sin embargo es producida por el dinero que ganan trabajando.

En la fiesta y en el trabajo la convivencia entre varones es un espacio para medirse mutuamente, de demostración de hombría y en tanto, un espacio en que la misma está puesta a prueba y en el que *puede caer*; *“por ser a él, a él lo veís hombre, pero está disfrazado, pero en la noche se transforma, el lleva más tiempo que yo acá en todo caso”* (extracto de entrevista grupal). Es significativo que en el chiste la hombría emerja como *disfraz*: *a él lo veís hombre, pero está disfrazado*. Esto es, al mismo tiempo que proyecta una imagen hacia el exterior, oculta algo que hay debajo. El argumento construye la hombría como fachada, como máscara que se presenta y se hace visible a la luz del día, porque *en la noche se transforma*. La ley de la noche es otra. Sin embargo, lo que parece más relevante aquí es que esta transformación, muy probablemente a mujer, al modo de un travestismo, se asocie al tiempo de convivencia laboral entre varones; *el lleva más tiempo que yo acá en todo caso*. Como si pasar

mucho tiempo trabajando entre varones implicara el riesgo de transformación. El sujeto que enuncia advierte: a mi no me pasa; y lo explica: porque no llevo el tiempo suficiente aquí como para que esto me ocurra. Entre hombres se vuelve imperioso el disfraz y al mismo tiempo se vive el riesgo de la transformación travesti. En la incesante necesidad de mostrarse hombre late el fantasma; el miedo y quizá también el deseo de feminización.

Siguiendo la idea, la homosexualidad también es construida como una cuestión de tiempo, como una experiencia que, aunque se viva tarde, en el ocaso de la vida, se espera y se desea:

"T1: Es que, la convivencia entre hombres es siempre, a parte de echar la talla, aquí de repente yo igual me hago el homosexual y andan que me tenís embarazao y cosas tontas, ¿me entendís? Pero uno sabe que es hombre y en el fondo no va a aguantar otra cosa que no es la que está acostumbrado o que uno siente que es pa uno ¿cachai? Y a mí me gustan las mujeres y eso yo creo que no se me va a quitar ya, a esta altura no creo, puede ser, alomejor ya, antes que coman los gusanos, jajajajajaja

T2: Darse el gusto

T1: Claro, jejeje" (extracto de entrevista grupal)

Si bien, el argumento aquí parece operar a la inversa que lo visto anteriormente, esto es, se plantea la hombría como la verdad y la homosexualidad como la actuación; *me hago el homosexual, pero uno sabe que es hombre*, la homosexualidad sigue latiendo al modo de un *gusto* profundo, que espera, aunque sea los últimos momentos de la vida, para ser satisfecho: *Darse el gusto, alomejor ya, antes que coman los gusanos, jajajajajaja*. Ser hombre aquí es discursivamente construido con la figura de no aguantar aquello a lo que no estoy acostumbrado, que a nuestro juicio -quizá algo aventurado- no es otra cosa que la penetración anal, con la que este discurso parece asociar directamente la homosexualidad. El gusto por las mujeres es construido con el mismo material discursivo que la prohibición del placer anal: el *acostumbramiento*; pues este último al parecer es configurado como privativo, característico o incluso,

sinónimo de lo homosexual. Parecen decir: si me gustan las mujeres, entonces no hay lugar al placer anal.

Ahora bien, más allá del tema de la homosexualidad, lo que parece importante en la convivencia entre estos varones es la cuestión de la virilidad:

E: (Cuando bromean) ¿Qué es lo que hiera al otro?

T: Tu sexualidad, tu capacidad de análisis y que no seas hueón, el típico que este es pavo, a este lo cagamos. Que seas hueón o poco viril

E: ¿Cómo poco viril?

T: Que es poco macho, que tienes poco arrastre (con las mujeres)" (cargador-repartidor de gas, 45 años)

En la convivencia entre hombres la cuestión de la hombría es central. La virilidad es construida como un asunto de orden sexual, de arrastre sexual, pero también como un atributo mental, ligado a la viveza, a la rapidez, a no ser *pavo*. La viveza y la rapidez mental son atributos clave de la virilidad. La expresión *que seas hueón o poco viril* puede leerse tanto como una exposición de alternativas; como una cosa o la otra: *hueón o poco viril*, o bien como sinónimos: *hueón o* (es decir) *poco viril*, pues la cosa es que el que se ve más débil en estos aspectos es presa de las bromas y las descalificaciones, *el típico que este es pavo, a este lo cagamos*. Cagarlo significa, literalmente, que se le deposita mierda encima, los deshechos, lo indeseado, lo hediondo y repulsivo. Nuestra propuesta es que lo depositado es la feminidad negada y proyectada de todos los demás: en el *hueón-poco viril* queda depositado aquello, femenino, que los demás no quieren o no pueden reconocer en sí, aquello negado que se proyecta.

Por el contrario, el que sobresale en el trabajo, aquel que de alguna manera encarna los valores de la masculinidad que lo hacen destacar del grupo es el signado como *el aguerrido*; *"el instinto animal, claro, el que resiste toda esa tontera tiene una cualidad que lo hace sobresalir sobre los demás, la cualidad de decirte puta, no me resfrío, estoy al sol, estoy todo*

mojado y sigo trabajando, no tengo licencias médicas, no necesitas porque resistes y si estás cagado de sueño, te las bancas y dormís un rato en el camión y cuando sales a repartir hay tiempos muertos y ahí te lo dedicas a recuperarte y ahí seguir, porque hay muchos trabajadores externos que ganan si venden y ese, es el más aperrado o aguerrido (...) esos son los más fuertes, porque pueden estar trabajando con una neuralgia que no puedes hacer muchas cosas, el viejo sí sale a pelear, a la pega, está mojado, con amigdalitis y es que eso depende de que supera muchas veces a la normalidad, porque tienen una resistencia distinta” (cargador-repartidor de gas, 45 años).

La convivencia entre hombres parece exigir un líder, una suerte de jefe de la manada, pues se trata de una cosa ligada al *instinto animal*, tal liderazgo implica *sobresalir sobre los demás*, romper la paridad y este énfasis se hace manifiesto en la expresión redundante *sobresalir sobre*. El eje de lo sobresaliente es la resistencia; física, aunque también mental, capaz de desafiar a la naturaleza y a sí mismo, aunque cabe detenerse a consignar que lo que se resiste es *esa tontera*, en lo que podríamos leer algún nivel de problematización. Sin embargo, el sobresaliente es, ante todo, el que *sigue trabajando*, a pesar de las adversidades, el que es capaz de recuperarse en los *tiempos muertos*, el que recarga sus energías ahí, en lo muerto. El *aguerrido* es el varón que vive su trabajo al modo de una guerra, que *sale a pelear* pasando incluso por encima de sus dolencias, es aquel que no atiende la vulnerabilidad de su cuerpo, aquel cuyo poder va más allá de lo que se esperaría que pudiese; que logra hacer a pesar de las contrariedades; *pueden estar trabajando con una neuralgia que no puedes hacer muchas cosas*, pero lo hace igual. Sobresalen *los más fuertes* entre los fuertes, pues *supera muchas veces a la normalidad*, sobresale el que más resiste, el Gary Medel¹² de la distribuidora.

2. Discusión de resultados

Subjetivación del trabajo como subjetivación viril: la virilización del cuerpo subjetivo como estrategia defensiva ante el sufrimiento en el trabajo

¹² Jugador de la selección chilena de fútbol elogiado por su capacidad de juego y rendimiento aún estando reconocidamente lesionado.

Si bien buena parte de la problematización teórica desplegada en los primeros capítulos de este estudio refiere a investigaciones y desarrollos hechos en otras partes del mundo (la psicodinámica del trabajo es francesa, la noción de sociedad de rendimiento es coreano-alemana, etc.) es interesante cómo el discurso de trabajadores chilenos empleados en un quehacer no calificado -con características definidas como pre-industriales- es susceptible de ser leído a través de aquellas claves conceptuales, aunque por cierto y al mismo tiempo, tales conceptos pueden ser también re-leídos a la luz de la experiencia de este grupo de trabajadores chilenos. En definitiva, un trabajo “pre-industrial” bajo la lógica productiva neoliberal. Es ese el diálogo que procuramos promover a continuación y en el que desde diferentes entradas se van anudando la subjetivación viril con la subjetivación del trabajo en la sociedad del rendimiento.

2.1. *Subjetivación del trabajo: el cuerpo subjetivo entre determinación y subversión*

El trabajo en el discurso del cargador-repartidor de gas es construido como un objeto que se subjetiva y que se hace cuerpo, *que se cuerpopria*, que constituye al cuerpo subjetivo.

Siguiendo a Dejours (2012a), el encuentro persistente con la tarea -una que en este caso muchas veces arranca temprano en la trayectoria vital de los trabajadores entrevistados- va constituyendo al sujeto en términos de psique y cuerpo, pues tal encuentro con el trabajo, “en tanto es una fuente de enigmas a traducir, puede inscribirse en la neogénesis del cuerpo erótico y de la sexualidad” (Dejours, 2012a: 33). De este modo, la experiencia del trabajo colabora en la producción de maneras particulares de sentirse o de experimentarse a uno mismo, al tiempo que de maneras de relacionarse con el mundo, expresadas y sentidas en el *cuerpo subjetivo*.

En consecuencia, es en el ejercicio de su tarea que el cargador-repartidor de gas corre el riesgo de tornarse bruto, esto es, de perder cierta capacidad de sensibilidad e inteligencia, pues el discurso analizado es explícito al afirmar que no se trata de una brutalidad innata sino producida en la relación con el quehacer; es la tarea y su organización la que exige a los trabajadores en términos subjetivos, operando al modo de un determinante sobre la tarea de subjetivación (Périlleux, 2008): volverse brutos. Sin embargo –siguiendo al mismo autor-, la subjetivación también conlleva una vertiente subversiva que resiste a la pura determinación y en este caso, es a través de este mismo discurso sobre el trabajo que el sujeto enunciante problematiza y subvierte la brutalidad a través de destacar la mentalidad y la fuerza mental que es necesario desplegar para dominar y comandar la fuerza y la resistencia del cuerpo en el ejercicio de la tarea. Entonces: la primacía y la persistencia del ejercicio de la fuerza y la resistencia en el desarrollo de la tarea son construidas como potencialmente embrutecedoras del sujeto si este no media alguna estrategia de resistencia. En el caso analizado, el recurso a la mentalidad y el uso de la fuerza mental puede ser entendido como una estrategia de subversión de una brutalidad inminente.

Hasta aquí podemos decir que la subjetivación –que en sí misma es un trabajo- se realiza a través del trabajo, o bien y en rigor, a través de la apropiación y elaboración psíquica de la experiencia laboral y sus pruebas a la subjetividad (Dejours, 2012a; Périlleux, 2008). Cabe explicitar que en el caso particular del cargador-repartidor de gas es evidente que el encuentro con el trabajo y su organización implica un enfrentamiento cuerpo a cuerpo: cuerpo a cuerpo con la tarea (en resumidas cuentas cargar-descargar e instalar-desinstalar balones de gas) y cuerpo a cuerpo con su organización (definida por ellos mismos como “comisionista”). Es el cuerpo, sin mayores mediaciones, el que enfrenta la prueba del trabajo y el que se va forjando a medida que éste se realiza, el que se va configurando y transformando –en su sensibilidad, en su erogeneidad- en el vínculo con el quehacer. En consecuencia, el trabajo y su organización son *cuerpopriados* y la noción de *cuerpopriación* entraña las dos vertientes del trabajo de subjetivación (Périlleux, 2008). De este modo, proponemos que la *subjetivación en tanto hombre fuerte de cuerpo y mente*, puede ser

entendida como una suerte de negociación entre la determinación (brutalidad-fuerza física) y la subversión (mentalidad-fuerza mental) en el encuentro del trabajador con su tarea y su organización. Diremos hasta aquí que en líneas gruesas, la cuerpopropiación del trabajo y su organización resulta en la definición de *hombres fuertes de cuerpo y mente*.

2.2. *Hombres fuertes de cuerpo y mente: subjetivación del trabajo como subjetivación viril*

Ahora bien, tal cuerpopropiación del trabajo y su organización colabora a la construcción de una maciza, aunque no exenta de fisuras, identificación con la dominación masculina y la imagen viril. Se trata de un trabajo que, a través de su puesta en discurso, narra y constituye a un sujeto que estructura su subjetividad en torno al eje de la fuerza y la resistencia física y mental. El ejercicio persistente de la fuerza física -y en ello la producción y reproducción de esa misma fuerza- configuran una forma de vivirse y sentirse a sí mismos como hombres fuertes -“*tu te creís el fortachón*”- en clara oposición con el hombre débil, “*el que es más delicado*”. La conclusión parece clara: la hombría se hace (Gilmore, 1994) y el trabajo de cargador-repartidor de gas es construido por el discurso como productor de masculinidad y virilidad y es más, como un demolidor de feminidad, al menos en lo que concierne a lo que el cuerpo muestra, pues se trata de un trabajo capaz de *echar las tetas al suelo*: no hay expresión corporal femenina que lo resista.

Cargar y descargar balones de gas es un trabajo que moldea cuerpos meramente varoniles, que configura cuerpos viriles, que como tales y por fuertes y resistentes que sean, se subordinan a la mente, pues consiguen su poder precisamente a través de un ejercicio mental de supresión del dolor y el cansancio, de supresión de la sensibilidad del cuerpo, una suerte de negación de la vulnerabilidad del cuerpo (Reich, 2005; Schneider, 2003) que podríamos decir, queda a merced de la mente para ser explotado y obligado a resistir en función de un cálculo: mientras más se trabaja,

mientras más se resiste, mejora el rendimiento y mientras más se rinde más dinero se consigue.

En consecuencia, la subjetivación del trabajo en tanto producción de hombres fuertes de cuerpo y mente opera al mismo tiempo como subjetivación viril a través del proceso que definimos como virilización del cuerpo subjetivo, entendido como una des-sensibilización del cuerpo junto a una desafección del pensamiento so riesgo de quedar reducido a un cálculo.

2.3. Subjetivación neoliberal: virilidad y autoexplotación

En esta exigencia para el cuerpo subjetivo, que de acuerdo al discurso producido es soportada por la ambición personal, van quedando dos alternativas: endurecerse o romperse. Tal es la exigencia de la organización del trabajo que en este caso se condice con una flexibilidad extrema expresada en la figura del “comisionista” (Stecher, 2014; Ramos, 2014). El comisionista enfrenta diferentes tipos de flexibilidad: de remuneraciones pues se gana según rendimiento individual, según volumen de venta; flexibilidad temporal expresada en una extensión de la jornada laboral que redunde en horarios sin límites claros y fuera de cualquier marco regulador; flexibilidad de contrato, manifiesto en personal externo contratado según requerimientos contingentes de las empresas, especialmente en temporada invernal; todas, cuestiones que apuntan a una intensificación desmesurada del trabajo (Araujo, 2014, 2016).

Tales características de la organización del trabajo, propias de la matriz de producción del capitalismo neoliberal, tienen centralidad en la configuración subjetiva de los trabajadores que, en este caso particular, se ven empujados a ejercer una dominación de la mente sobre el cuerpo al modo de una autoexplotación en aras del rendimiento y la rentabilidad individuales (Han, 2012, 2014). Una autoexplotación paradójicamente signada como libertad, como libertad para estar disponibles para la empresa. Una autoexplotación que junto con la posibilidad de aguantar el sufrimiento en el trabajo,

otorga, al modo de recompensa, la identificación con la virilidad y la dominación masculina. Dicho de otro modo: el precio o la condición de tal identificación con el poder (poder rendir, poder rentar) parece ser la des-sensibilización del cuerpo y la desafección del pensamiento.

2.4. La virilización del cuerpo subjetivo como estrategia defensiva al sufrimiento en el trabajo y a la caída de la masculinidad

Siguiendo el hilo de esta discusión pareciera que nos encontramos con otra paradoja, o bien, con una propiedad de lo que llamamos posfordismo a la chilena: una flexibilidad empresarial que produce trabajadores endurecidos. Una flexibilidad empresarial que no supone una mayor participación de los trabajadores en la organización de su trabajo y que en palabras de ellos mismos les exige estar ahí, al pie del cañón “*como tablas secas*”, es decir, si nos atenemos a la metáfora: sin flexibilidad alguna y por ello, siempre en riesgo de romperse, trabajadores que para adecuarse a la *flexibilidad* de la organización de su tarea –especial y marcadamente en temporada de invierno- experimentan una desmesurada intensificación y extensión horaria de su trabajo que les resta posibilidades de acción y decisión sobre el mismo.

Parafraseando a Dejours (2001, 2006) entonces, ante tales condiciones de la organización del trabajo, y sobretodo, ante el riesgo y el miedo subyacente a la invalidez para el trabajo –presente en el discurso y asociado a la falta de regulación de los esfuerzos físicos puestos en el desarrollo intensificado de la tarea- los trabajadores recurren a la virilización del cuerpo subjetivo como estrategia defensiva, des-sensibilizando el cuerpo y desafeccionando el pensamiento. La virilidad, que tanto para Schneider (2003) como para Dejours (2006) no tiene nada de original, sino que por el contrario, es secundaria, defensiva, viene a cumplir aquí al menos una doble función: por un lado, una defensa ante el sufrimiento en el trabajo y por otro, una defensa ante la eventual caída de la identificación con la dominación masculina y el poder.

Al respecto, diremos que el reconocimiento de belleza (Dejours, 1998, 2012b) de la tarea que realizan los cargadores-repartidores de gas se juega principalmente en la capacidad reconocida para resistir el trabajo y sus desafíos, al aguante al inventar los propios métodos para enfrentarlo. El trabajo es apropiado justo ahí, cuando los trabajadores en el enfrentamiento de lo real del trabajo se las arreglan para sacarlo adelante. Ahora bien, en ese reconocimiento a la astucia y la resistencia se juega también, al menos en este caso, el deseo de reconocimiento del género (Butler, 2006). El reconocimiento al éxito en el enfrentamiento con la tarea es al mismo tiempo un reconocimiento de la virilidad expresado en la figura del *"aguerrido"*, un reconocimiento fundado en la fuerza y el aguante físico y mental a toda prueba.

Sin embargo, todo indica que a un nivel profundo late un deseo de soltar, de abandonar la guerra y descansar, de renunciar a la identificación viril aunque sea en el ocaso de la vida –expresado en la figura de la noche en la que el travestismo es permitido a través del chiste, o bien de la proximidad de la muerte, *"antes que coman los gusanos"*-, momentos en que podrían *"darse el gusto"* de dejar caer la máscara, la *maskulinidad*, permitiéndose de paso la homosexualidad. Rendirse antes que rendir. Lo femenino parece ser construido por el discurso como aquello que se teme, quizá como lo más temido y al mismo tiempo como el deseo más profundo y prohibido (Badinter, 1993) que espera la noche o las postrimerías de la vida para ser experimentado y disfrutado.

2.5. *División sexual del trabajo: la relación trabajo-casa*

El discurso acerca del trabajo del cargador-repartidor de gas es uno que sin tapujos reconoce y reproduce la lógica de una férrea división sexual del trabajo. En primera instancia se trata de un trabajo que sólo pueden realizar hombres, es decir, el sólo hecho de trabajar en esto los reafirma en su identificación con la masculinidad, y de pasada, con la dominación masculina, pues es el trabajo hecho por hombres el que es construido como valorable en función de dos atributos principales: se hace con otros hombres fuera de casa y permite el acceso al dinero. En segunda instancia y como

consecuencia de lo anterior, la mujer y su trabajo son posicionados en inferioridad y asociados a espacios interiores (oficina, casa), espacios para los que el varón sujeto del discurso simplemente *no está hecho*, que lo vuelven loco, que resultan abierta y naturalmente insoportables para él.

Reforzada la noción de la división sexual del trabajo, el discurso allana camino para construir relaciones verticales con y en el orden familiar y posicionar al varón en posiciones de sostenedor y jefe. La subjetivación del trabajo y su organización social ingresan y “ponen orden” en el hogar nombrando en él un jefe. De este modo, la escisión y repartición imaginaria referida por Irene Meler (2000) entre lo masculino y lo femenino, asociando la fuerza y la autonomía con la masculinidad-adulthood y la vulnerabilidad y necesidad de ser objeto de soporte con la feminidad-infancia, es abierta y explícitamente reproducida por el discurso analizado en el que el hombre fuerte es sostenedor y jefe de su familia, mientras mujer e hijos son puestos en posición de sostenidos y subordinados.

De paso, el varón se libera de los quehaceres domésticos y burla de una manera u otra involucrarse en ellos sostenido en la premisa de que el espacio casa-familia es producido, hecho posible por él y su trabajo afuera. El sostén y la jefatura del hogar se ejercen desde afuera, desde el posicionamiento del varón en el escenario laboral construido como escenario de confort, pues al parecer el sufrimiento que se enfrenta trabajando es susceptible de ser sorteado en la medida que la tarea es apropiable, traducible e incorporable (Dejours, 1998, 2001, 2012a), mientras que las labores domésticas no parecen serlo. Pareciera ser que el trabajo de subjetivación masculina producido discursivamente por este colectivo emerge impermeable a las tareas domésticas. Dentro de éstas, las tareas de cuidado son explícitamente expuestas como ajenas e impropias. El varón se subjetiva en el trabajo productivo, remunerado y de esta forma, la subjetivación o (re)afirmación de la virilidad se realiza en el mismo movimiento que la subjetivación del trabajo. Parafraseando por un lado a Fraisse (2006) y por otro a Périlleux (2008): el discurso parece producir al mismo tiempo que un *sujeto del género* (y la dominación masculina) un *sujeto del trabajo*.

2.6. *La mente sobre el cuerpo: verticalización sexista de la subjetividad*

Ahora bien, esta escisión puesta en el mundo, jugada entre trabajo remunerado y trabajo doméstico que asume una casi automática distribución entre hombres y mujeres, pareciera tener cierto correlato psíquico, sobre el cuerpo subjetivo, en el discurso de los trabajadores. Veamos: la fuerza (física y mental) enarbolada como atributo central de habilitación para el quehacer es también construida en función de un par dicotómico: cuerpo/mente, en el que la mente es posicionada por encima del cuerpo. Entonces, si bien se trata de un trabajo que interpela directamente al cuerpo y su sensibilidad, esto es, si bien es con el cuerpo que se han de enfrentar -casi sin mediaciones- las exigencias del trabajo, es la mente la que gobierna, y lo hace en virtud de un cálculo: aguantar para rendir, aguantar para rentar. Monique Schneider (2003) ya advertía de esta suerte de huida de la masculinidad hacia el reino del pensamiento en la figura del ascenso representado en la erección, una subida que supone dejar abajo al reino de la sensibilidad, la vulnerabilidad y la corporalidad.

En el discurso analizado, a través de un ejercicio mental -hecho con el pensamiento- es posible menguar la sensibilidad y hasta ocultar la vulnerabilidad del cuerpo. Parafraseando a Reich (2005), a través de una función intelectual es separada y distorsionada la realidad del cuerpo en el trabajo. Proponemos que este truco de virilización del cuerpo subjetivo presta sostén a la autoexplotación de los trabajadores haciendo de la mente el jefe-explotador del cuerpo-explotado y que en la historia de las ideas (Glocer, 2001; Fraisse, 2006) el intelecto es asociado a lo masculino, mientras que el cuerpo a lo femenino. Parafraseando a Byung-Chul Han (2014) la lucha de clases se instala en el cuerpo subjetivo, en psique y cuerpo, pensamiento y sensibilidad quedan escindidos en la configuración subjetiva de los trabajadores y puestos en relación de verticalidad. Una lucha de clases, que para seguir parafraseando, es reconocida en su origen por Engels (2012), como dominación del hombre sobre la mujer, como dominación masculina (Bourdieu, 2000). Podemos desde aquí en consecuencia, animarnos a plantear que la dominación masculina, la

verticalidad sexista, queda inscrita, instituida en cuerpo y mente, en el cuerpo subjetivo de los trabajadores entrevistados. El discurso sobre el trabajo reafirma la subjetivación de género.

Cabe sin embargo explicitar una salvedad, pues quizá a diferencia de lo que plantea Han (2012, 2014) en su lectura desde países de “desarrollo avanzado”, la noción de lucha y desigualdades de clase parece no encontrarse totalmente internalizada en este colectivo de trabajadores chilenos, pues a la hora de aludir a la viveza y a la capacidad de recurrir al engaño en aras de una mayor capitalización individual, el discurso construye un posicionamiento, que aunque fuera de la ley, es ético: no se engaña al pobre, de *“la señora que sé que le cuesta juntar las lucas pa’ comprar el gas”* no se saca ventaja, mas no se tiene problemas en sacarla del rico; *“entonces yo voy aquí a una casa en que hay 5 autos, ¿cachai?, y sale una cabra chica con la nana y me dicen vamos a cambiar el gas y si hay uno o dos llenos, yo los saco y los vuelvo a entrar y los dejo ahí mismo y ya me gano 50 lucas por tarro, son 100 lucas”*. Probablemente la inmensa desigualdad e inequidad característica de la sociedad chilena opera como obstáculo para el proceso de total internalización de la lucha de clases propuesto por Han.

No obstante, volviendo a la subjetivación de la verticalidad sexista y su configuración en cuerpo subjetivo, cabe redundar en una idea: esto no se produce ante el solo hecho de desempeñar una tarea particular, por pesada y exigente físicamente que esta sea, lo anterior encuentra lugar más bien en la organización de dicha tarea, enquistada en la figura de comisionista que no es otra cosa que la exigencia de encarnación -de cuerpopriación- de la flexibilidad laboral característica del modelo de producción y la sociedad neoliberal. El comisionista, remunerado flexiblemente de acuerdo a su capacidad de rendir, transforma su inteligencia en cálculo de rentabilidad y, más específicamente, de rentabilidad de sí en tanto su propio empresario y tal cálculo empresarial se constituye en razón para la explotación del cuerpo, del propio cuerpo que sufre una suerte de enajenación al suprimírsele la sensibilidad al dolor y al sufrimiento. El dolor es aquí capitalizado.

De este modo la prueba del trabajo a la subjetividad (Dejours, 2012a, Périlleux, 2008) es al mismo tiempo una prueba de hombría, el escenario propicio para hacerse y demostrarse hombre en la negación de la feminidad en sí mismo -así como Gilmore (1994) lo mostrara en diferentes ritos de institucionalización masculinizante centrados en pruebas en que lo nuclear es soportar dando cuenta de no sentir el dolor del cuerpo- como también de la proyección de lo femenino y su depósito en algún *chivo expiatorio*, pues al que es *pavo* o *poco viril*, a ese “*lo cagamos*”, a ese se le echa encima la mierda, los desechos indeseables de la metabolización del trabajo y sus exigencias y entre estos, muy probablemente aquellos aspectos que por considerarse femeninos, poco viriles, no se pueden soportar adentro.

En síntesis: la configuración subjetiva producida por el discurso analizado, enraizada en una férrea división sexual del trabajo, constituye un esfuerzo de identificación con la dominación masculina que se instituye como la dominación de la mente sobre el cuerpo al modo de la verticalidad de la relación entre los sexos, dando como uno de sus resultados principales un sujeto paradójicamente libre para autoexplotarse (Han, 2012, 2014). La negación de la realidad del trabajo en tanto riesgo de dañar el propio cuerpo que, entregado en una paradójica libertad a la intensificación flexible del trabajo comisionista, opera al mismo tiempo como clave de subjetivación viril y neoliberal.

2.7. *Subjetivación viril: el empresario y guerrero de sí mismo*

Dicho lo anterior, podemos recurrir a dos grandes imágenes para ilustrar la construcción subjetiva que el discurso de los trabajadores entrevistados produce. Dos imágenes, que a nuestro juicio, dan cuenta en simultáneo de la subjetivación del trabajo y su organización neoliberal y de la virilidad. Una primera imagen coincide con la sugerida entre otros por Périlleux (2008) y Han (2012, 2014), esto es, la figura del empresario de sí, de aquel que se explota para obtener de sí mismo la mayor rentabilidad posible. En el caso particular del cargador-repartidor de gas, se trata de

una explotación de los atributos considerados fundamentales para desempeñarse en el quehacer, a saber: la fuerza y la resistencia física comandadas por la mente, por la viveza y la ambición. El comisionista se administra a sí mismo incluso al margen de las regulaciones legales, se considera libre para auto-administrarse, ejerce una libertad individual que lo sitúa, sin embargo, en franca competencia con sus pares y consigo mismo. Es en este punto que la imagen del empresario de sí se conecta con la segunda imagen, la del aguerrido, la del guerrero. El aguerrido es quien sobresale ante los demás en términos del poder de rendimiento y rentabilidad que consigue con la administración de su fuerza y resistencia física. El aguerrido es aquel capaz de cancelar el sufrimiento del cuerpo, el que a pesar del dolor permanece trabajando, construyendo al trabajo con la metáfora de la guerra, una guerra en la que a final de cuentas, el enemigo es el propio cuerpo y sus límites.

2.8. Nuevo espíritu del capitalismo y antiguo espíritu de la virilidad

El discurso neoliberal actual permea la subjetivación de trabajadores que se desempeñan en tareas con características pre-industriales. El nuevo espíritu del capitalismo (Boltanski y Chiapello, 2002) expresado aquí en el deber-poder de auto-superación ilimitada de los trabajadores, se articula, parafraseando a estos últimos autores citados, con el *antiguo espíritu de la virilidad* y los valores de la dominación masculina reproducidos a través de la historia (Bourdieu, 2000, Fraisse, 2006) y que – por más que las mujeres se incorporen masivamente al mundo del trabajo remunerado- siguen encontrando tierra fértil en el modo de producción de la sociedad neoliberal del rendimiento.

De este modo, el hombre fuerte de cuerpo y mente, ambicioso y astuto, sostenedor y jefe de casa, que somete su propio cuerpo a la explotación de su mente en aras de rendir para rentar, parece ser fruto de un proceso de subjetivación en que se anudan, estrechamente, un trabajo de apropiación, de cuerpopropiación, tanto de los mandatos de género y la dominación masculina como de las exigencias del trabajo en los marcos de su organización en la sociedad neoliberal del rendimiento. En este caso, el sujeto de

la dominación masculina coincide con el sujeto de rendimiento, pues, podríamos proponer que fracasar en la prueba de subjetivación neoliberal (no rendir, no rentar, no aguantar) implica un fracaso personal (Han, 2014) y tal fracaso, en el caso de los trabajadores entrevistados, puede entenderse como merma tanto en la autoimagen como en la imagen social de la virilidad: *“el que es pavo o poco viril, a ese lo cagamos”* (varón, 45 años).

Queda en consecuencia, indagar ahora si la identificación con la institución de la dominación masculina coincide con el discurso sobre la subjetivación del trabajo en quehaceres en los que no necesariamente, o al menos de manera tan evidente, coincidan los valores viriles con los del trabajo (Guiho-Bailly, 1998), cuestión que intentaremos vislumbrar en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO SEXTO: ANÁLISIS

REPRODUCCIÓN DE LA DOMINACIÓN MASCULINA EN EL DISCURSO SOBRE SUBJETIVACIÓN DEL TRABAJO DEL GERENTE GENERAL

Como anunciáramos y justificáramos en la definición de la muestra en el capítulo cuatro, el segundo colectivo de varones trabajadores al que nos aproximamos empíricamente está constituido por gerentes generales de empresas y particularmente grandes empresas. Tal decisión se basa, fundamentalmente en el supuesto que la primacía teórica y práctica de la empresa en la organización del trabajo contemporánea referida por Dejours (2012a), es sostenida en el día a día por el trabajo de los gerentes generales y desde ahí, interesa investigar algunos elementos de su proceso de subjetivación del trabajo y por cierto, sus relaciones con la virilización del cuerpo subjetivo y las identificaciones que este produce con la dominación masculina.

Resulta interesante además la posibilidad de realizar un contraste con el proceso de subjetivación del trabajo del otro colectivo de trabajadores escogido para este estudio, el de los cargadores-repartidores de gas, sujeto al que se dedicó el capítulo anterior, por al menos dos razones. La primera tiene que ver con la posición social opuesta de ambos grupos. Los primeros, trabajadores de sectores pobres y los segundos de los sectores más acomodados y la segunda se relaciona con el tipo de trabajo, el primero de corte manual, eminentemente físico y que requiere muy poca calificación y el segundo, un trabajo para el que los requisitos de acceso son, supuestamente, cada vez más estrictos y exigen formación y preparación. Lo anterior nos permitirá pensar las maneras en que se construyen identificaciones con la institución dominación masculina más allá de la posición socioeconómica de los sujetos y de su nivel educativo formal, pudiendo atender con mayor especificidad a las exigencias que para esto promueve la organización y la experiencia del trabajo en los marcos del capitalismo actual.

El presente capítulo se organiza en dos apartados. En el primero de ellos se desarrolla en extenso un análisis de discurso que atiende principalmente a la construcción discursiva de la identidad (Davies y Harré, 2007). Vale decir, a los *posicionamientos de sujeto* que genera el discurso sobre el trabajo en los gerentes generales y como contrapartida, la construcción de diferentes objetos sociales de interés. En el segundo se propone una discusión con la problematización teórica desarrollada entre los capítulos uno y tres de este estudio. Las conclusiones se ofrecen en un capítulo posterior. Cabe mencionar que el desarrollo de este capítulo pretende dar cuenta de los objetivos específicos tres y cuatro de esta investigación.

1. Análisis de discurso

Siguiendo el esquema del capítulo anterior, el análisis es presentado a partir del desarrollo de un eje discursivo central que –tomando en parte expresiones textuales de las entrevistas realizadas- denominamos *La cima es para los hombres: la mujer se embaraza y caga*, en función del cual se articulan tres ejes discursivos derivados, a saber, uno primero que aborda la temática de la carrera y el acceso al cargo de gerente general que lleva por título *Manejar gente: el salto y la ruptura de la paridad*, uno segundo que focaliza en la problemática del control de los sentimientos y la desensibilización del cuerpo exigida por el rol y sus tareas, titulado *Perder sensibilidad: podérsela siempre, no se puede guatear* y un tercer y último eje derivado llamado *La relación trabajo-dinero-familia: el gerenciamiento de la vida familiar*, en el que abordamos las relaciones que construye el discurso entre familia y trabajo y en especial al posicionamiento del varón-padre-gerente general en dicha relación.

1.1. Eje discursivo central

La cima es para los hombres: la mujer se embaraza y caga

Quizá una primera idea para comenzar a comprender la identificación con la institución dominación masculina que construye el discurso de los gerentes generales entrevistados es la que presenta el puesto como uno reservado a los varones, pues en la lucha o los esfuerzos por el ascenso en la carrera laboral el discurso levanta una barrera prácticamente infranqueable a las mujeres, la maternidad, que es erigida como tope en dicha carrera:

“Hasta los 5 años (de relación) claro, los dos estábamos trabajando a la par digamos, y probablemente teníamos niveles de ingreso bastante similares, eeeeh, hasta que claro, hasta que llegan los niños poh hueón, cuando la mujer queda embarazada obviamente que caga, porque tiene que dedicarle más tiempo a los niños, obvio, está obligada y ahí se empiezan a generar las diferencias. En nuestro caso probablemente se empezaron a generar en ese minuto, ahí, ahí empezó a, en ese minuto ella tiene que tomar la decisión de, ¿sabís qué?, yo no quiero ser la gerenta comercial, me voy a quedar acá no más, ¿por qué?, porque tenía un hijo en la casa poh hueón, ¿cachai?” (Gerente General, 45 años)

El discurso parte reconociendo una suerte de trayectoria compartida en las carreras laborales y profesionales de la pareja, incluso en términos de ingresos, que se interrumpe con la maternidad de la mujer y eso es *claro*. La expresión *hasta que claro*, opera retóricamente cerrando el espacio a la duda y a cualquier tipo de opacidad en la idea: *hasta que llegan los niños poh hueón*. El punto de inflexión, tan *claro* como el agua, es la llegada de los niños. Interesa aquí notar el hecho de que se trata de niños que llegan más que de hijos que se tienen. La “elección” de los significantes *llegan y niños* parece actuar poniendo cierta distancia entre el sujeto que enuncia y sus hijos, quizá, posicionando al varón-padre a una mayor distancia de los niños que la mujer-madre, como apuntaremos nuevamente más adelante.

El caso es que los niños llegan y *llegan poh hueón*, donde el *poh hueón* marca un énfasis, que ante la escucha de la grabación y la relectura de la cita parece marcar la irreversibilidad: *llegan y llegan poh hueón*, no hay vuelta atrás. La expresión hace entender que para el sujeto del discurso la vida no puede ser la misma luego de la

llegada de los niños, requiere un nuevo acuerdo de vida en familia, el que en este caso, pasa por la ruptura de la paridad entre los miembros de la pareja. Con esto, la *llegada de los niños* es construida como un hito a partir del cual se inaugura un nuevo pacto, un nuevo acuerdo en la pareja -basado en la noción histórica de la división sexual del trabajo- en el que es la mujer quien está *obligada* a asumir las tareas del cuidado de los hijos o al menos a tener mayor responsabilidad que el hombre en su realización. Se trata, eso sí, de un pacto más bien tácito, dado por obvio: *cuando la mujer queda embarazada obviamente que caga, porque tiene que dedicarle más tiempo a los niños, obvio, está obligada*. La alusión a la obviedad (dos veces en dos líneas) parece usarse para justificar el origen de la disparidad en las carreras laborales de la pareja. Sin embargo, se trata de una justificación que, paradójicamente, no justifica nada, porque en realidad es esta una cuestión que no necesita justificarse, pues es simple y doblemente *obvia*: la mujer le debe más tiempo al cuidado de los niños que el varón.

Sin embargo, aunque lo enuncia como obvio, el sujeto enunciante parece reconocer una violencia en el origen de la disparidad, pues refiere que hay uno que *caga* y esa es la mujer al quedar embarazada. Cagar quiere decir aquí no poder seguir avanzando y/o ascendiendo en la carrera profesional y asumir esa situación al modo de una pérdida, como se explicita en la siguiente cita: *“Yo he ido dedicando más tiempo al trabajo y he subido más. Mi señora se ha tratado de mantener en un trabajo que si bien le va muy bien, no le implique mayor responsabilidad porque tampoco tiene tanto tiempo para dedicarle”* (Gerente general, 45 años). Es el varón el que sube más, el que continúa ascendiendo, mientras la mujer *trata de mantener un trabajo*, como en un esfuerzo por contener su expansión profesional. La manera de articular la frase de alguna manera supone este esfuerzo que ha tenido que hacer ella para no seguir subiendo, pues, aunque quisiera *tampoco tiene tanto tiempo para dedicarle*, debido a que buena parte de ese tiempo es destinado al cuidado de los hijos (de los hijos de él y ella).

Con esto, lo construido antes como obvio parece problematizarse, pues se reconoce que el abandonar la carrera del ascenso laboral por parte de la mujer implica un esfuerzo y hasta un sacrificio:

“E: ¿Ha tenido (ella) que renunciar a alguna posibilidad de ascenso?”

GG: Si claro, siempre (...) tiene que haber uno que pueda estar más en la casa y en este caso es mi mujer, o sea, se ha sacrificado” (Gerente general, 45 años)

En consecuencia, el origen de la disparidad, *la llegada de los niños* y sus implicancias en términos de la redistribución de roles al interior de la pareja, es construido como algo tan obvio como violento (implica un *sacrificio*, interpretable como una muerte). No obstante, en este caso, el sujeto que enuncia, quien parece presentir la violencia, la termina cubriendo: *“si las mujeres saben que están, lo quieren hacer, no es que nadie las esté obligando poh hueón, pero ellas están dispuestas a hacerlo”* (Gerente general, 45 años). De este modo, la violencia es naturalizada y devuelta al plano de lo obvio y por tanto de lo incuestionable o al menos, de lo que no vale la pena problematizar. El sacrificio enunciado es relativizado, *las mujeres saben que están, lo quieren hacer*. La frase queda inconclusa, las mujeres saben que están, ¿qué están qué?, ¿qué están para qué? Todo indica que refiere a la maternidad, las mujeres *lo saben* y no sólo eso, también *lo quieren hacer*, con lo que el *sacrificio* es trocado discursivamente por conocimiento y agenciamiento.

Sin embargo, aunque enfático, el discurso no logra despojarse de su contrariedad: *no es que nadie las esté obligando poh hueón*. La cuestión de la obligación, referida varias veces en estas citas, parece aquí ser puesta en entredicho: *nadie las obliga*. No obstante y en rigor, se asume la obligación, *obvio, está obligada*. Se trata entonces de una obligación que prescinde de actor, de un alguien que obligue, el que queda configurado como un *nadie*, quizá al modo de una entidad supra-humana, natural o cultural, pues en definitiva –aunque muy probablemente de manera inconsciente, al modo de un lapsus tal vez- la frase constituye una doble negación y en tanto, una afirmación: *no es que nadie las esté obligando* quiere decir exactamente que si hay *alguien* que lo está haciendo. ¿Quién es ese *alguien-nadie* que obliga? En el marco de este análisis –y como se profundizará en la discusión- proponemos que es la institución de la dominación masculina reproduciéndose, hablando y actuando a

través de las relaciones sociales promovidas –en este caso- por el proceso de subjetivación del trabajo de un gerente general en la empresa contemporánea. A través del discurso producido, tal proceso de subjetivación obliga a las mujeres a reconocer en la maternidad un límite a su ascenso profesional, destinándolo, como contrapartida y de una manera difícil de cuestionar, al hombre.

Ahora bien, a pesar que la maternidad es construida discursivamente aquí como una pérdida para la mujer; es ella la que *caga*, ella la que renuncia y no el sujeto que enuncia con la llegada de los niños, tal renuncia es al mismo tiempo construida como una opción: *en ese minuto ella tiene que tomar la decisión de, ¿sabís qué?, yo no quiero ser la gerenta comercial, me voy a quedar acá no más*. El discurso, aunque argumentando a favor del poder de decisión de la mujer, toma aquí un cariz imperativo: *en ese minuto ella tiene que tomar la decisión*. Diremos, doblemente imperativo, pues es una decisión que no tiene alternativa, *tiene* que tomarla, se ve obligada a tomarla (esa y no otra) y además, a hacerlo ahora, en un instante preciso, *en ese minuto* (el de la maternidad) y no en otro.

Sumado a lo anterior, la *obligación* (social, hecha por *nadie*) transfigurada en *decisión* (individual, consciente, autónoma) es formulada al modo de una negación más que como afirmación de deseo: *no quiero ser gerenta comercial* y además, es seguida por una renuncia: *me voy a quedar acá no más*, donde la expresión *acá no más* da cuenta, en el reverso, de que podría seguir ascendiendo. No obstante, hasta la maternidad no más llega el ascenso laboral de la mujer, *¿por qué?, porque tenía un hijo en la casa poh hueón, ¿cachai?*, donde el *poh hueón, ¿cachai?* parece decir “¿te das cuenta o eres tonto?”, quizá como reforzando la función de la obviedad, pues la respuesta al por qué la mujer *decide* renunciar a su ascenso profesional es una sola: un hijo que cuidar en casa, un hijo que ella tiene, pues la noción del hijo que tenemos es omitida, al menos en este tramo de la construcción discursiva.

En consecuencia, al momento de posicionarse en la siempre tensionada relación entre familia y trabajo, es el varón el que opta (o quizá se ve obligado también) a continuar

su desarrollo profesional y seguir ascendiendo, mientras que es la mujer la que debe re-estructurar su vida dando un giro hacia el cuidado de los niños y la casa:

“Si, claro, siempre. Toca, porque si querís tener hijos no hay que dejarlos botados, sino preocuparte de ellos y no te da poh hueón, o sea yo trabajo, yo tengo la cabeza muchas veces en el trabajo y viajo mucho, me toca viajar, veo Bolivia y Chile, y me toca ir para afuera, de hecho, ahora voy, me voy como tres semanas a distintas cosas, entonces obviamente que si están los dos en la misma los niños quedarían botadísimos” (Gerente General, 45 años).

La cosa es clara: no pueden estar *los dos en la misma*, en la lógica del ascenso laboral y de la carrera hacia la gerencia general de una compañía. Uno de los dos claudica y como vimos, es la mujer. El discurso del varón plantea: cuidar hijos y trabajar como gerente general – y aquí pareciera decir “trabajar de verdad”, *o sea yo trabajo*- no son cosas compatibles. Si trabajas de verdad *no te da poh hueón*. El trabajo en la gerencia general es construido como un actor capaz de atraer y ocupar la cabeza del sujeto al parecer más allá de horarios y espacios acotados, *yo tengo la cabeza muchas veces en el trabajo*, y también el cuerpo: *viajo mucho, me toca viajar*. El sujeto de discurso se sitúa en posición de un padre que, en virtud de su cargo, justifica su ausencia psicológica al tener la cabeza en el trabajo, y su ausencia física al pasar mucho tiempo fuera y en consecuencia, su pareja no puede hacerlo, no pueden estar los dos en la misma, *porque los niños quedarían botadísimos*.

El nuevo acuerdo se va delineando: el que trabaja *-o sea yo trabajo-* y con ello, puede ascender a los puestos de mayor responsabilidad en las pirámides empresariales es el varón; es el hombre-padre quien puede ausentarse de la familia, no así la mujer-madre. La aseveración *o sea yo trabajo*, parece operar, por una parte, totalizando al yo en el trabajo, todo-yo-trabajo, y al mismo tiempo excluyendo al no-yo, al otro, en este caso a la mujer-madre. Las responsabilidades familiares (hasta aquí no signadas como trabajo) van quedando claramente deslindadas, cuestión que abordaremos en un apartado posterior. Diremos por ahora que el límite que el discurso construye para el varón no es para su implicación en el “trabajo productivo”, sino para su implicación en

el “trabajo de cuidados”, cuestión que opera a la inversa, de modo complementario, para *su* mujer.

El varón, para acceder al cargo más alto en el escalafón de la empresa y con ello asumir las responsabilidades que le corresponden al gerente general, debe descansar, en este caso, en la figura de su pareja, quien es situada por el discurso en la posición de asumir el cuidado de los niños. La histórica división sexual del trabajo y su localización (en este caso empresa/casa) retoma posición: *Entonces tiene que haber uno que pueda estar más en la casa y en este caso es mi mujer. La mujer se ha sacrificado*, ha tenido que renunciar a sus posibilidades de desarrollo profesional por el cuidado de los niños, mas no sólo eso, sino también –aunque queda implícito- por las posibilidades de ascenso de su marido. Esta última parte parece quedar negada, el discurso erige a lo máximo una madre abnegada, que asume su responsabilidad *obvia* de cuidado de la prole, mas no a la mujer sometida, *obligada a decidir* renunciar a su propio desarrollo profesional por permitir el de su marido, oscureciéndose así la acción de la institución dominación masculina y su violencia.

Continuemos, pues la construcción del límite al desarrollo profesional de la mujer-madre es aún más cruda en otras entrevistas, más simple, aún menos sujeta a problematización:

“E: Dijiste que tu mujer igual trabajaba, ¿trabaja ella?”

GG: Trabajaba, ya no, por los niños tuvo que dejar de trabajar” (Gerente general, 54 años)

En este caso no se trata de un límite a la carrera profesional de la mujer, sino lisa y llanamente de un abandono del proyecto laboral. La noción de mujer es prácticamente colmada por la maternidad y eso opera al modo de un deber, *tuvo que dejar de trabajar*, en la que nuevamente eso que obliga queda indeterminado, *tuvo que hacerlo* al modo de un deber mandado por agentes tan invisibles como incuestionables. La cosa es que la mujer tiene que hacerse cargo del cuidado de los hijos y es a través de

este acuerdo que se reproduce la lógica de la división sexual del trabajo cual si fuera propia del orden natural de las cosas:

“ella hacía clases en un colegio, en el colegio donde estaban los niños, hacía kínder y pre kínder y entonces cuando los niños estuvieron un poquito más grandes, dejó de trabajar en el colegio y ahora está más dedicada a algunas cosas sociales (...) al cuidado de los niños y a un par de cosas sociales, o sea, trabajo no remunerado” (Gerente general, 54 años).

En este caso, el trabajo que ella realizaba se superponía y/o confundía con la tarea de la maternidad, ella ejercía como profesora de sus hijos, pero al momento en que ellos crecen el trabajo debe continuarse fuera de los marcos formales del empleo y otra vez, esta situación parece tomarse por obvia. El trabajo femenino es construido por el sujeto del discurso casi como sinónimo del trabajo de cuidados. De este modo, la mujer queda mejor situada en un espacio en el que su quehacer no es laboral, es el marco del trabajo *no remunerado*. Como reverso de esta explicación, quien asume la responsabilidad total de obtener remuneraciones a cambio de su trabajo es el varón. La mujer queda relegada *al cuidado de los niños y a un par de cosas sociales, o sea, trabajo no remunerado*. *Un par de cosas sociales* parece referir a cosas sin importancia, que ni siquiera merece la pena explicitar o nombrar, pues lo importante es que la actividad femenina queda bajo el rótulo de *trabajo no remunerado*.

A continuación, se analiza otro obstáculo construido por el discurso para el ascenso laboral de las mujeres en la empresa, ya no la maternidad como atributo principal de la mujer sino otro, significado como *una sensibilidad distinta*:

“Las mujeres tienen, sin duda tienen, en muchos casos tienen una forma distinta de ver las cosas, tienen una sensibilidad distinta, lamentablemente creo que muchas de las mujeres que llegan a posiciones altas en la empresa se transforman en hombres y pierden parte de esa sensibilidad, o sea, de esa forma de ser diferentes” (Gerente general, 54 años).

En este caso, lo construido como propio de la mujer, expresado como *una forma distinta de ver las cosas, una sensibilidad diferente* (que sin embargo el discurso no logra caracterizar) es puesto en riesgo al subir en la pirámide empresarial. El ascenso y sus exigencias podrían incluso destruir o transformar ese atributo diferencial de la mujer, convirtiéndola lisa y llanamente en hombre. Una distinción fundamental que el discurso construye entre los sexos es entonces la *sensibilidad*, cierta sensibilidad que no es deseable en una posición alta en el escalafón de la empresa. El ascenso es construido como una exigencia de renuncia a la sensibilidad, cuestión que abordaremos luego en otro eje discursivo. Lo que importa aquí es la noción de que si la mujer asciende se arriesga a dejar de serlo, pues pierde o merma un atributo considerado fundamental de su condición sexuada. Ahora bien, este movimiento discursivo implica también comprender la sensibilidad como un atributo inferior, que hay que dejar abajo para poder ascender, con lo que la asociación mujer-sensibilidad explica el acceso exclusivo de los varones a los puestos altos. Hasta ciertas posiciones, en las que se supone la subordinación, las mujeres pueden acceder sin dejar de serlo. El problema no es con el trabajo, es con la posición que ocupan en la empresa:

“A mí me encanta trabajar con mujeres, aquí hay hartas mujeres, ha ido aumentando, yo en las empresas en que he estado de gerente general normalmente me he rodeado de ejecutivas de distinto nivel, mujeres, por el hecho de que encuentro que se manejan muy bien con los seres humanos” (Gerente general, 60 años).

Aquí el discurso alcanza un nivel más “permisivo”, pues permite la posibilidad de mujeres en cargos ejecutivos. En este caso, el varón sujeto de discurso, gerente general de la empresa (y no de una sino de varias), prefiere *rodearse de mujeres* para llevar adelante el trabajo, confía en ellas, reconoce en ellas una importante particularidad, quizá esa *sensibilidad diferente* que les permite un trato positivo con otros seres humanos. El gerente confía a las mujeres las relaciones humanas en la empresa, mas ellas permanecen en posición subalterna; es él el actor que se *rodea de mujeres*. Las mujeres -y aquellos atributos diferenciales que el discurso les asigna- son útiles al jefe mientras se rodee de ellas, mas no siendo él quien los encarne, el jefe

sigue siendo hombre, mas con cierta capacidad de proyectarse en las mujeres y ponerlas al servicio de su objetivo.

Como conclusión, es posible plantear que el discurso sobre la subjetivación del trabajo del varón-gerente general construye para las mujeres obstáculos prácticamente infranqueables para acceder a la cima, para acceder al cargo de gerente general de una empresa, ya sea por la identificación mujer-madre, ya sea por el cuidado de la *sensibilidad*, considerada un atributo fundamental de su condición sexuada (y de la maternidad). El discurso sostiene para las mujeres una posición subordinada al mismo tiempo que reserva a los varones la posibilidad del ascenso a la cumbre.

1.2. Primer eje discursivo derivado

Manejar gente: el salto y la ruptura de la paridad

La gerencia general es uno de los escalafones más altos en la jerarquía empresarial, es la cima y el lugar que detenta solo uno entre todos los trabajadores de la organización. Además, en el caso de los sujetos entrevistados en esta investigación, constituye una conquista, el logro de un objetivo por el cual se ha trabajado sistemáticamente, se trata de un lugar al que se quería llegar, una meta signada como *ascenso*:

“Me llamaron para ofrecerme un trabajo en una compañía comercial más chiquita, yo estaba a punto de casarme, y vi en esto una forma más rápida de ascender en los cuadros organizacionales y alcanzar una posición de más, más responsabilidad, de forma más rápida que lo que había en la papelera y me cambié de trabajo” (Gerente general, 54 años)

La mirada es estratégica y calculadora, el sujeto de discurso se construye a sí mismo como uno que atiende a la jugada en aras de que, sumando y restando, se gane. Veamos: lo llaman de una compañía *más chiquita*, lo que implica seguramente menos prestigio, pues en sus propias palabras: *“entrar a la papelera (el lugar de trabajo que deja) era deseable, más que por una proyección de futuro, porque los mejores entraban ahí” (Gerente*

general, 54 años). Entonces, abandonar el lugar de los mejores puede vivirse como una pérdida (una operación de resta), pero no cuando salir, en el sentido de egresar del lugar que ocupan los mejores, implica poder identificarse, subjetivarse como *un mejor* y desde ahí, resultar atractivo para cualquier otra empresa. El discurso convierte la pérdida en inversión y en rigor no se pierde. Además, esto estaba calculado, pues la papelera es un objetivo deseable porque ahí están los que se invisten como los mejores *más que por una proyección de futuro*, pues ahí parece ser difícil ascender. La papelera es el trampolín, el semillero, la escuela, no se asciende en su interior, pero desde ahí se conquistan otras cimas.

En consecuencia, en la empresa *más chiquita*, el sujeto de enunciación ve una oportunidad: *vi en esto una forma más rápida de ascender en los cuadros organizacionales*. De este modo, el entonces futuro gerente general que enuncia, revela el principal criterio en la toma de su decisión: *ascender en los cuadros organizacionales*, y por cierto, con economía de tiempo, pues el cambio de trabajo, en ese preciso momento, constituía *una forma más rápida de ascender*. Se combinan entonces ascenso y rapidez, cuestiones del todo coherentes con la metáfora de *carrera profesional*. Cabe destacar entonces que el momento referido como el preciso para hacer el movimiento es enunciado como *estaba a punto de casarme*. Estaba a punto de casarse y había sido investido como un mejor debido a su paso por la papelera, estaba listo en consecuencia, para iniciar su ascenso personal, contaba con la certificación empresarial (la papelera-escuela) y con la compañera necesaria (su esposa-cuidadora de la familia). Vida familiar y vida laboral comienzan a ser entramadas por el discurso pues, como vimos en el análisis del eje discursivo central, el gerente general parece requerir de una esposa que se encargue del cuidado de la familia y que sostenga, principalmente, el vínculo afectivo con los hijos. Para *ascender en los cuadros organizacionales*, el varón sujeto de discurso requiere de su mujer a cargo de una suerte de campamento base.

De esta forma, en la suma y resta, aunque en rigor hay casi pura suma, el cálculo parece ser acertado y el objetivo alcanzado: *ascender en los cuadros organizacionales*.

Ahora bien, dicha expresión parece aludir más a una imagen que a una vivencia sentida, específicamente a la imagen de la posición en el organigrama empresarial y su pirámide. El cálculo es en aras del posicionamiento en el sentido del ascenso. De esta manera, el sujeto de discurso construye un entorno estructurado principalmente por la jerarquía y la importancia –quizá la urgencia también- de ascender a través de ella y *alcanzar una posición de más, más responsabilidad*. El ascenso, en primera instancia entonces, es esto: *alcanzar una posición de más*, que luego se articula con algún otro significativo, el primero que viene es *responsabilidad*. Sin embargo, lo principal parece ser el *más sin más*, y como veremos pronto, un *más* que otros, un *más* que los ex -pares de los que el sujeto de enunciación termina por diferenciarse al ascender a la gerencia general. *Ascender en los cuadros organizacionales* implica trepar por una estructura piramidal, y con ello acceder a posiciones que ocupan cada vez menos personas:

“De hecho, la posición antes de venirme a Chile, estaba a cargo de esta compañía en México, antes de eso estaba a cargo en Venezuela, pero era un negocio que tenía un foco comercial, un foco de ventas muy fuerte, poca gente, mucho manejo de recursos, mucho manejo de riesgo, pero repito, con poca gente” (Gerente general, 54 años)

La alusión de entrada en la cita es a la *posición*, esta parece ser una clave para la definición del sujeto al interior de la empresa. En este caso se alude a una posición de poder manifiesta en la expresión: *a cargo de la compañía*, además a nivel de países: en Venezuela y en México, una posición en la que se ejerce *mucho manejo de recursos, mucho manejo de riesgo* y en consecuencia, la responsabilidad es grande. Sin embargo, algo parece faltarle al puesto para estar completo, cuestión que el enunciante se detiene a enfatizar: *pero repito, con poca gente*, donde la expresión *pero*, viene a marcar la falta, una que requiere repetir y enfatizar. Es el manejo de gente, el ejercicio de la jefatura lo que parece completar el perfil deseado. La *posición* es necesariamente intersubjetiva, relacional, respecto de otros en un organigrama jerárquico.

“Dos años y medio después tomé la gerencia general de la compañía. Me di cuenta que había gente y que había que trabajar con gente. Para mi fue un gran cambio. Tienes un equipo y tienes

que trabajar a través del equipo, con gente que tiene distintas motivaciones, gente que tiene distintas capacidades, con gente que tiene distinta preparación (...) Y tu tienes que trabajar a través de ellos. En mis funciones anteriores era bastante solo, con muy poca gente y donde en realidad cada persona hacía lo que tenía que hacer porque era su deber hacerlo y aquí es un poco distinto, aquí hay que preocuparse un poco más por las motivaciones y porque la gente ojalá esté haciendo lo que le guste, que esté contenta haciendo lo que le gusta, se vea motivada y se desarrolle haciendo lo que está haciendo” (Gerente general, 54 años).

Varias cosas resultan interesantes. Primero, que la gerencia general sea un objeto a ser tomado, aquí el sujeto de discurso lo plantea así: *Dos años y medio después tomé la gerencia general de la compañía.* Se trata entonces de una posición por la que se lucha y la toma del poder es un asunto y un logro eminentemente individual, soy *yo* –el sujeto que enuncia- el que *toma* el poder. Quizá sea esa separación, esa puesta en perspectiva desde una posición más alta, la que posibilita que el ahora gerente general se de *cuenta que había gente.* La gente como que se le aparece de golpe. Esta expresión parece hablar de una historia laboral anterior muy solitaria: *en mis funciones anteriores era bastante solo.* Construye sus puestos anteriores como trabajos en los que él y sus compañeros (posiblemente otros pares en la senda del ascenso) ejercían el rol de sus propios jefes: *donde en realidad cada persona hacía lo que tenía que hacer porque era su deber hacerlo.* Cada cual es dueño y consciente de su deber pudiendo de este modo prescindir de la figura de un jefe y por cierto, del equipo: *cada persona hacía lo que tenía que hacer.* El énfasis está en el desempeño individual y principalmente en el propio. Cuando se *toma* la gerencia general aparecen los otros, mas esos otros que es necesario situar en posición de subordinación, todo indica que no se trata de otros que puedan auto-regularse. La expresión es la siguiente: *Tienes un equipo y tienes que trabajar a través del equipo.* Entonces: del equipo no se forma parte, se es dueño: *tienes un equipo.* Tienes un equipo al que hay que sacar partido, pero la construcción discursiva es más interesante aún, pues es el gerente general el que trabaja, no necesariamente el equipo, es él quien trabaja *a través del equipo.* La operación reporta una suerte de engrandecimiento o proyección de la subjetividad y su voluntad en los demás, es decir, es la acción y la voluntad del enunciante la que se

manifiesta a través del equipo que se tiene, es el poder del gerente general el que se expresa en el trabajo de su equipo, un equipo además caracterizado por la heterogeneidad de sus participantes (en términos de motivaciones, capacidades, preparación). Es el gerente general el que le da sentido a esa heterogeneidad, la guía hacia el logro de sus objetivos o los de la empresa.

Ahora bien, la manera de ejercer esa guía no es por la fuerza, parece ser a través del ejercicio de la comprensión, *hay que preocuparse un poco más de las motivaciones*. Con esto, el enunciante reconoce en el otro una posible motivación diferente, una singularidad por la cual hay que *preocuparse*, lo que aquí quiere decir alinear, o bien, transformar esa posible motivación diferente en la propia. Mas no sólo eso, el desafío contempla también promover que el otro esté *contento* con su trabajo, *que la gente ojalá esté haciendo lo que le guste*. Nuestra interpretación es que el desafío consiste en que los trabajadores –de una u otra forma- se identifiquen con el trabajo y con los objetivos de la empresa encarnados en la figura del gerente general. Trabajar a través de la gente parece implicar un acto de proyección, de continuidad de la motivación del gerente general en los otros, quienes voluntaria y hasta alegremente aceptarían que el sujeto de discurso opere a través de ellos. Los otros son construidos discursivamente aquí como piezas para la expansión del poder del jefe. Un poder aliado con el desarrollo del otro, pues no se construye aquí una noción de poder coercitivo que se oponga a la voluntad de los subordinados, muy por el contrario, se habla de un poder que busca hacer coincidir la motivación de los trabajadores y sus perspectivas de desarrollo personal con las motivaciones y el crecimiento de la compañía que el gerente general dirige.

En este entendido, la capacidad de liderazgo es un asunto que un postulante a gerente general tiene que poder mostrar y demostrar. La capacidad de tener ascendencia sobre la gente es una clave para ascender en la pirámide empresarial:

“No, en (la empresa anterior) manejaba la categoría de empresa láser en una organización que es súper plana, es decir, estaba el country manager y estaba todo el área comercial debajo y

todos pares. Yo no tenía a nadie a cargo mío, no manejaba gente, manejaba mi línea de negocio, trataba con distribuidores, con el equipo, era el líder del equipo comercial digamos, de venta a empresas, pero no era jefe de nadie, eran puros, se llama "individual contributors", contribuidores individuales, éramos pares y reportábamos todos a un gerente que manejaba el país. Entonces, cuando me llamaron a esta entrevista, obviamente lo que yo destacué de mi experiencia fue, por un lado la experiencia que tenía en el negocio, sin duda (mi anterior empresa) era el líder del mercado en ese minuto y obviamente lo que tenía que vender bien era mi capacidad de liderazgo dado que no tenía gente a mi cargo y me estaba yendo como gerente general" (Gerente general, 45 años).

La cosa es más o menos así: hay una organización del trabajo considerada plana por el sujeto de discurso, es más, *súper plana*, lo que habla de cierta ausencia de jerarquías, al menos entre los cargos ejecutivos, salvo una figura que escapa a esa planicie, aquel a quien hay que reportarle, el *country manager*, debajo del cual –en la jerarquía organizacional- se encuentra, en este caso, toda un área comercial, en la cual el sujeto de discurso se posiciona como *líder*, mas no como *jefe*: *Era el líder del equipo comercial digamos, pero no era jefe de nadie*. Liderazgo y jefatura son dos cosas distintas. La primera parece aludir a una suerte de don, a un atributo que algunos sujetos poseen (al menos más que otros), mientras que la segunda es una asignación, una concesión formal de poder otorgado desde arriba. En este caso, ante lo plano de la organización y la condición de paridad implicada en esta, el sujeto de discurso procura posicionarse en un sitio distinto, siendo el *líder digamos*. La expresión *digamos* parece aludir al establecimiento de un acuerdo, se trata de un decir con otros, de un acordar con otros que él es el líder aunque a sabiendas de que no es el jefe. Antes de ser gerente general *yo no tenía a nadie a cargo mío, no manejaba gente*. Ascender al cargo de gerente general es ascender sobre otros y posicionarse en el lugar de *manejar gente*. En este caso, tal cual lo expresa la cita, el desafío del sujeto de discurso fue *vender bien su capacidad de liderazgo*. Si hay algo de lo que hay que convencer a aquellos que están en posición de nombrar a alguien gerente general es de su capacidad de liderar. Insistimos: el candidato a gerente general ha de demostrar su ascendencia sobre los demás para ser ascendido.

Ahora bien, para ascender al cargo, además de liderazgo hay que conocer del mundo de las finanzas. Finalmente, aumentar la rentabilidad de la empresa es una tarea clave del gerente general:

"...Llegué a la oficina en Estados Unidos, y era una sala de reuniones probablemente el doble que esta, donde yo estaba sentado al lado de acá y al otro lado habían, no sé, ocho, el Presidente de X Latinoamérica y todos sus directores (...) Tomé el control de la reunión, pedí permiso para pararme al pizarrón y dibujarles la estructura, porque en definitiva claramente lo que a ellos les preocupaba era mi falta de manejo de gente, ¿cachai? Yo sabía que ese iba a ser el punto. Yo la experiencia del negocio la tenía, manejaba el tema perfecto, entonces también yo siempre había tenido experiencia solo en el área comercial y esto era para hacerse cargo de la empresa completa hueón, finanzas, recursos humanos, servicios, estrategia, todo el cuento. Entonces, en ese minuto, reforcé que yo sí sabía mucho de las otras áreas, que yo había estudiado un posgrado en el extranjero, había estado en Estados Unidos haciendo una especialización en finanzas (...) Expliqué que si yo no había trabajado nunca en finanzas, puta, sabía finanzas muy avanzadas, entonces que por ese lado podían estar tranquilos y después por el lado de la falta de manejo de gente que yo no había tenido, les expliqué que en realidad lo que yo había hecho era mucho más difícil, porque yo me había hecho cargo de liderar un equipo en donde la gente que yo tenía que liderar no eran mis empleados, no dependían de mí, sino que dependían ellos igual que yo de mi jefe, entonces era mucho más difícil posicionarse como líder del equipo (...) La verdad es que fue un momento de gloria hueón, porque ahí me gané el puesto, porque puta, hice todo lo que tenía que hacer" (Gerente general, 45 años).

Tomar el control es aquí un asunto clave, y esto implica al menos una cosa fundamental: adelantarse a la jugada, saber o creer saber lo que el otro espera de ti. En una entrevista para ser calificado como gerente general hay que demostrarle a aquellos en posición de decidir -expresados aquí como *el Presidente de X Latinoamérica y todos sus directores*- la capacidad para *tomar el control*. En este caso, el sujeto de discurso refuerza la idea de que él sabía lo que los otros querían escuchar y en virtud de ello despliega su performance: *porque en definitiva (sabía) claramente lo que a ellos les preocupaba*. El control tiene que ver con saber lo que al otro le

preocupa y ese saber no deja lugar a dudas, lo que queda de manifiesto en la expresión doble *en definitiva claramente*; seguido de un *yo sabía que ese iba a ser el punto*. En consecuencia, sin que le pregunten, el sujeto de discurso resuelve las dudas de aquellos que pueden elegirlo gerente general. La estrategia parece ser generar cierta seguridad que al menos en este tramo del discurso tiene que ver con dos cuestiones principales: el manejo de las finanzas y el manejo de la gente. El sujeto de discurso se identifica con el objetivo central de la empresa en el plano financiero, *por ese lado pueden estar tranquilos*, plantea, construyendo una alianza y por el otro, el del manejo de gente. Lo que importa dejar claro es que como gerente general él será de utilidad para la empresa y sus objetivos, se trata de una alianza estratégica con el poder, de la construcción de una identificación con el poder, en el sentido de favorecer el hecho de ser identificado por aquellos en posición de decidir como la mejor decisión que podrían tomar en virtud de cómo este sujeto se torna idéntico a ellos, manifiesta su identidad con ellos.

Insistimos: el poder de convicción es enfatizado acá en dos dimensiones; las finanzas y la gente. *Expliqué que si yo no había trabajado nunca en finanzas*, movimiento retórico con el que el enunciante reconoce una falta, pero no cualquier falta, sino la que intuye, o más bien sabe, que los otros ven. Se identifica con ellos, les hace ver que los comprende y luego, *puta, sabía finanzas muy avanzadas*. El sujeto se posiciona en el lugar del potencial, pues si bien no lo ha hecho, eso es porque no ha tenido la oportunidad de hacerlo. Además, otra vez utiliza el recurso de la identificación, pues la entrevista es en Estados Unidos, mismo lugar en el que el sujeto afirma haber aprendido *finanzas avanzadas*. Da cuenta del manejo de un mismo idioma, y en consecuencia, *por ese lado* (el de las finanzas) *podían estar tranquilos*. Continúa el relato: *y después por el lado de la falta de manejo de gente que yo no había tenido, les expliqué que en realidad lo que yo había hecho era mucho más difícil, porque yo me había hecho cargo de liderar un equipo en donde la gente que yo tenía que liderar no eran mis empleados, no dependían de mí, sino que dependían ellos igual que yo de mi jefe, entonces era mucho más difícil posicionarse como líder del equipo*. Se trata del mismo juego: anticiparse a la falta que el otro sabe y cubrirla. En este caso sobre el

manejo de gente, cuestión clave para una gerencia general. El sujeto argumenta ser capaz de ejercer liderazgo sin ser jefe, que en definitiva tiene una cualidad diferente que lo hace sobresalir entre los pares, que por sí solo rompe la paridad, por lo que si es designado jefe, convirtiendo a los que fueran pares en *empleados*, ese liderazgo, o bien, ese don de mando o como sea, le será aún más fácil.

Continúa: “*Cuando no tenís la jineta, sino que tenís, yo, cuando estaba en X (la empresa anterior) era el líder indiscutido y si a alguien le preguntaban quién era el que cortaba, quien mandaba, quien era el que la llevaba, era yo, que me había posicionado ahí*” (Gerente general, 45 años). La posición del gerente general es fundamentalmente una posición de ascendencia sobre gente: hay que *cortar, mandar, llevarla*. Respecto de esto último, no deja de ser interesante como se cuela en el discurso una expresión venida del *coa*, pues *llevarla* es eso, refiere al *choro más choro*, al que domina la situación y a los demás, ya sea en la calle o en la población penal. *Llevarla* es un atributo del que tiene poder, del dominador, aunque no haya *jineta* ni reconocimiento formal de por medio. Un lugar en el que el sujeto de discurso se posiciona por sí mismo, por su propia fuerza y de modo *indiscutido*.

Ahora bien, lo importante aquí es que ese es el *momento de gloria*, cuando la performance es auto-evaluada como perfecta en la expresión *porque puta, hice todo lo que tenía que hacer*. Como corolario entonces, la performance que el poder quería ver, la performance necesaria para dar el salto a la gerencia general es precedida por el significativo *puta*, lo que puede ser interpretado desde la lógica de quien se vende para complacer (al poder) y con ello, para que el poderoso le conceda también parte de su poder. La *gloria* es la consumación de la identificación con el poder.

1.3. Segundo eje discursivo derivado

Perder sensibilidad: podérsela siempre, no se puede guatear

Como quedó planteado en el análisis del eje discursivo anterior, el ascenso a la gerencia general implica, como uno de sus principales atributos, ascender sobre otros y en esta medida, tomar decisiones a través de otros, pero también por otros y sobre otros. El cargo parece no estar completo mientras se ejerce un manejo importante de riesgos y recursos que no alcanzan a la gente. Ahora bien, el trabajar con y sobre gente es vivido, en la voz de los gerentes generales entrevistados, al modo de un desafío personal, al modo de una prueba subjetiva que exige un manejo y un control adecuado de sus propios afectos y emociones:

“E: ¿Qué te implicó (el ascenso a la gerencia general) a nivel de cuerpo, a nivel de emociones?”

GG: No. Fue un gran desafío. Un gran desafío. Además, me tocó en una época en que las cosas estaban muy malas, tuvimos que sacar un grupo de gente importante

E: O sea, ¿despedir gente?

GG: Si, cerca del 20% del personal

E: ¿Cómo fue eso para ti?

GG: Durísimo. De hecho fue cerca del 20% en número de gente, pero fue cerca del 25% en costo, o sea, con esto se puede concluir que salió bastante gente de posiciones muy altas. Mi señora era en ese entonces profesora de un colegio y me tocó sacar a papás de alumnos de mi señora, a papás de compañeros de mis niños, echarlos, fueeee, fue un desafío importante. Gente con la que yo había trabajado codo a codo, gente que eran en su momento, pares míos.” (Gerente general, 54 años)

¿Qué cosas importantes para nuestra investigación encontramos aquí? Veamos. Primero, ante la pregunta por las emociones y los registros corporales implicados en el hecho de asumir la gerencia general y más aún, asumirla en un momento particularmente delicado de la compañía, la respuesta desestima cualquier compromiso emocional: *No. Fue un gran desafío*. El *No* con el que se inicia la expresión parece construir una situación que se vive al margen de la emocionalidad. Las sensaciones y emociones son reducidas al concepto de desafío, aunque no cualquier desafío, sino un *gran desafío*. El sujeto de discurso se posiciona a sí mismo en situación de examen ante el cual urge salir victorioso, un desafío es pues una competencia que se asume con la intención de ser ganada. De este modo, la posición subjetiva

construida discursivamente parece ser la de un “mejorador”, pues: *Además me tocó en una época en que las cosas estaban muy malas*, de lo que pueden desprenderse dos cosas. La primera es que su misión era mejorarlas, estaba puesto ahí para mejorarlas, y la segunda, que lo logró, que lo consiguió pues *las cosas estaban muy malas*, con lo que plantea: antes de mi y mi gestión, no ahora en el presente. El gerente general está ahí para comandar el desarrollo de la empresa y el hecho de que las cosas estuvieran muy malas se relaciona –al menos en este trazo del discurso- con la rentabilidad, es construido como un problema de costos, como un desbalance económico cuya solución pasa por *sacar un grupo de gente importante*. Aquí nos detendremos unas líneas, pues esta expresión no es menor en la medida en que no se trata de un *importante grupo de gente*, sino de un *grupo de gente importante*, construido acá como altos ejecutivos de la empresa: 20% del personal que explica un 25% de los costos totales para la compañía. Reducir costos es el desafío, una cuestión de orden aritmético en la que al parecer lo afectivo también es restado. Con esta operación, la ruptura de la paridad es radical, pues no solo se asciende por sobre los ex pares sino que se los elimina, se los *saca* de la empresa. Más aún cuando no solo se trata de gente considerada *importante*, sino de gente cercana: *papás de compañeros de mis hijos (...) gente con la que yo había trabajado codo a codo, gente que eran, en su momento, pares míos*. En consecuencia, parece ser que los pares de otro momento, es decir, los iguales a mí antes, aquellos con los que el sujeto de discurso tuvo algún nivel considerable de identificación, ahora son un número incómodo para el balance de la empresa. Respecto de esto, el gerente general entrevistado insiste en su posición: *echarlos, fueeee, fue un desafío importante*. En esta operación discursiva el afecto es puesto en suspenso, todo indica que en ese *fueeee* que se alarga se diluyen las emociones, se ahoga cierta sensibilidad, constituyendo un ejercicio que permite al sujeto de discurso volver a posicionarse en la lógica del desafío, pues finalmente, *fue un desafío importante*. Un desafío que queda en el pasado, un desafío superado.

La entrevista siguió indagando en esta materia:

“E: ¿Qué sensaciones te trajo eso, cómo fue tu vivencia personal, en un plano afectivo?”

GG: Yo te diría que en ese momento era tal la necesidad de hacer los cambios, era tal la necesidad de supervivencia, que no tenías mucho, era tal el volumen de cosas que tenías que hacer que no tenías ni siquiera tiempo para detenerte a ver si estabas con dolor de estómago o no (ríe). No había mucho tiempo, entonces, eh..., la misma adrenalina de lo que estabas haciendo, de todo el desafío que tu tenías te hacía sobrellevar una carga de trabajo fuerte, largas horas, días largos, ¿ya? Llegaba muy temprano y me iba muy tarde, ¿ya? Y, y, y, con malas caras, con pérdida de algunos amigos, con distintas cosas

E: ¿O sea, tuvo costos afectivos en ese sentido?

GG: Que posteriormente me fui dando más cuenta. En el momento sí, era duro, pero era lo que había que hacer, entonces no había mucho caso" (Gerente general, 54 años)

El sujeto de discurso justifica su acción construyéndola discursivamente como inevitable, como un asunto de *supervivencia*, por lo que *no había mucho caso* en cuestionar afectivamente las decisiones. Respecto de la supervivencia se pueden entender al menos dos cuestiones: en un plano más manifiesto podemos pensar en la *supervivencia* de la empresa que pasaba por un mal período y había que rescatarla y en uno más latente se juega aquí la *sobrevivencia* propia en el cargo y en la empresa. Fue él quien *tomó* la gerencia general en circunstancias que podría haber sido cualquier otro ex par, que posiblemente también habría tenido que echarlo. El recurso a la metáfora de la *sobrevivencia* es clave, pues posiciona al sujeto de discurso en un campo de batalla, configurando el escenario laboral como un lugar en que la vida está en juego, donde o se mata o se muere. El desafío toma tintes de duelo, como esos del *far west*, en los que después de matar, el *cowboy* continúa con su vida sin tiempo ni espacio para poner en cuestión la experiencia de quitarle la vida a otro, pues era un asunto de supervivencia y es él el que sigue vivo.

La vida sigue y es la organización del trabajo en la empresa la que es puesta aquí como una suerte de bloqueo a la reflexión de la vivencia y su componente afectivo: *era tal el volumen de cosas que tenías que hacer que no tenías tiempo para detenerte a ver si estabas con dolor de estómago o no (ríe)*. La detención, la pausa, cuestión clave para posibilitar la reflexión, es construida acá como una suerte de imposible. La organización del trabajo no deja tiempo ni espacio para sentir o pensar lo que le pasa

al trabajador con el trabajo, bloqueando incluso los mensajes mas básicos del cuerpo expresados aquí como el *dolor de estómago*, indicador clave de incomodidad y de falta de metabolización -o digestión- de la experiencia. La risa (*ríe*) es también elocuente, pues se trata de una risa que da a entender cierta satisfacción, cierta convicción de posicionarse más allá de la incomodidad del cuerpo, de un triunfo sobre las señales del cuerpo. No sentir y no pensar se consigue siguiendo un ritmo de trabajo sin tregua: *No había mucho tiempo, entonces, eh...* La cosa parece ser sencilla: si no se para entonces se sigue y seguir implica continuar con la batalla. En este marco es interesante el recurso al significante -traído de la biología- de la adrenalina: *la misma adrenalina de lo que estabas haciendo, de todo el desafío que tu tenías te hacía sobrellevar una carga de trabajo fuerte*. La adrenalina es una hormona y un neurotransmisor implicado en las acciones de ataque o huida del sistema nervioso autónomo, por lo que obedece a una descarga involuntaria, automática, no sujeta a reflexión. La lucha o la huida son las reacciones posibles ante una situación de estrés y en este caso la orientación es abiertamente hacia la lucha, hacia la aceptación del desafío que implica el cargo de gerente general. La organización del trabajo que lidera el sujeto entrevistado es significada como *adrenalinógena*, pues conduce a funcionar en aras de la sobrevivencia más allá -o mejor más acá- de la posibilidad de reflexión y de pausa y de este modo, el posible conflicto afectivo implicado en la decisión es desviado hacia el problema de la carga de trabajo y con ello, el sujeto se sitúa afuera, en el hacer, no adentro, en la posibilidad de sentir qué le pasa con ese hacer. Como se discutirá más adelante, la cuerpopropiación de la organización del trabajo opera en contra del cuerpo y su sensibilidad. Es más, la gerencia general parece tratarse de un cargo en la organización del trabajo que conlleva la *pérdida de algunos amigos*. La ruptura de la paridad parece ir de la mano de la pérdida de amigos y ésta, con la pérdida de sensibilidad.

La posibilidad de cierto reposo reflexivo viene después: *posteriormente me fui dando más cuenta*. Sin embargo, al volver la vista atrás, el gerente general vuelve a justificar su acción y su participación en esta batalla como *algo que había que hacer*. Antes del

sentimiento opera la justificación, todo indica que más calculadora que reflexiva. Continúa el discurso:

“Entonces era una misión que debía cumplir por el bien del resto, no había tiempo para detenerse a sentir, los sentimientos y esas cosas vienen un poco después, cuando, cuando un poco logras la meta, hiciste lo que tenías que hacer, viste los frutos y te baja un poco la adrenalina, ahí empiezas a sentir cansancio, empiezas a sentir algo de dolor, ¿ya? O incluso hasta remordimiento, ¿por qué hice esto? ¿Podría haberlo hecho de una forma mejor? Pero de momento, la adrenalina te ayuda a seguir adelante, te da fuerza para sobrellevar estos momentos que son más o menos difíciles. Entonces, creo que la motivación por el logro es muy importante, eso es lo que te ayuda a seguir adelante, alcanzar ciertas metas, alcanzar ciertos objetivos, que pueden ser económicos, que pueden ser organizacionales, que pueden ser reputacionales, etc. En mi caso era más un desafío profesional, decir yo me la puedo, esa es la cuestión, esto lo podemos dar vuelta, y después, después de un tiempo uno se sienta y piensa lo que hizo, cómo lo hizo, cómo podría haberlo hecho mejor” (Gerente general, 54 años).

La mirada retrospectiva enfatiza el logro y de esta manera construye una imagen de triunfo, de ganancia, en la que el costo puede ser afectivo, pero sumando y restando, se gana. El sujeto de discurso se posiciona en el lugar de la *misión que debía cumplir por el bien del resto*, erige su experiencia como algo virtuoso, de entrega a un deber que lo trasciende y lo determina, pues primero: no se hace sólo por uno, sino por el *resto* (cabe consignar que con esta expresión parece construir a los otros, aquellos otros que logran permanecer en la empresa con él, el *resto*) y segundo: se construye como una experiencia de la que no se puede zafar, construida al modo de un deber ineludible.

Ahora bien, en el cumplimiento de la misión *detenerse a sentir* constituye una pérdida de tiempo y energía y en este trance, si hay algo susceptible de ser postergado, esos son los sentimientos: *los sentimientos y esas cosas vienen después*. Los sentimientos y *esas cosas* que ni siquiera vale la pena nombrar. Los sentimientos palabreados como *esas cosas* son puestos en posición subalterna, de menor importancia cuando se asume la consecución de la meta del gerente general y la compañía. Lo primero es el deber y

el logro, salir victorioso del desafío: *cuando un poco logras la meta, hiciste lo que tenías que hacer, viste los frutos (...) ahí empiezas a sentir algo de dolor ¿ya? O incluso hasta remordimiento*. El dolor y los remordimientos en el momento mismo de la acción muy probablemente estorbarían la performance, so riesgo de fracasar en la misión, las emociones asociadas al rol, especialmente en el contexto en que este gerente general asume el cargo, constituyen un problema. La sensibilidad, la escucha del propio cuerpo obstaculizaría la tarea. Otra vez los afectos parecen ser sometidos a una prueba matemática, a un proceso de cálculo, pues a la luz del *logro*, a la luz de los *frutos* obtenidos, puedes sentir *algo de dolor*. El dolor se relativiza, lo mismo que el *remordimiento* que *incluso hasta* se podría sentir. Remordimiento y dolor quedan amortiguados en la ecuación final: *hiciste lo que tenías que hacer* y, mal que mal, se obtuvieron los frutos esperados. En este caso, la acción de reducción de personal y de eliminación de ex pares de la compañía es construida como un movimiento prácticamente obligado, para el que no quedó alternativa y en ese momento, primó la *adrenalina*. Otra vez el recurso a la adrenalina que al parecer viene a cumplir una función naturalizadora de la acción, la cual es movilizada por cuestiones de orden biológico. En consecuencia, en esta construcción discursiva del trabajo, la *motivación por el logro* es ligada a lo natural. La adrenalina y la motivación por el logro son los motores para *seguir adelante* con la *misión*, se construyen aquí como las principales fuentes de la fuerza requerida en la gestión, quizá como valores primordiales del cargo.

El gerente general se posiciona como un sujeto orientado a *metas*, a *objetivos*, quizá más que a procesos. A logros que el discurso logra distinguir: *económicos, organizacionales, reputacionales*. Podemos pensar que el sujeto de discurso enumera y prioriza. Primero, económicos, pues el movimiento que describe tiene que ver con mejorar los balances económicos de la compañía, su rentabilidad. Segundo, organizacionales, que muy probablemente se ligen al primero, es decir, cómo hacer funcionar la organización a un menor costo, esto es, con una disminución importante de su personal contratado y tercero, reputacionales. La reputación es un asunto que tiene que ver principalmente con la imagen, con cómo se es percibido por otros. En

esta construcción discursiva puede tratarse de una reputación personal o corporativa, lo importante es que el sujeto se posiciona o busca posicionarse en un perfil desde el cual pueda ser bien visto, valorado. Esto resulta interesante, pues, el discurso también reconoce que en el proceso se pierden amigos, que hay pérdidas a nivel afectivo, lo que parece indicar que para el sujeto enunciante ser valorado es más importante que ser querido.

Finalmente, el sujeto de habla plantea que la gerencia general le ofrece un *desafío profesional* con importantes alcances personales: *decir yo me la puedo, esa es la cuestión*. Todo indica que llegamos al fondo del asunto y este es demostrar poder, dar cuenta de que se puede, que el sujeto se la puede. La performance del podérsela es posicionada acá como el objetivo final, pues *esa es la cuestión*. Mostrar, lograr ser percibido como uno que se la puede, capaz de tomar las riendas de la compañía y orientarla hacia sus metas, especialmente las de orden económico, contar con la reputación, en el sentido del reconocimiento como capitán de la empresa, quedar identificado con el poder. *Después, después de un tiempo uno se sienta y piensa lo que hizo*. Parece configurarse la siguiente secuencia: primero el cálculo, la adrenalina y echar para adelante y segundo el pensamiento, la reflexión, pero siempre a la luz del logro económico de la acción y por cierto, del demostrar(se) que se la puede.

Continuemos, pues la idea de podérsela se repite en otras entrevistas, esta vez como una necesidad de posicionarse en un lugar de cierta superioridad:

“...E: ¿Y cómo haces para manejarlo (el estrés)?

GG: Es que siempre pienso que nunca es terrible nada, que al final va a pasar y que voy a salir adelante, me trato de convencer de que yo me la puedo siempre y que me va a ir bien, digamos, y he tenido suerte y me ha ido bien hueón, la verdad es que fue duro al principio, digamos, llegar ahí y todos mirándote con cara de qué hago, o de dónde salió este que es tu jefe ahora y que a quién le ha ganado, que es lo típico, a posicionarme y que después los tipos me fueran a pedir consejos poh hueón ¿cachai? (Gerente general, 45 años).

En este trazo de entrevista otra vez es el “estrés” el que se reduce y el manejo del mismo implica no detenerse a sentirlo, es más, como un no darle cabida: *Es que siempre pienso que nunca es terrible nada*. El sujeto enunciante se posiciona por encima de cualquier situación y en su afirmación lo marca con un doblaje recurriendo a las expresiones *siempre* y *nunca*, que no dejan lugar a la duda, no dejan nada por fuera. Hay algo que ocurre *siempre*, sin falta, y eso es pensar que *nada es terrible*. Lo terrible, o bien, aquello que podría llegar a dañar o a resultar amenazante para el sujeto simplemente no existe, es borrado de un plumazo por la fuerza del pensamiento. La fuerza es mental: *me trato de convencer que yo me la puedo siempre*. Esta expresión sin embargo, deja algún espacio a la duda, pues *me trato de convencer* implica que hay que hacer un esfuerzo, un esfuerzo del pensamiento, un esfuerzo de auto-convencimiento. *Con-vencer* significa lograr que otro crea que algo es posible por fuerza del pensamiento y las razones y, hasta cierto punto, esto implica *vencer*, ganar y en este caso, ganarse a sí mismo; *con-vencerse*. Quizá en el *me trato* el sujeto desliza cierta consciencia de la imposibilidad de su postura, pues *podérsela siempre* significa fallar *nunca*, alude al “cero error” esperado en las prácticas del management de la excelencia que, como discutiremos más adelante, parece ser una clave de la corporeización del gerente general. El sujeto se sitúa en el lugar de quien nunca cae, constituyéndose como un invencible, lo que por supuesto es posible sólo en el plano de la idealidad, del pensamiento.

Ahora bien, *podérsela siempre* es un asunto del que el sujeto del discurso procura convencerse a sí mismo, pero también a los demás. Se trata de una performance para otro, otro que es construido discursivamente como uno que espera ser convencido, o bien, que está esperando el error, pues *todos están mirándote con cara de qué hago*. El cargo de gerente general se construye como un cargo expuesto, que genera expectativas, que configura a los otros como expectantes, o quizá como jueces o potenciales admiradores de la performance individual, pues *todos*, sin faltar ninguno, miran y esperan qué hará, cómo justificará el ocupar el rol al que asciende, un cargo reservado a solo uno en la empresa. La pregunta, la sospecha que el sujeto enunciante intuye sobre sí es *¿a quién le ha ganado?* Parece la pregunta por el desafío y en

consecuencia hay que demostrar que se es un ganador. Además, esta duda sobre la capacidad ganadora del gerente general es construida aquí como *lo típico*, vale decir, como lo más representativo de las relaciones interpersonales, al menos a nivel de una gran compañía. Se trata de lo que el sujeto de discurso espera de los demás, para lo que su respuesta ha de ser demostrar que se la puede y con ello, justificar y legitimar su presencia en el rol, posicionarse en lugar superior, en ese lugar de al que le van a *pedir consejos*.

De todos modos la posición de superioridad inscrita en el cargo de gerente general es construida como algo que no se consigue de una vez y para siempre, sino por el contrario, como una posición que permanentemente hay que confirmar, por lo que hay que volver, toda vez, a demostrar que *uno se la puede*:

“A ver, yo muchas veces estoy en situaciones que causan o causarían mucho estrés, como ir a presentar a Estados Unidos, me toca ir a otro país cada tres meses y presentarle a todos los directores de X (la empresa) Latinoamérica. Siempre está en juego mi trabajo. O sea, si en esas entrevistas, en esas reuniones, tu guateai, probablemente te va acostar la pega, así de directo, no podís guatear, o sea, pa eso estai. Ese es el estrés que hay en definitiva. No podís guatear ahí porque están todos los hueones que manejan la compañía a nivel Latinoamérica y si tu guateai ahí, a la larga te va costar la pega, a la corta yo diría. Entonces hay que ir bien preparado, hablar en inglés, es todo un tema, siempre es estresante, pero yo te diría que a la larga no pasa nada hueón y hay que siempre pensar que todo fluye, hay que llegar bien preparado nomás, en la medida en que estás bien preparado y sabes que los números que estás presentando son buenos, que tenís los respaldos pa defenderte, el resto no importa” (Gerente general, 45 años).

La cita construye una situación en la que cualquiera se estresaría, mas no necesariamente el sujeto de discurso. Una situación en la que hay que *defenderse* y en tanto, que constituye una amenaza. Sin embargo, la posición subjetiva conlleva la noción de superioridad, parece decir posiblemente muchos otros se estresarían, mas yo no. Ahora bien, lo estresante aquí se construye en función de al menos dos cuestiones fundamentales. La primera tiene que ver con la exposición, con la imperiosa necesidad de demostrar a los jefes la capacidad de hacer las cosas bien,

pues se rinde cuenta a *todos los directores de la empresa en Latinoamérica*. Es un asunto de performance, de puesta en escena en una prueba en la que salir mal puede implicar la pérdida del trabajo y con ello, la caída de la posición alcanzada: *Siempre está en juego mi trabajo. O sea, si en esas entrevistas, en esas reuniones, tu guateai, probablemente te va a costar la pega*. Otra vez el sujeto de discurso recurre a la expresión *siempre*, generando discursivamente al mismo tiempo una tensión que no cesa y una tensión que siempre se supera, de la que siempre se vuelve a salir victorioso. Es significativo que dicha performance se exprese recurriendo a una imagen que alude al cuerpo: a la guata, al abdomen que debe permanecer duro. *Guatear* en buen chileno significa comenzar a fallar, desinflarse y con ello, perder cierta tensión. Ahora bien, apretar el estómago es también un recurso para controlar la emoción e implica mostrarse recio, casi imperturbable; el lector puede hacer el ejercicio. No guatear constituye un esfuerzo por no fallar, por no perder la forma y en términos reichianos –como será discutido posteriormente- controlar el sentimiento. El discurso es aún más enfático, pues *pa eso estai*, el gerente general está ahí, en su cargo, para no fallar y es eso lo que debe demostrar a *todos los hueones que manejan la compañía*. Este giro es interesante ya que los mismos directores ante quienes no se puede fallar, para quienes se prepara una performance gravitante para la conservación del puesto de gerente general, una performance *zero default* son, acto seguido, contruidos como los *hueones que manejan la compañía* y los *hueones*, en buen chileno, quiere decir los pelotudos, los tontos o al menos aquellos susceptibles de embaucar. En buena medida, “hacer hueón” a alguien, ponerlo en esa posición, equivale a engañarlo y quizá, a sacar provecho de ese otro también. En definitiva, situar a otro en posición de *hueón* es poner a ese otro en posición de dominado. El sujeto de discurso emerge dueño y señor de su performance, está todo bajo control, *yo te diría que a la larga no pasa nada hueón* y aquí, en esta expresión, el *hueón* soy yo, quien hace la entrevista. Parece tratarse de una escena en la que los sujetos de (supuesto) poder -*los hueones que manejan la compañía, los directores de la empresa a nivel Latinoamérica*- son manejados por el sujeto puesto a prueba, quien toma el control de la situación, pues conoce las claves para nadar en esas aguas: *estás bien preparado y sabes que los números que estás presentando son buenos, el resto no*

importa. El gerente general sabe lo que quieren oír los directores de la compañía: que sus intereses económicos están en buenas manos, que a la postre los números andan bien, y nada más importa.

Finalmente, y al modo de otra vuelta de espiral, para asegurarse de que se tienen buenas manos para el manejo financiero de la empresa y su directorio, resulta clave dominar la sensibilidad del propio cuerpo:

“Una empresa que busca el lucro, ¿ya?, y no es una fundación de caridad, tu tienes ciertos objetivos y tienes que alcanzarlos, por un lado tienes accionistas que te exigen crecimiento, que te exigen rentabilidad, por otro lado tienes proveedores que quieren ser un socio contigo, por otro lado, tienes clientes que demandan productos en forma cada vez más exigente, con mejores estándares de calidad, con menores precios, mejores niveles de servicio y tienes un equipo de gente con los cuales tienes que hacer todo eso, entonces, empiezas a..., cuando tienes mucha sensibilidad te mareas un poco en todos los detalles y puedes perder de vista los objetivos finales (...) y ahí es donde no puedes marearte, no puedes privilegiar a una persona por sobre la organización por ejemplo, ahí es donde a veces hay que ser frío, pragmático y si hay alguien que va contra el objetivo común, tienes que prescindir de ella, o se encarrila, se enriela o prescindes de ella. A eso es a lo que me refiero que hay que ser un poquito más frío y no hay que marearse” (Gerente general, 54 años).

La cita empieza consignando cual es el objetivo principal de la compañía para la que el gerente general trabaja: *una empresa que busca el lucro, ¿ya?*, cuestión que se posiciona en virtud de otra cosa que no es, *una fundación de caridad*, donde el uso del *¿ya?* puede ser interpretado como un *¿está claro?* Lucro y caridad se construyen como pares opuestos (quizá al modo del binario hombre/mujer, recordemos que es *su* mujer la que se dedica a “un par de cosas sociales”) y trabajar en una institución que busca el lucro implica orientarse al logro de determinados objetivos. El primero de ellos, al menos en el orden en que los presenta el discurso, se dirige a la satisfacción de los intereses de los accionistas, es decir, lucrar, la rentabilidad de la empresa. Todo indica que ese es el objetivo en torno al cual se organizan los demás, hay que obtener una buena rentabilidad, no obstante, al mismo tiempo hay que satisfacer a los

proveedores y equilibrar una relación de sociedad con ellos, que les permita vender sus insumos a buen precio por un lado y comprar insumos de un determinado nivel de calidad que le permita a la compañía ganar y/o fidelizar a una clientela comprendida como cada vez más exigente y para ello, hay que manejar un equipo de gente y su motivación para el logro de los objetivos de la empresa.

Ahora bien, lo central, o lo que se destaca en aras del análisis que aquí se realiza, es que para poder coordinar estas diferentes fuentes de exigencia y conducir las hacia el objetivo principal de la empresa y sus dueños, a saber, el lucro -cuestión que el sujeto de discurso utiliza como definición de entrada para la compañía que conduce- hay que manejar la propia sensibilidad en el ejercicio de las tareas de gestión empresarial, porque *cuando tienes mucha sensibilidad te mareas un poco en todos los detalles y puedes perder de vista los objetivos finales*. Lo que sugiere este extracto de la cita es que tanto la caridad como la sensibilidad desvían de los objetivos de la empresa, pues con sensibilidad en demasía hay riesgo de mareo, de pérdida del norte y *ahí es donde a veces hay que ser frío*. Es la frialdad emocional la que en definitiva protege del mareo y permite el ejercicio del pragmatismo que implica, al menos aquí, ver a las personas en tanto útiles o no a los fines de la empresa, fines que son construidos por el discurso como *objetivo común*. Con este simple truco retórico el gerente general convierte su objetivo (y el de la empresa que representa) en el objetivo compartido; su subjetividad se continúa en aquellos otros que trabajan por este objetivo y se ve interrumpida en aquellos que lo obstruyen. Como corolario: *o se encarrila, o se enriela o prescindes de ella*. Insistimos, las personas son evaluadas por su utilidad, son los instrumentos del poder del jefe que debe mantenerse frío en términos emocionales para no perder el rumbo de la compañía, para determinar quién sirve y quién no, para mantener a la empresa sobre los rieles de la rentabilidad.

1.4. Tercer eje discursivo derivado

La relación trabajo-dinero-familia: el gerenciamiento de la vida familiar

Un argumento que es construido discursivamente como de fondo es que se trabaja no como un fin en sí mismo, sino como una forma de sostener y proyectar una familia. Cuando se habla de familia es ésta la que es posicionada en el primer lugar y es construida como el motor principal que tanto impulsa como obliga a desarrollarse y mantenerse en el trabajo:

“GG: Sin duda, esto (el trabajo) se liga con lo que es tu vida personal, o sea, una de las cosas importantes es que yo creo que el trabajo está al servicio de la familia y no la familia al servicio del trabajo

E: ¿Y cómo sería eso?

GG: O sea, mi objetivo principal es desarrollar una familia, con mi señora, con mis hijos, que mis hijos sean buenas personas, que usen sus capacidades, se desarrollen

E: ¿Cuántos hijos tienes?

GG: Seis hijos, que usen sus capacidades en plenitud, que sean buenas personas, buenos hombres, buenas mujeres y para eso.....

E: Para eso, ¿cómo sientes tú que tu trabajo colabora con esa misión?

GG: ¡Uy! Uno, hay un tema económico por medio, sin duda que es relevante, no se puede dejar de lado, o sea, todos tenemos necesidades económicas, más o menos, pero todos tenemos necesidades económicas

E: Y en el caso de tu familia, ¿tú eres el sostenedor principal?

GG: Si, si, el sostenedor. Y seis niños cuesta mantenerlos, ¡cuesta, cuesta! ¿Ya? Y entonces, esa es otra motivación también por hacer más y a la vez, es como una camisa de fuerza, que en mi caso, me impide tomarme ciertas libertades. Quizá, si yo fuera soltero y no tuviera esta camisa de fuerza digamos, que es la responsabilidad de mantener y desarrollar mi familia, podría mandar todo a la cresta y lanzarme a una aventura. ¿Tengo la libertad? No, no la tengo. ¿Eso es algo que me cuestione todo el tiempo? No, no es algo que me cuestione todo el tiempo. No, es un grado de libertad que no tengo. La responsabilidad como sostenedor es una presión.

E: Eso, ¿cómo te vives ese lugar de sostenedor?

GG: Son demandantes poh, son súper demandantes. Yo digo, yo tengo un súper buen trabajo, me pagan bien, estoy feliz con esto, lo paso bien, pero todo lo que produzco va para la familia y siempre quieren más y demandan más. Siempre es poco. Pero es un deber, es un deber y estoy feliz de hacerlo y, y, y, yo creo que es una motivación para sacarme la cresta todos los días, por cumplir con mi deber, por hacer las cosas mejor” (Gerente general, 54 años).

El discurso construye, al menos en términos manifiestos, un sentido claro para el trabajo y ese es la familia. Familia y trabajo son posicionados como dos actores con una profunda interconexión en la que el segundo está *al servicio* de la primera. De este modo se construye también una priorización: *una de las cosas importantes es que yo creo que el trabajo está al servicio de la familia y no la familia al servicio del trabajo*. Es posible desprender de la cita que el principal organizador de la vida es la familia. Cuando aparece la familia en el orden del discurso tienden a desaparecer cualesquiera otros sentidos dados al trabajo: el desarrollo propio, el de la empresa, el de la comunidad, el país o cualquier otro posible. El trabajo es puesto al modo de un instrumento para el logro del *objetivo* signado como *principal*, cual es *desarrollar una familia*, en la que el varón sujeto de discurso tiene una función primordial, la de *sostenedor*.

La ligazón entre trabajo y familia no es directa, se trata de una relación mediada por el dinero; *hay un tema económico por medio*. Se trabaja para conseguir el suficiente dinero para mantener a la familia. Un objetivo, expresado como *que mis hijos sean buenas personas, que usen sus capacidades, se desarrollen*, aparece de algún modo condicionado por el dinero que se gane, por un factor bajo el signo de lo económico: *¡Uy! Uno, hay un tema económico por medio, sin duda que es relevante, no se puede dejar de lado, o sea, todos tenemos necesidades económicas*. El tema marcado con el número *uno*, y más aún, antecedido por una exclamación *-¡Uy!-*, es el económico. El logro del objetivo familiar y del desarrollo de los hijos requiere del dinero y eso es una cuestión incuestionable y universal: *sin duda todos tenemos necesidades económicas*. El varón sujeto de discurso se posiciona aquí como el constructor de la base material para el desarrollo de sus hijos. Es sobre su trabajo y el sueldo que reporta que el edificio familiar puede ser levantado y ese es el lugar signado como *sostenedor*.

El discurso plantea: *Si, si, el sostenedor*, deteniéndose a remarcar el rol o la posición en que se sitúa a sí mismo el sujeto del discurso en su familia. Todo indica que este puede ser comprendido como el “verdadero trabajo”, pues constituye el *objetivo principal*

del sujeto que enuncia. Se trata a su vez, de un trabajo que *¡cuesta, cuesta!* Nos animamos a interpretar que el doblaje de la voz *cuesta* apunta a comprenderla en una doble significación, a saber, primero, en el sentido del esfuerzo, en el sentido de un trabajo que exige al sujeto del discurso, que alude a lo costoso en tanto dificultoso, y segundo, lo costoso en el sentido de lo caro, en una acepción de orden cuantitativo, ligada al dinero. Este doble costo entraña a su vez una paradoja, o al menos una contradicción, pues es construido al modo de una “motivación-forzada”. Es por un lado *otra motivación por hacer más*, esto es, hacer más en el trabajo, susceptible de entenderse como un poder hacer (y ganar) más, mientras que por otro lado es vivido como *una camisa de fuerza que me impide tomarme ciertas libertades*. Entender la vida familiar al mismo tiempo como una *motivación a hacer más* y como una *camisa de fuerza* resulta interesante, mas aún cuando es el dinero que reporta el trabajo la bisagra que los articula. Trabajo y dinero se posicionan entre la motivación y la obligación. De acuerdo a esta construcción discursiva, el *hacer más*, expresión que podría dar cuenta de pura potencialidad, de puro poder, encuentra ya sus límites, ya su cauce, pues se trata de un *hacer más* circunscrito al trabajo, con lo que la motivación se entronca o se continúa con el deber. *Deber* y *motivación* ya no son más opuestos inconciliables sino todo lo contrario, se palabrean acá como continuidad.

Detengámonos ahora en la metáfora de la *camisa de fuerza* que es utilizada como imagen de la *responsabilidad* para con la familia, pues bien vale decir que una *camisa de fuerza* constituye un dispositivo psiquiátrico, un dispositivo de control que justamente opera para reducir a un sujeto puesto en posición de loco violento o peligroso para los demás o para sí mismo, que de acuerdo a la expresión textual del sujeto de habla, *le impide tomarse ciertas libertades*. Desde aquí podríamos suponer que la *motivación* es menos peligrosa que la *libertad*. Es la *camisa de fuerza* la que impide que el sujeto de habla *mande todo a la cresta y se lance a una aventura*. Esa parece ser la locura que la familia impide. La libertad es puesta aquí en asociación con la locura, mas como algo que se puede controlar y más aún, como algo de lo que se puede prescindir: *¿Tengo la libertad? No, no la tengo. ¿Eso es algo que me cuestione todo el tiempo? No, no es algo que me cuestione todo el tiempo*. La pérdida de la libertad

parece ser algo que si bien molesta no alcanza a constituirse en algo problematizable, más bien parece una cuestión que se asume: *No, es un grado de libertad que no tengo*. De este modo la familia, construida discursivamente como el objetivo principal y razón de ser del esfuerzo que implica sostenerse y ascender en el trabajo equivale al mismo tiempo a una pérdida de libertad.

Yo digo, yo tengo un súper buen trabajo, me pagan bien, estoy feliz con esto, lo paso bien, pero todo lo que produzco va para la familia y siempre quieren más y demandan más. Siempre es poco. Aquí el discurso se complejiza, pues la familia, investida anteriormente como el *objetivo principal* por el cual soportar el trabajo emerge ahora como una suerte de saco sin fondo hacia el que *todo lo que se produce* va, quizá como una suerte de agujero negro. En el trabajo se está bien e incluso feliz, *pero* –voz con que se marca la contrariedad- *todo lo que produzco va para la familia*. La exigencia fundamental, configurada aquí con la forma de lo insaciable, proviene de la familia y serían ellos (la familia como otro de sí) los que *siempre quieren más y demandan más*.

El sujeto de habla, puesto a sí mismo en el tope de la pirámide empresarial se encuentra ante su familia con un *siempre es poco*. Quizá es justamente por esto que la familia se constituye como *motivación para siempre hacer más*. Con ello, aunque se esté en la cima, el sujeto debe poder más. Familia y trabajo quedan articulados por el poder adquisitivo del varón sujeto de discurso. Es la familia la justificación final para soportar las exigencias del trabajo, la *motivación para sacarse la cresta todos los días y cumplir con el deber*. El deber es construido acá al menos en una doble dimensión: el deber de trabajar y el deber de sostener la familia y cumplir con él es construido al mismo tiempo como motivo de felicidad que como *presión*.

Esto cobra un matiz interesante cuando el logro de la familia no se cumple, pues no hacerlo es construido, efectivamente, con el significante de la locura. El asunto es categórico, pues lograrlo trae felicidad, mientras que no hacerlo es palabreado al modo de la perdición:

“¿Para qué estamos en esta tierra realmente? De la esencia, de la base, tu cumples una función acá que además es bastante corto el período, máximo alrededor de 90 o 100 años y es que vienes acá y tienes que dejar un legado, ir formando a tus hijos, ser una buena persona, hacer una buena familia. Muchos de estos personajes (gerentes generales, personas que ascienden) se encuentran con plata y se vuelven locos, botan a las familias, no estoy hablando de matrimonio ni nada, tu pareja o como se llame digamos, pareja de cualquier tipo, no estoy en la estructura antigua, armar no sé, sociedades con personas, familiares, empresariales, con las que hay que hacer un compromiso, la vida no es tan larga como para andar disparando para todos lados y estos gallos que se encuentran con plata y los encontrái de repente, y a su pareja la mandan a su vuelta y empiezan a salir a fiestear, se van a los casinos y se hacen turumba la plata y se va todo a la cresta” (Gerente general, 60 años)

Aquí el discurso explicita el riesgo de locura que implica el dinero que puede llegar a ganar un gerente general; *se encuentran con plata y se vuelven locos* y dicha locura se condice con el hecho de desestimar la familia como organizador de la vida, como profundo organizador del sentido, expuesto aquí como *el legado, como la función que vienes a cumplir acá*. Es interesante, pues el sujeto de habla se esfuerza en demostrar que su discurso sobre la familia no es conservador, *no estoy hablando de matrimonio ni nada, no estoy en la estructura antigua*. Sin embargo, el lugar de la familia, cualquiera sea su forma, sigue operando como salvaguarda de la locura, marcada aquí con el sello del despilfarro. Si el dinero no se capitaliza, si no se logra gerenciar la vida y el dinero *se hace turumba, se va todo a la cresta*, en el sentido de que se pierde, se sale de control. El discurso va construyendo y reforzando la asociación entre trabajo, dinero y familia. Si el equilibrio no se consigue, parece ser la persona misma quien no se equilibra. En este trazo de entrevista, por lo menos, la persona queda reducida a un *personaje*, incapaz de tomar las riendas de su vida.

Mantener la familia, ejercer como el principal sostenedor es lo que el discurso sobre el trabajo sigue situando en el primer lugar, construyéndose una suerte de equilibrio entre la vida familiar y la laboral:

“GG: Pasar a ser gerente general en una organización que tienes que estar en la oficina siempre, porque más encima eres el jefe, fue duro. Al principio me costaba, puta, sentía que trabajaba hueón y ¿qué estoy haciendo acá?”

E: ¿Qué estoy haciendo acá? Igual es una pregunta importante

GG: Si, pero es que cuando tienes opción y no tenís muchas opciones, o sea, yo tengo que trabajar nomás porque tengo que mantener a mi familia, o sea yo quiero que nos vaya bien, tener, me gusta tener un buen pasar. Claro, puede ser que yo diga finalmente me la banco

E: Me la banco

GG: Claro

E: Te la bancas y para bancártela, ¿tu dices que lo más importante es la familia, digamos, el buen pasar de la familia?

GG: La tranquilidad, la seguridad, mía, de mi familia, de todos. Quiero tener una vida tranquila y para eso necesito que me vaya bien. Y si me quedo sin trabajo, obviamente, no sé quién va a mantener a mi familia. Yo sé que tengo que trabajar, no es algo que me cuestione. Entonces yo voy a trabajar de hoy hasta que me muera hueón, no es algo que me esté cuestionando” (Gerente general, 45 años).

En este trazo de entrevista, el logro, el salto que permite el acceso al cargo de gerente general parece problematizarse, muestra un lado oscuro y el sujeto de discurso se permite la duda, manifiesta en la expresión *¿qué estoy haciendo acá?* De pronto el lugar deseado es construido y sentido como ajeno. Sin embargo, la pregunta pierde fuerza y en rigor, es invalidada. La pregunta tiene razón de ser cuando ofrece alternativas de respuesta y en este caso parece no tener más que un carácter retórico. La pregunta vale cuando *tenís opción* y este no es el caso: *no tenís muchas opciones*. La respuesta es rotunda: *o sea yo tengo que trabajar nomás* y la justificación no se deja esperar, *porque tengo que mantener a mi familia*. En la cima de las argumentaciones que le permiten al sujeto del discurso *bancarse el trabajo*, soportar el sufrimiento que implica sostener el empleo y en este caso, el cargo de gerente general, es, en términos manifiestos, la mantención de la familia y su posición en lugar de sostenedor de un hogar. Ahora bien, el sostén no es cualquiera, *yo quiero que nos vaya bien, tener, me gusta tener un buen pasar*. El discurso asocia el que *nos vaya bien* con *tener*, con lo que nuevamente el dinero ocupa el sitio de mediación entre trabajo y familia. Podríamos

plantear que en términos latentes, el desafío tiene que ver con sostener y reproducir una posición de clase, expresado como un *buen pasar*. La *tranquilidad*, tanto del sujeto de habla como de su familia pasa, al menos aquí en primer lugar, por el bienestar económico, asociado a su propio éxito, pues, *si me quedo sin trabajo, no sé quién va a mantener a mi familia*. El sujeto se construye a sí mismo y a su trabajo como indispensables. El discurso sobre el trabajo lo sitúa en posición de mantenedor principal de su familia y otra vez, esto es obvio. El discurso propone: si no es el varón sujeto del discurso, entonces quién. Desde aquí, el discurso vuelve sobre sí mismo y parece dar el tiro de gracia a la pregunta problematizadora del principio: *¿qué estoy haciendo acá?* se vuelve una pregunta sin sentido, pues *Yo sé que tengo que trabajar, no es algo que me cuestione*. Adiós al cuestionamiento que es aplastado por la obviedad y marcado incluso con una sentencia de muerte: *yo voy a trabajar de hoy hasta que me muera hueón, no es algo que me esté cuestionando*. El discurso refuerza la idea del no cuestionamiento quizá como esfuerzo por recuperar el equilibrio que la pregunta perturba. Ante la problematización el sujeto de discurso impone su aguante, el trabajo se *banca* sin cuestionamientos, pues es clave para sostener el lugar de mantenedor de la familia. La entrevista insiste:

E: ¿Tu mujer trabaja?

GG: Si, si trabaja, si está bien, pero con los ingresos de ella no alcanza para mantener el nivel de vida que tenemos nosotros

E: ¿Son muy disímiles los ingresos?

GG: No, pero con uno no alcanza" (Gerente general, 45 años)

El sujeto de habla también insiste, pues a pesar de que su mujer trabaja e incluso reconoce que ella obtiene a su vez ingresos importantes, con lo que ella aporta *no alcanza*. Sin embargo, vale decir que *no alcanza para mantener el nivel de vida* que llevan, podríamos decir: *no alcanza para reproducir la posición de clase*. El varón sujeto de discurso se sitúa entonces como quien ofrece y marca la diferencia. Es decir, no basta que alcance, debe alcanzar para sostener un nivel de vida considerado alto, una posición de clase.

En el caso de los gerentes generales entrevistados, el discurso sobre el trabajo y sus relaciones con el dinero y la familia continúa posicionando al varón como el principal proveedor y sostenedor del hogar. Ligado con lo trabajado en el eje central de este análisis, reproduciendo la división sexual del trabajo. La familia y las relaciones afectivo-sexuales que esta implica y el trabajo, organizado al modo que el sistema de producción actual, neoliberal, dispone, emergen como los principales dispositivos de subjetivación.

Ahora bien, el sostenedor principal, el gerente general de la empresa, también parece erigirse como una suerte de gerente de la vida familiar:

E: Entonces la responsabilidad del sostén es tuya, y la jefatura del hogar, ¿cómo dirías tú que es?

GG: Ah, la jefatura del hogar claramente es ella poh, hace y deshace poh hueón, si, si, no, ciertamente ella está gran parte del tiempo en la casa, yo no poh, yo estoy unas pocas horas. Ella, como está más tiempo con los niños muchas veces juega un rol más de amigo de los niños y yo, a veces, juego un rol más de director de los niños

E: Cómo, ¿tienes que llegar a poner ciertas....?

GG: A veces, a veces porque tengo que hacerlo, a veces porque me nace, a veces porque no me gusta lo que estoy viendo, a veces porque creo que es mejor que haya un balance entre bondad y regla (...) quizá por lo mismo que me toca aquí (en el trabajo) a veces, de poner ciertas reglas, de controlar y a la vez motivar, me es más fácil

E: Ah, eso parece interesante, ¿cómo que las habilidades y las cosas que tienes que desarrollar en el trabajo....

GG: Sin duda, sin duda, lo ideal es que te sirvan también en la casa, o sea, yo creo que no funciona esto de estar totalmente dissociado entre la función en la casa y la función en la pega, o sea, esta bipolaridad entre lo laboral y lo personal no creo que sea muy fácil de llevar

E: Por decirlo así, brutalmente, pero, de repente, ¿te toca gerenciar la casa?

GG: Si, muchas veces y es entretenido, si, es súper entretenido" (Gerente general, 54 años)

En un principio entonces, sostén y jefatura del hogar aparecen distribuidos entre los padres de la familia, la primera función recae en la figura del varón-padre, mientras

que la segunda sobre ella, la mujer-madre de la casa: *la jefatura de la casa claramente es ella, hace y deshace poh huéon, si, si, no*. Para el varón sujeto de discurso es la mujer quien *claramente* ejerce la jefatura, sin embargo, esta construcción no tarda en ser contrariada; *si, si, no*. Nos animamos a interpretar que lo que pesa aquí es el *no*, pues, en estricto rigor, es ella quien pasa más tiempo en la casa, *hace y deshace*, mas el *rol que juega* es definido como de *amigo de los niños* y quien en definitiva ejerce la función de *director* es el varón. En esta construcción discursiva es el varón el que continúa encarnando la ley, el que consigue el *equilibrio entre bondad y regla* más allá de una mayor presencia real de la mujer en la casa. Resulta de particular interés para esta investigación que la forma de ejercer la jefatura del hogar sea construida con los mismos verbos, hecha con las mismas acciones que el gerente general despliega en su trabajo, esto es *poner ciertas reglas* en virtud de un equilibrio entre *controlar* y *motivar*. En este entendido, la motivación parece venir siendo una manera de ejercicio del control sin que éste se evidencie del todo. Hacerlo así, plantea el sujeto de discurso, le resulta *más fácil* y le permite una suerte de continuidad subjetiva, vivida como integración, entre el gerente general de la empresa y el padre *director* de los niños y el hogar. *Sin duda, sin duda, lo ideal es que te sirvan también en la casa (las habilidades desarrolladas en el trabajo)*. Tanto las tareas como las habilidades requeridas para desarrollarlas son de alguna manera exportadas por el gerente general e importadas por el jefe de hogar para desplegarlas también en casa, constituyéndose en esa continuidad identitaria que le permite al sujeto de habla experimentarse como una misma persona tanto en la compañía como en la casa.

De esta manera, así como el dinero opera de articulador entre trabajo y familia, la función directiva articula al gerente general con el jefe de hogar. El dinero ganado por el varón en su trabajo lo sitúa en posición de sostenedor, mientras que la función ejercida en la empresa le facilita el ejercicio de la jefatura o la dirección de la casa. Mujer e hijos quedan de este modo puestos en lugar de sostenidos y dirigidos. Especial interés reviste el lugar de la mujer, construido a la par que los hijos, como *amigo* de ellos y en tanto, objeto del control del *director*, muy a pesar de que ella *haga y deshaga* en la casa, el jefe es él y lo disfruta porque *es súper entretenido*. Al parecer

estamos frente al reverso discursivo de la metáfora de la *camisa de fuerza*, pues el sujeto enunciante, puesto en la figura del sostenedor al modo de una suerte de víctima de una familia que demanda sin límites es situado ahora, por su propio discurso, como el jefe que disfruta gerenciando su familia.

Ahora bien, el discurso es quizá menos transparente en el caso de otros entrevistados, en los que el sujeto de habla quisiera descansar del rol de gerente en su casa. Sin embargo, tales construcciones discursivas no están exentas de contrariedad:

“No, en mi casa la gerente es mi señora. No, mira, ahí es diferente igual, o sea, como que en la casa quizá uno descansa un poco poh hueón de ser el jefe, no sé si es así, pero yo no tengo la necesidad de ser jefe hueón, no es algo que quiera, no es de llegar a mi casa e imponer todo lo que pienso, obviamente que mantengo cierta rigidez en ser el que va dirigiendo las cosas, pero súper en armonía con lo que piensa mi señora” (Gerente general, 45 años)

El gerente general entrevistado pareciera, en este caso, procurar librarse del rol de gerente general en su casa y por decirlo de alguna manera, delegarlo en su mujer; *en mi casa la gerente es mi señora*. Sin embargo, *ahí es diferente igual*, expresión con la que el rol desempeñado en casa por el varón que habla es contradictoriamente construido. Trataremos de desentrañar qué es *diferente* y qué es *igual*. Atendiendo al desarrollo del argumento parece ser que lo diferente es la manera de “gerenciar” la casa, o al menos un deseo: *no es algo que quiera, no es de llegar a mi casa e imponer todo lo que pienso*. Al menos dos ideas se pueden desprender. La primera es que en la empresa si es de llegar e imponer *todo lo que piensa*, el rol de jefe está fuertemente asociado a la voz de mando y la segunda, es que en casa no le gustaría verse ni sentirse de esa manera. Sin embargo, *obviamente que mantengo cierta rigidez en ser el que va dirigiendo las cosas*. Otra vez emerge la figura del director, una función de la cual es muy difícil desprenderse, que *obviamente* se mantiene en él, que lo constituye, que lo subjetiva. Es decir, por más que no lo quiera, el gerente general de la empresa hace de director en su casa, como resultado de una *rigidización* que atribuye a su rol en la empresa. En casa se construye una suerte de ilusión de descanso del rol. No obstante,

dicho descanso es inmediatamente puesto en duda, *no sé si es así*. Todo indica, otra vez, que el rol laboral se subjetiva, se encarna, se cuerpo propia y en tanto, se exporta de la empresa a la casa.

Veamos un último extracto de entrevista al respecto:

E: ¿Alineas las cosas en tu casa también?

GG: No, no me dejan, ja, ja

E: ¿Cómo así?

GG: No. Ahora, es que tengo tan exacerbado esto de la eficiencia que choca a veces con la convivencia, que no suele ser tan eficiente en la casa, pero lo administro y trato de no pujar mucho ahí, si soy consciente que la casa es una cosa y la empresa para ganar plata es otra, pero se sale un poco de la pega. Si, sale de la pega, es que empieza a formar parte de tu ser" (Gerente general, 43 años)

En este extracto de entrevista, el sujeto de discurso, autodenominado un experto en alineación empresarial, parte reconociendo que esta tarea y función no le es permitida en casa, acompañado de una risa, *ja, ja*, volviendo a situar a la mujer en el lugar de supuesto gerente del hogar. No obstante, se detiene en un rasgo, o bien, en un atributo desarrollado en el trabajo, exigido por su trabajo, que ha redundado en una exacerbación de *la eficiencia*. Valor que parece pregonar en la empresa con el fin de *ganar plata*, pero que choca con la *convivencia* (familiar). En consecuencia, *eficiencia* y *convivencia* parecen construirse como opuestos. La primera orientada a la rentabilidad, a ganar dinero por sobre todas las cosas, quizá sin importar las relaciones y la segunda, entendida como la capacidad de vivir con otros, lo que parece requerir priorizar otros valores ligados, muy posiblemente, a la vida afectiva. Aquí la casa y la empresa procuran ser disociados, el sujeto de habla dice tener la consciencia de que se trata de cosas diferentes, de espacios y relaciones diferentes. Sin embargo, los valores desarrollados en el trabajo, en este caso expresado en la eficiencia, *se salen de la pega*. La frase da cuenta de algo que se escapa de los límites de la oficina o de la empresa, de algo que se encuentra más allá de la voluntad del sujeto, pero que

comienza a constituirlo, que *empieza a ser parte de tu ser*. Tal es la subjetivación del trabajo.

En síntesis, el trabajo se construye discursivamente como una actividad en la que el varón sujeto de discurso se sostiene y soporta en aras de lograr un objetivo signado como superior: la familia. Ahora bien, esta suerte de instrumentalización que el sujeto de habla dice hacer del trabajo para lograr otra cosa parece sufrir un importante revés, pues en el cuerpo a cuerpo cotidiano con el trabajo y su organización, es este el que se *sale de la pega para entrar en el sujeto*, quien termina siendo, justamente, sujeto de la organización del trabajo, siendo esta última la que permea y moldea la construcción de la familia, para que finalmente, bajo el argumento de sostener (y gerenciar) dicha familia, el sujeto de discurso termine forzado a *bancarse el trabajo*.

2. Discusión de resultados

Subjetivación del trabajo como subjetivación viril: la virilización del cuerpo subjetivo como estrategia defensiva ante el sufrimiento en el trabajo

Del mismo modo en que hiciéramos en el capítulo anterior, el ejercicio realizado en este apartado consiste en relacionar el análisis del discurso presentado con los elementos teóricos desarrollados entre los capítulos uno y tres, visualizando los anudamientos y los puntos de tensión (si es que los hay) entre la subjetivación de la virilidad y la subjetivación del trabajo, vale decir, las maneras en que son cuerpopropiados, apropiados, incorporados los órdenes del género y de la organización del trabajo en el contexto neoliberal flexible actual.

2.1. Subjetivación del poder: la identificación con y por los poderosos

Araujo y Rogers (2000) plantean que un asunto fundamental para sostener una posición masculina es reproducir una y otra vez la identificación con el poder. En el

caso que aquí se analiza podemos decir que el acceso al cargo de gerente general y la mantención en él supone al menos un doble juego de identificación con el poder y los poderosos. En el decir de Dejours (2012a), una identificación *con* y una identificación *por* aquellos que *manejan* una compañía. En el análisis de discurso presentado más arriba emergen al menos dos cuestiones clave de este proceso que tienen que ver con dos principios centrales del poder empresarial: el manejo de las finanzas y el manejo de la gente. La subjetivación del gerente general requiere entonces una identificación y una apropiación de los valores de la rentabilidad y la competitividad, signados por Dejours (2012b) como los principios sobre los que se erige la organización del trabajo y la dirección de las empresas post giro neoliberal, vale decir, generar y reproducir el lucro al tiempo que luchar por la posición más alta posible en el escalafón jerárquico.

Ahora bien, esta identificación *con* el poder y los poderosos debe ser demostrada, escenificada y por cierto, debe ser convincente para dar *el salto* a la gerencia general de la empresa y ser identificado *por* el poder y los poderosos como una suerte de igual a ellos. La performance del candidato a gerente general debe generar, en aquellos que pueden investirlo como tal, la confianza en que su poder y sus sentidos pueden continuarse a través del postulante. Parafraseando a Han (2016), a través del gerente general y sus futuras acciones, los dueños, accionistas, directores de la compañía, deben poder retornar a ellos mismos, deben poder construir una continuidad identitaria con él, prolongando su propia subjetividad.

Como vimos antes, para quien quiere ser gerente general, la *gloria* se alcanza en el preciso momento en que esa identificación es plena, es en ese momento en que un trabajador puede *ganarse* el puesto. Sin embargo, la conquista del cargo -del mismo modo en que Gilmore (1994), Badinter (1993), Bourdieu (2000), entre otros, conceptualizan el acceso a la masculinidad y la identificación de un varón como verdadero hombre- es un asunto frágil, un logro permanentemente puesto a prueba. La identificación *por* el poder como gerente general de una empresa así como la identidad masculina de un varón que se precie de serlo, exige ser toda vez demostrada. Podríamos plantear que así como el niño o adolescente debe pasar por

diferentes ritos de *institucionalización masculinizante* (Bourdieu, 2000), el gerente general debe también atravesar pruebas que den cuenta de su competencia y por cierto, de su identificación con el poder, de su *poder podérsela* con y en el cargo y sus exigencias. Todo indica que la principal prueba es mejorar los indicadores económicos de la empresa, lo que muchas veces pasa por el trabajo de gestión y ascendencia sobre las personas. Al respecto, plantea Han (2016), el poder puede comprenderse en una suerte de continuum que va desde el recurso a la coerción y la fuerza (allí donde y cuando el poder es más débil) hasta donde brilla por su ausencia, pues hace de la motivación del súbdito su propia motivación (allí donde y cuando el poder es más fuerte). De acuerdo al análisis de discurso presentado más arriba es posible pensar que las pruebas de subjetivación del poder del gerente general en la empresa hoy, se mueven también en este continuum. Es decir, en ocasiones la subjetivación del poder empresarial por parte del gerente general pasa por encarnar el mandato de despidos masivos por “necesidad (económica) de la empresa” y la consiguiente “eliminación” de trabajadores subordinados, en otras por posicionarse en el mando exigiendo obediencia y en otras como aquel líder capaz de hacer coincidir su propia voluntad, su propia subjetividad, con la voluntad de los subordinados. De acuerdo con Han (2016) estas son cuestiones de grado, pues lo decisivo del poder es *motivar* acciones, en este caso, acciones orientadas a mejorar la productividad y la rentabilidad de una compañía.

Cualquiera sea el caso, el gerente general que quiera permanecer en el cargo debe cuerpoopriar las lógicas, la semántica y la ética del poder empresarial, dando cuenta de una subjetivación de la dominación. Lo que resulta quizá paradójico de esta situación, es que el varón-gerente-general-de-la-empresa en el ejercicio de la dominación y el poder, pareciera construir su propio proceso de subjetivación del trabajo preferentemente desde la vertiente de la subordinación (Périlleux, 2008), pues las determinaciones para sostenerse en la posición alcanzada parecen ser cada vez más férreas, siendo la frialdad emocional y el cálculo –elementos centrales de lo que en este estudio denominamos virilización del cuerpo subjetivo- cuestiones que son exigidas con fuerza. En el discurso analizado las expresiones suelen marcar aquello

que *hay que hacer* con el fin de ser nominado gerente, llevar el timón de la empresa y sostenerse en el cargo. Hacer lo que los directores esperan que se haga. En consecuencia, el acceso a la posición de quien ejerce la dominación parece implicar al mismo tiempo una mayor sujeción a las formas y modos exigidos por el poder. En síntesis, mientras mayor poder encierra la posición alcanzada, mayores son las exigencias del poder y con ello, mayores las determinaciones a la acción y la subjetivación del gerente general, mayores las exigencias de identificación con el poder y los poderosos.

2.2. Ascenso y verticalidad: la subjetivación del trabajo como erección.

El ascenso a la posición de la cúspide empresarial es construido discursivamente como un asunto preferencialmente reservado a los varones y al parecer, a pesar del énfasis manifiesto por el management contemporáneo en la generación de empresas cada vez más planas en términos jerárquicos, la subjetivación del gerente general está marcada por un esfuerzo permanente por romper la paridad y reproducir la verticalidad. Sea en la figura del liderazgo como en la de jefatura, la lucha por la posición implica la lucha por ser y tener *más* que otros, los que en consecuencia, quedan puestos en posición de inferioridad. Tanto para Geneviève Fraisse (1996) como para Pierre Bourdieu (2000) esa es una clave fundamental para comprender la diferencia de los sexos y la dominación masculina: volver a construir, una y otra vez, la diferencia en términos verticales de manera tal que aparezca como una invariante antropológica, como una cosa “natural”. En este caso, proponemos que el ascenso y la verticalidad se construyen al modo de la erección.

Como vimos, es el varón el que asciende, mientras la mujer (especialmente *su* mujer) cancela alternativas de ascenso, se queda en la base, quizá más apegada a la tierra, a cargo del trabajo de cuidados históricamente asociado a la naturaleza, a un asunto de feminidad-animal (Moore, 1991), de pura sensorialidad. El ascenso en cambio, es comprendido por Monique Schneider (2003) en tanto erección, en tanto paso a una

posición vertical y erguida por lo que propone que el *humano erectus* remite a la erótica masculina. Plantea: “En este momento instaurador (de lo humano en el paso a la posición erguida)¹³ el ser masculino ha pasado a ser paradigmático del ser humano” (Schneider, 2003: 80). Desde este entendido, es el varón el que se yergue, rompiendo la paridad y hasta cierto punto exiliándose en las alturas, rompiendo quizá el contacto con la tierra y con ello, separándose, realizando un corte respecto de la sensorialidad y la sensibilidad. La lógica del ascenso ligada a la erección implica para Schneider una división “entre una parte sensible y otra que sabe todo, pero no siente nada” (Schneider, 2003: 88). Visto así, el ascenso reproduce la verticalidad de la idea sobre la sensación, de la fuerza de la mente sobre el cuerpo, de lo palabreado históricamente como masculino sobre aquello asociado y significado como femenino. Sin embargo, lo disfraza de naturaleza, cual erección, ocultando la violencia inscrita en la re-institucionalización de la dominación masculina. Podríamos decir que, en este caso, la verticalidad sexista queda inscrita en el cuerpo subjetivo del gerente general.

2.3. Ascenso y destierro: separación de la sensorialidad y pensamiento desencarnado

El ascenso y su concomitante acceso a posiciones que implican una ganancia de poder en la organización empresarial es construido discursivamente aquí como un movimiento que exige varias cosas del sujeto que asciende. Enfatizaremos dos, las cuales por cierto se encuentran fuertemente entrelazadas. Recurriendo a la expresión textual de un gerente general entrevistado, la primera es la necesidad de perder cierta sensibilidad, pues a medida que se asciende se va tornando imperioso tomar cada vez más decisiones y estas han de ser tomadas en función de comandar la empresa hacia un norte claro, marcado preferentemente por el signo de la rentabilidad. Son en consecuencia -en palabras de otro gerente general entrevistado- eficiencia y convivencia los valores que se enfrentan, siendo el primero el que prima en la

¹³ El paréntesis es nuestro

empresa y el que resulta imperioso cuerpopropiar. Asumir la misión de ganar eficiencia y orientar los esfuerzos al logro de los objetivos de la compañía requiere del líder cierta renuncia a su sensibilidad, pues esta puede acarrear “mareos” que arriesgan la conquista del norte deseado. La sensibilidad constituye una amenaza pues representa el riesgo de perder el rumbo y todo indica que en las alturas, para mantener la mirada y el timón fijos en el norte, esta debe ser mantenida a raya.

En este sentido, la subjetivación, en tanto apropiación, cuerpopropiación del valor de la eficiencia implicado en el ascenso, exige del sujeto la renuncia a la sensibilidad. Cabe destacar que tal renuncia es un acto realizado en un cuerpo a cuerpo con la organización del trabajo y las exigencias del cargo. Es el cuerpo el que ha de des-sensibilizarse. El discurso lo apunta especialmente en la negación del *dolor de estómago* que la toma de determinadas decisiones –por ejemplo el despido masivo de trabajadores- traería consigo si no se opera tal ejercicio de negación. Es especialmente ante tales decisiones que no se puede *guatear*, que no se puede aflojar el estómago. En consecuencia: la necesidad imperiosa de realizar acciones orientadas a las metas de la compañía y su eficiencia -muchas veces en contraposición a la convivencia con y entre los trabajadores en la empresa- obliga la renuncia a la sensibilidad, lo que necesariamente pasa por un endurecimiento del cuerpo, graficado discursivamente en el abdomen. Además, diremos que la metáfora de *no guatear* alude también a la necesidad de mostrarse infalible. Desde aquí, la performance del cero error exigida por el management de la excelencia parece coincidir con una performance de sensibilidad reducida en base a un endurecimiento del cuerpo subjetivo.

El ascenso en consecuencia, conlleva, en términos reichianos, una suerte de concentración de energías en la cabeza, la que es puesta en posición de superioridad respecto del cuerpo, realizándose una operación de subordinación de la sensibilidad del cuerpo a las ideas, dotando a estas últimas, como lo plantean textualmente los sujetos entrevistados, de la frialdad necesaria para la toma de algunas decisiones propias del cargo. *Se recurre a una estrategia que supone prescindir del cuerpo para pensar*. En palabras de Dejours: “si se admite la hipótesis según la cual son los estados

del cuerpo los que generan todo pensamiento y que todo pensamiento expresa, incluso en estado latente, una experiencia del cuerpo, cualquier experiencia del vacío o de frigidez, en tanto atestigua de una defeción del cuerpo, debería traducirse por ausencia de pensamiento (...) Pero sabemos sin embargo muy bien que existen formas de pensamiento que se enuncian sin afecto, como si, justamente, el cuerpo no estuviera allí” (Dejours, 2012a: 96). Tal es el pensamiento desencarnado exigido al gerente general por la organización del trabajo. Siguiendo la línea del pensamiento dejouriano: un pensamiento originado en el endurecimiento del cuerpo y en tanto, un *pensamiento endurecido*.

Tales mecanismos: des-sensibilización del cuerpo y enfriamiento-endurecimiento del pensamiento a través de la separación y subordinación del cuerpo a las ideas son los que hasta aquí hemos empleado para definir la virilización del cuerpo subjetivo. Diremos aquí que en el cuerpo a cuerpo del gerente general con la organización de su trabajo en la empresa se torna necesaria la recurrencia a tales mecanismos, los que a su vez suponen esfuerzos de identificación con el poder de la dominación masculina. Pregunta Schneider: “Estar por encima de lo sensible, ¿no es destinarse de entrada a ocupar una posición de poder?” (Schneider, 2003: 82). Luego prosigue la misma autora: “¿No deviene acaso la sensorialidad el equivalente de esa tierra natal con respecto de la cual debe operarse una ruptura (...) la madre representa a esa “tierra” a la que hay que decirle adiós a fin de que el ser pueda “volverse” hacia una dimensión más alta” (Schneider, 2003: 88-89). El ascenso a la gerencia general de la mano de un proceso de subjetivación que implica una separación del cuerpo y la sensibilidad adviene finalmente en un proceso de subjetivación masculinizante en virtud del corte con la madre, con esa tierra natal con la que se vincula al cuerpo y la sensorialidad. Al respecto, el discurso analizado parece proponer la misma idea al plantear que el ascenso es para el hombre, mientras la mujer ha de renunciar a él en virtud de dos cuestiones principales: la primera es la maternidad y las tareas de cuidado que se le asocian casi por añadidura y la segunda es la sensibilidad, tan propia de la mujer como protectora de la femineidad, pues -de acuerdo al discurso analizado- el ascenso torna hombres a las mujeres al exigirles perder sensibilidad y dejarla unos peldaños más

abajo. Con esto, la mujer-madre-sensible es posicionada abajo, asociada a la naturaleza y a la tierra, mientras el hombre-padre-idea es posicionado por encima, en las alturas. Para cerrar, otra cita de Schneider: “El padre no se contenta con erguirse respecto al suelo, parece renegar de cualquier atadura sensible para proponerse como entidad suprasensible, lo que encierra a la referencia al padre en un marco idealista de inspiración platonizante” (Schneider, 2003: 89). Cuestión del todo interesante, pues liga la subjetivación masculina, viril y la subjetivación del trabajo –al menos en este caso- con el advenimiento de la paternidad, cuestión que revisaremos en el apartado siguiente.

2.4. Reveses de la familia patriarcal: del padre dueño al sostenedor-jefe

Famulus, nos recuerda Engels (2012), es un concepto romano que alude a esclavos. De este modo, la familia patriarcal queda conceptualizada en sus inicios como un grupo de esclavos del padre, en el que el padre emerge como el dueño de mujer(es) e hijos en base a la apropiación –ilegítima, por la fuerza- de los medios de producción y por cierto, de la fuerza viva de trabajo (Reich, 1936). Poco más de un siglo después, Han, en su conceptualización de sociedad del rendimiento vuelve a pensar en la lógica de la esclavitud y escribe: “El sujeto del rendimiento, que se pretende libre, es en realidad un esclavo. Es un esclavo absoluto, en la medida en que sin amo alguno se explota a sí mismo de forma voluntaria” (Han, 2014: 12). Visto esto, ¿cómo podrían pensarse las relaciones entre esclavitud-explotación y familia en los marcos de una sociedad que se erige bajo el signo de la empresa y el emprendimiento?

En el discurso analizado, trabajo y familia aparecen íntimamente entrelazados y si bien, la segunda es posicionada como principal, es construida discursivamente con expresiones “importadas” de la nomenclatura empresarial: la gerencia de la casa, la dirección de los niños entre otras. En esta línea, el “verdadero trabajo” emerge como el “sacar adelante a la familia” (dirigirla) y por supuesto, “otorgarle un nivel alto de vida” (financiarla). De este modo, la familia patriarcal conceptualizada por Engels el

siglo pasado en la que mujer(es) e hijos son puestos en posición de esclavos parece mutar en la sociedad del rendimiento en la que la relación de esclavitud no perdonaría ni eximiría al padre-gerente, quien quedaría también en situación de explotación. Al modo en que lo plantea un gerente general entrevistado: “(para la familia) nunca es suficiente, siempre es poco”, con lo que el varón-padre da cuenta de un perpetuo estado de exigencia, especialmente económica.

Con esto, la familia es puesta tanto en la posición de organizador principal del sentido de la vida, como en la posición del objeto social que arrebatada la posibilidad de ser libre, en la medida en que se (re)constituye como eje articulador para explicar y justificar los esfuerzos implicados en soportar las exigencias y el sufrimiento en el enfrentamiento del varón-gerente general con la organización de su trabajo. En palabras coloquiales: el trabajo se soporta por la responsabilidad adquirida – supuestamente de manera libre- con el sostén y la dirección de una familia, ya que la institución familiar es construida aquí como responsabilidad principal del varón en tanto sostenedor y jefe. El varón-gerente general debe *poder podérsela* con este imperativo y de esta manera puede emerger jefe de hogar y disfrutar del placer inscrito en ello. Mujer e hijos son puestos en posición de sostenidos y dirigidos al mismo tiempo.

En consecuencia podríamos animarnos a sostener que el proceso de subjetivación del trabajo del gerente general en tanto proceso de subjetivación viril opera como soporte psíquico y social de la reproducción de la institución familiar enquistada en una designación y distribución de roles y tareas en función de la diferencia sexual de la pareja parental y, junto con ello, reproductor de la noción de la familia como célula básica de la sociedad y meta del desarrollo personal. Atendiendo a este análisis podemos proponer que la producción de sujetos empresarios de sí mismos (Han, 2012, 2014; Périlleux, 2008) se abotona sin mayores dificultades con la reproducción de la familia nuclear como estructura básica de la sociedad. Pareciera ser que es en el nombre del padre en que se sostiene la subjetivación del trabajo del varón-gerente general en la empresa neoliberal actual y que en base a esta *cuerpopropiación contra el*

cuervo –fundada en su endurecimiento y su pérdida de sensibilidad- que se sostiene una lógica de (auto)explotación. La producción material de la familia en tanto sostenedor como la dirección y orientación de sus miembros en tanto jefe, parecen ser las metas a alcanzar que operan como anclaje y armadura para sostenerse y aguantar las exigencias laborales, que como hemos visto con Araujo (2012, 2014), en Chile se caracterizan por su desmesura, cuestión a la que no parecen escapar los gerentes generales.

Resulta tristemente paradójal: la familia es construida como aquello que da el sentido de fondo al trabajar, sin embargo una condición fundamental del trabajo –al menos en el discurso analizado de gerentes generales- es el destierro a las alturas que conlleva a dejar la vida familiar y sus tareas de cuidado abajo, a las mujeres. La subjetivación del trabajo en este caso empuja la subjetivación de un padre idealizado, desencarnado y muchas veces, puesto en posición de explotación o de autoexplotación. Para cerrar bien vale volver a las palabras textuales de un gerente general entrevistado: *“Y si me quedo sin trabajo, obviamente, no sé quién va a mantener a mi familia. Yo sé que tengo que trabajar, no es algo que me cuestione. Entonces yo voy a trabajar de hoy hasta que me muera hueón, no es algo que me esté cuestionando. Yo tengo que trabajar nomás porque tengo que mantener a mi familia, o sea yo quiero que nos vaya bien, tener, me gusta tener un buen pasar. Claro, puede ser que yo diga finalmente me la banco”*. Destacaremos ahora solamente el *finalmente me la banco*, pues parece ser una frase conclusiva, es decir, al final de cuentas se trata de eso: el trabajo se aguanta por la responsabilidad asumida con el sostén y la dirección de la familia, lo que sin embargo, tiene como importante revés el disfrute de una posición de poder y ascendencia ya en la empresa, ya en la casa. En el nombre del padre, amén.

CAPÍTULO SÉPTIMO: ANÁLISIS
DIFERENCIAS Y CONTINUIDADES EN LA OPERATORIA DE REPRODUCCIÓN DE LA
DOMINACIÓN MASCULINA
EN LOS DISCURSOS DE LOS CARGADORES-REPARTIDORES DE GAS Y LOS GERENTES
GENERALES

Corresponde en el presente capítulo dar cuenta tanto de las diferencias (porque son diferencias más que rupturas) como de las continuidades con las que las principales estrategias discursivas de ambos colectivos de trabajadores investigados construyen identificaciones con y reproducen la institución dominación masculina en virtud de sus procesos de subjetivación-cuerpopropiación del trabajo y su organización en la sociedad del rendimiento.

Se presentan cinco apartados que dan cuenta de tales construcciones. Para la ilustración de ellas revisaremos algunas citas textuales de los discursos producidos. Vale decir que el desarrollo de este capítulo pretende dar cuenta de los objetivos específicos cinco y seis de esta investigación.

1. Trabajo para hombres: coincidencia entre valores del trabajo y valores viriles

Es el caso que ambos colectivos de varones trabajadores entrevistados coinciden en la definición de sus puestos de trabajo como espacios masculinos, reservados a los hombres, cuyas pruebas para la subjetividad constituyen al mismo tiempo pruebas de hombría, no obstante se trate de pruebas cualitativamente diferentes.

Si bien, el supuesto de entrada, en palabras de Guiho-Bailly (1998) es que la coincidencia entre valores viriles y valores del trabajo se da preferentemente en tareas de orden “pre-industrial”, en los que la fuerza (bruta) marca la diferencia principal, los resultados expuestos en el análisis de discurso de los gerentes generales,

muestran que en la sociedad -que denominamos con Han (2014)- del rendimiento, el éxito laboral, entendido como el acceso a los cargos más altos en la división social del trabajo, se constituye también como un sitio reservado a los varones, pues está regido por valores viriles que operan excluyendo a las mujeres.

Efectivamente, en el caso de los cargadores-repartidores de gas la prueba de la subjetivación del trabajo es una prueba que interpela al cuerpo (y su fuerza) sin mayores intermediaciones, el cuerpo debe soportar el peso real de los balones de gas y en ese ejercicio se produce y (re)produce una corporalidad particular, una corporalidad viril, en el sentido de que no acepta rasgos de feminidad. Se trata de un trabajo, en el decir de los sujetos entrevistados, que de ser hecho por una mujer, (ella) corre un importante riesgo: *“una mujer no puede, se le caen las tetas al suelo”*. Vale decir, el trabajo se construye discursivamente como uno que, de manera directa, produce cuerpos viriles, sin tetas. Un cuerpo que para tolerar las exigencias del trabajo debe endurecerse y des-sensibilizarse, sometiéndose para ello al poder de la mente. El discurso es enfático al plantear que el aguante y la resistencia física exigidos por el quehacer no pueden ser sostenidos por la mera fuerza bruta, sino que por el contrario, se necesita de un esfuerzo mental para persistir en el trabajo. Son la mente y sus intenciones, especialmente las referidas al cálculo económico, quienes incitan al cuerpo a seguir, a *aguantar*, como lo profundizaremos en un apartado posterior.

Por su parte, en el caso de los gerentes generales, el peso a soportar es de otra índole, cobra la forma del desafío y tiene que ver, en resumidas cuentas, con tomar las mejores decisiones en orden de proteger los intereses de la compañía; su productividad, su rentabilidad. Decisiones que tal vez, el individuo, puesto en otras circunstancias no tomaría, pero que puesto ahí ha de tomar, digámoslo así, por el interés superior de la empresa y la conservación de su cargo y el poder-placer que esto implica. Se trata de decisiones, que a medida que se asciende, van exigiendo del gerente general mayores grados de pérdida de sensibilidad. El cuerpo, que podría alertar de aquello -expuesto en la expresión del dolor de estómago por ejemplo- debe ser cancelado, quizá, parafraseando a Reich (2005) congelado, enfriado

emocionalmente. Podríamos plantear que el peso real de los balones de gas muta aquí por un peso psíquico. Ahora bien, contra dicho peso también se lucha, se lo procura eliminar o al menos no sentir la molestia que podría causar, para lo cual la estrategia psicofísica –más o menos explícita- es el recurso a la frialdad y al cálculo al modo de un “escape” del cuerpo sensible. El ascenso puede interpretarse como esta huida del cuerpo sensible (Schneider, 2003).

Visto esto, podemos decir que las estrategias son diferentes: el cargador-repartidor de gas *soporta* estoicamente el peso, aguantando el sufrimiento por obra del pensamiento. En el decir de ellos mismos: “*dale compadre, si todo lo que empieza tiene que terminar*”; mientras que el gerente general *huye* del sufrimiento, evita sentirlo refugiándose en la altura, separándose del cuerpo y de su base sensible al tiempo que elabora una evaluación fría y calculadora de su performance: “*lograste la meta*”. Diremos que en ambos casos, en el *dale compadre* y en el *lograste la meta*, parece estar el pensamiento, la fuerza mental a la que refieren los cargadores de gas en su discurso, hablándole a un cuerpo que sufre. El primero por el peso material que debe soportar, el segundo por otro tipo de sufrimiento que, siguiendo a Dejours (2006) podríamos entender como uno de orden ético, pues –como vimos en el análisis de discurso- muchas de esas decisiones pasan por infligir sufrimiento a otros, especialmente cuando hay que despedir gente. Sin embargo, al contrastarse con los logros obtenidos y el alcance de las metas de la empresa, tal sufrimiento es minimizado, incluso negado, como lo plantea el fundador de la psicodinámica del trabajo: “Problemas éticos no hay. Es el trabajo y punto. Un trabajo como cualquier otro” (Dejours, 2006: 90).

En síntesis: en el discurso de los cargadores-repartidores de gas el sufrimiento en el trabajo -especialmente ese que afecta directamente al cuerpo- es más bien físico y se *soporta*, mientras que en el de los gerentes generales es más bien ético y se *niega*. Dos formas distintas de construir y reforzar la virilidad. La primera en la figura del *aguante*, la segunda en la de la *insensibilidad*.

Ahora bien, lo relevante para esta investigación y lo que marca la continuidad entre ambos discursos en la línea de construir identificaciones con la dominación masculina es que si una mujer se somete a las pruebas de subjetivación de ambos trabajos, corre el riesgo de dejar de serlo, o al menos de parecerlo. La *mujeridad* está en peligro. En el caso de los cargadores-repartidores de gas es el cuerpo y uno de los principales atributos que el discurso construye para la feminidad lo que se transforma y se destruye: *las tetas*. En el caso de los gerentes generales la transformación exigida por la prueba del trabajo a la subjetividad es de orden psíquico, pues lo que se pierde, o bien, lo que hay que dejar abajo a la hora de ascender, es la *sensibilidad diferente* enarbolada por el discurso como propiedad de las mujeres. En ambos casos el trabajo es construido discursivamente como un actor que pone en riesgo la identidad femenina, aquello constitutivo de lo que se erige como “ser mujer” o “propio de la mujer”. Podríamos deslizar la hipótesis que para estas construcciones de discurso ni las *tetas* ni la *sensibilidad-diferente* son bien vistas en un cuerpo subjetivo virilizado.

Ahora bien, ambos atributos, las tetas y la sensibilidad diferente, se corresponden con rasgos susceptibles de asociar a otro tipo de tareas, ligadas por los discursos analizados a quehaceres domésticos, a la maternidad y al cuidado y atención sensible de otros, sean los hijos en la casa, sean los clientes en la empresa, sea la obra de caridad, cuestiones que se atenderán en otro apartado.

2. Distinciones de hombría: la inquietud en la paridad

Otro aspecto relevante compartido por ambas construcciones discursivas es la tensión que genera la paridad entre los varones y la necesidad y el esfuerzo puesto en romperla. Al respecto, en los dos casos, la construcción de un trabajo que se define como para hombres se continúa en una suerte de distinción entre *tipos de hombre*.

En el caso de los cargadores-repartidores de gas la distinción es entre *hombres fuertes* y *hombres débiles* y, como vimos en el capítulo quinto, hombres fuertes de cuerpo y mente, quedando el sujeto de discurso identificado con el colectivo de hombres

fuertes. En el caso de los gerentes generales la distinción es quizá más marcada, pues el cargo es ocupado sólo por una persona en la empresa, una que queda en posición diferente a todas las demás en virtud –preferentemente- de su capacidad para no detenerse a sentir el “estrés”, ni los sentimientos implicados en la toma de decisiones que implica la dirección de la compañía hacia el logro de sus objetivos. Como vimos: fundamentalmente decisiones que implican tanto las finanzas como las personas.

Resulta pertinente aquí retomar algunas citas textuales, pues las expresiones en ambos discursos, si bien operan estrategias defensivas diferentes, apuntan ambas a la virilización del cuerpo subjetivo y la reproducción de la dominación masculina. El discurso de los cargadores-repartidores dice: “*mucha gente (no aguanta) más que nada por el peso y dice no, la pega es muy dura, no soy pa esta pega*”. En consecuencia, muchos son los que quedan fuera de la categoría de sujeto “hombre fuerte”. Se rompe la paridad con ellos en virtud de la cuerpopriación de su trabajo. Por su lado, la expresión que formula el discurso de los gerentes generales es la siguiente: “*A ver, yo muchas veces estoy en situaciones que causan o causarían mucho estrés y (...) no podís guatear ahí*”. Aquí, los que quedan fuera de competencia para acceder al cargo de gerente general de la empresa son los que se estresan, los que guatean y, lo real del trabajo en el puesto exige exponerse a situaciones construidas como generadoras de estrés. La paridad se rompe por la capacidad para manejarlo. En síntesis: los primeros se distinguen de otros muchos que no aguantarían el peso; los segundos se distinguen de otros –también muchos- a los que ciertas situaciones –importantes, en las que no se puede *guatear*- les generan estrés. Los unos *soportan* el peso, los otros *no sienten* (o al menos minimizan) el estrés.

Lo medular para esta investigación es que las estrategias de defensa para tolerar el sufrimiento que el enfrentamiento con lo real del trabajo implica (Dejours, 1998, 2001, 2012a) van en la línea de la *virilización del cuerpo subjetivo*, aunque, como vimos, por dos caminos diferentes. Nuevamente, el discurso de los cargadores-repartidores de gas habla de una defensa viril fundada en el *aguante*, en la fuerza necesaria para soportar el peso efectivo que deben levantar en sus tareas cotidianas.

Con ello, el signo que marca la diferencias entre aquellos hombres subjetivados por la carga y descarga de objetos pesados de otros (considerados débiles), es la fuerza y la resistencia física, digamos, la acción de *aguantar*. Por su parte, los gerentes generales parecen insistir en una estrategia que, aunque igualmente virilizante, va por la línea de la *negación*: “*Es que siempre pienso que nunca es terrible nada*”. De todos modos, ya sea *soportar* el dolor como *negarlo*, no consiguen subvertir el sufrimiento en el trabajo, no logran transformarlo sino apenas tolerarlo al favorecer maneras virilizadas de estructuración del cuerpo subjetivo. Diremos por lo pronto -pues lo abordaremos con más detalle en un apartado posterior- que dicha estructuración psicofísica supone la dominación del cuerpo por parte de la mente.

Sigamos, en el caso de los cargadores-repartidores de gas la tarea implica un quehacer que se realiza con otros y que muchas veces incluye convivencia¹⁴. Y es más, una de las razones producidas por el discurso para hacer del espacio laboral un lugar soportable y hasta agradable lo constituye la convivencia, el pasar tiempo con otros varones haciendo actividades consideradas propias de los varones en un espacio de mutuo reconocimiento de género (y quizá también de clase). Se trata en todo caso de una convivencia no exenta de tensiones, en la que según ellos mismos explicitan, se encuentran permanentemente midiéndose, cuestión en la que siempre pierde aquel que es considerado menos viril, donde la *minusvirilidad* se asocia fundamentalmente a falta de *viveza*, en tanto falta de rapidez mental como a falta de arrastre con las mujeres. Sin embargo, el que gana, el que logra posicionarse por encima de los demás en virtud de su virilidad; consiguiendo torcer la paridad e imponer la verticalidad, lo logra mediante dos caminos posibles. El primero lo constituye aquel que logra ser identificado como el *aguerrido*, aquel que vive el trabajo como si fuera una guerra, que aguanta condiciones ambientales que no cualquiera toleraría: frío, lluvia, hambre, sueño, etc. Aquel que hace caso omiso de las licencias médicas y sigue trabajando porque el sueldo se engrosa con la comisión por ventas. No obstante, el segundo es el que logra de verdad romper la paridad y es aquel que consigue su propio

¹⁴ Cabe destacar que en varias distribuidoras en las que realizamos entrevistas, los trabajadores vivían ahí.

emprendimiento, el que da el salto de comisionista a micro-distribuidor independiente, el *empresario*. En síntesis: dos formas para construir la diferenciación. La primera bajo la metáfora del *aguerrido*, o sea, aquel que más aguanta, pero que no logra subvertir la situación de sufrimiento en el trabajo. La segunda bajo la metáfora del *empresario*, en cuyo caso, podría vislumbrarse cierta capacidad de subversión, pues el sujeto, parafraseando a Vincent de Gaulejac (2013), sin cambiar el orden de los lugares, logra cambiar su lugar dentro de un orden.

Por su parte, atendiendo al discurso producido por los gerentes generales, estos no trabajan *en* equipo, sino *a través* de sus equipos. La distinción es de entrada: no se forma parte, se encabeza. El grupo parece ser apropiado por el individuo, quien prolonga su subjetividad en los otros. La ruptura de la paridad la otorga la identificación con el poder, la encarnación de los valores y de la lógica del poder. La paridad la rompe aquel que consigue hacer coincidir la motivación y la dirección de las acciones de los otros con las propias (que en general son las de los dueños de la empresa). La distinción la marca el líder. Podríamos decir que en este caso –quizá paradójicamente- se distingue el que se hace símil, pero el que se hace símil al poder.

Ahora bien, lo central acá es que la ruptura de la paridad produce verticalidad, posicionando al sujeto de discurso por encima de otros que podrían considerarse pares. Tal torcedura de la perspectiva podríamos decir que es la propia de la violencia simbólica (Bourdieu, 2000) que al tiempo que otorga y reproduce privilegios a aquellos en la posición superior, obliga a los demás a mirar y a entender el mundo bajo el mismo prisma, conminándolos a una posición de subalternos. En síntesis, ambos discursos, el primero basado preferentemente en la resistencia física y el segundo a través de mimetizarse con el poder, transforman la alteridad en subalteridad, verticalizando las relaciones y buscando posicionarse en el extremo superior, reproduciendo la lógica de la dominación masculina.

3. La mente sobre el cuerpo y la verticalización sexista de la subjetividad

De acuerdo a los discursos analizados, el trabajo es construido como un espacio reservado a los varones al tiempo que se construyen también diferenciaciones entre tipos de hombres de acuerdo a las pruebas y las exigencias específicas para la subjetivación masculina en cada uno de los quehaceres investigados. Ambas cuestiones pasan por lo que denominamos aquí *verticalización sexista de la subjetividad*. Entendemos básicamente por esto a un llamado a construir una relación jerárquica entre pensamiento y *sensorialidad* (quizá más propio del proceso de subjetivación del trabajo de los cargadores-repartidores de gas) o bien, a la construcción de una relación jerárquica entre pensamiento y *sensibilidad* (quizá más propio de la subjetivación del trabajo de los gerentes generales). De todos modos, la cuestión que es común a ambas es la separación y jerarquización, al parecer clave, entre mente y cuerpo.

Para ilustrar lo anterior, retomaremos algunas citas textuales de los discursos producidos. Al respecto, la estrategia discursiva de los gerentes generales –como vimos centrada en la *negación* del sufrimiento– propone: *“No había tiempo para detenerse a sentir, los sentimientos y esas cosas vienen un poco después, cuando, cuando un poco logras la meta, hiciste lo que tenías que hacer”*. Parece ser que los sentimientos, que son aquí postergados, son construidos como una suerte de estorbo para el logro de las metas y la performance exitosa del gerente general, quien debe realizar su trabajo sin detenerse a sentir. Los sentimientos pueden tener espacio con posterioridad, pero aún así se cotejan a la luz de un cálculo: se hizo o no lo que se tenía que hacer. En consecuencia: para hacer lo que se tiene que hacer, el gerente general ha de no sentir lo que le pasa con ese hacer. Ha de negar los sentimientos asociados a la tarea a través de la priorización del cálculo en pos de la meta.

Por su parte, los cargadores-repartidores de gas expresan: *“obvio, es que si tu no ponís parte mental a tu esfuerzo (físico) hueón, no vai a resistir, te vai a cansar y te vai a echarte a morir, si lo que te da fuerza es, yo creo, que lo que te maneja a ti es la mente”*. La estrategia defensiva en este caso se centra en el *aguante*, es decir, el dolor se siente

(no se niega), pero se soporta y es lo que aquí se signa como *fuerza mental* la que comanda la estrategia de resistencia, es la *parte mental* del esfuerzo la que le permite al cuerpo llevar adelante su performance aguerrida. Si fuera por el cuerpo solo, este reconocería su cansancio y cesaría en la labor. Es por ello que la mente es llamada a minimizar las sensaciones corporales de cansancio y dolor.

Parece ser entonces que en ambos extremos de la división social del trabajo y de los estratos socioeconómicos, la virilización pasa por una exigencia de subordinación del cuerpo a la mente, se pone en juego en un esfuerzo de convencimiento de que uno se la puede. Lo que parece latir en el fondo es la necesidad de demostrar y demostrarse poder podérsela con el trabajo.

No resulta extraño que este esfuerzo de convencimiento sea discursivamente encargado a la mente, al cálculo, al pensamiento, toda vez que en la historia de las ideas, a partir de la diferencia fundamental entre los sexos como punto desde el cual se construyen todas las demás diferencias (Fraisie, 2006), el pensamiento ha quedado asociado al polo masculino, mientras que el cuerpo, la sensorialidad y la sensibilidad al polo femenino. Plantea Monique Schneider (2003) que la erección es también una metáfora de este movimiento masculino de escape hacia arriba, desde el cuerpo sensible al reino de las ideas. Ahora bien, una cuestión particularmente interesante para este estudio es que dicha verticalización, que opera en el propio cuerpo subjetivo de los varones entrevistados, es (re)producida en el enfrentamiento del sujeto con las exigencias de la organización de su trabajo al modo de verticalizar la subjetividad para rendir, de verticalizar la subjetividad para rentar y cumplir con las metas esperadas. Es en el cuerpo subjetivo de los varones demostrando que se la pueden que se (re)produce la dominación y se motivan fenómenos de auto-explotación laboral. Parafraseando a Han (2014), amo y esclavo quedan inscritos en una misma subjetividad. Parafraseando a Engels (2012), la primera expresión de la lucha de clases, esa que tiene lugar entre hombres y mujeres, parece configurarse aquí como un asunto intrasubjetivo.

4. Reproducción de la división sexual del trabajo: la empresa y la casa

La configuración desarrollada hasta este punto, en virtud de los tres apartados expuestos más arriba, se expande de todos modos más allá del terreno intrasubjetivo y por cierto, más allá de los límites de la empresa y de los horarios de trabajo. La subjetivación del trabajo, tal como lo plantean Dejours y Gernet (2014), impacta la configuración familiar, los vínculos de pareja e incluso la relación con los hijos. Como lo planteara Reich (2005) en la primera mitad del siglo pasado, el sistema productivo ejerce fuertes determinaciones sobre la estructuración y la dinámica de las familias y en consecuencia, sobre la organización y la economía libidinal de la prole. Para Reich (2005) la sexualidad y sus expresiones quedan fuertemente marcadas e incluso, determinadas, por la organización predominante del modelo productivo de una época. De este modo, la construcción subjetiva –de hombres a mujeres- y en tanto, las relaciones sociales de género, dependen de estos procesos de subjetivación del trabajo, a través de los cuales, los hombres son posicionados en lugares de privilegio social, al menos en lo que a jerarquías laborales se refiere.

Al respecto, podemos decir que ambos procesos de subjetivación del trabajo revisados aquí, (re)producen la estructura y la dinámica histórica de la división sexual del trabajo y sus localizaciones. En el caso de los cargadores-repartidores de gas, son los hombres quienes realizan el “verdadero trabajo” y las mujeres quienes cumplen tareas, a lo sumo, complementarias, lo que queda de manifiesto en citas como esta: *“ellas atienden el teléfono nomáh”*, al mismo tiempo que dichas tareas son rígidamente localizadas: *“para una mujer, no; es que tendría que ser una mujer de secretaria, cumplir esa función nada más”*, lo que supone que su quehacer es de oficina, mientras que el varón se configura afuera, en la calle: *“trabajai más, pero al final, vai por la calle...”* Es decir, no importa cuánto se trabaje, mientras se esté en la calle, afuera, no en un lugar signado como *encierro*, que -como hemos visto hasta aquí- es el signo con que se marca la casa y las tareas domésticas.

En el caso de los gerentes generales entrevistados ocurre algo parecido, lo que queda en evidencia en citas como esta: *“muchas de las mujeres que llegan a posiciones altas en la empresa se transforman en hombres y pierden parte de esa sensibilidad, o sea, de esa forma de ser diferentes”*. En consecuencia, un trabajo adecuado para las mujeres es fuera de esas posiciones signadas como “altas en la empresa”, quedan disponibles para ellas las “posiciones bajas”. La división sexual del trabajo opera jerárquicamente en función de la distinción alto/bajo, en la que dicho sea de paso, la sensibilidad queda circunscrita al reino de lo bajo. La localización en este caso no alude, como en el caso anterior, a la oficina y la calle, sino que tiene que ver con la inclusión/exclusión de determinados espacios de decisión y aquí la cita para ilustrarlo resulta ser doblemente interesante, pues el espacio “cumbre de varones” es construido como uno violento y sucio: *“A mi me choca que una mujer se siente en una reunión y hable puros garabatos, en una reunión con puros hombres, hablamos puras cochínas, puras cochínas”*. La cumbre masculina en la empresa queda al descubierto aquí como un espacio en el que lo que circula son *puras cochínas*, cuestión que se enfatiza en el doblaje de la voz, y *cochínas* resulta ser un significante rico en significados posibles, pero fundamentalmente parece referir a turbiedades, trampas, irregularidades, emparentadas de algún modo con la perversión (sexual y social). El espacio de las grandes decisiones de la empresa queda emparentado entonces con lo perverso y la perversión queda también circunscrita a la masculinidad. Es mejor que las mujeres queden fuera de esto. Con ello la exclusión se camufla en protección, en protección de una supuesta feminidad asociada a la pureza.

En consecuencia, si en el caso de los cargadores-repartidores de gas la división sexual del trabajo se articula en función del binario trabajo duro-hombres/trabajo blando-mujeres y junto a esto trabajo afuera-calle-hombre/trabajo adentro-oficina-mujeres; en el de los gerentes generales se articula en función del binario arriba-hombres/abajo-mujeres, siendo el espacio masculino además asociado a la lógica de la perversión y el femenino al de cierta supuesta pureza, por cierto, idealizada.

Ahora bien, esto que ocurre dentro de los límites físicos de la empresa o del empleo, se traslada –de alguna manera- a las casas, a la estructura y la dinámica de las familias. En el discurso de los cargadores-repartidores de gas, la casa y sus quehaceres son construidos como asunto definitivamente de las mujeres, como queda manifiesto en citas como la que sigue: *“la mujer se hace cargo de la casa, del aseo, todo ese tipo de cosas y como tú estás fuera todo el día y te levantas oscuro y llegas al último minuto y no tienes tiempo de hacer aseo, de echar a lavar, de planchar una camiseta y menos de hablar de los críos, que se bañen, vayan al doctor, que le compren un remedio”*. Las tareas domésticas son cuestión de mujeres y el varón justifica su no participación en ellas en virtud de su trabajo afuera y por cierto, de su aporte basal al sostén material de la casa. En este caso las tareas domésticas incluyen la casa (aseo, lavado de ropa, cocina, etc.) y el cuidado de los niños (desde la ropa, hasta la educación, la salud y los afectos); cuestión que es diferente en el caso de los gerentes generales, donde el lugar principal de la mujer-esposa es con los hijos, mientras que los asuntos de la casa son responsabilidad de la mujer-empleada, como lo expresan citas como esta: *“Con los niños más que nada, la casa, por suerte tenemos nana que se ocupa de muchas cosas”*. De todos modos, casa y niños quedan al cuidado principal de mujeres. De un modo parecido al que lo hace el discurso de los cargadores-repartidores de gas, el de los gerentes generales construye justificaciones para la ausencia en cuerpo y alma del padre de la familia y con ello, al mismo tiempo, justifica la imperiosa necesidad de la presencia de su mujer-esposa –quizá en tanto representante de la pareja parental- como lo podemos leer en esta cita: *“tengo la cabeza muchas veces en el trabajo y viajo mucho (...) me toca ir para afuera, de hecho, ahora voy, me voy como tres semanas a distintas cosas, entonces obviamente que si están los dos en la misma los niños quedarían botadísimos”*. En esta imagen el varón-padre-gerente general tiene la cabeza en el trabajo y el cuerpo en otro país, por lo tanto, en casa, con los niños, ha de estar la mujer-madre-no gerenta general.

De este modo, se va dibujando también, en el seno de la institución familiar, la verticalización sexista, en la que el hombre queda inscrito en el polo del dominio y la mujer en el de la subordinación. En ambos casos, la jefatura se ejerce incluso estando

fuera, pues es el dinero el que califica para ello; un dinero que se (re)organiza al modo en que Clara Coria (1996) conceptualizara según el par dinero grande/dinero chico, pues es en función del primero que se toman las “grandes decisiones” de la vida familiar, aquellas que salen del manejo diario ligado a la vida cotidiana, invisible solo hasta que las cosas no se hacen, por ejemplo, la comida diaria o el pago de las cuentas de los servicios básicos, ligados al “dinero chico”. Es el “dinero grande” el que se usa, según Coria (1996) para las cosas extra-ordinarias. Al respecto, es interesante como el ejemplo paradigmático al que recurre la autora, el de las vacaciones, es (re)construido por el discurso de los dos tipos de trabajadores seleccionados para esta investigación, cuestión que podemos revisar en las siguientes citas.

Así versa el discurso de los cargadores-repartidores de gas: *“yo no tomé vacaciones, me las pagaron igual (...) yo igual salí a la playa, pesqué a mi vieja, a la mamá de la Kathy, a la Kathy, a mis hijos y me los llevé a todos pa la playa, son sacrificios que uno hace ¿cachai? Los dejé en la playa y yo me vine a trabajar y después los fui a buscar”*. Aquí, el sujeto de habla produce y determina las vacaciones de la familia, *pescando* a mujeres e hijos –cual balones de gas- y depositándolos en la playa, lugar del que luego se resta, no participa de la convivencia familiar, pues *su lugar* está en el trabajo.

Por su parte, los gerentes generales plantean: *“(Lo mío es) organizar, quién hace qué. Ejemplo, vacaciones ¿qué vamos a hacer, cómo lo vamos a hacer, dónde vamos a ir?, ¿tu crees que lo hace mi señora? No, lo tengo que hacer yo y yo tengo que organizar (...) y es entretenido, si, es súper entretenido”*. Quizá la diferencia fundamental entre los grupos es que el discurso de los primeros –los cargadores-repartidores- construye la situación con la figura del *sacrificio*, mientras el de los gerentes generales con la del placer: *es súper entretenido*. Sin embargo, para ambos, lo incuestionable es la posición de dominadores en la que quedan inscritos en virtud de las decisiones susceptibles de tomar con el “dinero grande”.

Otra distinción importante es que, en el caso de los gerentes generales, el poder adquisitivo y la subjetivación de su rol, los posiciona como gerentes de la vida familiar,

como se expresa en citas como esta: *“Ella, como está más tiempo con los niños muchas veces juega un rol más de amigo de los niños y yo, a veces, juego un rol más de director de los niños”*. No es difícil interpretar que también ejerce un rol de director de su esposa, pues ella es posicionada en el lugar de *amigo de los niños*, es decir, de par de aquellos que él dirige. Para cerrar, diremos que en función, otra vez del poder adquisitivo del gerente general y su dinero grande, este es capaz de (re)producir la posición de clase de su familia y esto, aunque construido discursivamente como un esfuerzo, redundante en el placer de emerger como soberano de su hogar, pues es él quien marca la diferencia en lo que a esto se refiere: *“Si, si (ella) trabaja, si está bien, pero con los ingresos de ella no alcanza para mantener el nivel de vida que tenemos nosotros”*.

5. La trampa de la virilización: férreos determinismos a la subjetivación

Para terminar, nos interesa mostrar quizá la principal trampa impresa en el proceso de la subjetivación del trabajo como subjetivación viril. Esto es, animarnos a cuestionar la subjetivación de una *supuesta* dominación. Cabe explicitar que cuando decimos *supuesta*, no decimos *irreal*, pues efectivamente el varón-viril subjetivado por la organización de su trabajo ejerce un dominio, el que entendemos con Bourdieu (2000) como dominación masculina. Sin embargo, en una relación de dominación, siguiendo a Freire (2005), tanto opresores como oprimidos son sujetos de la relación de dominación. En el caso del discurso de los cargadores-repartidores de gas dicha trampa se hace evidente en la siguiente expresión: *“(Nosotros los hombres) tenemos la libertad de estar disponibles para la empresa el tiempo que sea necesario, soportamos la pega, desarrollamos nuestras propias formas y métodos de trabajo y aguantamos”*. Como lo plantea Han (2014), en la sociedad del rendimiento opera una paradoja crucial y esta se juega cuando coerción y libertad se vuelven pura continuidad y esto es precisamente lo que la cita representa: la paradójica libertad para ser explotados. Repetimos: *la libertad para estar disponibles para la empresa el tiempo que sea necesario*, ¿necesario para qué? Para los fines de la compañía. En este caso, el varón-

viril se libera de los quehaceres domésticos para quedar preso de su liberador. Cabe destacar que esta trampa parece ser más fuerte en el caso de trabajadores que se encuentran en posiciones desaventajadas en la división social del trabajo, esto es, más lejos, más enajenados de los medios de producción. Sin embargo, la determinación a la explotación y la determinación a *hacer lo que se tiene que hacer* (y no otra cosa) tampoco es ajena a los gerentes generales, quienes parecen asumir esta pérdida de libertad sin mayores problemas: *“¿Tengo la libertad? No, no la tengo. ¿Eso es algo que me cuestione todo el tiempo? No, no es algo que me cuestione todo el tiempo”*. Quizá se deba, en este caso, a que en el discurso de los gerentes generales no hay ilusión de libertad, no es la libertad una pregunta que los desvele. Parecen tenerlo claro: *“yo voy a trabajar de hoy hasta que me muera hueón, no es algo que me esté cuestionando”*. Nos animamos a proponer que, si bien no es la libertad el asunto en cuestión aquí, si lo es el de la dominación y el placer que esta encierra, pues para el gerente general, rompedor absoluto de la paridad, con hombres y mujeres –quizá salvo con los dueños de la empresa, pero con quienes construye una fuerte identificación- el estar en la cima de la división social y sexual del trabajo, parece ser fuente de placer. Con ello, con el placer en la dominación, a pesar de ser sujeto de esa misma dominación, es posible continuar con la (re)producción de la misma en base a la (re)producción de la dominación masculina a través de la virilización del cuerpo subjetivo en la subjetivación del trabajo en la sociedad que Han (2014) tildó del rendimiento.

CAPÍTULO OCTAVO

CONCLUSIONES

Organizamos el presente capítulo en base a la articulación de cuatro apartados. Uno primero en que se desarrolla una síntesis de la problematización teórica desde la cual se formula la pregunta de investigación y su abordaje. Uno segundo en el que damos respuesta a esa pregunta (lo que constituye las conclusiones propiamente tales). Uno tercero en el que identificamos los aportes de la investigación a los estudios que cruzan las problemáticas de la subjetivación del trabajo con el género y los estudios sobre hombres y masculinidades, y uno cuarto, en el que reflexionamos en torno a los límites de este estudio y junto con ello, a sus posibilidades de expansión y profundización.

1. Síntesis de la problematización teórica a la base de la pregunta de investigación

Iniciamos este recorrido con la pregunta por la subjetivación y en virtud de la promoción de un diálogo entre ideas de Freud (1992a), Dejours (2012a) y Reich (2005) principalmente, la definimos como un trabajo, como un trabajo de apropiación del mundo que al mismo tiempo es un trabajo *Arbeit*, de producción de sí mismo. Planteamos además que se trata de un esfuerzo de traducción del mundo que, especialmente en los primeros momentos de la vida, se realiza sin aparataje conceptual alguno, sino lisa y llanamente con el cuerpo y su sensibilidad. La subjetivación tiene lugar entonces en un cuerpo a cuerpo con el mundo, en el decir de Henry, citado por Dejours (2012a), deviene una *cuerpopriación*. El cuerpo interpreta y se apropia del mundo y en ese trabajo el cuerpo se transforma. Podríamos decir que la *cuerpopriación se hace con el cuerpo y al mismo tiempo hace al cuerpo*. Cada cuerpo singular se va tornando un cuerpo-historia, un cuerpo subjetivo en virtud del trabajo de subjetivación y por cierto, de sus exigencias. Desarrollamos además la idea de que

son dos las fuentes de exigencia principales para el proceso de producción de subjetividad: la sexualidad y el trabajo.

Desde ahí, asumimos que el mundo a ser subjetivado, apropiado, cuerpopropiado por los seres humanos es un mundo ordenado simbólicamente. Es más, la posibilidad de emerger sujeto la brinda la inscripción en la institución (Kaës, 1998). Plantea el autor que *los pilares del sí mismo están fuera de sí*. La institución viene a ser una suerte de *otredad constituyente*. Teniendo esta idea en cuenta, interpretamos al género en clave de institución, vale decir aquí como orden simbólico que nos pre-existe y nos origina en tanto sujetos. A su vez, comprendimos al género en tanto dominación masculina (Bourdieu, 2000) y a ésta, al modo de un marco interpretativo de la realidad, un marco regido por la violencia simbólica (Bourdieu, 2000) que favorece la reproducción de puntos de vista que eternizan los privilegios de la condición masculina por sobre lo construido como su opuesto, la condición femenina. En consecuencia, en tanto se trata de un marco impuesto por la violencia, nos animamos a entenderlo como un marco instituido y con ello, imaginando un diálogo entre Freud (2008) y Engels (2012), arriesgamos una hipótesis respecto de su posible institucionalización en los albores de la civilización.

Consideradas estas ideas, planteamos que el trabajo de subjetivación del orden de género presentará exigencias diferentes a niños y niñas según la marca de su anatomía sexual y una vez aclarado ello, que la asignación de género que releva Stoller (1968) deviene aquí cuerpopropiación. Luego, nos adentramos en las particulares exigencias implicadas en la construcción de identidades masculinas, llegando a proponer, con Schneider (2003) que lo propio de la masculinidad y la virilidad es más bien el escudo, la coraza corporal en tanto defensa más que el pene erecto en tanto espada y función de ataque. La erección fue comprendida en tanto estrategia defensiva. Una vez realizada esta problematización teórica en torno a lo que denominamos “cuerpoperiación del orden de género”, nos interesó avanzar hacia el considerado segundo eje central del proceso de subjetivación: el trabajo.

La pregunta que guió este momento de la problematización teórica fue aquella por las relaciones entre trabajo y subjetividad. En el capítulo primero ya habíamos visto la centralidad del *trabajo arbeit* en la producción del psiquismo y la subjetividad, mas quedaba profundizar en torno al lugar del trabajo que Dejours (2012a y b) define como *trabajo poiesis* -el trabajo cotidiano- sobre la subjetividad. Al respecto planteó: “Freud no se dio cuenta de que el trabajo psíquico –la elaboración- era a menudo un retoño del trabajo ordinario generado a través de la tensión o incluso el sufrimiento engendrado en el yo por la prueba subjetiva que el trabajo, entendido esta vez como trabajo de producción (poiesis), implica” (Dejours, 2012b: 8). Queda entonces, el trabajo poiesis, comprendido como importante prueba para la subjetividad. Es decir: *las exigencias del trabajo poiesis movilizan trabajo arbeit*. La subjetividad puede ser transformada por el trabajo, o bien: el trabajo es subjetivado y que el trabajo se subjetive quiere decir que este puede incidir en la (re)configuración del cuerpo subjetivo y su economía libidinal. Complementará el autor: de la relación cuerpo a cuerpo entre sujeto y trabajo, la subjetividad puede salir engrandecida o magullada. Tales opciones dependerán estrechamente de la organización del trabajo y al respecto: “nosotros denominamos organización del trabajo a la división del trabajo, el contenido de la tarea, el sistema jerárquico, las modalidades de gestión, las relaciones de poder, las cuestiones de responsabilidad, etc.” (Dejours, 2001: 28).

Visto lo anterior, pasamos a elaborar una caracterización de lo que sería “la organización del trabajo contemporánea”. Para ello nos valimos de estudios de diferentes partes del mundo. Tomamos la noción de *nuevo espíritu del capitalismo*, desarrollada por Boltanski y Chiapello (2002), nociones del *management de la excelencia* en Aubert y de Gaulejac (1993) y especialmente la noción de *sociedad de rendimiento* de Han (2012, 2014) y por cierto, nociones desarrolladas en Chile. Al respecto y a modo de síntesis, nos quedamos con la idea de *desmesura laboral*, propuesta por Araujo: “La *desmesura laboral* refiere al carácter de las demandas estructuralmente determinadas de esta esfera –las que se expresan a nivel de los individuos en una generalizada percepción de sobreexigencia y de presión-, aparecen como un incesante empuje a la acción y son vividas, con mucha frecuencia, como una

transgresión a los límites propios” (Araujo, 2014: 281). Tal desmesura tiene lugar en el proceso de modernización de la “empresa chilena” que bien presenta Ramos (2014), marcado según el autor, por el *imprinting* autoritario de la dictadura militar, momento en el que comienza dicho proceso de modernización y que actualmente –en resumidas cuentas- se caracterizaría por el desarrollo de una adaptabilidad estratégica orientada a la adaptación a un entorno cada vez más competitivo para lo cual las empresas han de aligerarse, reduciendo el personal contratado y recurriendo a diferentes tipos de flexibilización laboral (de contratos, de horarios, de remuneraciones) que conllevan las más de las veces la precarización de los empleos y la soledad de los trabajadores, pues todo esto se enmarca en un modelo de relaciones laborales instituido en Chile por los denominados *Chicago Boys*, también durante la dictadura militar y que, en términos gruesos, está reñido con la defensa de los derechos de los trabajadores, pues prohíbe la huelga y la negociación colectiva, dejando al trabajador en total soledad (Ugarte, 2014).

Atendiendo especialmente a que los trabajadores chilenos se encuentran expuestos a tal indefensión, nuestra problematización teórica volvió a girar sobre los planteamientos de la psicodinámica del trabajo de Dejours (1998, 2002) y la noción de *estrategias defensivas*. En este punto, y procurando leer las características principales de la prueba del trabajo a la subjetividad expresada en la noción de *desmesura laboral* (Araujo, 2014, 2016), nos animamos a preguntarnos por el recurso a lo que denominamos teóricamente *virilización del cuerpo subjetivo*, en tanto estrategia defensiva contra el sufrimiento en el trabajo, que implica básicamente una des-sensibilización del cuerpo y con ello, una separación del pensamiento de su base sensible. Nos preguntamos en consecuencia, por las amenazas y las exigencias que una organización del trabajo caracterizada someramente como expusimos arriba, implican para la identidad masculina y si en virtud de ello, los varones trabajadores tendrán que recurrir a la construcción de identificaciones con la institución de la dominación masculina y de paso, colaborar con su reproducción social. En definitiva, nos estamos preguntando por las relaciones entre una organización del trabajo contemporánea, neoliberal, propia de la sociedad de rendimiento y que en Chile cobra

la forma de la desmesura laboral (Araujo, 2012, 2014) y la reproducción de la dominación masculina en tanto institución (Kaës, 1998) encarnada, hecha cuerpo subjetivo en los varones trabajadores.

En consecuencia y, ligando la problematización teórica con algunos elementos que ya habíamos recogido del campo, formulamos la pregunta central de esta investigación:

¿Cómo se reproduce la dominación masculina en el discurso sobre la subjetivación del trabajo en dos tipos diferentes de trabajadores (uno considerado de baja calificación y otro considerado de alta calificación) y cuáles son las relaciones que construye con la virilización del cuerpo subjetivo en el marco de la sociedad del rendimiento?

Para responder esta pregunta optamos por una aproximación cualitativa, discursiva, pues nos interesaba más comprender lo que los sujetos *hacen cuando dicen*, que lo que saben, piensan o sienten respecto de un tema. Recurrimos a entrevistas en las que la temática principal giró en torno a las pruebas que el trabajo cotidiano exige a la subjetividad. Básicamente, el sentido de las entrevistas apuntó a comprender *¿qué les pasa -a nivel afectivo, a nivel de cuerpo subjetivo- a los varones trabajadores cuando trabajan?* Elegimos dos tipos de varones trabajadores en virtud de sus posiciones polares en la jerarquía de la división social del trabajo; por una parte cargadores-repartidores de gas, trabajadores manuales para los que su quehacer no pide mayor calificación y gerentes generales, bajo el supuesto que sobre su trabajo se sostiene el modelo y la organización del trabajo signada como empresa, modelo a través del cual, Dejours (2012b) plantea que es posible explicar el triunfo del capitalismo a escala mundial.

El como se responde esta pregunta en los casos particulares de ambos tipos de varones trabajadores, como también los puntos de continuidad y diferencias fundamentales entre las estrategias defensivas de virilización del cuerpo subjetivo y con ello, la respuesta a los objetivos específicos de esta investigación; se encuentran en los capítulos cinco, seis y siete respectivamente.

Ahora bien, hecha esta síntesis, lo que nos convoca en este capítulo de conclusiones son por lo menos tres cosas. La primera es dar respuesta a la pregunta de investigación propuesta. La segunda es valorar lo novedoso o el aporte diferencial que esta tesis puede hacer a los estudios que procuran cruzar las problemáticas del género y la construcción de masculinidades y la subjetivación del trabajo. La tercera es, al mismo tiempo que reconocer los límites del estudio, proyectar y justificar posibles nuevas investigaciones o bien, la profundización de esta misma.

2. Reproducción de la dominación masculina ante la prueba del trabajo a la subjetividad en la sociedad del rendimiento

La primera constatación fundamental la constituye la tesis de que la prueba del trabajo a la subjetividad de los varones trabajadores chilenos investigados favorece la reproducción de la dominación masculina. Vale decir: el *sujeto del trabajo* coincide con el *sujeto del género*. O bien, en los casos investigados, el *sujeto de la dominación masculina* es (re)producido por el *sujeto de la desmesura laboral*.

Cabe explicitar a continuación que dicha reproducción se da merced a una estrategia defensiva, nominada por nosotros como *virilización del cuerpo subjetivo*, que consiste básicamente en un proceso de separación del pensamiento de la base sensible del cuerpo y de un posicionamiento en clave jerárquica y de dominación del primero sobre el segundo.

En los casos de los varones trabajadores investigados la virilización del cuerpo subjetivo opera con matices y especificidades diferenciales de acuerdo a las exigencias particulares de cada puesto de trabajo y por cierto, de la posición en la escala social en la que se ubica cada grupo.

A continuación, presentamos las principales maneras en que se reproduce la dominación masculina como respuesta a las pruebas del trabajo -y su organización contemporánea- a la subjetividad de los varones trabajadores investigados.

2.1. Virilización del cuerpo subjetivo como defensa de la identificación con el poder y su contraparte: la auto-explotación

Demostrar poder, en el sentido de “*demostrar que me la puedo*” viene a constituirse en una suerte de mandato interno de los varones trabajadores investigados que anuda a la perfección las viejas exigencias de la *prueba de hombría* con las nuevas exigencias de la *prueba del trabajo* en contexto neoliberal flexible y, particularmente, de la desmesura laboral.

La explotación laboral devenida según Han (2012, 2014) auto-explotación en la sociedad de rendimiento -al menos para los dos tipos de varones trabajadores investigados- se sostiene psicológica y socialmente en la fragilidad inherente de la identidad masculina y su necesidad incesante de identificación con el poder. En consecuencia y por lo visto aquí, la reproducción de la dominación masculina en la subjetivación del trabajo en la sociedad contemporánea constituye una operación defensiva de una identidad masculina que, para mantenerse firme, para no caer, requiere permanentemente ser mostrada y escenificada, tanto para uno mismo como para los demás y el escenario laboral es clave para ello. No podérsela en la sociedad del rendimiento equivale al mismo tiempo que a fracaso laboral auto-impugnado (el fracaso es vivido como responsabilidad individual en la sociedad de rendimiento), a la caída de la identidad masculina y viril.

De este modo, la imperiosa necesidad de demostrar que “siempre se la pueden” hace de los varones -al menos de los dos tipos de varones trabajadores investigados- presas de la (auto)explotación laboral. El orgullo en la *virtus* viril y el compromiso con su férrea defensa opera como blanco perfecto para movilizar la explotación y la auto-

explotación laboral, pues demostrar hombría pasa por podérsela a toda costa con las exigencias del trabajo -y su desmesura- sobre la subjetividad y el sostén de la identidad.

2.2. *La virilización del cuerpo subjetivo ante la especificidad de las pruebas del trabajo*

Las formas que toma la virilización del cuerpo subjetivo y con ello, las operaciones de reproducción de la dominación masculina, difieren de acuerdo a la cualidad y la cantidad de las exigencias que para la psique y la subjetividad implica la organización de cada trabajo singular, al menos eso pudimos apreciar en virtud de las diferencias encontradas entre ambos tipos de varones trabajadores investigados. Si bien, en ambos casos hay virilización del cuerpo subjetivo en tanto des-sensibilización del cuerpo y separación del pensamiento de su base sensible, las formas específicas y con ello, las características clave de la función defensiva cambian:

- En el caso de los cargadores-repartidores de gas, la virilización del cuerpo subjetivo se da en la figura del *aguante*. Se trata de un cuerpo que se muestra y demuestra permanentemente como uno capaz de soportar peso real, un cuerpo fuerte. La identidad masculina se sostiene a través de los *juicios de belleza* (Dejours, 1998, 2002) emitidos por los pares, lo que implica el reconocimiento en un hacer que no hace cualquiera, sino sólo hombres fuertes, de cuerpo y mente también. *El reconocimiento en el quehacer constituye al mismo tiempo un reconocimiento de género* (y clase). En este caso, el pensamiento separado de su base corporal sensible opera como un “amortiguador” del dolor del cuerpo y como clave para el empuje y la persistencia en el trabajo. La dominación masculina se perpetúa en la construcción del trabajo como uno capaz de destruir en el cuerpo cualquier rasgo de feminidad y situando la labor específica del varón trabajador por encima de otras –desarrolladas por mujeres- en la empresa.

- En el caso de los gerentes generales, la virilización del cuerpo subjetivo se da en la figura del *ascenso en tanto erección y el endurecimiento*. Se trata de un cuerpo que no siente –a veces el propio estrés, otras el sufrimiento infligido a otros-, de un cuerpo que para ascender a la cima de la división social y sexual del trabajo tuvo que dejar abajo cierta sensibilidad, que es trocada por el fortalecimiento de una racionalidad estratégica, orientada fundamentalmente al logro de metas. En este caso, el reconocimiento en el hacer, el reconocimiento a ese logro de metas se juega en juicios emitidos desde la verticalidad de la jefatura, pues las metas del gerente general son las metas de la empresa. Son juicios, siguiendo la nomenclatura de Dejours (1998, 2012b), de utilidad. Los juicios sobre el hacer del gerente general que le permiten fortalecer su identidad provienen directamente del poder empresarial, de los directores y/o los dueños de las empresas, pues una característica clave del puesto es que no tiene pares en la compañía. Entonces: el pensamiento se separa de la base corporal sensible en función de la primacía de una racionalidad estratégica, orientada a la consecución de metas (fundamentalmente de rentabilidad) y con ello, a la identificación con los poderosos y el poder. La dominación masculina se reproduce en la medida en que la pérdida de esa sensibilidad (signada por el discurso como *diferente* y, dicho sea de paso, considerada crucial para las tareas de cuidado asociadas a la maternidad) dejada abajo por el gerente general como requisito del ascenso, tiene la fuerza para transformar a una mujer en hombre. Es decir, la mujer que pierde esta *sensibilidad diferente*, pierde en ello su *mujeridad*. De acuerdo al discurso investigado: solo es bien visto e incluso valorado el trueque de sensibilidad por racionalidad estratégica en hombres, lo que torna inapropiado el ascenso a la cima de las mujeres.

2.3. Virilización del cuerpo subjetivo en tanto verticalización sexista de la subjetividad

La virilización del cuerpo subjetivo es producida en función de una suerte de diálogo interno en los varones, al menos en los casos de los trabajadores investigados, un diálogo que supone la separación de cuerpo y mente. Se trata de un diálogo que cobra forma de tensión, pues si de la sensibilidad del cuerpo se tratase probablemente el trabajo se entorpecería o lisa y llanamente se interrumpiría; a través de las sensaciones de cansancio y dolor físico en los cargadores-repartidores de gas o a través de los sentimientos y/o remordimientos ante algunas importantes decisiones en los gerentes generales. Por ello, el pensamiento y el cálculo deben imponerse a la sensibilidad del cuerpo.

Siguiendo a Han (2014), el que no rinde en la sociedad de rendimiento es signado como el único responsable de su fracaso y las consecuencias pueden ser nefastas para la subjetividad y la identidad conquistada con tanto esfuerzo. En vista de lo anterior, el cuerpo ha de ser desoído y se impone así la fuerza de la mente, de esa intelectualidad relevada por Reich (2005) como capaz de negar la realidad, y en este caso, la realidad del propio cuerpo, que al endurecerse produce, de acuerdo con Dejours (2012a), pensamientos desencarnados, pensamientos *como si el cuerpo no estuviera ahí*.

La virilización del cuerpo subjetivo en el enfrentamiento a la prueba del trabajo y su organización en la sociedad de rendimiento entraña esta dicotomía verticalizada en la que mente y cuerpo, categorías históricamente asociadas a lo masculino y lo femenino respectivamente, son dispuestas en relación de dominación, en la que el dominador es la mente y el dominado es el cuerpo. Para seguir rindiendo la racionalidad debe someter a la sensibilidad. Aquello signado históricamente como masculino debe imponerse a lo que ha traído a través de siglos el signo de lo femenino y con ello, la dominación masculina (y su violencia simbólica) se pone en juego en el campo intra-subjetivo de los varones trabajadores investigados.

2.4. *La virilización de las relaciones sociofamiliares*

Las exigencias del trabajo y su organización para ambos tipos de varones trabajadores entrevistados promueven el desarrollo de estrategias defensivas de virilización. Tales estrategias resultan fundamentales para seguir rindiendo y en tanto, sostener de paso su identidad masculina y laboral. Tales estrategias defensivas se van haciendo cuerpo, se van subjetivando, van (re)construyendo el cuerpo subjetivo. El trabajo y su organización en tanto, ya no son un mero entorno, han sido encarnados por el sujeto, cuerpopropriados. Proponemos que es, desde esta cuerpopropiación singular, marcada por el aguante y la tolerancia al dolor físico en el cargador-repartidor de gas y por la negación de la sensibilidad y el sufrimiento psíquico ligado al estrés en el gerente general, que los varones trabajadores enfrentan sus relaciones sociales y afectivas.

Las defensas ante el sufrimiento en el trabajo son conquistas de los trabajadores logradas con esfuerzo (consciente e inconsciente) y en tanto se cuerpoproprian, no es cuestión de “dejarlas” en el escenario laboral, sino que son exportadas hacia otros escenarios, principalmente la familia, y en los casos revisados, el hombre-trabajador-viril emerge sostenedor y jefe de hogar, por lo que las relaciones sociofamiliares son construidas también con el molde de la virilización a través del cual se reproduce la dominación masculina ejercida por el varón-padre-sostenedor-jefe sobre la mujer-madre-sostenida-subordinada y los hijos. Con ello, nos animamos a proponer que las formas en que mujeres e hijos construyen su subjetividad y administran su propia economía libidinal en la versión contemporánea de la familia (patriarcal) está fuertemente marcada por los valores de la dominación masculina reproducidos en y por la organización del trabajo.

2.5. *La organización del trabajo en la sociedad de rendimiento en clave de dominación masculina*

Nos animamos a concluir entonces que la estructuración de la organización social y técnica del trabajo (al menos en los dos tipos de trabajo revisados) en la sociedad contemporánea -la del big data, la de la revolución tecnológica, supuestamente tan lejana de la pre-industrial, con incorporación masiva de mujeres al empleo remunerado, entre otras- sigue estando sostenida por el discurso y las prácticas de la dominación masculina y los valores de la virilidad. La primera diferencia, la de los sexos (Fraisie, 1996) y su lectura a través de los tiempos en clave vertical y de dominación, persiste y se reproduce con fuerza en el modelo de producción y acumulación capitalista en mutación neoliberal, quizá muy a pesar del derecho conquistado por las mujeres para entrar al mundo del trabajo remunerado (cuestión que bien merece otras investigaciones). *La organización del trabajo actual, en la empresa neoliberal, es masculinista* y exige de sus sujetos la virilización-verticalización del cuerpo subjetivo y de las relaciones sociales para emerger exitosos, para dar cuenta de rendimiento y rentabilidad.

2.6. *La organización del trabajo en la sociedad del rendimiento como un crimen*

Las pruebas del trabajo y su organización, en la clave de la desmesura laboral, resultan ser criminales con la subjetividad, pues al forzar la virilización del cuerpo subjetivo en tanto defensa, se cancela la sensibilidad del cuerpo y con ello, las posibilidades de desarrollo subjetivo. *La adaptación al trabajo y su organización lograda por los varones trabajadores investigados resulta ser fundamentalmente una adaptación pasiva, fundada en la resistencia.* La des-sensibilización del cuerpo y la separación del pensamiento de su base corporal sensible promueven el acorazamiento y la rigidización subjetivas, pues la virilización del cuerpo en tanto defensa solo es útil para continuar rindiendo, mas no para promover transformaciones ya sea a nivel subjetivo como de relaciones sociales. La organización del trabajo, esta vez en clave neoliberal, reproduce la violencia simbólica de la dominación masculina, sea intra, sea intersubjetivamente.

3. Aportes del estudio

Quizá uno de los aportes más significativos que viene a hacer este estudio es sumarse a otros que insisten en la noción de la centralidad del trabajo, ya sea en la producción de subjetividades e identidades como de relaciones sociales. En buena medida esta investigación da cuenta de que los vínculos entre lo individual y lo social se encuentran mediados por el trabajo al menos en dos importantes sentidos. Primero, es a través de un *trabajo* que lo social es apropiado, cuerpo apropiado por un individuo y a través de dicho trabajo -de traducción-apropiación- se va constituyendo lo subjetivo, en tanto particular forma de experimentarse en el mundo y; segundo, el trabajo y su organización social y técnica ofrecen al individuo pruebas a su subjetividad, que en función de una articulación entre sufrimiento y placer van reformulando el cuerpo subjetivo de los trabajadores. Sumado a esto, los resultados de la investigación dan cuenta de las maneras en que el trabajo conserva su centralidad en la organización de los vínculos sociales, especialmente en lo que respecta a las relaciones sociales entre los sexos. En esta medida y, tomándonos de Dejours y Gernet (2014), podemos afirmar que el trabajo continúa siendo un desafío material clave en la organización social de los vínculos entre hombres y mujeres. Vale decir que, por más que la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo ha sido masiva en el transcurso de las últimas décadas, modificándose significativamente aspectos importantes de las relaciones sociales entre los sexos, la estructuración vertical que concede a los varones posiciones de mayor jerarquía continúa reproduciéndose en los discursos sobre el trabajo.

Ahora bien, quizá el lugar en que radica el principal aporte de esta investigación es el hecho de mostrar que la estructuración vertical y jerárquica de la diferencia de los sexos se articula en los cuerpos singulares de los varones, determinando las posibilidades de sentirse a sí mismos y desde ahí establecer relaciones socioafectivas y por cierto, el lugar central que en esto le cabe al trabajo. Podríamos animarnos a plantear que el trabajo está primero. Es decir: son las exigencias del trabajo sobre la

subjetividad las que contribuyen a la constitución de *cuerpos subjetivos generizados* y no al revés. No existen trabajos para hombres o para mujeres, sino más bien, trabajos (re)productores de hombres y mujeres. Al reservarse prioritariamente a los varones trabajos –como vimos en esta investigación– en los que la fuerza física es su principal atributo (cargadores-repartidores de gas) o bien, en los que la pérdida de cierta sensibilidad es fundamental para posicionarse en los más altos estratos de la división social del trabajo (como es el caso de los gerentes generales) esto impacta en la constitución de sus cuerpos subjetivos generizados. Los cuerpos viriles emergen de los trabajos y sus particulares exigencias para cuerpos y psiques, en lugar de venir dados para éstos, como comúnmente se podría pensar.

Finalmente, una clave y otro aporte significativo del presente estudio, lo constituye el recurso a lo transdisciplinario ya sea para la construcción como para el abordaje del objeto de investigación, pues si bien el problema central es definido como el de la *subjetivación*, en el cruce entre el género, el trabajo y el cuerpo; con lo que se construye un objeto de estudio apropiado para la psicología, la complejidad de su abordaje obliga el recurso a otras disciplinas tales como la filosofía, la sociología y la antropología. Consignaremos además como un aporte de esta investigación la posibilidad de abrir diálogos teóricos intradisciplinarios, especialmente entre líneas de desarrollo de corte psicoanalítico y de la psicología social y desde ahí, relevar la importancia de pensar una clínica (social) del trabajo.

4. Límites y proyecciones del estudio

Aunque se trata de una investigación inscrita en la tradición cualitativa, su principal límite lo constituye el reducido tamaño de la muestra y es en virtud de esto que se proponen las siguientes líneas de trabajo en aras de problematizar, profundizar y/o expandir el alcance de sus resultados.

4.1. Ampliar la muestra a otros tipos de varones trabajadores

La elección de la muestra se debió básicamente a que los dos tipos de varones trabajadores investigados ocupan posiciones polares en la división social del trabajo. Estimamos por ello pertinente profundizar en la problematización de la denominada virilización del cuerpo subjetivo en atención a otro tipo de exigencias particulares del trabajo a la subjetividad. Vale decir, investigar con más varones en quehaceres diferentes. Interés particular revisten para nosotros los trabajos de servicio, debido a su importante incremento y además, por el supuesto de que presenta nuevas exigencias para la subjetividad, entendidas como exigencias de tipo emocional (Pérez Franco, 2014).

4.2. Profundizar en la relación entre subjetivación del trabajo y paternidad

Los resultados del estudio alcanzan a vislumbrar que las exigencias del trabajo en la clave de la desmesura laboral promueven la virilización del cuerpo subjetivo en estos dos tipos de varones trabajadores y que es desde ahí que ellos enfrentan su cotidianidad familiar y las relaciones socio-afectivas con parejas-mujeres (en este caso) y con los hijos. En atención a esto, pensamos que sería valioso indagar en torno a las pruebas que la virilización del cuerpo subjetivo de los varones-padres-trabajadores implican para los procesos de subjetivación de mujeres e hijos y con ello, sus posibles efectos sobre las constituciones y vínculos familiares. Vale decir, poder constituir un aporte a los estudios de paternidades, asumiendo la mediación fundamental que la subjetivación del trabajo en clave neoliberal tiene para el ejercicio de dicha tarea.

4.3. Profundizar en la relación entre virilización del cuerpo subjetivo y salud mental

Si bien entendemos con Dejours (2001) que las estrategias defensivas puestas en juego en el trabajo se encuentran al servicio de sostener el equilibrio psíquico y la salud mental de los trabajadores, entendemos también que en tanto defensas no

necesariamente son útiles para transformar la organización del trabajo y que finalmente el recurso a éstas solo alcanza para soportarla. Al respecto, la virilización del cuerpo subjetivo es útil para sostenerse en el trabajo y al mismo tiempo reproducir la identificación con los privilegios de la dominación masculina. Sin embargo, podríamos pensar que tras la defensa se ocultan problemas de salud mental. Algunos elementos presentes en las entrevistas que no fueron mayormente profundizados en esta investigación, como el recurso al alcohol y el involucramiento en situaciones de violencia –especialmente en el discurso de los cargadores-repartidores de gas- y problemas ligados al insomnio y también al consumo de alcohol en el discurso de los gerentes generales, podrían considerarse como puntas de lanza para profundizar en una investigación en torno a las relaciones entre la subjetivación-cuerpopropiación de la organización del trabajo contemporánea, la virilización del cuerpo subjetivo y la salud mental de los varones trabajadores.

4.4. Ampliar la investigación a mujeres

Pensamos que podría resultar interesante atender a las estrategias defensivas que diferentes tipos de mujeres trabajadoras recurren ante la prueba de la desmesura laboral para su subjetividad; pues si hemos planteado aquí que la virilización del cuerpo subjetivo es una forma que se repite en los varones, será necesario intentar comprender qué pasa con las mujeres: ¿existe el recurso a la virilización del cuerpo subjetivo en mujeres? De ser afirmativa la respuesta: ¿hasta dónde se encarna y hasta dónde se resiste y cómo? Y más allá de eso, si tomamos la contradicción valórica – construida por el discurso de los gerentes generales en este estudio- entre *eficiencia* en el mundo del trabajo capitalista-neoliberal y *convivencia*, asociada a la intimidad de la vida familiar: ¿cómo se encarnan esas exigencias diferentes en los cuerpos subjetivos de hombres a mujeres? Por lo visto hasta acá, al menos para los varones trabajadores investigados, los asuntos de la convivencia familiar y especialmente el cuidado de los hijos siguen siendo un asunto dejado principalmente a las mujeres. Entonces, será especialmente importante atender a cómo en los cuerpos subjetivos de las mujeres se encarna tal contradicción.

BIBLIOGRAFÍA

Abarca, Humberto; Sepúlveda, Mauricio (2005). Barras bravas. Pasión guerrera. Territorio, masculinidad y violencia en el fútbol chileno. En Jóvenes sin tregua: culturas y políticas de la violencia. Francisco Ferrándiz y Carles Feixa, editores. España. Anthropos.

Acero, Liliana (2015). Psicoterapia corporal vincular. Chile. Cuarto Propio.

Alvarez, Francisco (2009). El discurso masculino acerca de la equidad de género en el ámbito laboral chileno. Una perspectiva retórica. En Masculinidades y globalización. José Olavarría editor. Santiago, UAHC, CEDEM.

Araujo, Kathya (2014). La desmesura y sus sujetos: el trabajo en el caso de Chile. En Transformaciones del trabajo, subjetividades e identidades. Antonio Stecher y Lorena Godoy editores. Santiago. Ril Editores.

Araujo, Kathya (2016). El miedo a los subordinados. Santiago. LOM Ediciones

Araujo, Kathya (2013). Artesanía e incertidumbre: el análisis de los datos cualitativos y el oficio de investigar. En Escucha de la escucha. Análisis e interpretación en la investigación cualitativa. Manuel Canales (coordinador). Santiago. LOM Ediciones, Universidad de Chile.

Araujo, Kathya y Rogers, Francisca (2000). El hombre: ¿existe? En Masculinidad/es: Identidad, sexualidad y familia. Olavarría y Parrini editores. Red de Masculinidad Chile. UAHC. Flacso.

Araujo, Kathya y Martuccelli, Danilo (2012). Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos. Santiago. LOM Ediciones

Aresti, Nerea (2006). La categoría de género en la obra de Joan Scott. En Joan Scott y las políticas de la historia. Cristina Borderías editora. Barcelona: Icaria Editorial.

Aubert, Nicole y de Gaulejac, Vincent (1993). El coste de la excelencia. Barcelona, Buenos Aires, México. Paidós ediciones

Badinter, Elisabeth (1993). XY la identidad masculina. Madrid: Alianza Editorial.

Bleichmar, Silvia (2006). Paradojas de la masculinidad. Buenos Aires: Paidós.

Bleichmar, Silvia (2011). La construcción del sujeto ético. Buenos Aires. Paidós.

Boccardi, F (2013). Educación de la diferencia sexual. Revista Punto Género N°3. Departamento de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Chile.

Boltanski, Luc y Chiapello, Eve (2002). El nuevo espíritu del capitalismo. Madrid. AKAL.

Bourdieu, Pierre (2000). La dominación masculina. Barcelona: Editorial Anagrama.

Butler, Judith (2006). Deshacer el género. Barcelona: Paidós.

Butler, Judith (2007). El género en disputa. Barcelona. Paidós.

Burín, Mabel (2007). Precariedad laboral, masculinidad, paternidad. En Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género. Burín, Jiménez y Meler, compiladoras. Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales.

Calzado, Mercedes (2013). El análisis de las significaciones. Reflexiones y definiciones sobre la investigación en torno a los discursos sociales. En Escucha de la escucha. Manuel Canales (coordinador). Santiago. LOM Ediciones. Universidad de Chile.

Connell, Raewyn (2009). Masculinidad corporativa y globalización. En Masculinidades y globalización. José Olavarría editor. Santiago, UAHC, CEDEM.

Coria, Clara (1986). El sexo oculto del dinero. Formas de la dependencia femenina. Buenos Aires: Grupo Editorial Latinoamericano.

Cornell, William (1996).

Davies, Brownie y Harré, Rom (2007). Posicionamiento: la construcción discursiva de la identidad. En Athenea Digital N°12, pp 242-259.

De Beauvoir, Simone. (1990). El segundo sexo. Los hechos y los mitos. Siglo veinte.

- De Gaulejac, Vincent (2013). Neurosis de clase. Buenos Aires. Editorial del nuevo extremo
- Dejours, Christophe (2012a). Trabajo vivo. Tomo I. Sexualidad y trabajo. Buenos Aires. Topía editorial.
- Dejours, Christophe (2012b). Trabajo vivo. Tomo II. Trabajo y emancipación. Buenos Aires. Topía Editorial.
- Dejours, Christophe (1998). De la psicopatología a la psicodinámica del trabajo. En Organización del trabajo y salud. Dessors y Guiho-Bailly compiladores. Buenos Aires. Grupo editorial Lumen.
- Dejours, Christophe (2002). Trabajo y desgaste mental. Buenos Aires. Grupo editorial Lumen.
- Dejours, Christophe (2006). La banalización de la injusticia social. Buenos Aires. Topía editorial.
- Dejours, Christophe (2015). Rehabilitar la normalidad. Artículo bajado de internet www.topia.com.ar/articulos/rehabilitar-normalidad
- Dejours, Christophe y Gernet Isabelle (2014). Psicopatología del trabajo. Buenos Aires. Miño y Dávila
- De Keijzer, Benno (2001). Hasta donde el cuerpo aguante. Género, cuerpo y salud masculina. En La salud como derecho ciudadano: perspectivas y propuestas desde América latina. Cáceres et al. Universidad Peruana Cayetano Heredia.
- Engels, Friedrich (2012). El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Marxist Internet Archive.
- Faure-Oppenheimer, Agnes (1986). La elección de sexo. Ediciones AKAL
- Foladori, Horacio (2008). La intervención institucional: hacia una clínica de las instituciones. Santiago. Editorial ARCIS.
- Foladori, Horacio (2012). La conducción de los equipos de salud: entre la autoridad y el autoritarismo. En Castalia. Revista de Psicología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. N°22, pp 75-83
- Fraisse, Geneviève (1996). La diferencia de los sexos. Buenos Aires. Ediciones Manantial
- Freire, Paulo (2005). Pedagogía del oprimido. México. Siglo XXI Editores.

Freud, Sigmund (1992a). Pulsiones y destinos de pulsión. Obras completas. Volumen XIV. Argentina. Amorrortu editores.

Freud, Sigmund (1992b). Tres ensayos de teoría sexual. Obras completas. Volumen VII. Argentina. Amorrortu editores.

Freud, Sigmund (1992c). La represión. Obras completas. Volumen XIV. Argentina. Amorrortu editores.

Freud, Sigmund (1992d). El yo y el ello. Obras completas. Volumen XIX. Argentina. Amorrortu editores.

Freud, Sigmund (1992e). Psicología de las masas y análisis del yo. Volumen XVIII. Argentina. Amorrortu editores.

Gáinza, Álvaro (2006). La entrevista en profundidad individual. En Metodologías de investigación social, Manuel Canales, compilador. LOM.

Garriga Zucal (2008). El aguante y las hinchadas argentinas: una relación violenta. Horizontes antropológicos. Porto Alegre. Año 14, número 30. Pps 113-136.

Gilmore, David (1994). Hacerse hombre. Concepciones culturales sobre masculinidad. Barcelona: Paidós.

Guiho-Bailly, Marie-Pierre (1998). Identidad sexual en el trabajo, en Organización del trabajo y salud; Dessors y Guiho-Bailly compiladoras. BB.AA. Lumen Humanitas.

Godoy, Stecher, Toro y Díaz (2014). Sentidos del trabajo, identidades y vínculo social. Una mirada al trabajo en el Chile actual desde el género, la generación y el estatus ocupacional de los trabajadores. En Transformaciones del trabajo, subjetividades e identidades. Antonio Stecher y Lorena Godoy editores. Santiago. Ril Editores.

Goldschmidt, Judith (2010). La sexualidad: distintas miradas psicoanalíticas. En Diversidad sexual. Beatriz Zelcer compiladora. Buenos Aires. Lugar Editorial.

Han, Byung-Chul (2012). La sociedad del cansancio. Barcelona. Herder

Han, Byung-Chul (2014). Psicopolítica. Barcelona. Herder.

Haraway, Donna (1995). Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza. Universitat de Valencia. Instituto de la Mujer: Cátedra.

Kaës, René (1989). La institución y las instituciones. Argentina. Paidós.

Laplanche, Jean (1993). El extravío biologizante de la sexualidad en Freud. Buenos Aires. Amorrortu editores.

Lourau, René (2008). El Estado inconsciente. La Plata, Argentina. Terramar Ediciones

Martin Rojo, Luisa (2011). El análisis crítico de discurso. En Análisis del discurso: Manual para las ciencias sociales. Lupicinio Iñiguez, editor. Editorial UOC.

Meler, Irene (2000a). La masculinidad. Diversidad y similitudes entre los grupos humanos. En Varones; género y subjetividad masculina. Burín y Meler editoras. Buenos Aires. Paidós.

Meler, Irene (2000b). La sexualidad masculina. Un estudio psicoanalítico de género. En Varones; género y subjetividad masculina. Burín y Meler editoras. Buenos Aires. Paidós.

Mendel, Gérard (1993). La sociedad no es una familia. Buenos Aires. Paidós

Moore, Henrietta (1991). Antropología y feminismo. Universitat de Valencia. Instituto de la mujer: Ediciones Cátedra.

Molinier, Pascale (2008). Condiciones subjetivas y sociales del ingenio en el trabajo. En Organización del trabajo y salud. Dessors y Guiho-Bailly compiladoras. Buenos Aires. Grupo editorial Lumen.

Montero, Ana Soledad (2013). El análisis francés del discurso y el abordaje de las voces ajenas: interdiscurso, polifonía, heterogeneidad y topos. En Escucha de la escucha. Manuel Canales (coordinador). Santiago. LOM Ediciones. Universidad de Chile.

Olavarría, José (2009). Globalización, género y masculinidades. Las corporaciones transnacionales y la producción de productores. En Masculinidades y globalización. José Olavarría editor. Santiago, UAHC, CEDEM.

Ossandón, José y Tironi, Eugenio (2012). Adaptación. La empresa chilena después de Friedman. Santiago. Ediciones Universidad Diego Portales.

Pérez Franco, Juan (2016). Nuevos trabajos, nuevos riesgos. Chile y los factores de riesgo psicosocial laboral. Revista chilena de Salud Pública. Vol. 20, pp 36-44.

Périlleux, Thomas (2008). La subjetivación frente a la prueba del trabajo flexible. En Flexibilidad laboral y subjetividades. Álvaro Soto Editor. Santiago. LOM Ediciones-Universidad Alberto Hurtado

PNUD (2010). Desarrollo Humano en Chile. Género: los desafíos de la igualdad.

Ramos, Claudio (2014). La modernización de la empresa chilena: posfordismo con huellas autoritarias. En Transformaciones del trabajo, subjetividades e identidades. Antonio Stecher y Lorena Godoy editores. Santiago. Ril Editores.

Reich, Wilhelm (2005). Análisis del carácter. Barcelona: Paidós. Surcos.

Reich, Wilhelm (1973). Psicología de las masas del fascismo. México. Roca.

Reich, Wilhelm (1936). La fuerza productiva viviente. Disponible en: <http://www.sindominio.net/etcetera/PUBLICACIONES/minimas/minimas.html>

Sahovaler, José (2010). El sexo del dinero. En Diversidad Sexual, Beatriz Zelcer Compiladora. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Saltzman, Janet (1992). Equidad y género. Una teoría integrada de estabilidad y cambio. Universitat de Valencia. Instituto de la mujer: Ediciones Cátedra.

Schneider, Monique (2003). Genealogía de lo masculino. Buenos Aires. Paidós.

Sepúlveda, Mauricio (2010). La ley del todo o nada: el aguante como ideología. En Jóvenes y riesgos: ¿unas relaciones ineludibles? Oriol y Planas compiladores. España. Bellaterra.

Stecher, Antonio (2014). El campo de investigación sobre transformaciones del trabajo, identidades y subjetividad en la modernidad contemporánea. Apuntes desde Chile y América Latina. En Transformaciones del trabajo, subjetividades e identidades. Antonio Stecher y Lorena Godoy editores. Santiago. Ril Editores.

Stoller, Robert (1968). Sex and gender. The development of masculinity and feminity. London. Karnac.

Ugarte, José Luis (2014). El trabajador en su soledad. El modelo de relaciones laborales chileno y la promesa no cumplida. En Transformaciones del trabajo, subjetividades e identidades. Antonio Stecher y Lorena Godoy editores. Santiago. Ril Editores.

Wodak, Ruth y Ferreiro, José (2013). Análisis crítico del discurso desde el enfoque histórico: la construcción de identidad(es) latinoamericana(s) en la Misión de naciones Unidas en Haití (2004-2005). En Escucha de la escucha. Manuel Canales (coordinador). Santiago. LOM Ediciones. Universidad de Chile.

ANEXO N°1

DOCUMENTO DE CONSENTIMIENTO INFORMADO

Subjetivación del trabajo y masculinidad: el cuerpo subjetivo en la sociedad del rendimiento.

II. INFORMACIÓN

Usted ha sido invitado(a) a participar en la investigación *Subjetivación del trabajo y masculinidad: el cuerpo subjetivo en la sociedad del rendimiento*. Su objetivo es *comprender las principales estrategias de defensa ante el estrés en el trabajo, que ponen en juego varones que desempeñan el rol de (cargador-repartidor de gas o bien, gerente general)*. Usted ha sido seleccionado(a) porque se desempeña como tal.

El investigador/a responsable de este estudio es el tesista doctoral Pablo Zuleta Pastor, estudiante del Programa de Doctorado en Psicología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. La investigación es patrocinada por CONICYT.

Para decidir participar en esta investigación, es importante que considere la siguiente información. Siéntase libre de preguntar cualquier asunto que no le quede claro:

Participación: Su participación consistirá en conversar en virtud de entrevistas semi-estructuradas (grupales o individuales), en las que se abordan temas de su vínculo subjetivo con el trabajo. La entrevista durará alrededor de 90 minutos, y abarcará varias preguntas en torno a los siguientes temas:

- Significados del trabajo
- Sentidos del trabajo
- Implicación: ¿desde dónde hago lo que hago?, ¿por qué hago lo que hago?, ¿cuáles son los compromisos en juego?
- Desarrollo subjetivo y trabajo: ¿de qué maneras inteligencia y afectividad se ponen al servicio de la realización de la tarea?
- Relaciones entre trabajo y familia
- Situaciones de estrés y/o sufrimiento en el trabajo
- Estrategias puestas en juego para hacerle frente a las dificultades que presenta la tarea y su organización
- Otros emergentes posibles

Las entrevistas serán realizadas en su lugar de trabajo o en otro a acordar en el día y la hora que usted estime conveniente.

Para facilitar el análisis, estas entrevistas serán grabadas. En cualquier caso, usted podrá interrumpir la grabación en cualquier momento, y retomarla cuando quiera.

Beneficios: Usted no recibirá ningún beneficio directo, ni recompensa alguna, por participar en este estudio. No obstante, su participación permitirá generar información para poder pensar maneras de organizar el trabajo que resulten favorables para el desarrollo subjetivo de los trabajadores.

Voluntariedad: Su participación es absolutamente voluntaria. Usted tendrá la libertad de contestar las preguntas que desee, como también de detener su participación en cualquier momento que lo desee. Esto no implicará ningún perjuicio para usted.

Confidencialidad: Todas sus opiniones serán confidenciales, y mantenidas en estricta reserva. En las presentaciones y publicaciones de esta investigación, su nombre no aparecerá asociado a ninguna opinión particular.

Conocimiento de los resultados: Usted tiene derecho a conocer los resultados de esta investigación.

Datos de contacto: Si requiere mayor información, o comunicarse por cualquier motivo relacionado con esta investigación, puede contactar a:

Pablo Zuleta Pastor

Teléfonos: 9 9100 86 21

Dirección: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Av. Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa, Santiago.

Correo Electrónico: pzuletap@yahoo.es

También puede comunicarse con la Presidenta del Comité de Ética de la Investigación que aprobó este estudio:

Prof. Dra. Marcela Ferrer-Lues

Presidenta

Comité de Ética de la Investigación

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Chile

Teléfonos: (56-2) 2978 9726

Dirección: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Av. Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa, Santiago.

Correo Electrónico: comité.etica@facso.cl